

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 22
Julio-Septiembre 2011

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Ensayo

- "Nocturno de Chile": memoria contra memoria*, por Soledad Mocchi
El influjo de la pasión en la obra "El escarabajo", de Manuel Mujica Láinez, por Orlando Betancor
"El guitarrista" de Luis Landero como novela de formación, por Nerea Marco Reus
Estudio comparativo de los cuentos "El barril de amontillado" de Edgar Allan Poe y "La catacumba nueva" de Arthur Conan-Doyle, por Enrique García Díaz
Comentarios sobre "El hombre muerto", de Horacio Quiroga, por Adrián Flor Martínez

• Relato

- En mi vida secreta*, por Patricia Suárez
Dependencia, por Álvaro Martí
Quiromancia, por Juan Carlos Vecchi
Seis leones hambrientos ocultos en el bosque, por Olga Bernad
Cuatro relatos, por Jorge Etcheverry
Intenciones, por Elena Azcárate
El amor acojona por igual a zombies y maniqués, por David Garrido
Una calle demasiado estrecha, por Noel Pérez
¿Qué comen las palomas?, por José Saborio
Fe de ratas, por Víctor Montoya
A medio camino, por Carlo Reátegui Avilés
Ajustes del motor, por David Bombai
Despierta..., por Federico Rodríguez Sluismans
Relatos, por Salvador Alario Bataller
- El enfermero enamorado y la gata de azúcar*, por Juan Ramón Ortiz Galeano
Majestad mercadotecnia, por Luis Mariano Montemayor
La niña perdida, por Laura López Alfranca
Mensajes de texto, por Roberto Gutiérrez Alcalá
La visita, por Leticia Rodríguez Melián
Récord, por Luis Topogenario
El corazón abandonado, por Blanca del Cerro
Correspondencia nicaragüense (IX), por Berenice Noir
La leyenda del hombre que fue insecto, por Gabriel Cocimano
Microrrelatos, por David Moreno
Los rostros prohibidos de la música, por Sergio Borao Llop
Microrrelatos, por Elisa de Armas
Tres relatos, por Catador

• Narradores

José Ovejero

• Miradas

- Horacio Oliveira, un hombre en estado de intemperie*, por Patricia Nasello
Uno de los nuestros, por José Luis Muñoz

• Reseñas

- "Dublinesca"* de Enrique Vila-Matas, por José Luis Muñoz
"Vive como puedas" de Joaquín Bergés, por Luis Borrás
"La granja" de José Vaccaro Ruiz, por José Luis Muñoz
"Un día me esperaba a mí mismo" de Miguel Ángel Ortiz Albero, por Luis Borrás
"Al borde del camino" de Marco Minguillo, por Víctor Montoya
"Rojo Express" de Marcos Tarre Briceño, por José Luis Muñoz
"Feminismo en el mundo global" de Amelia Valcárcel, por María Dubón
"Relatos desde ninguna parte" de Pablo Lorente Muñoz, por Luis Borrás
"Curvas peligrosas" de Susana Hernández, por José Luis Muñoz
"Cumple años feliz" de Roxana Popelka, por Antonio Jiménez Paz
"La mirada del observador" de Marc Behm, por José Luis Muñoz

• Novedades editoriales

Narrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. En este sentido, hemos optado por editar la revista en formato PDF, ya que permite aplicar técnicas de diseño y maquetación propias de la edición tradicional y a la vez facilita su lectura, ya sea desde la propia pantalla o una vez impresa en papel.

Envío de colaboraciones:

La revista Narrativas versa sobre diversos aspectos de la narrativa en español. Está estructurada en tres bloques fundamentales: ensayo, relatos y reseñas literarias. En cualquiera de estos campos, toda colaboración es bien recibida. Las colaboraciones deberán enviarse por correo electrónico como archivo adjunto en formato DOC o RTF. En su momento, los órganos de selección de la revista decidirán sobre la publicación o no de los originales recibidos. No se fija ninguna extensión máxima ni mínima para las colaboraciones, aunque se valorará la concisión y el estilo. Se acusará recibo de cada envío y se informará de la aceptación o no del mismo. Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada texto; únicamente ceden a la revista Narrativas el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

SUMARIO - núm. 22

"Nocturno de Chile": memoria contra memoria, por Soledad Mocchi	3	<i>El corazón abandonado</i> , por Blanca del Cerro	89
<i>El influjo de la pasión en la obra "El escarabajo"</i> , de Manuel Mujica Láinez, por Orlando Betancor	13	<i>Correspondencia nicaragüense (IX)</i> , por Berenice Noir	96
<i>"El guitarrista" de Luis Landero como novela de formación</i> , por Nerea Marco Reus	23	<i>La leyenda del hombre que fue insecto</i> , por Gabriel Cocimano	97
<i>Estudio comparativo de los cuentos "El barril de amontillado" de Edgar Allan Poe y "La catacumba nueva" de Arthur Conan-Doyle</i> , por Enrique García Díaz	27	<i>Microrrelatos</i> , por David Moreno	101
<i>Comentarios sobre "El hombre muerto"</i> , de Horacio Quiroga, por Adrián Flor Martínez	30	<i>Los rostros prohibidos de la música</i> , por Sergio Borao Llop	102
<i>En mi vida secreta</i> , por Patricia Suárez	35	<i>Microrrelatos</i> , por Elisa de Armas	109
<i>Dependencia</i> , por Álvaro Martí	39	<i>Tres relatos</i> , por Catador	110
<i>Quiromancia</i> , por Juan Carlos Vecchi	41	<i>Narradores: José Ovejero</i>	114
<i>Seis leones hambrientos ocultos en el bosque</i> , por Olga Bernad	42	<i>Horacio Oliveira, un hombre en estado de intemperie</i> , por Patricia Nasello	126
<i>Cuatro relatos</i> , por Jorge Etcheverry	44	<i>Uno de los nuestros</i> , por José Luis Muñoz	128
<i>Intenciones</i> , por Elena Azcárate	48	<i>"Dublinesca" de Enrique Vila-Matas</i> , por José Luis Muñoz	129
<i>El amor acojona por igual a zombies y maniqués</i> , por David Garrido	49	<i>"Vive como puedas" de Joaquín Bergés</i> , por Luis Borrás	130
<i>Una calle demasiado estrecha</i> , por Noel Pérez	51	<i>"La granja" de José Vaccaro Ruiz</i> , por José Luis Muñoz	131
<i>¿Qué comen las palomas?</i> , por José Saborio	58	<i>"Un día me esperaba a mí mismo" de Miguel Ángel Ortiz Albero</i> , por Luis Borrás	132
<i>Fe de ratas</i> , por Víctor Montoya	61	<i>"Al borde del camino" de Marco Minguillo</i> , por Víctor Montoya	133
<i>A medio camino</i> , por Carlo Reátegui Avilés	63	<i>"Rojo Express" de Marcos Tarre Briceño</i> , por José Luis Muñoz	135
<i>Ajustes del motor</i> , por David Bombai	65	<i>"Feminismo en el mundo global" de Amelia Valcárcel</i> , por María Dubón	136
<i>Despierta...</i> , por Federico Rodríguez Sluismans	68	<i>"Relatos desde ninguna parte" de Pablo Lorente Muñoz</i> , por Luis Borrás	137
<i>Relatos</i> , por Salvador Alario Bataller	70	<i>"Curvas peligrosas" de Susana Hernández</i> , por José Luis Muñoz	138
<i>El enfermero enamorado y la gata de azúcar</i> , por Juan Ramón Ortiz Galeano	77	<i>"Cumple años feliz" de Roxana Popelka</i> , por Antonio Jiménez Paz	139
<i>Majestad mercadotecnia</i> , por Luis Mariano Montemayor	78	<i>"La mirada del observador" de Marc Behm</i> , por José Luis Muñoz	140
<i>La niña perdida</i> , por Laura López Alfranca	80	<i>Novedades editoriales</i>	142
<i>Mensajes de texto</i> , por Roberto Gutiérrez Alcalá	83		
<i>La visita</i> , por Leticia Rodríguez Melián	85		
<i>Récord</i> , por Luis Topogenario	88		

NOCTURNO DE CHILE: MEMORIA CONTRA MEMORIA

por Soledad Mocchi

El culto argentino del color local es un reciente culto europeo que los nacionalistas deberían rechazar por foráneo.

Jorge Luis Borges

Partiendo de algunos supuestos acerca de lo que es una «nación» y lo que constituiría el «nacionalismo», me propongo analizar cómo estos funcionan en la obra de Bolaño, o cómo dialogan con la misma, si es que lo hacen. En principio me limitaré a trabajar con algunas declaraciones hechas por el propio Bolaño, (la mayoría de ellas recogidas en *Entre Paréntesis*), y luego pretendo articular algunas de estas ideas con su última novela, *Nocturno de Chile*.

Sobre lo que es una nación y sus orígenes hay múltiples aportes, desde la crítica marxista a la poscolonialista, desde el modernismo o el posmodernismo.

Uno de los pioneros en el tema parece ser Ernest Renan, el cual establece afirmaciones muy certeras desde mi punto de vista.

Para Renan, el olvido y el error histórico son factores esenciales en la creación de una nación, y por lo tanto, el progreso de los estudios históricos es frecuentemente peligroso para la nacionalidad.

«Ahora bien, la esencia de una nación es que todos los individuos tengan muchas cosas en común, y también que todos hayan olvidado muchas cosas» (Renan, 2000: 57).

Me gustaría ver cómo esto funciona en la obra de Bolaño, más precisamente en *Nocturno de Chile*, presentada como las «memorias» de un sacerdote y crítico literario chileno, ex miembro del Opus Dei, el cual impartió clases de marxismo a Pinochet y sus colaboradores durante la dictadura chilena. Qué es lo que recuerda este personaje, y cómo lo hace; qué olvida o decide no olvidar.

Además de los recuerdos en común, para formar una nación, debe haber cierto consentimiento actual, la voluntad de hacer valer la herencia que se ha recibido. En este contexto se puede afirmar que «la existencia de una nación es un plebiscito diario».

Varios autores retoman a Renan. Uno de ellos es Eric Hobsbawm, quien sostiene que lo que hace a una nación es el pasado.

Hobsbawm establece que los individuos se definen como pertenecientes a una nación por xenofobia, por oposición a los «otros». Si bien la nación en sus orígenes podía perseguir algún objetivo o idea liberal relacionada con la libertad, recientemente el nacionalismo puede ser asociado a la violencia, o a propósitos irracionales la mayoría de las veces. A esto Kohn denomina «mal nacionalismo», y se pregunta cómo una idea profundamente liberal puede ser tan distorsionada como para producir movimientos y regímenes tan antiliberales. El nacionalismo puede ser utilizado como significativo vacío para reclamos de todo tipo, debido a sus componentes antagónicos. Pueden adherírsele desde la lucha por la igualdad de derechos de las minorías hasta la xenofobia.

La doctrina nacionalista decreta que así como las naciones existen, deben tener por definición un pasado. Y un futuro.

Uno de los grandes teóricos acerca del origen del nacionalismo es Benedict Anderson, el cual define a la nación como una comunidad política imaginada, inherentemente limitada y soberana. Según Anderson, la nacionalidad y el nacionalismo son artefactos culturales de una clase particular.

«Los instrumentos específicamente nacionalistas de manipulación de los que se vale la elite son simbólicos: implican la creación de una ideología-cultura de comunidad, a través de una serie de símbolos y mitos emotivos, transmitidos en forma impresa y por los medios de comunicación.» (Smith, 2000: 187).

La nación es imaginada porque sus miembros no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión. Esto es en cierta manera posible gracias al papel de las novelas y los periódicos, gracias a los textos impresos que lo sitúan a uno dentro de una cierta comunidad de lectores. Estos lectores semejantes, a quienes se relacionaba a través de la imprenta, formaron el embrión de la comunidad imaginada, según Anderson. Tal vez esto se relacione con la idea de Bhabha acerca de la nación como narración.

El «nacionalismo» en la historiografía literaria es un fenómeno de raigambre política, extraño a la concepción estética del arte, según Mariátegui. El ideario de la nación es usado en literatura para marcar cierta unidad: literatura mexicana, etc.

Anderson revela otros mecanismos para construir la nación tal como hoy la entendemos. Ellos son:

- El censo. La ficción del mismo consiste en que todos están incluidos en él y que cada quien tiene un lugar, y sólo uno, extremadamente claro.
- El mapa, el cual gracias a la imprenta, moldeaba la imaginación.
- El museo. Es profundamente político y establece representaciones visuales del pasado de un país, su historia.

Gellner también se suscribe a la idea de que el nacionalismo inventa naciones donde no existen, aunque para él el hecho de «inventar» denota cierta «falsedad» u oportunismo histórico.

Anderson afirma que las comunidades no deben distinguirse por su falsedad o legitimidad, sino por el estilo con el que son imaginadas. El mismo establece algunas paradojas de la nación:

- la modernidad objetiva de las naciones a la vista del historiador, frente a su antigüedad subjetiva a la vista de los nacionalistas.
- La universalidad formal de la nacionalidad como un concepto sociocultural (en el mundo moderno todos tienen y deben tener una nacionalidad, así como tienen un sexo), frente a la particularidad irremediable de sus manifestaciones concretas, de modo que, por definición, la nacionalidad «griega» es sui generis.
- El poder político de los nacionalismos, frente a su pobreza e incoherencia filosófica.

Smith elabora la teoría gastronómica de la nación, mediante la cual las naciones se componen de elementos sueltos y sus culturas poseen una variedad de ingredientes de diferentes sabores y orígenes. Piensa a la nación moderna como un artefacto compuesto ensamblado con una rica variedad de fuentes culturales.

Una lectura «posmodernista» convierte a la nación en un «relato» que recitar, un «discurso» que interpretar y un «texto» que deconstruir. Construir la nación es más una cuestión de diseminar representaciones simbólicas que de forjar instituciones culturales o redes sociales.

Los posmodernistas ponen el énfasis en la construcción cultural (pastiche) por oposición a la determinación social y política. Postulan que no hay necesidad de explorar los orígenes y que para entender el significado de los fenómenos nacionales, étnicos o raciales sólo se tienen que desenmascarar sus representaciones culturales, las imágenes a través de las cuales alguna gente representa para otros los rasgos de la identidad nacional. Porque sólo en estas imágenes o constructos culturales posee la nación algún significado.

Para los «modernistas» la nación es una categoría moderna. La nación moderna es un producto de concepciones nacionalistas, nacionalismo y naciones son componentes intrínsecos de un mundo moderno capitalista, industrial y burocrático.

Las imágenes y las tradiciones que contribuyen a la construcción de naciones son el producto de una compleja interacción de sus creadores, sus condiciones sociales y las herencias étnicas de las poblaciones elegidas. La nación puede ser una formación social moderna, pero está basada en culturas, identidades y herencias preexistentes.

La situación contemporánea de la nación se explica como el resultado, la precipitación de las experiencias y las expresiones pasadas de todos sus miembros. Para esta perspectiva «geológica», el pasado étnico explica el presente nacional.

Los nacionalistas tienen tres tareas a desempeñar: el redescubrimiento, la reinterpretación y la regeneración de la comunidad.

El redescubrimiento consiste en la búsqueda de la auténtica etnohistoria, el registro de los recuerdos, mitos, tradiciones. Cada nacionalista reconstruye los orígenes y la historia de la nación, la demarca en el tiempo y el espacio, y acentúa su irrepetibilidad e identidad.

La reinterpretación exige contrastar las fuentes, fijar el canon de la etnohistoria, seleccionar mitos y recuerdos, con el fin de situar a la comunidad en un contexto significativo. Ese pasado debe seleccionarse e interpretarse a una luz específicamente nacional.

Y por último, la regeneración implica movilizar a la gente en pro de metas nacionales.

En la actualidad, el territorio juega un rol central para el nacionalismo. El Estado unificado y homogéneo es promovido por los nacionalistas con el fin de salvaguardar a la nación de la multiculturalidad y heterogeneidad. Esto lo logran mediante diversos mecanismos, tales como el silenciamiento de las minorías, etc.

Se utiliza al territorio como definidor de la identidad. Es decir, frente a las múltiples identidades de sus miembros, el Estado privilegia a la identidad territorial, a modo de homogeneizar a la población.

Muchos se han preguntado cómo el Estado debe estar constituido para que pueda gozar de la obediencia voluntaria de sus ciudadanos y permanecer unido.

Ha habido muchas visiones del Estado. La teoría nacionalista sostiene que un Estado apropiadamente constituido debe ser organizado como una nación. Obviamente, una nación como unidad cultural homogénea, caracterizada por distintas costumbres, prácticas sociales, valores morales, lenguaje, rituales, mitos, etc.

Aunque la nación existe en sus miembros y por sus miembros, es anterior a ellos y los trasciende de modo que es posible decir que pertenecen a «ella». La performatividad del lenguaje en las narrativas de la nación es una idea que desarrolla Bhabha, el cual retoma la idea de la nación como forma de elaboración cultural.

Bhabha elabora la noción de «in-between», la cual denota posiciones intersticias, mediadoras entre culturas diferentes. Esta posición, según Bhabha, sería característica de los intelectuales poscoloniales ubicados entre las metrópolis y el Tercer Mundo.

Cuando una nación preexistente forma el Estado, podemos llamarla un Estado Nacional. Cuando el Estado quiere convertirse en nación es un Estado Nacionalista. En el caso del estado nacional, cuya identidad se define en términos étnicos, los extranjeros no pueden pertenecer a la nación y son raramente admitidos. El estado nacionalista, ya que no es étnico, sino político, admite extranjeros con tal de que se adapten.

«Dado que, como vimos antes, el nacionalismo implica la definición de las fronteras de la nación en el espacio y en el tiempo, y la construcción de una narrativa histórica coherente, la historia es crucial para él. Y dado que la historia es memoria pública organizada, el nacionalismo presupone una cultura en la cual la memoria disfruta de una dignidad epistemológica.» (Parekh, 2000: 109)

Por último, Anderson en su libro ronda en torno a la idea de «recordar lo que resulta obligatorio olvidar». Esto puede relacionarse con la, creo yo, idea central de Renan en su conferencia titulada «¿Qué es una nación?»; la del olvido y la memoria para construir una nación, la del «común olvido».

«Todos los cambios de conciencia profundos, por su naturaleza misma, traen consigo amnesias características. De tales olvidos brotan, en circunstancias históricas específicas, las narrativas». (Anderson, 2000: 283).

Qué «narrativa histórica» compone el protagonista de *Nocturno de Chile*, si es que compone alguna. Qué papel juega esta obra en el Chile de hoy-

ENTRE PARÉNTESIS

Es bastante conocida la postura «antinacionalista» de Bolaño, así como también sus ideas acerca del exilio.

El teórico Frantz Fanon establece que un intelectual «nómada» (en el sentido de Braidotti), al no querer o no poder escoger, toma todas las determinaciones históricas que lo han condicionado y se sitúa radicalmente en una «perspectiva universal». Estamos frente a la noción de «in-between» de Bhabha, y esto parece poder aplicarse a Bolaño como intelectual que ha vivido en diferentes partes del mundo (Chile, México, España), el cual recoge en sus escritos un poco de cada lado.

Creo que Bolaño se podría inscribir dentro de lo que Rosi Braidotti denomina nomadismo como opción teórica y condición existencial.

Braidotti afirma que el posmodernismo ha propiciado la decadencia de los sistemas sociosimbólicos tradicionales basados en el Estado, la familia y la autoridad masculina. Entiende al multiculturalismo como una diferencia dentro de la misma cultura, o dentro de uno mismo.

«La identidad del nómada es un mapa de los lugares en los cuales él/ella ya ha estado; siempre puede reconstruirlos a posteriori, como una serie de pasos de un itinerario. Pero no hay un triunfante *cogito* supervisando la contingencia del yo; el nómada representa la diversidad móvil; la identidad del nómada es un inventario de huellas» (Braidotti, 2000: 45).

Utiliza el término «nomadismo» para aludir a la deconstrucción de la identidad como tradicionalmente se la ve. Según Braidotti, el nomadismo consiste, no tanto en carecer de hogar, como en ser capaz de recrear el propio hogar en cualquier parte. Establece ciertos lugares que simbolizan cierta transición: aeropuertos, estaciones, etc.

Nómada es una figuración del tipo de sujeto que ha renunciado a toda idea, deseo o nostalgia de lo establecido. La conciencia nómada es análoga a lo que Foucault llamó la contramemoria, es una forma de resistirse a la asimilación u homologación con las formas dominantes de representación del yo. Implica no adoptar ningún tipo de identidad como permanente.

¿Funciona esto en Bolaño? Voy a tomar a este respecto la segunda parte de *Entre Paréntesis*, llamada «Fragmentos de un regreso al país natal», así como su «Discurso de Caracas» y «Literatura y exilio».

En el «Discurso de Caracas» proferido por Bolaño cuando gana el Rómulo Gallegos, éste expresa algunas de sus ideas acerca del nacionalismo y del exilio. Bolaño juega con la idea de «territorialidad» promovida por los nacionalistas, cuando dice que él confunde las capitales de Venezuela y Colombia, dejando entrever el carácter «arbitrario» (o si se quiere «imaginado») de las naciones. También deja entrever su concepción de la nación como constructo cultural, lo cual puede situarlo en la posmodernidad. Juega también con la imprecisión, tal como lo hace en *Nocturno de Chile*, «...no sé si en un liceo chileno o en una prepa mexicana...» (Bolaño, 2005: 35). Le resta importancia a la nacionalidad, la considera una fatalidad, y se adhiere a la idea bolivariana de una Latinoamérica unida. Establece además que la patria de un escritor es su memoria. Creo que esta es una idea central a la hora de leer su última novela.

Luego alude a las dictaduras de Latinoamérica, a una (su) generación que se entregó a la militancia y se vio defraudada por sus líderes.

En «Literatura y exilio» declara que él no cree en el exilio, o mejor dicho, que no cree en la definición clásica de «exilio». Se refiere a los exiliados latinoamericanos en Europa, los cuales sienten nostalgia por su «patria», y se (nos) hace una pregunta fundamental: «¿Se puede tener nostalgia por la tierra en donde uno estuvo a punto de morir? ¿Se puede tener nostalgia de la pobreza, de la intolerancia, de la injusticia?» (Bolaño, 2005: 43).

Probablemente Bolaño tenía esa imagen de su Chile natal, al cual asocia permanentemente a la dictadura militar. No cree que esa nostalgia que sienten estos exiliados sea justificada, a menos que surja de un sentimiento de soledad.

También ataca al nacionalismo literario, utilizando el poema de Parra que postula que los cuatro grandes escritores chilenos son Ercilla y Rubén Darío. Ninguno de ellos es chileno, pero ¿escribieron literatura chilena? Con la ironía que lo caracteriza, Bolaño se burla de los intelectuales chilenos que proclaman como sus grandes escritores a Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Vicente Huidobro, etc. Además, dice que el poema de Parra nos enseña «que el nacionalismo es nefasto y cae por su propio peso».

«No sé si se entenderá el término *caer por su propio peso*; imaginen una estatua hecha de mierda que se hunde lentamente en el desierto: bueno, eso es caer por su propio peso». (Bolaño, 2005: 46).

Incluyo esta cita porque me llamó la atención el uso que hace Bolaño de la imagen de la «mierda», ya que esto aparece en *Nocturno de Chile*. Es más, en un principio su última novela iba a ser titulada como «Tormenta de Mierda».

En «Exilios», el escritor desarrolla sus ideas más importantes en torno a ese tema, y establece que el exilio es una cuestión de gustos, que no representa para todos lo mismo; que para algunos es crecer. Para el propio Bolaño fue crecer. Afirma que no existe el exiliado, sino el nómada, el viajero, el inmigrante, etc.

Algo que me pareció muy interesante, y tal vez representativo de la imagen que han querido construir los políticos y las clases dominantes de la sociedad chilena, es la anécdota que cuenta Bolaño acerca de la discoteca homosexual que se incendió en Valparaíso y de la reacción que esto provocó en un chileno radicado en Francia, el cual dijo que en Chile no había homosexuales. El rechazo, o más bien el silenciamiento de la homosexualidad es típico del nacionalismo, el cual la considera como un peligro para el Estado homogéneo que pretende promover.

Dice Bolaño: «Probablemente pesaba en su vasta inconsciencia la información recibida en nuestra infancia, es decir que en Chile todos somos valientes, que en Chile no llora nadie y que en Chile sólo hay puros corazones». (Bolaño, 2005: 52).

Esto da cuenta asimismo del intento, mediante la educación en la infancia de elaborar «una» historia del país, un pasado, lo cual nos remite a las ideas de Renan, retomadas por Anderson y otros.

Luego aparece la presencia de Chile como un fantasma, como una sombra que acompañará a Bolaño hasta el final de sus días. Recuerda el Golpe de Estado y esos cinco meses que estuvo en Chile en 1973, y luego recién vuelve veinticinco años después.

Bolaño recrea la idea del exilio de una manera muy particular, si se quiere no clásica. Llega a afirmar: «En el peor de los casos, exiliarse es mejor que necesitar exiliarse y no poder hacerlo». (Bolaño, 2005: 55). Después de 25 años regresa a Chile, y durante el viaje en avión reflexiona acerca de lo que eso significa. Refiriéndose a su mujer y su hijo expresa: «Los dos son españoles y es la primera vez que viajan a América. Yo no duermo. Yo nací en América. Yo soy chileno» (Bolaño, 2005: 60).

Y más adelante dice: «Joder, me estoy aproximando a Chile a más de ochocientos kilómetros por hora». (Bolaño, 2005: 61).

Sostiene Bolaño: «Yo soy chileno», y luego utiliza la palabra «Joder», la cual es utilizada en España. ¿Puede situarse a Bolaño in-between? Después de todo... ¿Qué es ser chileno o español? ¿Se ríe Bolaño de todo esto?

En el aeropuerto (lugar que simboliza «transición» según Braidotti), Bolaño observa los «rostros chilenos», sugiere la imagen que él tiene de «los chilenos». De cierto modo... ¿hablar de «los chilenos»

no es homogeneizarlos? ¿Qué imagen sugiere Bolaño de Chile? ¿Qué imagen sugiere cuando dice que «nadie habla un español más chileno que Lemebel»?

Lemebel es el escritor travesti, ninguneado por los escritores oficialistas, el que le da la espalda al poder, el que según Bolaño, no busca el reconocimiento como la mayoría de los escritores chilenos. «En Chile todo el mundo escribe» dice Bolaño, pero no todo el mundo es publicado. Los talleres literarios que florecen por doquier, según Bolaño, dan cuenta de ello. Se queja de la mediocridad del mundo literario chileno, del Premio Nacional de Literatura, el cual es recibido por Isabel Allende pero nunca por un Pedro Lemebel.

Afirma más adelante: «Esa soberana ignorancia, ese provincianismo amatonado hoy es patrimonio exclusivo de la narrativa chilena». (Bolaño, 2005: 87).

También relata la cena a la que estuvo invitado en casa de Diamela Eltit. Bolaño cuenta una anécdota verídica en que una mujer de derecha se casa con un norteamericano de derecha miembro de la DINA o la CIA. Ambos viven en una casa en las afueras de Santiago, y la mujer, debido a su afición por la literatura (y debido a los prolíficos toques de queda de la dictadura de Pinochet) organiza tertulias literarias en su casa. A ellas acuden muchos escritores chilenos, pero lo que nadie sabe es que mientras esas tertulias se desarrollan, en el sótano de la casa tienen lugar las más horrendas torturas, efectuadas por el norteamericano a diversos presos políticos y posteriores desaparecidos. Un día, uno de los invitados, al parecer borracho, en vez de ir al baño, termina en el sótano de la casa, en el que encuentra a una persona atada. Dice Bolaño: «Sabe qué es lo que está viendo». Sin embargo, a pesar de su sorpresa, sube a la sala y continúa como si nada hubiera pasado.

Dice Lemebel refiriéndose a los concurrentes de esas veladas literarias:

«Seguramente, quienes asistieron a estas veladas de la cursilería cultural posgolpe podrán recordar las molestias por los tiritones del voltaje que hacía pestañear las lámparas y la música interrumpiendo el baile. Seguramente nunca supieron de otro baile paralelo, donde la contorsión de la picana tensaba en arco voltaico la corva torturada». (Bolaño, 2005: 78).

Es muy significativo que este episodio verídico sea ficcionalizado en *Nocturno de Chile*.

Finalmente, Bolaño se muestra muy crítico hacia la sociedad chilena actual, a la que ve igual que durante la dictadura pinochetista. Habla del fin de la dictadura, pero no del silencio que esta ha instaurado.

NOCTURNO DE CHILE

Esta novela de Bolaño está escrita en dos párrafos; uno es ocupado por todo el relato, y el último es una única frase: «Y después se desata la tormenta de mierda». (Bolaño, 2000: 150). Dentro de la novela hay ciertos cuadros o episodios, sin una hilación aparente, lo cual puede ser producto de que el narrador efectúa su monólogo desde la alta fiebre que lo aqueja. Esto imprime a la narración/confesión cierto ritmo.

Al parecer Urrutia Lacroix, el protagonista de esta novela, de seudónimo H. Ibacache, está inspirado en José Miguel Ibáñez Langlois, el cual firmaba como Ignacio Valente. Es este uno de los principales críticos literarios de Chile, fundamentalmente en el período dictatorial. En la realidad, Ibáñez dio clases de marxismo a los generales de la Junta, tal como está ficcionalizado por Bolaño. Además, fue el sucesor del crítico Hernán Díaz Arrieta, de seudónimo «Alone», el cual estaría representado dentro de la obra por el crítico homosexual de seudónimo «Farewell». Cabe agregar que «Farewell» es el título de uno de los poemas de Pablo Neruda, poeta chileno que aparece en reiteradas ocasiones en el texto. Habría que preguntarse qué significación tiene que uno de los poetas que más nombra Bolaño en *Nocturno de Chile* sea uno de los más venerados por la intelectualidad chilena.

Ya en *Estrella Distante* aparece un personaje llamado Nicasio Ibacache, el cual puede tener relación con el protagonista de la última novela de Roberto Bolaño.

Bolaño ficcionaliza dentro de esta obra el episodio, conocido por todos los chilenos según palabras del propio Bolaño, de las sesiones de tortura que se llevaban a cabo en el sótano de una escritora chilena de nombre Mariana Callejas, y a la cual Bolaño llama María Canales en su libro.

Nocturno de Chile es el monólogo memorístico de un cura ex miembro del Opus Dei que al sentirse próximo a la muerte, y viéndose aquejado por una alta fiebre, comienza a recordar sucesos que acontecieron en Chile a partir de la década del 50, y de este modo llega al año 2000. Cuando llega al final, y el extenso párrafo termina, y «se desata la tormenta de mierda», el cura ya no tiene fiebre. La fiebre va disminuyendo a lo largo del relato. Un cambio de roles se avizora, ya que se presencia la confesión de un confesor.

Bolaño selecciona ciertos datos para construir la historia de Chile. Obviamente toda selección es subjetiva y poco inocente. Parece querer desentrañar las relaciones de poder que se daban en el Chile dictatorial, fundamentalmente entre los militares y el Opus Dei. En la obra también se hace presente la relación entre lo siniestro y la literatura, tal vez como ya se hacía presente en *Estrella Distante*.

También parece atacar al gremio literario chileno que ha negado parte de su memoria por vergüenza o miedo. A este respecto puede ser muy ilustrativo el caso de las torturas en el sótano y el silencio de los que acudían a las tertulias en aquella casa. «De mi casa, dijo María Canales, no quedará memoria alguna» (Bolaño, 2000: 145).

Nocturno de Chile es un monólogo que puede tornarse a veces en un diálogo, ya que el cura inventa a un interlocutor, «el joven envejecido», el cual resulta ser al final de la novela su alter ego. Este alter ego cumple una función central a la hora de recordar y narrar; ayuda al protagonista a recordar.

Esta obra puede leerse como un intento de aniquilar el ocultamiento, propiciado muchas veces por el olvido. Bolaño incluye como epígrafe una frase de Chesterton: «Quítese la peluca». ¿Se quita la peluca este cura opusdeísta?

El autor ha dicho que *Amuleto* presenta técnicas narrativas similares a las de *Nocturno de Chile*. Tarifeño, en su artículo incluido en una compilación realizada por Celina Manzoni, asegura que *Amuleto* y *Los detectives salvajes* «...violentan la historiografía oficial y plantean un modelo alternativo de memoria...». Creo que esto se podría aplicar sin duda alguna a *Nocturno de Chile*. Qué modelo de memoria nos ofrece la última obra de Bolaño y cómo se articula esto con el nacionalismo.

A lo largo del relato se desarrolla la visión del protagonista en cuanto a Chile, los chilenos y la supuesta «chilenidad». Hay claras generalizaciones acerca de los chilenos, no sin dejar entrever cierta burla al respecto. Al principio de la obra, el protagonista se presenta adueñándose de una nacionalidad en particular: «Pero a veces hasta de mi propio nombre me olvido. Me llamo Sebastián Urrutia Lacroix. Soy chileno» (Bolaño, 2000: 12).

Más adelante habrá oportunidades en las cuales el mismo no se incluya al hablar de los chilenos, o tome cierta distancia al referirse a Chile. Su visión de Chile es negativa y pesimista la mayoría de las veces, impartiendo cierta crítica hacia la intelectualidad chilena; «En Chile, como no podía ser menos, nadie sabía nada acerca de este tema (...) Tampoco sabían nada de literatura, a excepción de dos poemas primerizos de Neruda, que podían y solían recitar de memoria» (Bolaño, 2000: 80 y 81).

Abundan en esta obra las reflexiones acerca de Chile como nación, denotando una crítica muy acen tuada hacia la misma: «En este país de bárbaros, dijo, ese camino no es de rosas. En este país de dueños de fundo, dijo, la literatura es una rareza y carece de mérito el saber leer» (Bolaño, 2000: 14).

La «patria» es mencionada en reiteradas oportunidades, las más de las veces con ironía. Ejemplo claro de esto: «Bueno, dije, muy gustoso, muy sabroso, grato al paladar, manjar ambrosiano, deleitable fruto de la patria, buen sustento de nuestros esforzados labriegos...» (Bolaño, 2000: 22).

Farewell asimismo demuestra una visión similar a la de Urrutia Lacroix en cuanto a Chile: «...todo se hunde, todo se lo traga el tiempo, pero a los primeros que se traga es a los chilenos» (Bolaño, 2000: 67). La hipocresía de la sociedad chilena es descrita también, cuando Urrutia Lacroix refiriéndose a Farewell exclama que le diría que los poetas del Partido Comunista querían que éste escribiera algo acerca de sus versos. También se manifiesta una cierta separación entre literatura y política.

Se describe el deterioro paulatino de Chile, hasta llegar al desencadenamiento de la «tormenta de mierda», su deterioro ambiental; «...cuando en esta ciudad era aún posible contemplar la cordillera en cualquier temporada, sin que la ocultara el manto de contaminación» (Bolaño, 2000: 73). Y su deterioro social y político: «No soy un nacionalista exacerbado, sin embargo siento un amor auténtico por mi país. Chile, Chile. ¿Cómo has podido cambiar tanto? (...) ¿Qué te han hecho? ¿Se han vuelto locos los chilenos? ¿Quién tiene la culpa? (...) ¿Hasta cuándo piensas seguir así, Chile? ¿Es que te vas a convertir en otra cosa? ¿En un monstruo que ya nadie reconocerá?» (Bolaño, 2000: 96).

Le encomiendan al protagonista la elaboración de un informe sobre protección de monumentos de interés nacional, lo cual alude al nacionalismo impartido por la derecha, la cual brega por establecer una historia oficial levantando monumentos y conmemorando ciertas fechas como «patrias».

Elizabeth Jelin establece en su libro *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas «in-felices»*, que las operaciones del recuerdo y el olvido ocurren en un momento presente; que los acontecimientos pasados adquieren significación en el presente. Además agrega que la reflexión sobre el pasado se genera fundamentalmente en momentos de quiebre institucional o de conflicto. Esto puede relacionarse claramente con la reflexión que ejerce el cura Urrutia Lacroix en *Nocturno de Chile*. El mismo realiza un proceso de evocación, tal vez intentando resignificar sus recuerdos desde el presente. Ciertamente el pasado dictatorial reciente en Latinoamérica no está cerrado, es parte del escenario político del presente. Algo que Jelin destaca son las diferentes significaciones que puede suscitar una fecha conmemorativa. El mes de setiembre en Chile es un claro ejemplo de esto; símbolo de la barbarie para los partidarios de Allende, o «Mes de la Patria» para los pinochetistas.

Durante la dictadura chilena se celebraba el 11 de setiembre, considerándose el día de la «Confraternidad Nacional, de la Liberación Nacional y del Pronunciamiento militar». Incluso se lo llega a considerar, al 11 de setiembre, como fecha heroica, de gesta militar. Claramente se vislumbran dos Chiles; uno muy público, conservador y antimarxista, y otro más privado, silenciado. Esto se hace evidente mediante las dos celebraciones del 11 de setiembre, la masiva y la de protesta contra el gobierno dictatorial. Había, y aún hay, posiciones encontradas respecto al 11 de setiembre y lo que el mismo implicaba. Pinochet y sus seguidores promovían al 11 de setiembre de 1973 como la «segunda independencia nacional» de Chile.

En 1988 se realiza un plebiscito para decidir la continuidad del régimen militar, el cual fue derrotado en las urnas. Un año después se producen elecciones libres, lo que conllevó el triunfo de la Concertación de Partidos por la Democracia. Asume la presidencia el demócrata cristiano Patricio Aylwin. En 1990 se efectúa el funeral de Salvador Allende, de manera simbólica. Surgen dos posturas post-dictadura muy diferenciadas; una conciliadora que promueve el olvido y el perdón, y otra que exhorta a la memoria y pregona por el encarcelamiento de los violadores de los Derechos Humanos.

La memoria del Chile actual está repleta de procesos incompletos y pendientes. Parte de esto se constata a través del monólogo del cura opusdeísta. Sobre todo hay una gran imprecisión en el raudal de recuerdos que nos presenta el protagonista. Esto puede radicar en la fiebre que padece, acercándolo a una especie de delirio, y dice en la página 12: «Pero aún tengo fuerzas para recordar y para responder a los agravios de ese joven envejecido que de pronto ha llegado a la puerta de mi casa y sin mediar provocación y sin venir a cuento me ha insultado». (Bolaño, 2000).

En un momento dado el cura hace referencia al agregado cultural de la embajada chilena en París, «...un tipo muy simpático, muy chileno, muy cristiano, no demasiado culto...» (Bolaño, 2000: 94). Mediante esta cita se atisba la imagen que el protagonista se dibuja sobre Chile y los chilenos particularmente.

Pero, ¿qué es ser «muy chileno»?; ¿de qué «chilenidad» habla el protagonista? ¿Qué visión de Chile intenta establecer el cura mediante la selección de recuerdos que realiza durante su monólogo? Porque es indiscutible que la nación se construye en estrecha relación con un modelo de memoria.

El protagonista deja entrever el proceso social que desencadenó en la caída de Allende, pero se aleja de todo esto, hablando a veces de los chilenos sin incluirse. Sin embargo su postura difiere a lo largo del relato, muchas veces se incluye entre los «chilenos»; se encuentra en una especie de periferia actuando a menudo como un «outsider». Algo significativo es el hecho de que mientras los militares se

apoderaban del gobierno, Urrutia Lacroix se limita a releer a los griegos, sin preocuparse demasiado por lo que lo rodeaba. Luego, cuando el Golpe Militar es consumado, comienza a leer literatura chilena de nuevo, ¿en consonancia con el retorno de la «patria»?

Dentro de la obra hay varias enumeraciones de recuerdos, plagadas de confusión y dudas. Algo muy revelador es el nombre que da Bolaño a la enfermedad que padecía el pintor guatemalteco; «morbus melancholicus», acotando que es «el mal que ataca a los pusilánimes» (Bolaño, 2000: 47).

El autor reflexiona asimismo sobre la inevitabilidad del olvido, y sobre lo que la gente quiere olvidar. Esto se hace evidente durante la post-dictadura, con respecto a los episodios de tortura, la violación sistemática a los Derechos Humanos, etc. A propósito de esto, cito: «Ahora todos lo niegan (...) Pero eso hasta el joven envejecido sabe que es una falacia» (Bolaño, 2000: 128). Anteriormente el protagonista expresaba lo siguiente: «Pero la historia, la verdadera historia, sólo yo la conozco» (Bolaño, 2000: 124). ¿Qué es lo que quiere decir este cura opusdeísta? ¿Qué es lo que propone no olvidar?

Todorov hace alusión en su obra *Los abusos de la memoria* al maquillaje u ocultamiento que practican quienes se apropian de la memoria, y hace hincapié en la idea de poner el pasado al servicio del presente. Se vislumbra claramente en *Nocturno de Chile* la postura promovida por las derechas latinoamericanas con respecto a la dictadura militar; el olvido, no remover el pasado, y la negación de los hechos. Los que asistían a las tertulias de María Canales lo niegan fehacientemente, o niegan haber visto o sospechado algo.

Hay un evidente conflicto social y político sobre cómo procesar el pasado represivo reciente. Las memorias y reinterpretaciones son claves en los procesos de (re) construcción de identidades individuales y colectivas en sociedades que emergen de períodos de violencia y trauma. La memoria involucra huecos y fracturas, silencios y narrativas. La singularidad de los recuerdos individuales es lo que define la identidad personal. El acto de recordar presupone tener una experiencia pasada que se activa en el presente, por un deseo o un sufrimiento, unidos a veces a la intención de comunicarla. Las memorias son simultáneamente individuales y sociales. Si el Estado reprime, las narrativas alternativas se refugian en el mundo de las «memorias privadas». Las aperturas políticas habilitan la incorporación de narrativas y relatos hasta entonces contenidos y censurados. Lo que es negado o reprimido no desaparece; siempre retorna de manera transformada. El testimonio como construcción de memorias implica múltiples «verdades», y parece que hay momentos aptos para escuchar y otros que no lo son.

La memoria vista como algo perturbador; relación estrecha entre amnistía y amnesia colectiva. La memoria también como interpelación, intervención, no sólo evocación. ¿A quién está tratando de interpelar el protagonista?

Andreas Huyssen habla de la novela histórica posmoderna y su incómoda negociación entre los hechos y la ficción. Bolaño evidentemente establece una negociación de esta índole y nos ofrece un modelo de memoria alternativo con respecto a la oficial.

© Soledad Mocchi

* * *

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar, Gonzalo. "Roberto Bolaño: entre la historia y la melancolía". *Roberto Bolaño. La escritura como tauromaquia*. Ed. Celina Manzoni. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 2002.

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas*. Buenos Aires: FCE, 2000.

Bhabha, Homi. "Narrando la nación". *La invención de la nación*. Comp. Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires: Manantial, 2000.

Bolaño, Roberto. *Nocturno de Chile*. Barcelona: Anagrama, 2000

Bolaño, Roberto. "Discurso de Caracas". *Roberto Bolaño. La escritura como tauromaquia*. Ed.

- Celina Manzoni. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 2002.
- Bolaño, Roberto. *Entre Paréntesis*. Barcelona: Anagrama, 2005.
- Braidotti, Rosi. *Sujetos nómades*. Buenos Aires: Paidós, 2000.
- Chatterjee, Partha. “El nacionalismo como problema en la historia de las ideas políticas”. *La invención de la nación*. Comp. Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires: Manantial, 2000.
- Cuadros, Ricardo. “Lo siniestro en el aire”. 2006. www.critica.cl (junio de 2006).
- Espinosa, Patricia. “Roberto Bolaño: un territorio por armar”. *Roberto Bolaño. La escritura como tauromaquia*. Ed. Celina Manzoni. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 2002.
- Espinosa, Patricia. “Vericuetos de una conciencia tenebrosa”. 2001. www.letras.s5.com (junio de 2006).
- Fanon, Frantz. “Sobre la cultura nacional”. *La invención de la nación*. Comp. Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires: Manantial, 2000.
- Fernández Bravo, Álvaro y Florencia Garramuño. “Entrevista con Homi K. Bhabha”. *La invención de la nación*. Comp. Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires: Manantial, 2000.
- García, Luis. “Entrevista con Roberto Bolaño”. 2001. www.critica.cl (junio de 2006).
- Hobsbawm, Eric. *Naciones y Nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica, 1991.
- Hobsbawm, Eric. “Etnicidad y nacionalismo en Europa hoy”. *La invención de la nación*. Comp. Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires: Manantial, 2000.
- Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI, 2002.
- Jelin, Elizabeth. *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas “in-felices”*. Madrid: Siglo XXI, 2002.
- Jösch, Melanie. “Roberto Bolaño: “Si viviera en Chile, nadie me perdonaría esta novela””. 2000. www.letras.s5.com (junio de 2006).
- Kohan, Sivia Adela. “Sobre el juego y el olvido”. 2001. www.lanacion.com.ar (junio de 2006).
- Mariátegui, José Carlos. “El florecimiento de las literaturas nacionales”. *La invención de la nación*. Comp. Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires: Manantial, 2000.
- Masoliver Ródenas, Juan Antonio. “Las palabras traicionadas”. *Roberto Bolaño. La escritura como tauromaquia*. Ed. Celina Manzoni. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 2002.
- Parekh, Bhikhu. “El etnocentrismo del discurso nacionalista”. *La invención de la nación*. Comp. Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires: Manantial, 2000.
- Pinto, Rodrigo. “Bolaño a la vuelta de la esquina”. 2001. www.letras.s5.com (junio de 2006).
- Renan, Ernest. “¿Qué es una nación?”. *La invención de la nación*. Comp. Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires: Manantial, 2000.
- Smith, Anthony D. “¿Gastronomía o geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones”. *La invención de la nación*. Comp. Álvaro Fernández Bravo. Buenos Aires: Manantial, 2000.
- Tarifeño, Leonardo. “Un artista del riesgo”. *Roberto Bolaño. La escritura como tauromaquia*. Ed. Celina Manzoni. Buenos Aires: Ediciones Corregidor, 2002.
- Todorov, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós, 2000.

La autora:

Soledad Mocchi. Uruguaya, nacida en 1984. Estudió Licenciatura en Letras en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación en Montevideo

EL INFLUJO DE LA PASIÓN EN LA OBRA *EL ESCARABAJO*, DE MANUEL MUJICA LÁINEZ

por Orlando Betancor

INTRODUCCIÓN

Este ensayo intenta abordar el tema de las infinitas pasiones que alberga el alma del ser humano en la obra *El escarabajo* del escritor argentino Manuel Mujica Láinez (1910-1984). Esta novela, publicada en el año 1982, constituye un sorprendente viaje por el amor, la sensualidad y el deseo. En este mágico recorrido por la historia de la humanidad, el autor nos muestra las vivencias de numerosos personajes, unos reales y otros imaginarios, que aparecen en las páginas de este relato repleto de fantasía, refinado erotismo y referencias al mundo esotérico. Su protagonista es una fascinante joya, un escarabajo de lapislázuli, engarzado en oro, cuya piedra procede de Kunduz, en Afganistán, que formó parte de los presentes enviados por el rey de Babilonia al faraón Tutankhamón. Este objeto, que está dotado de un alma inmortal y una inteligencia poco común, va narrando a lo largo de tres mil novecientos años de historia fragmentos de la existencia de sus distintos poseedores. El destino de sus propietarios y las transferencias ilícitas, criminales o accidentales de esta gema constituyen el argumento de esta obra, dividida en doce capítulos. En esta novela, el escarabajo se detiene principalmente en aquellos dueños que, de una manera o de otra, conmueven sus sentimientos, y a la gran mayoría de los mismos, más de un centenar, le presta un interés bastante menor y a algunos les dedica unas meras líneas. Asimismo, este talismán va pasando de mano en mano, unas veces en forma de anillo, de colgante, formando parte de un brazalete, de diferentes formas, pero siempre consciente y lleno de sabiduría.

Este bello aderezo recibe el hálito de la vida a través de un conjuro, de manos del príncipe hechicero Khamuas, hermano menor del faraón Ramsés II, ante la presencia de los dioses Seth y Thot, deidades de las ciencias ocultas, en la ciudad de Tebas. Este objeto representa a Khepri, el dios escarabajo, que simboliza el perpetuo devenir del sol y la renovación de la vida. En ese momento, sus ojos se abren al conocimiento y al universo de los sentidos que se muestra deslumbrante ante él. Este singular personaje explica su llegada a este mundo del siguiente modo: «Hayan sido sus intenciones las que fueran, le doy las gracias; merced a él, mi lapislázuli ha vibrado, a través de los tiempos y los tiempos, con pasión, con curiosidad, con sorpresa, con ironía, con dolor, con ventura; merced a él, he vivido; soy». En su cara posterior tiene labrados los signos jeroglíficos que forman el nombre de su único y eterno amor, la reina Nefertari. Este adorno se enamora, hasta el final de los tiempos, de su dueña, en el barco de la soberana, en un viaje por el Nilo, mientras un músico ciego tañe delicadamente su arpa. Esta joya milenaria tiene como interlocutor durante todo el texto a otro objeto mágico, una escultura en bronce del dios Poseidón, obra del artista Kalamis, realizada en el siglo V a. C. y convertida en inmortal por la acción de un joven dios, probablemente Mercurio, que se encuentra sumergida junto a él en las profundidades del mar Egeo, cerca del cabo Artemision, por avatares del veleidoso destino.

Este curioso talismán nos muestra en esta novela su periplo vital, lleno de peripecias, desde el antiguo Egipto hasta nuestros días. En su azarosa existencia se suceden etapas de profundo recogimiento y otras de intensa actividad mundana. Así, contempla desolado la ceremonia de enterramiento de Nefertari, en una fría tumba situada en el Valle de las Reinas, donde éste se encuentra también confinado, formando parte del ajuar funerario de la soberana; después permanece durante centurias en la hendidura de una roca, tras el saqueo del sepulcro por unos ladrones, quienes en su huida dejan caer esta alhaja en las arenas del desierto. Posteriormente, lo encontramos en Atenas en la época del poeta Aristófanes, el cual arroja este objeto desde una ventana a la vía pública en un

ataque de ira. Después, esta joya presencia la muerte de Julio César, cuya sangre se desparrama por su superficie, descansa durante centurias en el fondo del río Tíber, asiste al milagro de Los siete durmientes de Éfeso en tiempos del emperador Teodosio II, reside en la corte de Aquisgrán en la época de Carlomagno, viaja con el personaje de Roldán hasta Roncesvalles y disfruta de una estancia fantástica en la quimérica isla de Avalón junto al rey Arturo. Luego, conoce Venecia en tiempos de la familia de Marco Polo; Florencia y Roma de la mano del escultor Miguel Ángel; Santillana del Mar y Madrid en la época de los Austrias; Nápoles acompañando al conde de Saint-Germain y a Cagliostro; y se desplaza al Nuevo Mundo, concretamente a la ciudad de Buenos Aires, junto a un capitán francés que se lo entrega a Pierre Benoit¹, presunto Luis XVII. A continuación, regresa al viejo continente y en París lo encontramos en compañía de la actriz Sarah Bernhardt y allí contempla de soslayo al escritor Marcel Proust. Más tarde, disfruta de un viaje de placer por el Mediterráneo, convertido en el anillo de una millonaria norteamericana, y desde cuya embarcación será arrojado al fondo marino, donde permanece durante varios años hasta que es rescatado por un pescador de esponjas. Finalmente, este aderezo pasa a manos de un escritor hispanoamericano, metafóricamente el propio autor de la novela, al que este objeto le relata su fascinante historia, a través del mágico lenguaje de los sueños, y que luego éste dará forma literaria.

Este espectador de excepción de las pasiones humanas es un singular esteta que se emociona ante la belleza física y el intenso poder del deseo. Asimismo, es capaz de comprender, por su gran sabiduría, la amplia variedad de formas de amar que existe en la naturaleza humana. También, este delicado ser se deja seducir por el encanto de la juventud, la perfección de los cuerpos y la delicadeza de unas facciones. A lo largo de la novela, este personaje describe en hermosos pasajes, llenos de encanto y voluptuosidad, aspectos como la atracción sexual, el arte de la seducción y el placer carnal.

EL GOCE DE LOS SENTIDOS

En esta odisea por el tiempo, el protagonista conocerá el amor y el desamor, los celos y el rencor, el pecado y la virtud. Asimismo, este viajero intemporal es capaz, por su antigüedad, de vislumbrar en un simple gesto, en el movimiento de unos labios, en una esquiva mirada el fuego del placer que enciende los instintos. Este talismán, convertido en un perfecto «voyeur», asiste con deleite a los momentos de pasión de sus propietarios en la sensual danza de los sentidos. Sobre este aspecto de su personalidad, Antonio Cerrada Carretero comenta lo siguiente:

«Varias veces, a lo largo de la obra, alude a lo mucho que le gustaba otear, desde los dedos de su propietario, los más recónditos lugares del cuerpo del amante ocasional o fijo mientras aquél lo acariciaba. El escarabajo se recrea en tal contemplación, lamentándose de no poder disfrutar activamente y, en definitiva, se divierte sin rijosidad y sin otras consecuencias que, a veces, herir con un rasguño el cuerpo del partenaire de turno, con lo cual suele verse desplazado a alguna repisa, estante o tocador, perdiendo así su excelente lugar de observación»².

En primer lugar, en este deslumbrante itinerario por los misterios de Eros, encontramos a este sabio escarabajo que contempla con denodado interés los momentos de intimidad entre el faraón Ramsés II y su consorte en las cálidas noches de Egipto:

«Mil veces, en el transcurso de los doscientos cincuenta años de la roca del valle, reconstruí las deliciosas escenas, que si corroían mis celos excitaban mis sentidos, de Ramsés y Nefertari, bajo el mosquitero de clarísimo tul, jóvenes, desnudos, abrazados, él moreno y ella

¹ Personaje que aparece como protagonista del cuento "La escalinata de mármol" que se incluye en la obra "Misteriosa Buenos Aires", creación también de este escritor.

² Cerrada (1990), p. 560.

blanca, amándose, gozándose, amándonos, gozándonos, porque yo amaba y gozaba también, ceñido a la muñeca de la reina, y era uno más dentro del revoltijo voluptuoso».

Posteriormente, en la próspera ciudad de Naucratis, en el período Helenístico, asiste a la iniciación en la sexualidad de los dos nietos adolescentes del viejo y lujurioso Amait con la madura hetaira Simaetha y su celestina Myrrhina. Después, estas alegres cortesanas, cansadas de su antiguo oficio, se trasladan desde esta localidad egipcia hasta Atenas, en un intento de prosperar socialmente. Allí, persiguen a su viejo amante, Aristófanes, al que habían instruido en las artes del amor. Luego, encontramos a este objeto mágico en la antigua Roma convertido en fiel testigo de la ardiente pasión de un poeta, Cayo Helvio Cinna, por Tulia Mecila, una hermosa mujer que está casada con el pérfido senador Domicio Mamerco Quadrato, cuya ambición se convertirá en una hidra de siete cabezas que terminará devorándole. Más tarde, por azares del destino, se convierte en el adorno de Pártenis, cortesana de Éfeso, una joven de cuerpo moreno y elástico, de veinte años, suave y grácil. El autor de la novela nos muestra su impresionante belleza a través de los ojos de Exacustodio, dueño de una casa del placer:

«Exacustodio cumplió con puntualidad. No habían corrido veinticuatro horas, y estaba de regreso con su retoño. Lo precedió en la habitación donde Pártenis yacía en la amplia cama, desnuda y expectante, sin más adorno que yo, en la mano puesta sobre su seno izquierdo, cuyo túrgido y pintado pezón junto a mi sortija asomaba, como un añadido rubí. Era, sin ambages, estupenda, y el hacendado, práctico conocedor, la examinó unos segundos, tasándola, antes de alborotar».

Junto a la sensual imagen de esta joven, encontramos la visión de la castidad representada en la figura de Iámblico, uno de los santos durmientes de Éfeso, que rechaza las tiernas caricias de esta muchacha. También, destaca en este recorrido por el deseo la belleza voluptuosa y sensual de Malilini, la cingara. Asimismo, en este viaje por las pasiones humanas, nos encontramos con la vida libertina de Moreta, hija menor de Marco Polo, que vive su existencia disipada en su palacio veneciano. Frente a la libertad sexual representada por esta díscola mujer, contemplamos la imagen de la represión encarnada en el amargado personaje de Pia Morosini:

«A esa altura de su existencia vacía y soberbiosa, calculo yo que lo que había minado la cordura de la señora Morosini, desequilibrándola, había sido la carencia total de amores, de los placeres higiénicos que otorga la sensualidad saciada, y que la estrecha armadura convencional que la ceñía y que se evidenciaba en el desdén acerbo de sus gestos, había terminado por ahogarla de tal manera que (...) había perdido el juicio».

A continuación, en este recorrido por el goce de los sentidos, vislumbramos a la figura de Pantasilea, la cual triunfa con sus artes amatorias en la Florencia de los Médicis, y que fue amante del escultor Benvenuto Cellini. Era la cortesana más famosa y cotizada de la ciudad, una mujer de unos veinticinco años, de piel muy blanca, con el pelo rojizo y de fulgurantes ojos verdes. Además, tenía como protectores a los jóvenes de las grandes casas florentinas. A ella se le encarga el trabajo de iniciar en los placeres de Venus a Pier Francesco Orsini, creador de los fantásticos jardines de Bomarzo³. Igualmente, durante este tiempo, alterna en su lecho a dos de sus sirvientes con su clientela, lo que crea un serio conflicto de intereses con sus celestinas que consideran que no se deben mezclar cuestiones como el dinero y el placer. Así, Pantasilea se desentiende de sus obligaciones con sus benefactores en favor de Febo di Poggio, el cual había entrado a su servicio disfrazado de doncella, y de su criado Vincenzo. Tras descubrir la verdadera naturaleza masculina de Febo, esta caprichosa mujer se convierte en amante de ambos jóvenes:

«(...) los muchachos se doctoraron vertiginosamente, antes de los quince años, en la universidad del erotismo, aprobando intrincadas materias como Gimnasia, Acrobacia, Lucha, Balística, Puntería, Euritmia y compás; y hasta yo, que soy viejo, aprendí en aquella ocurrencia

³ Este episodio se encuentra reflejado, con variaciones, en la novela *Bomarzo* de este mismo autor.

ciertas innovaciones, lo cual me confirmó que siempre, por más que uno avance en el tiempo, la experiencia continúa nutriéndose».

Más tarde, encontramos a este pétreo escarabajo, dotado de infinita sensibilidad y de entendimiento, en la mano de una poco agraciada, pero inteligente mujer, la princesa Oderisia de Bisignano, que en su vejez siente una desenfrenada atracción por el joven Alfred Franz von Howen, hijo del chambelán del ducado de Curlandia:

«Se instaló Alfred Franz, y esa noche renació, más agudamente, la sorpresa que me había desconcertado al presentarse el seminarista en el palacio Bisignano, y al notar yo la impresión que a la Princesa le causara, pues repito que desde que fue mi dueña jamás advertí que la perturbase semejante hormigueo. Mientras comían juntos, se agitó la señora en su silla, como una alborotada doncellita; suspiró, puso los ojos en blanco, se llevó a menudo una mano al pecho, como si el corazón le doliera, y en fin nos ofreció, al muchacho, al negro y a mí, los síntomas teatralmente característicos de quien ha sido objeto del Amor veleidoso a quemarropa, lo cual, teniendo en cuenta su edad y la de Howen, separadas por una distancia de más de medio siglo, cabe calibrar de alarmante».

Además, en esta misma época, vislumbramos en Nápoles a la figura del famoso aventurero, Giacomo Casanova, cuyas artes de la seducción se describen en los siguientes términos:

«Bastante tiempo más tarde, al publicarse sus “Memorias”, que todavía no había empezado, lectores versados en estadísticas computaron en sus tomos nada menos que ochenta y ocho personas del sexo débil, beneficiadas por los éxtasis de su profesional seducción; mujeres de cualquier laya: aristocráticas y fregonas, ancianas y jóvenes, bellas y feas, solteras, casadas y viudas, laicas y monjas, virtuosas y lupanarias, ninguna le negó su sensual colaboración, en lechos, otomanas, sillones, banquetas, en el piso, en pajares, en coches, en el césped, en castillos, en palacios, en tabernas, en hostales, en cabañas; y éstas eran las que anciano ya, puesto que comenzó a escribir a los setenta y cinco años, recordaba, mientras recorría el largísimo rosario pecador de sus remembranzas; ¡cuántas, cuántas se habrán extraviado en la vacilación de su retentiva!».

Después, esta joya se convierte en propiedad de la mujer de un posadero, Cassandra Chisolieri, la cual siente una ardiente pasión, no correspondida, por el erudito William Low, quien, a su vez, ama en secreto a la mujer de su protector, Lady Rowena Withrington. Posteriormente, tras su etapa en el Nuevo Mundo, este eterno viajero contempla los momentos de amor de Günther, un jardinero y violonchelista, que vive su pasión con Matilde, una hermosa mujer de vistosa cabellera, en la deslumbrante ciudad de París:

«Entonces el cotidiano beso en la boca de Matilde, con el cual Günther inauguraba el relato-concierto matutino, ganaba su máxima y jubilosa expresión, complicándose con abrazos, caricias, mordiscos, pellizcos, palpamientos, lamidas y demás manifestaciones entusiastas, para rematar en tiernos jadeos, gruñidos y estertores sofocados. Utilizaban los amantes como base del intercambio aludido, las mencionadas y enrolladas alfombras, previo retiro de la caja del violín (...).».

Más tarde, comparte durante siete años la tierna lujuria de la millonaria Dolly Vanbruck, que persigue su ferviente deseo de vencer a la muerte a través de la compañía de sus jóvenes y complacientes amantes, entre los que destaca el italiano Giovanni Fornaio, el cual será quien arranque, en un momento de furia, esta sortija del dedo de su protectora para arrojarla a las profundidades del mar. De las numerosas aventuras de esta excéntrica dama, gran aficionada a la cirugía plástica, el protagonista destaca lo siguiente:

«(...) calculo que habré recorrido entre doscientos y doscientos cincuenta cuerpos de hombres jóvenes, fornidos y blandos, magros y robustos, velludos y lampiños, blancos, negros,

amarillos, mestizos, mulatos y el de un piel roja, albinos, pecosos, transpirados, resecos, fríos, tibios, calientes, melancólicos y movedizos, emprendedores y apáticos, y declaro con admiración y justicia que a todos y cada uno, Mrs. Dolly Vanbruck, pese a las desventajas de una edad nada breve y a la prudencia que debía recomendarle la atención de su propia epidermis escindida, remendada, estirada y cosmetizada, dedicó igual energía, eficacia y curiosidad».

Con esta rica mujer, el escarabajo visita los museos de Europa y El Cairo, y se instala con ella en los mejores hoteles del mundo en un ambiente lleno de lujo y placeres. Junto a esta figura femenina, contemplamos a su amiga Maggie, duquesa de Brompton, con su colección de incontables amores, y a quien se describe en los siguientes términos: «A Mrs. Vanbruck la unían el snobismo tenaz y el encendido interés por los hombres bien hechos, pues Maggie gozaba de una excelente situación en los círculos mundanos más movedizos, y su colección masculina sobrepasaba la de Dolly, con ser ésta apreciable». Este particular recorrido, se detiene con una de sus propietarias, Kyria Penélope Lampikis, en la isla griega de Hydra, que se contenta, para satisfacer su deseo, con escuchar encendidas historias de amor que hacen volar su fértil imaginación. Ésta mujer será la encargada de entregar este aderezo, por la mágica intervención del inmortal conde de Saint-Germain, a un escritor sudamericano que será el último portador de este objeto en su tránsito infinito hasta la eternidad.

EL AMOR INMORTAL

El tema del amor que dura más allá del tiempo se observa en el vínculo perpetuo de este mágico ser con su adorada reina Nefertari, que representa su ideal de la belleza femenina, una mujer a la que amó, ama y amará siempre. Esta pieza de arte egipcio se define a sí misma como «una enamorada piedra», la cual posee, bajo su duro caparazón de lapislázuli, un corazón que ostenta un tierno y secreto latir. Este profundo sentimiento se vislumbra claramente en este fragmento: «Reflexioné entonces largamente sobre la anomalía de mi sino de espectador de los milenios, y sobre la exclusividad inconmensurable que significa ser fiel a un amor más fuerte que el tiempo». Asimismo, la concepción del amor de este personaje se describe en estas hermosas líneas:

«Ninguno de los sentimientos es tan inexplicable, tan injustificable como el amor. ¿Lo he dicho yo? No me extrañaría, porque siempre lo he considerado así. El odio, la envidia, el orgullo, son nítidos, radiantes, y por ende susceptibles de dilucidaciones que no admiten discusión: el amor no. En la estructura del amor intervienen elementos imposibles de aclarar, que el sexo contribuye a hacer más turbios, y que responden, supongo a la ideal imagen que quien ama compone de quien es amado, y a la cual el primero ajusta, dentro de lo posible, lo que el otro le provee, borrando lo que no corresponde a su invención pasional, e improvisando de la nada lo que su imagen necesita para existir. De ahí las reiteradas contradicciones, sorpresas y desengaños que el amor suministra».

A lo largo de esta novela, este personaje meditará varias veces sobre este concepto, tal y como se observa en el siguiente párrafo: «(...) lo que confirmó mi antigua certidumbre de que el amor, extraño sentimiento que a unos pocos exalta auténticamente (tengo el privilegio de ser uno de ellos), rechaza las frágiles leyes decorativas de la estética, y en ocasiones, quizás por poética ironía anida en desazonantes estructuras». También, esta visión del amor, se muestra claramente en la visita que realiza esta joya junto a su último propietario, al Museo Arqueológico Nacional de Atenas. Allí, este objeto mágico se reencuentra finalmente, tras su rescate de las profundidades submarinas, en un espléndido pasaje, con la estatua del dios Poseidón que le expresa sus sentimientos en estos términos:

«Por fin llegaste, Escarabajo –me dijo éste–. Hace años que te espero, y auguraba que terminarías por llegar. Erguido sobre mi base, en tanto fluye el río inagotable de la gente, he meditado. He comprendido que la relación que nos unió en el mar, tan fascinadora, tan extraña,

la amistad de un Escarabajo que vino de Egipto y de un Hombre-Dios que vino de Grecia, es lo principal que me pudo acontecer, con ser muy larga y compleja tu vida, y la mía muy simple. Sin ti, yo no sería más que un noble objeto, quizás, en su género, absoluto; por ti, gracias a ti, supe la sustancia y la profundidad del amor (...). Todo amor sincero es posible, ¿Qué es amar? ¿Qué es amar, sino añorar? Yo añoré y añoro los días que compartimos, sin entrevernos casi, en la penumbra del Egeo que apenas alumbraban los grandes peces encantados. Añoro tu voz. Tu pasión por la Reina, tan fantástica como la mía por ti, nunca dejó de acompañarte, y me ilumina con su claridad a mí también, de suerte que hoy no sé si te amo a ti o a la Reina, porque para mí la Reina y tú, Escarabajo, son sólo uno».

LA PERSISTENCIA DE LA PASIÓN

A lo largo de tres milenios, este escarabajo de piedra vibra con el fuego del amor cuando sus poseedores se enamoran y sufre cuando éstos experimentan el veneno del desamor. Asimismo, a través del contacto de la piel, este objeto es capaz de percibir los sentimientos, impulsos y emociones de sus dueños. Éste alaba la belleza física de los mismos, adivina sus anhelos y comprende todas sus pasiones, desde las más puras hasta las más oscuras. Durante su largo periplo existencial, este mágico ser analiza los complejos mecanismos del deleite a través de los múltiples encuentros de sus propietarios con sus respectivas amantes, efímeros acompañantes de alcoba o meros pasatiempos ocasionales. Por su parte, el profesor Alfred J. MacAdam calificó a esta obra como «un viaje por la Historia del Arte y la pasión humana»⁴. La persistencia de esta última, a través del devenir del tiempo, se puede apreciar en las siguientes palabras de su protagonista: «(...) en la intimidad de mi mente escarabaja, de que lo que cambia, en el Mundo, son los proskenios y los actores, pero que del heredado palacio al hospedaje ruin, y de la Princesa de origen granado a la Posadera de tosca proge- nie, las escenas se repiten... se repiten... se repiten... sin que, no obstante, el Mundo merezca llamarse monótono».

Igualmente, las referencias a la sexualidad son frecuentes en esta obra, como en otras novelas del autor, pero siempre dentro de un gusto estético y refinado. Además, MacAdam afirma lo siguiente: «El sexo domina el escarabajo, pero no es nunca obsceno; es lírico, patético, incluso grotesco»⁵. El carácter caricaturesco que menciona este académico se muestra con luz propia en las relaciones íntimas de uno de los propietarios de la alhaja, el enano don Diego de Acedo y Velásquez, apodado «el Primo», en la España de Felipe IV. En las páginas de la novela, se describen en primer lugar, sus encuentros con la fornida y ciega María Antonia, perteneciente a la familia Garay y Bracho, y, después, con su mujer, la oligofrénica Eugenia Martínez, «la Monstrua». También, se aprecia en la sensual fascinación de este hombre de pequeña estatura, pero de inmenso orgullo, por una escultura de bronce, traída de Italia por el pintor Diego Velásquez, que dormía el sueño imaginario de las antiguas estatuas romanas. Asimismo, esta imagen de lo grotesco se observa en la traumática experiencia sexual del deforme Pier Francesco Orsini con la cruel y perversa Pantasilea, que se mofa del muchacho por su debilidad, y en la figura de la descomunal Zoe, raptada por unos cingaros del domicilio familiar, que se convierte, dentro de los personajes del circo ambulante con el que recorre Europa, en la encarnación de una antigua diosa de la fecundidad.

LA VISIÓN DE LO SOBRENATURAL

El autor ha tratado también en este libro temas como la inmortalidad, el destino y la espiritualidad cristiana y pagana. Además, están presentes aspectos como la magia, el esoterismo y el mundo de las ciencias ocultas. Así, el protagonista expresa lo siguiente: «(...) porque no por nada soy egipcio,

⁴ Schanzer (1986), p. 140.

⁵ Ibídem, p. 138.

y poseo una personalidad que sin llegar a ser divina, me aproxima a su esencia misteriosa y me asegura cierta participación sutil de lo sobrenatural». En esta obra, este ser es capaz de ver a los antiguos dioses egipcios, a alguna deidad romana y a una de las musas del Olimpo. De la misma forma, este escarabajo tiene el poder de contemplar a los santos ángeles cristianos y a los demonios del Averno. También, en este viaje fantástico, encontramos a esta joya, durante una etapa de su existencia, en la quimérica isla de Avalón, habitada por las hadas y otras mágicas criaturas, hijas del aire. Sobre la atmósfera de este espacio encantado, el autor nos ofrece estas líneas:

«De repente la poblaban los árboles más vinculados, por esotéricas razones, con la mitología feérica, como la encina, el abedul, el saúco, el aliso, el endrino, el espino, el fresno, terror de las brujas, el avellano cuyo fruto encierra la sabiduría mejor, y el sauce, que de noche desamarraba sus raíces y camina lentamente, gimoteando; y de repente se esfumaba aquel espeso bosque laberíntico, y en su lugar brotaban, como espaciadas imágenes del trópico, los bambúes, las palmeras y los baobabs. En el centro surgía el palacio de Morgana, que a veces estaba hecho de cristalera, a veces de pórfito, de jaspe o de malaquita, y a veces se hundía bajo las aguas, si se le antojaba a la Reina que la sirviesen las sirenas y los tritones en un castillo de coral y de madreperla, ya que en la isla, como dije, todo dependía de su cambiante voluntad».

LA BÚSQUEDA DE LA BELLEZA

Igualmente, destaca en esta obra el gran conocimiento de su autor de la Historia del Arte, su gusto por los objetos hermosos y su exquisito concepto de la belleza. No hay que olvidar que la crítica de arte⁶ fue uno de los quehaceres literarios de este escritor. En esta novela, éste se detiene en describir con minuciosidad hermosas esculturas, lujosas estancias o el más mínimo detalle de un deslumbrante lienzo. Así, destaca, entre un buen número de ejemplos, la delicadeza de un rostro que asocia con el personaje del arcángel San Gabriel en la obra «La Anunciación» del pintor renacentista Sandro Botticelli o la deslumbrante visión de la obra escultórica de Miguel Ángel Buonarroti en la Sacristía Nueva de la basílica de San Lorenzo de Florencia. A lo largo de esta obra, el escritor nombra a destacados artistas de todos los tiempos como Velásquez, Sebastiano del Piombo, Piero della Francesca, Guido Reni, Tintoretto, Alberto Durero, Thomas Gainsborough, Thomas Lawrence, Charles Le Brun, George Stubbs, Joshua Reynolds, Van Dyck, Turner, Eugène Delacroix, Gerard David, Gustave Moreau o Émile Gallé. También, en esta nómina artística se mencionan a otros creadores de otras latitudes, que inspiraron con su estética el arte del siglo XIX europeo, como los japoneses Utamaro, Hiroshige y Hokusai. Además, esta obra refleja la búsqueda constante de la belleza, aspecto central en la producción literaria de este escritor y una de sus grandes obsesiones. Sobre este referente, Cerrada Carretero comenta lo siguiente: «Cabe decir, una vez más, que el autor no parece haber tenido otras motivaciones al escribir esta novela que las puramente estéticas, aparte de la necesidad de dar cauce al río poderoso de su imaginación»⁷. Dentro de este ideal de lo bello, sobresale especialmente la descripción de la estatua del dios Poseidón que se aprecia en este espléndido fragmento:

«Atravesamos la sala del Kuros sepulcral de Aristodiko, y en seguida fue el deslumbramiento, porque en el centro de su propia sala, dominándola, estaba aguardándome Poseidón. Supe al instante que era él, como al instante reconocí al Conde de Saint-Germain, pese a que si la soberbia estatua alta de dos metros en algo, esencial, recordaba al encostrado y deforme compañero mío del fondo del Egeo, fue menester la lucidez que aguza el efecto para reducir las dos a una sola figura, a esa que triunfaba ahora en el Museo de Atenas, brindando a mi estupor el cuerpo más bello que jamás he visto, más bello que cuantos concibió Miguel An-

⁶ Font (1976), p. 6.

⁷ Cerrada (1990), p. 533.

gel Buonarroti, la suma del rítmico equilibrio, tan perfecto como si le fuese dado girar en sus piernas con la seguridad de un atleta o de un bailarín, los sabios antiguos hubieran declarado que con él rotaba, fiel a las leyes de la exacta armonía, el vasto Mundo. Estaba de pie, restaurado, purificado con vapor ardiente, fulgurante; tenía el brazo izquierdo extendido, y el derecho en ademán de alzar y apuntar un rayo o un arpón; tal vez la lanza, que no la flecha, de Eros».

También, esta misma concepción la encontramos en las siguientes palabras del escarabajo sobre la esposa de Ramsés II:

«Me cabe responder que el Destino organizó los acontecimientos de manera que yo empezase el camino de la Belleza por la cima, y que ahora, ahora que han transcurrido milenios desde aquel encuentro maravilloso, y que he conocido a millares de hombres y de mujeres, mi parecer no sólo no varió sino ha ganado, a través del tiempo colosal, y sigo creyendo afianzadamente que nunca, nunca, por los siglos de los siglos, he gozado la felicidad de aproximarme a un ser tan hermoso, tan dulce, tan refinado, tan grácil, tan hecho simultáneamente de fragilidad conmovedora y de elegante y segura firmeza, como la adorable Reina Nefertari».

Igualmente, en este relato, se observa el lenguaje bellamente pulido, erudito y esmerado de su autor, siempre deslumbrante y profundamente descriptivo. Sobre el estilo de esta obra, Cerrada Carretero destaca estas líneas: «(...) se trata de una prosa riquísima en cuanto a su expresividad, sobrecargada de elementos ornamentales. Y, sin embargo, resulta fluida y de atractiva lectura. El barroquismo expresivo de Mujica Láinez se suaviza con la inmensa elegancia de su prosa, la modernidad de su lenguaje y la belleza de su expresión literaria»⁸. Asimismo, Sorkunde Francés y Vidal comenta lo siguiente: «En “El Escarabajo” el autor ha logrado amalgamar equilibradamente el tono trágico con la ironía alegre y desenfadada. El depurado lenguaje no solamente culto, sino también de una extraordinaria riqueza demuestra en la amplitud de términos, en la variedad, y el conocimiento de vocabulario muy especializado en diversas ramas y saberes una gran finura y sensibilidad»⁹.

CONCLUSIONES

A lo largo de esta novela, este mágico talismán nos ha mostrado, con pasión, con ironía y con deleite, un fascinante periplo por diferentes etapas de la historia universal. Igualmente, este consumado esteta, que se conmueve ante un físico agraciado, la intensidad de una suave caricia sobre la piel o el fuego que desprende una mirada, nos ha conducido en un viaje de placer por los eternos laberintos del deseo. En esta obra convergen todos los temas fundamentales en la producción literaria de Manuel Mujica Láinez. Así, destacan la sexualidad, la presencia de lo sobrenatural y la magia. Además, se aborda aspectos como el amor, la naturaleza efímera de la felicidad, la fugacidad de la existencia humana y la muerte que se contrapone con la imagen de la inmortalidad, encarnada en las figuras de su protagonista, Poseidón y el conde de Saint-Germain. Por su parte, Cerrada Carretero expresa sobre esta novela lo siguiente:

«En conjunto, pues, temas, factores comunes, reflexiones, estructura y formas de “El Escarabajo”, confieren a esta obra un tono y un carácter muy peculiar, casi de recopilación y de síntesis, dentro de la novelística de Manuel Mujica Láinez, como si el autor presintiera ya que ésta sería su última obra de importancia, legándonos con ella su testamento espiritual»¹⁰.

Desde esta misma óptica, Francés y Vidal vierte en un ensayo estos comentarios sobre este libro:

⁸ *Ibidem*, p. 578.

⁹ Francés (1983), pp. 138-139.

¹⁰ Cerrada (1990), pp. 601-602.

«El Escarabajo es una novela de síntesis porque recoge todos, absolutamente todos los temas que han preocupado a Manuel Mujica Láinez durante años. Los diferentes núcleos temáticos se consolidaron en el escritor a la vez y parejamente a su desarrollo humano; de forma que a medida que el desarrollo intelectual fraguaba la maduración de intereses, se consolidaban en el escritor sentimientos, pensamientos, en una auténtica conciencia creadora del mundo actual y de las causas generadoras de conflictos y tensiones»¹¹.

De la misma manera, E. Merino Claros considera a esta obra como «(...) un espejo donde se reflejan todas las obsesiones, sueños, preferencias, pasiones y fobias del autor»¹². Asimismo, ese libro repite los rasgos de erudición, humor, fidelidad histórica y despliegue de fantasía que caracterizan la narrativa de este escritor argentino. También, Francés y Vidal señala como aspecto singular de este texto la absoluta negación de la guerra¹³ por parte de su creador. Asimismo, en este sorprendente relato, que Mujica Láinez tardó dos años en escribir, aparte de otros tantos para documentarlo y prepararlo, se observa la gran habilidad del escritor en profundizar en la psicología de sus personajes y en sus complejas personalidades.

En este libro, repleto de deslumbrantes metáforas, el autor utiliza un personaje que habla a través de la prosa del escritor, aspecto que se observa también en su obra *Cecil* (1972), en la que el narrador es el propio perro del novelista. Éste parece interpretar por algún medio sobrenatural los pensamientos de este animal, al igual que sucede en este libro con el escarabajo y el autor de la novela:

«De noche me deja sobre su mesa, y no bien se duerme me pongo a hablarle. Al principio me pareció que mi mensaje no le alcanzaba, hasta que una mañana compró un alto cuaderno, y en él, tan lejanamente como pasea, se entregó a escribir. Tacha, enmienda, intercala, hojea textos, sacude diccionarios, consulta por carta a estudiosos. ¿Percibirá que su obra es el resultado de nuestra colaboración? Más aún; ¿discernirá que soy yo quien de noche se la va dictando, que soy yo quien le hace soñar, y quien a menudo aprisiona y gobierna su pluma? ¿Se resignará a consignar esto en su libro, en nuestro libro, el libro que realiza el deseo del buen Poseidón? Ojalá no suprima nada, cuando deba corregirlo definitivamente. Ojalá él mismo entienda que esta historia, tan diversa y extravagante, es en realidad una historia de amor, y la última palabra que en la última página escriba, sea el nombre de la Reina Nefer-tari, de Nefertari, de la divina Nefertari...».

Asimismo, este texto se relaciona estructuralmente con otras obras de este escritor como son *Aquí vivieron* (1949), *Crónicas reales* (1967) y *El viaje de los siete demonios* (1974). La novela con la que tiene más afinidades, según Cerrada Carretero, es *El unicornio* (1965), pues en ambas hay transmutaciones y magia y en las dos se cruza lo natural con lo sobrenatural¹⁴. Igualmente, otro elemento que se observa en este libro es el infinito amor por los objetos de su autor, una afición que provenía de los tiempos de su infancia en París y continuó, en una etapa de su vida, como funcionario del Museo Nacional de Arte Decorativo de Buenos Aires. Lo que atraía a este escritor de los mismos era su capacidad de vivir eternamente y convertirse en testigos mudos de los deseos y las pasiones de sus dueños. El novelista humaniza a los mismos, convirtiéndolos en seres animados dotados de un alma inmortal. Para este autor, éstos son capaces de amar a sus poseedores, rasgo que se aprecia claramente en el protagonista de esta historia. Así, en su novela *Bomarzo* (1962) se menciona lo siguiente: «Cuanto lo circundaba le era adicto, lo comprendía y lo amaba, con el amor sutil que las cosas sienten por quienes las han elegido, y que establece entre unas y otros una esotérica unión»¹⁵.

¹¹ Francés (1983), p. 138.

¹² Merino (2001), p. 80.

¹³ Francés (1983), p. 143.

¹⁴ Cerrada (1990), p. 562.

¹⁵ *Bomarzo*, p. 491.

A través de las páginas de esta obra, este sabio escarabajo, que se deleita contemplando las sensuales danzas del amor, el delicado significado de los gestos en el lenguaje del cortejo y los sutiles movimientos de aproximación en el juego de la seducción, nos ha ofrecido su concepción ideal de la belleza en todas sus variantes. Asimismo, este milenario objeto que ha visto sucumbir imperios, el surgir de distintas civilizaciones y el devenir de los siglos, nos ha mostrado en esta odisea por el tiempo el inmortal influjo de la pasión en el alma del ser humano.

© Orlando Betancor

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- CERRADA CARRETERO, Antonio. *La narrativa de Manuel Mujica Láinez*. Madrid: Universidad Complutense, 1990.
- FONT, Eduardo. *Realidad y fantasía de la narrativa de Manuel Mujica Láinez (1949-1962)*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1976.
- FRANCÉS Y VIDAL, Sorkunde. "El escarabajo de Mujica Láinez: entre la guerra y la inmortalidad". *Letras de Deusto* 27 (1983): 137-150.
- IRIARTE ARISTU, Julita. "Mujica Láinez y los objetos". *Boletín Millares Carló* 6 (1982): 327-336.
- MERINO CLAROS, Emilia. *Entre la literatura fantástica y la novela histórica: El escarabajo (1982) de Manuel Mujica Láinez*. Bergischen Universität Wuppertal. 2001. 23 mayo 2011 <<http://elpub.bib.uni-wuppertal.de/servlets/DerivateServlet/Derivate-289/d0400105.pdf>>
- MUJICA LÁINEZ, Manuel. *El escarabajo*. Barcelona: Plaza y Janés, 1982.
- MUJICA LÁINEZ, Manuel. *Bomarzo*. Barcelona: Planeta, 1980.
- SCHANZER, George O. *The Persistence of Human Passions: Manuel Mujica Láinez's Satirical Neo-Modernism*. London: Tamesis Books, 1986

El autor:

Orlando Betancor es Doctor en Historia del Arte y Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad de La Laguna (Tenerife). Actualmente, es responsable de la Hemeroteca de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de esta Universidad. Ha colaborado habitualmente, desde 1990, en diferentes revistas especializadas en Artes Plásticas y suplementos culturales de varios periódicos del Archipiélago Canario. Su labor investigadora, en el ámbito de la literatura, está centrada en el estudio de la narrativa japonesa posterior a la Segunda Guerra Mundial y ha publicado varios ensayos sobre este tema en la revista "Espéculo" de la Universidad Complutense de Madrid. También, analiza en este momento la obra deslumbrante y sensual de la autora cubana, exiliada en París, Zoé Valdés.

EL GUITARRISTA DE LUIS LANDERO COMO NOVELA DE FORMACION

por Nerea Marco Reus

La novela de Luis Landero se adentra en el terreno de la novela de iniciación, donde asistimos a la evolución del protagonista, Emilio. Sin embargo, es difícil clasificarla dentro de un género literario en concreto, pues no casa a la perfección con las características necesarias para ello. «Lo evidente es que esta obra se inscribe en ese fecundo género que es la novela de iniciación a la vida»¹, comenta Fernando Valls sobre la novela.

Se puede decir que *El guitarrista* es una novela de formación o aprendizaje, pero no es sólo eso. También se puede abordar el relato de Landero desde otros puntos de vista y eso es lo que intentaremos tratar brevemente en este ensayo.

Un género posible sería el del *Bildungsroman* o la novela de desarrollo/aprendizaje/formación, pues los críticos no coinciden en un sinónimo en español que abarque el significado completo con todos los matices del término alemán. Si bien algunas de las características del *Bildungsroman* nombradas en el artículo de José Santiago Fernández Vázquez se cumplen, no lo hacen todas. También hay que recordar que las características no están acotadas y que el concepto aún no está definido por los estudiosos, teniendo ante nosotros varias definiciones de éste.

«Para llegar a establecer una descripción precisa del Bildungsroman es necesario examinar los límites del género. En particular, debemos estudiar la relación que mantiene con (...) las historias de iniciación, la novela “liminal” y lo que Lukács denomina la “novela de la desilusión”.»²

Algunas características del Bildungsroman en las que coinciden todos los críticos serían la disposición cronológica de los acontecimientos, la figura de un mentor o maestro (Raimundo) o la iniciación romántica (Adriana). En cambio, la aceptación social que requiere la novela de aprendizaje no llega a realizarse, porque si bien Emilio ha crecido y evolucionado, no llegamos a ver ese final claro, ese retorno maduro del personaje. Aún le queda un paso por delante: el viaje a París. Sí es cierto que realiza un viaje como guitarrista, trabajando para Rivas, no es «el viaje» del que se habla en toda la novela, que es París, así que podríamos admitirlo como viaje o no; tenemos ante nosotros las dos opciones y ambas son válidas.

Podría ser curioso o interesante señalar que en otro de los libros del novelista también podría estudiarse desde este punto de vista. Tal y como nombra Gonzalo Hidalgo Bayal, en otra novela de Landero, *Juegos de la edad tardía*:

«Pero además de la función narrativa, cerrando hasta el extremo el círculo, Landero ha querido que el afán de Gregorio Olías consista en ser el gran Faroni (...); establece la siguiente ecuación: un novelista, Landero, cuyo material es la palabra, frente a un personaje, Olías, un pobre hombre sin presente, frente a su afán, Faroni, un mago verbal inasequible.»³

Tras leer el artículo en *Cuadernos hispanoamericanos*, no podemos sino preguntarnos por esa similitud que podemos encontrar entre los personajes de *Juegos de la edad tardía* y *El guitarrista*. ¿No es Faroni un poco como Raimundo? ¿No se parece Olías a Emilio? Beltrán también presta atención a la construcción de los personajes en la narrativa de Landero, y elabora su opinión sobre el maestro/mentor teniendo en cuenta el papel de la parodia y la risa:

¹ Fernando Valls, «La necesidad de huir», en *La realidad inventada: Análisis crítico de la novela española actual*, Barcelona, Crítica, 2003, pp.294 -297. (Aparecido por primera vez en Quimera, 217, junio de 2002, p. 67-69.

² José Santiago Fernández Vázquez, *La novela de formación. Una aproximación a la ideología colonial europea desde la óptica del Bildungsroman clásico*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 2002. Pág 74.

³ Gonzalo Hidalgo Bayal, «La ficción y el afán: Ensayo sobre Luis Landero», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 535, enero 1995, pág 122.

«Es un héroe absurdo, un fracasado esencial. La distancia que separa su imagen real de la imagen que anhela de sí mismo es insalvable. (...) El divorcio entre el horizonte de expectativas de lector y personaje abre el abismo del absurdo.»⁴

Como la novela de aprendizaje o formación está ya tratada ampliamente en el artículo antes nombrado, y críticos como Ricardo Senabre, José María Pozuelo Yvancos o Fernando Valls aceptan *El guitarrista* dentro del género de la novela de aprendizaje, vamos a aproximarnos al texto de Landero desde otras posibles perspectivas, como las historias de iniciación, la novela «liminal» o la novela de la desilusión.

«Las historias de iniciación nacen de la misma estructura antropológica que da lugar al Bildungsroman: separación – iniciación – retorno»⁵. La diferencia entre ambos está en que las primeras necesitan de un rito formal de carácter colectivo, proceso que no encontramos en *El guitarrista*. Por esa definición técnica, no es una historia de iniciación según la definición de éstas.

Otra de las opciones para acercarnos al estudio de la novela de Landero podría ser la novela «liminal». Ésta sigue las convenciones del *Bildungsroman*, pero el héroe no culmina con éxito el rito de paso. Esta característica podría aplicársele a nuestro protagonista. El lector se queda justo en el momento de esa elección: ir a París o no ir. En las últimas páginas de la novela, estamos convencidos de que Emilio usará el billete e irá a la capital francesa, pero no le vemos subir al tren, ni llegar allí. ¿Lo hace al final o no? No sabemos con seguridad si termina el rito de iniciación, el viaje en solitario. Así pues, tampoco podemos afirmar con seguridad que sea una novela «liminal».

El crítico y estudioso de la literatura Georg Lukács propone un género, la novela de la desilusión, que hace referencia también a una iniciación fallida y que concluye con un colapso de los ideales del héroe. ¿Podría ser un colapso el plantón que le dan Adriana y Raimundo en las últimas páginas de la novela? Es posible, pues ambos personajes abortan los planes que tenían respecto a Emilio y éste se queda sorprendido por ello, sin saber muy bien qué hacer en un principio. Al final, leemos que irá a París, pues les dice a sus compañeros del taller que deja el trabajo. Pero el final tiene un punto amargo, de desilusión, de planes fallidos, que podría acercarse a la idea que tenía Lukács al definir la novela de la desilusión.

Sobre el protagonista de la novela de desilusión, y con la idea del héroe en uno de los primeros personajes que identificó en este género –el protagonista de *La educación sentimental* de Flaubert–, Olga Janneth García Ortegón, siguiendo la teoría de Lukács, comenta:

«El héroe novelesco es conflictivo, no tiene de dónde sostenerse una vez ha optado por zafarse de la mano de Dios, ha perdido el sentido de la trascendencia. El hombre comienza una búsqueda de valores, pero el mundo le es extraño. El héroe novelesco es el hombre de la crisis, es un ser que busca, que intenta abrirle caminos al destino.

»El mal del héroe novelesco es la falta de claridad absoluta, la ausencia de un destino claro, la carencia de respuestas, la vida llena de interrogantes. Su vida es un proceso de degradación, de escisión, de búsqueda sin hallazgos, sin objeto, sin meta final.»⁶

Estas palabras se podría aplicar a Emilio, el protagonista de *El guitarrista*, y no nos resultarían extrañas, pues describen alguna de las características de su personalidad: ausencia de destino, vida llena de interrogantes, búsqueda sin hallazgos. Sin embargo, otras de las características nombradas no casan tan bien: no es conflictivo, sí que tiene una cierta meta u objetivo, la degradación que vemos en la vida de Emilio no es demasiado acentuada, más allá de algunas noches en tugurios con su primo Raimundo.

Así pues, de nuevo tenemos el dilema de si *El guitarrista* entra dentro de estas características y puede ser aceptada como novela de la desilusión. Como hemos analizado, no concuerdan todas sus características, por lo cual podría serlo en cierto sentido, pero no afirmarlo con ausencia de duda.

Debemos tener en cuenta que todos los puntos de vista tratados en las páginas anteriores (historias de

⁴ Beltrán Almería, Luis, «La estética de Luis Landero», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 532 (1994). Pág 131.

⁵ José Santiago Fernández Vázquez, ídem. Pág 77.

⁶ Olga Janneth García Ortegón, *La educación sentimental a través de la óptica de Georg Lukács*, en [<http://www.ucm.es/info/especulo/numero27/edusenti.html>]

iniciación, novela de la desilusión, novela liminal, *Bildungsroman*) son géneros que podrían, si no somos estrictos, catalogarse dentro de uno mayor, al cual podríamos llamar novelas de aprendizaje/formación/madurez.

«A lo largo de las ocho partes de la novela, recrea el autor los encuentros que Emilio tiene con diversos personajes. Todos ellos contribuyen a la formación de su personalidad, le van abriendo puertas o cerrando caminos, para que tras diversos aciertos y desaciertos, sea él mismo quien decida el rumbo de su destino.»⁷

Si tomamos como referencia estudios literarios y seguimos los criterios formales de los críticos, tendremos problemas para categorizar sin duda alguna la novela dentro de uno de estos puntos de vista; sin embargo, si lo único que pretendemos es mostrar algunas ideas en torno a las cuales podría entenderse la lectura de esta novela y reflexionar acerca de la construcción y evolución del protagonista principal, aceptar *El guitarrista* de Luis Landero como una novela de aprendizaje o formación sería un buen punto de partida para empezar a comprender el texto. El crítico José María Pozuelo Yvancos escribió de esta novela: «No creo que el género sea autobiográfico (...) En realidad ésta es una novela de aprendizaje, en la estirpe de las *bildungsroman*.»⁸

Una de las cuestiones importantes a tener en cuenta si queremos analizar *El guitarrista* y cómo se enfrenta la crítica a esta novela es sin duda el personaje principal, Emilio. Al poder ser, como hemos elaborado, una novela de aprendizaje o formación, la caracterización del personaje central que soporta el peso de la trama es de vital importancia.

Antes de adentrarnos a buscar detalles entre los párrafos del texto, debemos tener en cuenta algunos artículos que escribió la crítica al publicarse esta novela. Escribe Rafael Conte: «*El guitarrista* de Luis Landero es una novela semiautobiográfica en la que el autor sigue su línea de narrador nato: historia de iniciación, un joven guitarrista y su romance de raíces cervantinas.»⁹

Así pues, descubrimos que tras el personaje de Emilio hay algo más que pura imaginación y ficción. Fernando Valls comenta¹⁰ que esta novela presenta algunas novedades respecto a las anteriores del autor, y que una de las más importantes es sin duda ese camino que ha encontrado Landero en el cual convierte en ficción la propia experiencia.

Luis Landero fue concertista de guitarra flamenca durante algún tiempo; sin duda se apoyó allí el autor para construir al personaje de Raimundo, pero también para inspirar los sentimientos y anhelos de Emilio en su iniciación en el mundo de la música y el arte. Como podemos leer en una entrevista concedida a Rosa Mora en *El País*¹¹, Landero revela: «Tenía una vida laboral muy dura. Me levantaba a las seis de la mañana (...), a las seis de la tarde iba a una academia nocturna, volvía a casa a medianoche. Mi primo se metió a guitarrista y me convenció a mí también.»

Las similitudes entre la vida del escritor y la de Emilio son remarcables, sin embargo, no entra en la discusión que ésta sea una novela autobiográfica, pues, como el mismo escritor explica, sólo escoge vivencias suyas y las transforma en ficción. «Es una historia de iniciación, con un fuerte componente autobiográfico (...) guarda una enorme coherencia con ese mundo que ha creado Landero –*Juegos de la edad tardía* (...)– de personajes atrapados en una vida mediocre que sueñan con escapar. Tiene, además, el aliciente de mantener un interesante diálogo sobre el oficio de escribir.»¹²

El último de los puntos que describe Rosa Mora en la introducción a su entrevista en 2002 con Luis Landero es un capítulo importante del libro y un personaje al que también debemos mirar de cerca, pues también adquiere ciertas características que le cede el autor de su vida personal. Nos referimos al personaje de Rodó, el bibliotecario, el escritor, que se aloja en la habitación alquilada de la casa de su madre durante un tiempo. «Ese escritor compulsivo e inédito que es Rodó representa el fracaso, la

⁷ Fernando Valls, *ídem*, p. 67-69.

⁸ José María Pozuelo Yvancos, «El argumento de la vida», *Suplemento cultural del diario ABC*, 29 de marzo de 2002.

⁹ Rafael Conte, «Como un cuento de hadas», en *Babelia*, 16 de marzo de 2002.

¹⁰ Fernando Valls, *ídem*, p. 67-69.

¹¹ Rosa Mora, «La novela morirá cuando dejemos de soñar». *Entrevista con Luis Landero*. *El País*, 08/02/2002.

¹² Rosa Mora, «La novela morirá cuando dejemos de soñar». *Entrevista con Luis Landero*. *El País*,

incapacidad para componer un texto coherente.»¹³ No dudamos de que el personaje de Rodó y la conversación que mantiene con Emilio es un reflejo del propio autor. Quizás esa conversación es un espejo de él mismo: a un lado, Emilio, su yo joven; al otro, Rodó, su yo adulto. Luis Landero recrea ficticiamente alguna de las preguntas que, como joven con anhelos por la escritura, se le podían haber pasado por la mente. También podría darle, en forma de Rodó, de yo adulto, algún consejo a Emilio, su yo joven. Podemos ver ciertos paralelismos entre ambos personajes:

«¿Quieres saberlo? Yo era algo más joven que tú, y hasta entonces nunca se me había ocurrido escribir. Nada más lejos de mis pretensiones.»¹⁴

Rodó no sabía que quería ser escritor. Tampoco Emilio, aunque luego lo sea. Lo averiguamos nada más abrir el libro, en la primera línea de la novela: «Hace mucho tiempo (cuando yo ni siquiera sospechaba que algún día llegaría a ser escritor) fui guitarrista»,¹⁵ Luis Landero tampoco sabía que quería ser escritor. Él fue mecánico, trabajador en un taller de costura, guitarrista antes que escritor. También lo es Emilio, al que vemos avanzar por diferentes situaciones, madurando poco a poco frente a las experiencias a las que se enfrenta.

Emilio es un bueno chico. Cumple con su madre, trabaja en el taller, asiste a las clases nocturnas en la academia, quiere estudiar. Pero, ¿tiene pasión, afán por algo? En un principio, no la vemos, no la demuestra. Luego, se deja llevar por la emoción de Raimundo hacia el mundo del flamenco a través de la guitarra. O le seduce la idea de ser escritor al conocer el secreto de Rodó. ¿Tiene pasión por alguna de las dos profesiones? ¿Le interesan los estudios, la academia? Luis Landero presenta a un personaje protagonista que está perdido y que, después de más de trescientas páginas en la novela, lo sigue estando. Un personaje que duerme con un ojo:

«—Y que cierras a veces un ojo, o te lo tapas con la mano.

»—El izquierdo. Cuando estoy cansado y con sueño, me adormezco un poco con ese ojo.»¹⁶

Siempre cansado, siempre corriendo, siempre llegando tarde a sus diferentes ocupaciones: «¡Émil, Émil! ¡Vamos, arriba, que ya vas con retraso!»¹⁷ Le apura su madre todas las mañanas. Un muchacho al que le es presentada una joven, Adriana, en bandeja de plata y tampoco se atreve a dar el primer paso. Un personaje indeciso, perdido y sin carácter, que se encuentra sin amante y sin compañero y con dos billetes en la mano para ir a París. Un joven cuyas manos lo mismo utiliza para trabajar en el taller mecánico, manchándolas y con olor a trabajo, que las emplea para tocar en la guitarra cuidadas melodías con aire flamenco.

«Y luego me olía las manos, y, abrazado a la tartera, a los libros, a la guitarra, me apresuraba también hacia mis cosas.»¹⁸

Como escribe Ricardo Senabre: «*El guitarrista* (...) se mantiene en esa sutil frontera entre lo literario y lo histórico, que invita al lector indistintivamente a leer la ficción como realidad y la realidad como ficción».¹⁹

© Nerea Marco Reus

La autora:

Nerea Marco Reus. Estudiante de Filología Hispánica en la Universidad de Zaragoza. Es redactora de la revista de literatura juvenil *El templo de las Mil Puertas* y colabora en diversos proyectos de literatura infantil y juvenil en el ámbito digital. Mantiene su blog personal <http://www.elculturaldenerea.com>. Actualmente disfruta de una beca erasmus en la Universidad de Birmingham, Inglaterra.

¹³ Fernando Valls, ídem, p. 67-69.

¹⁴ Luis, Landero, *El guitarrista*. Barcelona, Tusquest, 2010. Pág 234.

¹⁵ Luis, Landero, ídem Pág 13.

¹⁶ Luis, Landero, ídem. Pág 236.

¹⁷ Luis, Landero, ídem Pág 104.

¹⁸ Luis, Landero, ídem Pág 112.

¹⁹ Ricardo Senabre, «El guitarrista», en *El Cultural*, 13 de marzo de 2002.

ESTUDIO COMPARATIVO DE LOS CUENTOS *EL BARRIL DE AMONTILLADO* DE EDGARD ALLAN POE Y *LA CATACUMBA NUEVA* DE ARTHUR CONAN-DOYLE

por Enrique García Díaz

En diversas ocasiones cuando leemos una historia podemos encontrarnos en la situación de haberla leído ya. O bien haber encontrado una parecida. Son diversos los escritores que bien por influjo de un escritor, o bien por admiración hacia este, los que basan sus relatos en alguno muy parecido de ese escritor admirado. Este es el caso de Edgar Allan Poe y Arthur Conan-Doyle. Aquí encontramos dos relatos que comparten diversos elementos. Y que después de ello, uno averigua que Conan-Doyle era un admirador de Poe. Lo cual facilita en gran medida el hecho de contrastar ambos relatos, y establecer así un vínculo entre ambos escritores.

El Barril de Amontillado de Edgar Allan Poe apareció publicado por primera vez en 1846. Éste es uno de los relatos de la etapa final del escritor, marcado sin duda por la muerte de su mujer. En cuanto a *La catacumba nueva* sabemos que aparece publicado en 1898, lo cual nos hace pensar que Arthur Conan-Doyle era conocedor del relato de Poe y que supuestamente se basó para escribir el suyo. Sin embargo, encontramos algunas diferencias significativas. Sabemos que Conan-Doyle se sintió atraído por las historias de detectives y más en concreto por Auguste Dupin creado por Poe. Es su relación con su amigo, y cronista lo que tal vez impulsó la relación Holmes-Watson. Un tema atractivo, el de la amistad al igual que Cervantes hizo con Don Quijote y Sancho.

Basándonos en esa admiración, o influencia de Poe en Conan-Doyle analizaremos los relatos basándonos en varios puntos:

- El personaje
- La trama (influencias de la literatura gótica)
- El sentido de la venganza
- El final.

EL PERSONAJE

Tanto Burger, protagonista del cuento de Conan-Doyle, como Montresor el homónimo de Poe, aparecen representados como personas sin escrúpulos, frías y calculadoras que no dudan un solo instante en lograr su venganza. Ya en el cuento de Poe, Montresor confiesa sus deseos de arrebatar la vida a Fortunato por los insultos recibidos aunque para hacerlo deba fingir que se lleva bien con él. Para llevar a cabo sus propósitos, tanto Montresor como Burger tienen el don de conocer la debilidad de su oponente. Saben cómo alimentar su ego para hacerle caer en la trampa. Engañan fácilmente a sus víctimas, ¿sucede por mérito suyo o por demérito de éstas? La codicia que muestran éstas, puede ser el detonante que las conduce a la perdición. No intuyen en ningún momento que su amigo/colega los está llevando a su muerte salvo cuando esta situación es irremediable y demasiado tarde.

Tanto Burger como Montresor han sido víctimas de un agravio, que debe haber sido lo suficientemente grave, como para asesinar a su agresor. Ambos se convierten en acusador, jurado, juez, y verdugo. Y cuando lo hacen es de una manera irónica y fría. Como se desprende del final, ambos son personajes que no parecen mostrar arrepentimiento alguno por lo que han hecho, ya que piensan que era su deber hacerlo. Que la razón estaba de su parte.

LA TRAMA

Ambos relatos están situados en Italia. Conan-Doyle sitúa a sus personajes en Roma, mientras que Poe lo hace en Venecia durante el carnaval para ser más exactos. Desconocemos si hay algún motivo especial para que ambos relatos coincidan en este aspecto. Para dar un toque de siniestralidad al relato la acción principal de ambos se va a desarrollar de noche. Cuando nadie puede ser testigo del crimen, pese a que en ambos casos se cometen en lugares cerrados (una catacumba y una bodega). Estos lugares aparecen descritos como siniestros, lóbregos, oscuros, llenos de humedad; sin duda alguna realzando las características del género gótico creado por Horace Walpole con el *Castillo de Otranto* (1764), obra precursora del género.

La pareja de protagonistas de cada relato pertenece al mismo gremio. Si Burger y Kennedy son arqueólogos, que se encuentran en Roma por motivos del descubrimiento de una nueva catacumba; Montresor y Fortunato son coleccionistas o amantes del buen vino.

En ambos casos los agraviados saben, como decíamos anteriormente, avivar el ánimo de sus respectivas víctimas mediante aquello que más anhelan. Pero para hacerlo más interesante y misterioso Burger le pide a Kennedy que le cuente que sucedió con Mary Saunderson. Aquí se nos plantea el doble misterio: en primer lugar, saber qué se propone Burger con Kennedy; y el otro el porqué su interés por una historia pasada. En un principio, Kennedy se muestra reacio a contar esa historia e incluso irónico. No le concede la mayor importancia a ésta, sino que la trata como una conquista más. Pero sólo cuando se da cuenta que si no accede a los deseos de Burger, éste no le contará nada de su hallazgo de la catacumba, y perderá su oportunidad de gloria y fama. Esta historia con Mary Saunderson es clave para entender el relato, y el porqué del desenlace final. Aunque el lector puede intuir a medida que va leyendo el porqué del interés de Burger.

En el caso de Montresor, éste sabe que Fortunato se jacta de ser un entendido en vinos. Y para provocar la reacción que Montresor busca, habla de un tal Luchesi entendido en vinos también. Fortunato se siente herido en su orgullo y acepta sin más probar el vino. De ahí que Montresor elija un amontillado para hacerle caer en la trampa. Aprovechan su debilidad para conducirlos hacia su trágico final.

LA VENGANZA

Es sin duda el momento cumbre de ambos relatos. Cuando Montresor/Burger comienzan a desarrollar su plan de una manera lenta y calculada; comportándose como fríos asesinos. Teniendo en cuenta cada detalle, llegan a mostrar una *falsa* preocupación por el estado físico de sus víctimas. No es sino un gesto irónico del autor para mostrar a lo que puede llegar una persona con tal de lograr su objetivo. Y esa ironía se vuelve algo macabra cuando somos testigos de cómo Montresor/Burger van desarrollando de manera metódica su venganza. En ambos casos tanto Poe como Conan Doyle demuestran un manejo espectacular de la situación. La descripción del lugar al que ambos conducen a los personajes refleja perfectamente las intenciones de Burger y Montresor. Ambas víctimas piensan que no es más que una broma de su colega; y cuando descubren que no lo es, entonces asistimos a una situación de terror, de pavor, al imaginarnos en la situación de la víctima. Un destino angustiante

ya que se va a producir lentamente. En ambos relatos la manera en la que ambos son abandonados a su suerte es bastante aterradora. En el caso de Poe, Montresor sujeta a la pared a su amigo Fortunato, para después comenzar a levantar un muro y emparedarlo. Por su parte, Burger conduce hacia el interior de unas catacumbas a Kennedy y cuando ambos se quedan completamente a oscuras lo invita a lograr salir de allí sin más medios que su instinto. En ambos casos dichas ejecuciones son bastante parejas, puesto que dejan a su víctima morir lenta y angustiosamente. Y llegados a este punto podemos hacernos la siguiente pregunta: ¿justifica la venganza el daño recibido?

EL FINAL

En las dos historias el final es el mismo: tanto Burger como Kennedy cumplen su propósito. Y en el caso del relato de Conan-Doyle, Burger le recuerda a su víctima el porqué de su comportamiento. El personaje muestra sangre fría y falta de remordimientos al hacerlo. Burger habla de hacer un experimento; el de dejar a una persona sola en mitad de las catacumbas, a oscuras, y sin ningún forma de guía para salir de éstas. Esa es la manera que tiene Burger de vengarse de Kennedy por lo que éste le hizo en el pasado; y es en ese momento en el que lo deja a solas cuando el cuenta la verdad, el motivo por el que hace lo que hace. Él, Burger, era el prometido de Miss Saunderson, la muchacha a la que Kennedy sedujo y que rompió su compromiso con Burger.

En el caso del cuento de Poe no sabemos cuál es el alcance del agravio experimentado por Montresor. Éste solo habla de insultos e injurias. En cualquier caso, podemos volver a hacernos la misma pregunta que al principio. ¿Justifica el crimen el agravio recibido? Lo que si es claro es que ambos relatos discurren parejos en forma y contenido. Y en la manera de comportarse sus personajes. Podemos hablar de una posible influencia de Poe en Arthur Conan Doyle y de ahí la similitud entre ambos cuentos.

© Enrique García Díaz

* * *

BIBLIOGRAFÍA

Conan-Doyle, Sir Arthur, “La catacumba nueva” en *El embudo de cuero y otros relatos*, Colección Maestros del Terror, Ediciones El País S.L., 2009, pp.35-63.

Poe, Edgard Allan., “El barril de Amontillado” en *Manuscrito hallado en una botella y otros relatos*, Colección Maestros del Terror, Ediciones El País S.L., 2009, pp.115-27.

El autor:

Enrique García Díaz. Doctor en Filología inglesa por la Universidad de Salamanca (Especialidad: Origen y evolución de la novela histórica inglesa: Las obras de Walter Scott).

COMENTARIOS SOBRE *EL HOMBRE MUERTO*, DE HORACIO QUIROGA *

por Adrián Flor Martínez

Aparecido por primera vez en *La nación*, 27 de junio de 1920, el título de este cuento de Quiroga anticipa al lector (como si de una «crónica anunciada» se tratara) el tono y el suceso que va a dominar la integridad del texto. Se nos desvela, aunque suene a Perogrullo, que el texto va a girar en torno a la muerte de este Hombre.

Aunque la muerte sea un elemento inherente al texto de Quiroga, no es en sí el tema principal. Pese a que son muchas las caras que tiene el texto, podríamos establecer como tema principal *la forma de afrontar la muerte por parte de nuestro protagonista*, o de forma menos trascendental, *los últimos minutos de vida de un gaucho*; no obstante desde un punto de vista original; haciendo cotidiano e intrascendente un hecho al que mismo narrador considera «ese momento, supremo entre todos, en que lanzamos el último suspiro.» (309). Evidentemente, otros temas podrían destacarse como son el de la dureza del paisaje natural (frecuente en toda su obra, en cuentos como *Anaconda*, *Tacuara-Mansión* y, en general, en todo el ciclo de cuentos de *Los desterrados* en el que se integra *El hombre muerto*); también el fracaso del Hombre en ese ambiente (en menor grado en este cuento a diferencia del resto); la soledad del campo sudamericano y, claro está, todo rodeado de ese halo que es la muerte (personaje y tema a la vez, tema en cuanto a forma original de tratar la muerte en la literatura).

En cuanto a la estructura del texto también podríamos decir que el autor explora otros límites más allá de la tradicional estructura en tres partes. Una proposición de estructuración del texto sería la siguiente:

Una primera parte iría desde «El hombre y su machete...» (p.308) hasta «...tuvo la impresión sumamente lejana de no ver el machete de plano en el suelo». En esta primera parte veríamos una presentación de los dos protagonistas (el protagonista humano y uno de sus antagonistas, el machete, al que se personifica) y del paisaje típicamente americano hasta llegar a la génesis, la puesta en marcha del conflicto del texto, el casual accidente del hombre al tropezar con su propio poste y clavarse, en el costado, el machete. Ahí comenzaría la contrarreloj anunciada del personaje.

A partir de aquí, y éste sería uno de los artificios del texto que hace que funcione, vemos una sucesión de entradas y salidas de digresiones por parte del narrador en las que, magistralmente con el uso del estilo indirecto libre, nos mezcla sus reflexiones con las preocupaciones del protagonista sobre ese suceso que le sobreviene. Dentro de alguna de estas digresiones, en las que el narrador abandona lo descriptivo (tono dominante del texto), podemos ver incluso algunas regresiones a tiempos pasados. Veamos algún ejemplo:

Con la primera mención textual de «La muerte» en el párrafo quinto (p.309) el narrador nos adentra en una digresión en la que expone su propia opinión acerca del asunto. Es destacable que en este mismo párrafo podamos ver la propia tesis del cuento:

«Es la ley fatal, aceptada y prevista; tanto, que solemos dejarnos llevar placenteramente por la imaginación a ese momento, supremo entre todos, en que lanzamos el último suspiro.» (p.309)

* Quiroga, Horacio. *Cuentos*. Edición de Leonor Fleming. Madrid: Cátedra, 2008. Impreso

Esa misma digresión termina dos párrafos más adelante, como si el propio narrador saliera de su obnubilación. En estos momentos, nos ofrece un tremendo contraste entre los pensamientos un tanto entusiastas con la cruda realidad: «¡Tan lejos está la muerte, y tan imprevisto lo que debemos vivir aún! ¿Aún?... No han pasado dos segundos.» (p.309)

Este juego de digresiones-regresiones con los diversos contrastes que el narrador nos ofrece de mano del protagonista, duraría siguiendo esta división hasta los dos últimos párrafos, en los que el protagonista presumiblemente ya está muerto. Hay que decir, que en este ir y venir el protagonista, junto a otros factores, se van diluyendo dejando paso así a otros personajes y a otro tempo. Es en este cuerpo del texto donde veríamos el factor más contemplativo, sin apenas acción hasta el final (y nunca de mano del personaje). Llega a lo retorcido este sistema, pero no hay que confundir la voz del narrador con la del protagonista, que a veces queda eclipsada.

La tercera parte de esta división comenzaría en el penúltimo párrafo con la disgregación del consciencia del protagonista de su propio cuerpo: «Puede aún alejarse con la mente, si quiere» (p.312) En la que el hombre muerto adquiere de nuevo la perspectiva del narrador omnisciente viendo todo como si se tratara de un cuadro o fotografía. Con la muerte del personaje, en el último párrafo, el estilo indirecto libre olvida al hombre y se centra finalmente en uno de los antagonistas: la naturaleza, en este caso, el caballo que, una vez desvanecido el control invasor del hombre, se atreve a cruzar por la tierra que es suya por derecho natural. El hombre ya «ha descansado».

Visto ya cómo hace Quiroga funcionar el texto vamos a pasar a comentar las otras «caras» que hay a lo largo del cuento:

Hablemos en primera instancia de los personajes que aparecen en todo el texto. Aquí el autor no nos enseña una paleta de personajes, son escasos, acaso para recalcar la sensación de soledad en el amplio terreno sudamericano. Principalmente tenemos al hombre, este personaje es un arquetipo del Hombre (como género humano). Se nos narra su última media hora de vida (aproximadamente), tras sufrir un desafortunado resbalón con un poste de sus terrenos y clavarse un machete. A diferencia de otros de sus relatos, en los que el hombre es mostrado como un invasor de las tierras salvajes; en *El hombre muerto* vemos que el campesino ya ha hecho suyo este «ecosistema» hostil viviendo con su familia incluso. Sin embargo, y aquí viene el quid, Quiroga nos alecciona diciéndonos que incluso en esas situaciones de supuesto control no se domina del todo a la naturaleza, la cual prevalece frente al Hombre. Como vemos las referencias a este personaje siempre son como: El hombre, como si de nombre y apellido se tratase.

Su acción es nula (de hecho como se ha dicho, no tiene diálogo, el narrador al hablar muestra sus inquietudes), sin embargo es la piedra angular sobre la que gira el texto. Podemos ver en numerosas ocasiones como, inútilmente, el hombre al tratar de hacer algo en contra del proceso que está sufriendo fracasa en su empresa casi antes de empezar. No puede hacer nada contra su destino ineludible, haciendo verosímil esta situación absurda. Mediante el punto de vista del narrador y su combinación con el estilo libre indirecto, se nos muestran los pensamientos y sensaciones del protagonista en el momento final de su vida, pero combinadas con los pensamientos y divagaciones del narrador. Su acción dramática, si podemos llamarla así, se centraría únicamente en la lucha interior, que contrasta con la pasividad física del protagonista (siempre tumbado en posición fetal), intentando aferrarse a la cotidianidad de una vida de diez años y negándose a la intrascendencia que supone su muerte a la impávida naturaleza. De lo que se nos dice de él («Tras diez años de bosque») colegimos que es un gaucho campesino, arquetípico en Quiroga, sin connotaciones negativas ya que se aleja del maniqueísmo de otros autores, trabajador y experto en las tareas del campo pero, a la vez, hace las acciones con parsimonia (recalcado por el inicial tempo lento del texto).

Siendo éste el personaje protagonista, hay otros personajes que están presentes en menor medida. Estos serían la mujer, los hijos y el muchacho que va hacia el puerto. Poco se dice de estos personajes secundarios, casi como figurantes de una película. El primero en aparecer es el muchacho a

mitad del cuento y, llegando al final, son mencionados la mujer y sus dos hijos. La función de estos personajes en el desarrollo de la historia es inexistente, es en otro aspecto donde vemos su función y es en la escrupulosa atención del autor con el transcurso del tiempo. Estos personajes parecen tener la función de un reloj en la literatura y resaltan, junto a otros elementos del texto que ya veremos la extrema rutina bajo la que vive el protagonista: «Es el muchacho que pasa todas las mañanas hacia el puerto nuevo, a las once y media» (p.310) o «Y a las doce menos cuarto, desde allá arriba, desde el chalet de techo rojo, se desprenderán hacia el bananal su mujer y sus dos hijos, a buscarlo para almorzar.» (p.311). Como se ve, al igual que todos los personajes humanos, parecen responder a una especie de exactitud temporal en sus actividades rutinarias (redundando así esa idea de lo cotidiano).

Otro personaje podría ser considerado el machete. Empieza el texto haciendo sujeto junto con el protagonista a este utensilio: «El hombre y su machete acababan de limpiar la quinta calle del bananal» (p.309). Es curiosa la humanización de ciertos elementos en el texto (y su efecto contrario), cobra el machete aspecto de personaje típico como causante real de la muerte del hombre: «Ha sido arrancado bruscamente, naturalmente, por obra de una cáscara lustrosa y un machete en el vientre» (p.311). Finalmente, como proceso de humanización también, podemos considerar como personaje al caballo malacara que, en los dos últimos párrafos del texto, se hace el protagonista de texto: la hegemonía humana se desvanece en pos de la natural.

Habría que destacar del texto también la sensación de indiferencia que se reitera constantemente. Son varios los elementos que el autor usa para resaltar este tono neutro, de absoluta sobriedad en casi toda su narración y descripción. Ya se ha dicho varias veces, pero es parte fundamental, ayuda en todo esto el estilo de narración, que se traduce en una falta de expresión subjetiva (exceptuando ciertos momentos). Pese a que el narrador con su forma de describir neutra parece estar pegado a la vista del personaje, tumbado en el suelo, y equipararse con él, la falta de empatía por el personaje y la omnisciencia característica del narrador en tercera persona resaltan esta indiferencia de los elementos por el terrible suceso. Como tantas otras cosas, esto puede tener la mera función de volver intrascendente algo tan «supremo» como la muerte mediante la literatura, tarea nada fácil. Resalta esta idea de indiferencia la falta de drama, su ausencia incluso, así como el constante fatalismo: Todo esfuerzo del personaje es inútil, casi que ni combatir contra la muerte que le asalta.

En esta línea destaca también el aspecto de la naturaleza, la soledad. Conecta muy bien con lo anterior porque, aunque al final aparezcan determinados personajes, la inactividad de ellos y la indiferencia por parte de la naturaleza hacen que quede la idea expresa de que la muerte es solitaria y nada solemne. El personaje parece estar al margen del resto de elementos, como si el tiempo se hubiera parado para él: «Nada, nada ha cambiado. Sólo él es distinto.» (p.311)

Enlazando con esto habría que hablar del tiempo en el cuento, un detalle que llama la atención a primera vista. Por un lado tendríamos el tiempo psicológico y por otro el tiempo real, marcado por diversas señas temporales (a veces dadas de mano de la naturaleza). El tiempo psicológico no es siempre el mismo, al leerlo podemos ver que, al inicio del texto, nos encontramos un tempo detenido, apenas perceptible. Lentamente la descripción transcurre con inmediatez a lo que describe, mediante el estilo y el uso de formas verbales como el imperfecto «acababan», el cual aparece en esta primera parte tres veces. La inmediatez del discurso nos retrasa un final ya anunciado hasta que, finalmente, aparece la primera referencia temporal real: «No han pasado dos segundos» (p.309), éste quizás sea uno de los únicos motivos que mantienen en vilo al lector hasta el final. A partir de este punto, las referencias temporales «físicas» se hacen patentes y el tiempo psicológico se acelera conforme se desvanece el protagonista: «Es la calma del mediodía, pronto deben ser las doce» (p.310); «Hace dos minutos: Se muere» (aquí se nos desvela que la muerte ha comenzado aproximadamente a las 11:28); «Sabe bien la hora: las once y media...»; «a mediodía como ahora» (p.312). El lento avanzar del tiempo y su pronta aceleración (mientras que en una página apenas han pasado dos segundos, el último cuarto de hora apenas pasa en pocos párrafos) parece mostrar como la naturaleza sigue su curso que al principio parecía ir acorde con el transcurrir lento del tiempo «el sol está a la misma altura; las sombras no han avanzado un milímetro» (p.309): «¿Qué trastorno de la naturaleza

trasuda el horrible acontecimiento?». Algo que habría que destacar del texto, pero que se da especialmente en las señas temporales, es la anticipación de los hechos: además de la muerte podemos ver que previamente a que llegue la hora el propio narrador nos desvela que va a llegar: «Y a las doce menos cuarto (...) se desprenderán hacia el bananal su mujer y sus dos hijos», para más tarde decir: «¡Ya es la hora! Oye efectivamente la voz de su hijo.»

Nos encontramos ante un paisaje duro; las descripciones lo dejan claro: «el bananal raleado»; «las anchas hojas desnudas al sol»; «la calma del mediodía»; «yace en el fondo del valle el Paraná dormido como un lago»; «el sol de fuego, el aire vibrante y solitario, los bananos inmóviles»; etcétera, ... No son muchas las descripciones de la naturaleza y están diseminadas, pero, desde luego resaltan ese factor hostil del paisaje sudamericano y le dan un colorido característico de tonos cálidos: «su arena roja». Para evitar ese maniqueísmo del que antes se hacía mención, Quiroga pone la perspectiva del narrador también de parte de la naturaleza y el Hombre es visto como un ser que subyuga los terrenos («arbustos rozados»; «el alambrado»; «al levantar el alambrado, midió la distancia»; «...esa gramilla que entra ahora por la comisura de su boca la plantó el...»; «volviendo a casa ese potrero, que era capuera cuando él llegó, y antes había sido monte virgen». Es considerado un agente que modifica el espacio natural a sus anchas; esto hace que haya un precio a pagar en ese ambiente xenóforo con el humano, y en la mayoría de sus cuentos suele ser la muerte. Ese doble punto de vista que mantiene Quiroga hace que haya una moral ambigua. Aunque escasas hay ciertas referencias geográficas que sitúan la acción en un lugar más o menos delimitado, en este párrafo se aprecia muy bien:

«Por entre los bananos, allá arriba, el hombre ve desde el duro suelo el techo rojo de su casa. A la izquierda entrevé el monte y la capuera de canelas. No alcanza a ver más, pero sabe muy bien que a sus espaldas está el camino al puerto nuevo; y que en la dirección de su cabeza, allá abajo, yace en el fondo del valle el Paraná dormido como un lago. Todo, todo exactamente como siempre; el sol de fuego, el aire vibrante y solitario, los bananos inmóviles, el alambrado de postes muy gruesos y altos que pronto tendrá que cambiar...»

Veamos, antes de pasar a otro aspecto parte del paisaje que nos ofrece *El hombre muerto*:

Vemos en cuanto a naturaleza el «bananal»; «chircas»; «malvas silvestres»; «arbustos rozados»; «gramilla»; «bosque»; «monte»; «el caballo» (el malacara); «bananos»; «capuera»; «monte virgen»; «gramas»; «pedregullo volcánico» («la dureza del terreno»; «arena roja»; «conos de hormigas»... Todo el léxico empleado tiene ese toque exótico (para un lector ajeno a la tierra que describe). En la descripción de este ambiente hostil hay que resaltar la insistencia de ciertas palabras en el texto como la posición del sol (siempre sobre las cabezas):

«el sol está exactamente a la misma altura», lo que se resalta con una expresión que repite: «sol a plomo» (p.310) y «El sol cae a plomo» (p.311). La dureza del sol («luz excesiva») y el calor va acompañada de la falta de viento: «pues ni un fleco de los bananos se mueve.» Asimismo, abundan las referencias al sudor, lo que hace más agónica la situación: «húmeda aún del sudor de su mano»; «y ve los hilos oscuros de sudor que arrancan de la cruz y del anca»; «calor silencioso de horno sobre la carne», «que hace sudar al malacara inmóvil ante el bananal prohibido»; «Pero el caballo rayado de sudor»

Retomando ese «precio a pagar» la muerte, un aspecto que desde luego hay que tratar, aun obviando la trayectoria en la obra de Quiroga. Puede parecer curiosa la preferencia del autor por elegir muertes al azar; pero no lo es tanto si contamos con el objetivo del texto en normalizar, hacer cotidiano lo extraordinario. Elige así una muerte casual y lo integra en lo rutinario de la vida. Es evidente, desde luego, que la trata de forma especial, en el texto esta muerte va menoscabando al protagonista, que se ve afectado por ese «algo» que no entiende; puede parecer un castigo injustificado pero el mismo protagonista lo corresponde y acaba aceptándolo. La primera vez que la vemos aparecer es bajo la digresión del narrador acerca del mismo tema, donde resumía la tesis del cuento y su propia opinión

(«La muerte.» P.309). De forma tajante el narrador hace varias veces mención a ella: «postrera espiración» (¿posible confusión con expiración?); «Se está muriendo.»; «Muerto.»; «Va a morir, Fría, fatal e ineludiblemente, va a morir.»; «¡Muerto!». Como vemos todas las referencias directas contrastan con el resto del texto reposado y rompe diametralmente con las digresiones que pueda haber. Sin embargo, llegado el final, el tan anunciado suceso: «Se está muriendo»; «Se va a morir». «Se muere», en ese ritmo creciente rompe totalmente con la anunciación tardía, y mediante eufemismos del mismo: «porque está muy cansado...»; «Que ya ha descansado:». El fuerte cambio de tiempo verbal al pretérito compuesto, se salta precisamente el momento de la muerte y nos sitúa una vez el protagonista ha dejado de existir (para dejar paso al caballo).

Todo esto sirve de propósito al autor para desmitificar el momento de la muerte: algo que cuando ha llegado, ya es demasiado tarde, deja en el lector una sensación desconcertante ese salto temporal a después de su muerte, dejando la inmediatez de la descripción en un pretérito rotundo como es el compuesto. Hay una sensación de estafa por parte del protagonista que le lleva a la desesperación, y no acepta (llega al autoengaño) la intrascendencia de ese momento «placer» y «razón de nuestras divagaciones mortuorias». Es como si le decepcionara. Ahí se producirá el contraste entre el optimismo del protagonista, que llega a plantearse que todo eso no está ocurriendo y es un hecho más de su rutina diaria: «¡Pero no es posible que haya resbalado!» (p.311); en otras ocasiones incluso llega a abstraerse mediante preocupaciones banales: «El mango de su machete (pronto deberá cambiarlo por otro; tiene ya poco vuelo)»; «el alambrado de postes muy gruesos y altos que pronto tendrá que cambiar...» Produce un efecto absurdo el contraste de preocuparse por cosas así en su hora final. Parece que quiera auto engañarse, pero esas ilusiones las desvanece rápidamente el narrador recordando el proceso por el que está pasando. Es de aquí principalmente de donde viene parte de la fuerza del texto, de la proximidad de la muerte a la víctima:

«umbral de la muerte»; «ley fatal, aceptada y prevista»; «el último suspiro»; «eliminación del escenario humano»; «Se está muriendo»; «Muerto. Puede considerarse muerto en su cómoda postura» (ya no deja lugar a dudas, se va a morir); «¡Muerto!»; «Hace dos minutos: Se muere».

Pese a todo, falta de drama (la muerte ha sido accidental y anunciada). En el momento justo de la muerte, vemos que se recurre a algo habitual en los textos de Quiroga al tratar la muerte; esto es el desdoblamiento del personaje: En el penúltimo párrafo el protagonista tiene su última divagación en la que se separa del cuerpo, haciéndose testigo de su muerte y viendo la escena con los ojos del narrador «puede verse a él mismo, como un pequeño bulto asoleado sobre la gramilla», esta cosificación de su propio cuerpo le quita todo patetismo a la escena. Estas fracturas de la perspectiva de todo el texto, que se acentúan al final coinciden muy bien con la época del texto y el alzamiento del cine en la sociedad y su influencia en las técnicas narrativas.

Se podrían decir, como se ve, muchas más cosas acerca de este texto, que aborda diversos temas para la brevedad de su extensión; hay incluso estudios que abordan el texto desde la perspectiva del realismo mágico. En conclusión, es un texto que ofrece interesantes vías de narración con el estilo indirecto libre, que juega con las distintas voces (narrador-protagonista); los cambios de perspectiva (hombre-alma-animal-narrador), original en el tratamiento intrascendente del tema de la muerte, considerado tabú a menudo y que, en apenas cuatro hojas, consigue dar una brillante imagen de la escena y el paisaje que roza lo cinematográfico sin abundantes descripciones.

© Adrián Flor Martínez

El autor:

Adrián Flor Martínez, nacido en Zaragoza en 1990. Actualmente, estudia la licenciatura de Filología Hispánica por la Universidad de Zaragoza. Su vocación por la literatura, entre otras, le lleva a cursar esta carrera; asimismo, forma parte del grupo coordinador de la revista literaria de la Universidad, Eclipse, desde finales del 2010.

EN MI VIDA SECRETA

por Patricia Suárez

1.

Al final del viaje, ella estaba ahí. Se llamaba Pita Paulsen, tenía 32 años y un hijo de dos al que había dejado en su país, al cuidado de sus padres. Ahora estaba en un *mall*, el Niemann Marcus, delante del maniquí, dudando entre probarse el vestido de Cartier con volados que costaba una fortuna o no: no probárselo. La señora mayor a la que acababa de conocer, la señora Levy, la incitaba a hacerlo. La había llevado a ese *mall* de grandes marcas, elegante. Es cierto que también le ofreció visitar las estatuas de Auguste Rodin, *Los burgueses*, en el campus de la Stanford University. Pero ella no quiso, no. Su vida no tenía que ver con el arte; su vida estaba repleta, rebosante, de pequeños deseos materiales. Ahora ella no sabía qué hacer. ¿Qué pasaría si probaba un talle chico y reventaba un cierre? ¿La señora mayor estaría dispuesta a pagarlo? Pita no podía comprarse ahí dentro ni unas ojotas de plástico: las Dior estaban exactamente a trescientos cincuenta y nueve dólares.

La señora hizo el gesto de abrir una puerta, con una sonrisa adusta y le preguntó:

—¿Querés probártelo?

Lo hizo porque ella aulló de placer cuando lo vio. Aunque no era de un color que le gustaba ni la favorecía —celeste y turquesa—, la cascada de encajes y tules lo hacía francamente hermoso. Pero la pregunta, la invitación de la señora no era una oferta a comprárselo. ¿O sí lo era? No estaba dicho con claridad. Pita estaba hipnotizada por el vestido y parecía haber olvidado de pronto las cosas primordiales de su existencia: el bebé, su hijo, en su país, y a sus padres haciéndose cargo de él como podían, para que ella fuera a conocer más íntimamente al norteamericano con quien chateaba desde hacía un año y con quien acababa de comprometerse. Esperaba casarse con Herbie Dexter al cabo de tres meses; hasta habían hablado de cómo querían hacerlo; planearon la boda. Todos esos días que pasó en Napa County hicieron planes sobre lo concerniente a la boda, los invitados, el menú, los centros de mesa. El vendría a instalarse dentro de una semana o dos en Argentina, para conocer al hijo de Pita y para habituarse al país. Después se casarían: algo sencillo, sólo mediante el tribunal civil. No querían nada fastuoso; eran dos personas sencillas que se habían hallado en el mar de corazones que rueda a un lado y otro de la web. Este era el plan; sellaron el acuerdo con innumerables besos y caricias furtivas en las bodegas adonde Herbie la llevó de paseo. El olor de la madera, los toneles, el roble, el vino: todo eso acaba por marear a una persona. En esos días, él tenía mucho trabajo y ella decidió, antes de regresar a Buenos Aires, conocer un poco más de California. Herbie le aconsejó sitios que podía visitar y lamentó no poder acompañarla. Le quedaban aun muchas cosas por arreglar en la empresa antes de partir. No obstante, le dio a ella un teléfono móvil para que ambos estuvieran en contacto hasta que Pita dejara los Estados Unidos. Al principio, los días que ella se quedó en San Francisco, hablaban a cada rato. Para decirse nada, tonterías de enamorados. Después, ella viajó a Palo Alto y se dejó el teléfono olvidado en el asiento de un Greyhound. Para comunicarse con él, tenía que acordarse de llevar monedas de un dólar. Los llamados no costaban menos de un dólar en los teléfonos públicos a pesar de que estaban en el mismo estado. A veces, incluso, tragaban impunemente las monedas menores a un dólar. Si uno no tiene las comodidades mínimas, ése es un país muy difícil para estar. Pita perdía las monedas, se le caían, las dispendiaba a los pobres. La segunda noche en Palo Alto, le habló desde el lobby de un hotel, el Cardinal. Hablaron un buen tiempo y el llamado le costó treinta y tres dólares con ochenta centavos. Entonces le dijo que lo amaba, lo amaba de verdad como hacía mucho tiempo que no amaba a nadie, o tal vez como nunca antes había amado; en esto era sincera: no esperaba que él pagara el llamado por cobro revertido. Pensaba en él muchas veces, le confesó, la asaltaba la imagen de él en pleno día, la estampa de su cuerpo, desnudo, y sus besos, su forma de besar. De improviso, drogándola, conquistándola, haciéndole cambiar de idea respecto del orden de prioridades que tenía planeadas hacer ese día; culpa de sus besos. Porque la primera era, sin duda, hacer el amor con él.

Con el mejor inglés del que era capaz, Pita le dijo:

—*We're making love all the time, in my secret life.*

Esto era un cumplido, por supuesto.

Herbie tuvo la buena voluntad de no preguntarle cuál era su vida secreta, a qué se refería. A lo mejor no era más que el verso de una canción.

Después pagó su llamado con la tarjeta de crédito.

Los fondos tocaban cero, pero pudo hacerlo y el resto no le importó. Aunque no se pueda vivir de comer raíces en California. No tenía miedo a mojarse el culo para recoger los peces.

Fue la última vez que habló con Herbie, su prometido.

Hacía de esto ya varios días.

2.

Fue después que Pita estudió cocina, después que se recibió de chef, cuando se despertó su hambre por los viajes y los lugares exóticos. Coleccionaba folletos turísticos, aunque no era exactamente una colección lo que tenía, sino una pila de folletos que se le habían juntado al azar: Safari al delta del río Tigre; el mapa de Nápoles que expendía el Assessorato al Turismo y una postal de Colonia de noche, en la que se veían en primer plano dos o tres castillos y un crucero en el río oscuro, espejado, navegando entre las palabras Köln am Rhein. Enseguida aceptó cuando la mandaron al Hotel Internacional de Turismo, el único hotel de nivel de Formosa. Era buena para cocinar, tenía sentido del sabor y un paladar exquisito.

Se había graduado con excelentes calificaciones de la escuela de artes culinarias. Tomaba medidas higiénicas para conservar puras, intocadas, su herramienta de trabajo principal: el paladar. Se cepillaba los dientes después de cada bocado, para mantener el aliento puro, receptivo. A veces pensaba que el día que se descubriera la relación entre el sabor y el flúor, el oficio de los chef estaría liquidado. De todas maneras, el ragú del hombre dá para una infinita ciencia de la alimentación. Experimentó con nuevos platos, hechos con materias autóctonas del lugar. Esto atraía al turismo: «Yacaré al wok», «Surubí a la crema limón», guisaba de un modo de su invención las costillas de capibara que se conseguían por ahí, monte adentro. Sin embargo, el gerente del hotel le pidió que en materia de carnes rojas se atuviera a lo tradicional: el novillo, la ternera, el cerdo. El trabajo la tenía satisfecha, pero el sitio la aburría. Aburrirse es propio de los grandes simios; para ella esta frase atribuida a Nietzsche, era un motivo de orgullo. Padecía, decía a sus colegas y subordinados, del aburrimiento nietzscheano. Los demás la miraban como si les hablara de la hemofilia o una enfermedad congénita; no entendían la frase, la metáfora. Vivían en una provincia en la que aún debían vacunarse contra la fiebre amarilla, como en el siglo pasado. Lo primero que se le ocurrió para evitar el tedio fue salir de compras, algo propio de la mente femenina. Viajaba a Clorinda o cruzaba a Villa Alberdi, en Paraguay, y se abarratoba de chucherías con las que después no sabía qué hacer ni se atrevía a ponerse: muñecos que cantaban en portugués, lencería sensual, verde o bermellón; sábanas, toallas, que enviaba a su madre a Sarandí, en Buenos Aires. Pita Paulsen era una chica alta y flaca y tenía la preocupación habitual entre las chicas altas: los pechos pequeños, poco notorios. Por eso compraba corpiños armados, con arco y rellenos, todos de idéntica calidad: una tela picosa que terminaba por hacerle brotar urticaria. Igual, las ciudades de frontera eran un entretenimiento y una esperanza. Se podía conocer ahí un desconocido, un ser misterioso que le cambiara a una la vida por completo. Un bandolero. Esperar, esperar, ¡qué mala costumbre! Tal vez por eso, al cabo de un tiempo en Formosa y agotadas las expectativas puestas en las ciudades de frontera, se entendió con un ayudante de la cocina y quedó embarazada. El chico era de Tatané, a veinte minutos de Formosa, y había conseguido recibirse de chef en Asunción del Paraguay y odiaba todo lo que tenía que ver con esas regiones, con los mosquitos y el calor. Le gustaba la repostería fina, plagada de crema: tan difícil de sostener un merengue verdadero, la elegancia de un helado con charlotte en semejantes climas. Aplicaba a cuanto ofrecimiento le hacían en lugares fríos, aun cuando fuera un crucero que surcaba el Polo Norte. Sin mediar palabra entre ambos, a él lo enviaron a Comodoro Rivadavia a trabajar a un hotel para petroleros, la otra punta del mapa. Era un canje: el hotel formoseño mandaba al chico de Tatané y recibía de allí a una señora cocinera, experta en repostería, oriunda de Gaiman, Chubut, y que se había formado como repostera en el convento que una monja hizo popular con sus bollitos. Ella no lo vio más, no le dijo nada, ni le comunicó la noticia. Tuvo el bebé y se volvió a Buenos Aires. De momento se habían acabado los juguetes, los días calurosos, se acabaron las comilonas. Al bebé le puso su

«Coleccionaba folletos turísticos, aunque no era exactamente una colección lo que tenía, sino una pila de folletos que se le habían juntado al azar.»

propio apellido; los padres de ella la ayudaban a criarlo. No les gustaba nada de cómo había sucedido todo este asunto, pero no encontraban qué hacer para mejorarlo o ponerle coto. Su hija, Pita, no había tenido muchos amores en la vida, básicamente dos: el chico empleado en la cocina del Hotel de Turismo Internacional y el norteamericano con el que iba a casarse. Si los padres le pedían más detalle sobre sus sentimientos y hacían presión, ella encima declaraba, que con el chico de cocina ni siquiera era exactamente amor lo que había habido: más bien era otra cosa que los compelió a encontrarse todas las noches o noche por medio en el depósito donde se guardaban las verduras y lo hacían ahí, en medio de las bolsas de papas y zanahorias, sin tomarse la molestia siquiera de quitarse la ropa.

Alguna vez, Pita recordó que cuando tenía quince años le gustaba un jugador de Arsenal, el equipo de Sarandí, su pueblo. Era un cuadro que siempre perdía, excepto cuando jugaba con Lanús. Había algo peor que Arsenal y eso era Lanús. Igual Arsenal no tenía un gran futuro futbolístico, como no lo tenía ella al lado de ese jugador. Un día, ella le dijo al chico que se iría a la capital, a estudiar una carrera. No especificó cuál. Al futbolista se le llenaron los ojos de lágrimas y desde ese entonces, ella evitó mirar a las personas directamente o con fijeza para ahorrarse dolores que creía injustos. Prefería hacerlo de soslayo, por el rabllo o fingiéndose distraída. Si los ojos son las ventanas del alma, ella no iba a dejar que un cualquiera penetrara sus pensamientos.

3.

Fue mientras hablaba con el camarero mexicano del Andalé, que la señora Levy se acercó a ella. Lo hizo con cierta vergüenza.

—Me acerco a ti atraída por el acento. ¿Eres argentina?

La señora Judit Levy también era argentina; había nacido allá y pero emigró junto a su esposo treinta años atrás, cuando la Dictadura. Primero se establecieron en Toronto, Canadá, un tiempo, luego en Boston y finalmente en California. Aquí ella trabajaba en un Centro de Estudios Judaicos, llevaba adelante la parte administrativa, pero también tomaba cursos sobre la Cábala. Tenía tres hijos, dos en San Francisco y uno que acababa de mudarse a Los Ángeles. Los tres se habían casado con muchachas chinas; explicó: estadísticamente, los jóvenes judíos se casan con muchachas chinas. Uno de ellos le había dado tres nietos, que eran su alegría. Ese fue el hijo que se mudó; ahora los fines de semana de la señora Levy eran muy solitarios. Sus hijos, por supuesto, hablaban en inglés: era el idioma natal de ellos, a pesar de que el mayor nació en Gualeguay, Entre Ríos. También chapurreaban el chino: no tenían otro remedio. El marido de la señora Levy, que no era muy original, huyó con su secretaria un año atrás. Cuando la señora Levy hablaba del esposo se daba golpecitos rítmicos en el esternón. Era una simple aventura y de pronto partió rumbo a lo desconocido. ¡El señor Levy, chillaba ella, que no era capaz de cambiarse los calzones si uno no se lo indicaba! Pero así están las cosas, sentenció, él vive su aventura y ella pasa los atardeceres sola. Hay quien dice que la carne es débil, pero esa debilidad no es tan importante. Lo que en verdad importa es que la carne es una sustancia triste. Pita se abstuvo de opinar; conocía quince formas para guisar un pollo, por ejemplo, y unas tres para asarlo. Con el curry se pueden hacer milagros espolvoreándolo sobre la carne; claro que no se puede aplicar el curry sobre el corazón. La señora Levy le sonrió como si estuviera llorando. El amor no es un sitio seguro donde estar; el amor no es el lugar de la dicha; pero la protección puede serlo. El señor Levy le había dejado prebendas y una pensión alta, los dos coches, el apartamento de Palo Alto y el de San Mateo. Le legó las acciones de la General Motors. El se quedó sólo con el barco, adonde vivía con la puta ésa. Ojalá, deseaba la señora Levy, uno de estos días se ahogaran ambos; si no puede ser en el agua, que sea con un huesecito de pollo: lo mismo dá.

La señora Levy estaba alterada, el pulso agitado.

Se levantó de su silla de sopetón. Le preguntó:

—*Would you like to take a walk?*

Pita respondió que sí.

La señora Levy le preguntó si podía entrar a verla. No era exactamente un probador como el de cual-

quier tienda, de medio metro cuadrado, sino un vestidor. Lo que vio la señora Levy sin duda no era lo mismo que veía Pita, porque la hizo olvidar el castellano aprendido en la Argentina en su infancia y sólo soltó, golosa, la siguiente frase:

–I can't explain this feeling.

La señora Levy se acercó con pasos lentos a Pita, la tomó de los hombros y la hizo darse vuelta para mirarla. Estaban ahí como Cenicienta y el Hada Madrina, pensó Pita, aunque la amargura de Pita era mayor, mucho mayor: ya no era la chica que creía que las cosas podían resolverse con un lindo vestido con el cual conquistar el corazón de un príncipe, de un estúpido. Cuando su bebé nació, tardó varios minutos en respirar. Entonces los médicos creyeron que había muerto. No se atrevían a decírselo a ella, tendida en la camilla y abierta más o menos como una res, pero Pita sabía que algo marchaba mal, que había pasado lo peor de todo, lo más temido estaba estampado en el rostro de ellos, la expresión de sus ojos, que era lo único que podía verse debido al barbijo que usaban. Los médicos hablaban con voces quedas; esto le indicó a ella que su propia vida había perdido sentido, que era poco más o menos que una cáscara de papa. Cuando saliera de la maternidad, pensó en ese instante, debería suicidarse. Igual que hace un capitán cuando se hunde su barco, un acto de honor.

«La señora Levy sonreía. Movi6 su mano ardiente, la que nunca toc6 un crucifijo, y la puso sobre un seno de Pita. Un gesto suave, un poco m6rbido.»

–¿Qué pasa!?! –les preguntaba.

Ellos no decían nada, únicamente una enfermera se acercó y murmuró:

–Todo está bien, mami. Quedáte tranquila.

En brazos del doctor, ella veía un amasijo de carne de color no muy distinto al rosbif con el que estaba tan acostumbrada a tratar. De pronto, el bebé respiró. Enseguida lo metieron en una incubadora y se lo mostraron a ella, al pasar, como si hubiera sido el hijo de otra, un bebé que se

vendía en la galería de un *mall*, demasiado caro para sus ingresos y ahorros. Pero era su bebé y era como ella: si lo lanzaron a la vida, tenía por fuerza que respirar. Cuando uno lo intentó todo, salga mal o bien, debe preguntarse: ¿quién es el perdedor ahora?

–Look at my face, babe.

La señora Levy sonreía. Movi6 su mano ardiente, la que nunca toc6 un crucifijo, y la puso sobre un seno de Pita. Un gesto suave, un poco m6rbido. Como el que hacen los doctores para detectar n6dulos y tumores. La mano de la señora fue cerrándose sobre el pecho para apresar el pez6n, el diamante de su propio cuerpo. Lo tom6 entre los cinco dedos, con el gesto de echar en un plato una pizca de sal. Parecía empeñarse en desmenuzarlo, con suavidad, habilidad, para aniquilarlo. Una corriente eléctrica descendió por el cuerpo de Pita, desde el pez6n hasta el centro de su vientre. Emitió un gemido y vio de soslayo la sonrisa plena de lujuria de la señora Levy, augurando las noches por venir, los goces, los regalos, bienes materiales. Una vida secreta que pudiera ser revelada.

Entonces ocurri6 en un instante. Pita Paulsen desgarr6 el canesú del vestido, más o menos desde el escote hasta el estern6n. Un corte seguro, preciso, el de tronchar un pollo; estaba acostumbrada a hacerlo. Cuando una fruta cae, debe caer con todo su peso. Las empleadas oyeron el desgarrar de la ropa, y el gritito ahogado de la señora mayor, presa del asombro. Eso fue lo que Pita hizo, en un segundo, y con la mente en blanco. En medio instante, las guerras que habías ganado, se dijo a sí misma, las perdiste, y las que perdiste, las volviste a perder. Después, los de la tienda llamaron al gerente y a los de seguridad. Dudaron al principio entre a quién llamar primero, pero al final se decidieron por llamar a los dos a la vez.

© Patricia Suárez

La autora:

Patricia Suárez nació en Rosario en 1969. Es dramaturga y narradora. Public6 las novelas *LUCY* (Plaza y Janés, 2010), *Causa y Efecto* (Ed. Punto y Aparte, Madrid, 2008), *Album de polaroids* (La Fabrica 2008), *Perdida en el momento* (Alfaguara 2004) y *Un fragmento de la vida de Irene S.* (Colihue, 2004); y los libros de cuentos *Rata Paseandera* (Bajo la Luna Nueva, 1998) y *Esta no es mi noche* (Alfaguara, 2005). Su último libro es la novela para niños *BORIS ORBIS Y LA VIEJA DE LA CALLE 24* editado por Editorial Sudamericana. Actualmente vive en el barrio de San Telmo, Buenos Aires. Blog: <http://discretoencanto.blogspot.com>

DEPENDENCIA

por Álvaro Martí

Al Rey lo tienen en una habitación bajo tierra, sin ventanas, atado a una camilla y conectado al exterior por una melena de tubos que horadan su carne, unos rojos, otros amarillos, algunos azules y pocos blancos, que le rellenan y le vacían diariamente el escombros de vida que le queda, hinchándolo levemente por las mañanas, como una bolsa inflada por la brisa, y evacuándolo a la noche, sin miramientos, hasta que se vuelve del color del papel, adornado con la pureza de la última página, para que los funcionarios puedan seguir planificando, sobre sus prolongados aunque discretos estertores, la gloria de la nación.

Son cuatro los que se sientan a la mesa, en el piso superior a la cámara real, con el monóculo firme, todos presumiendo de frente despejada, mentón prominente y barriga aristocrática, luciendo constelaciones de óxido sobre las solapas y con jirones de nobleza cruzándoles el pecho, atentos como alumnos aplicados al menú que se sirve sobre la vajilla de plata, mirándose unos a otros con las lenguas ardientes, con los labios trémulos de emoción, llegando en silencio al acuerdo tácito de que no serán necesarios los cubiertos dorados, que entre caballeros esas cosas pueden disculparse, y sin esperar a la oración se lanzan sobre los asados, sobre las patatas y los salmones, hincando dientes adamantinos en ostras incalculables, hundiéndose en las salsas y limpiándose con vino los lamparones, que como nuevas credenciales presentarán luego a su majestad junto con el informe del último semestre.

El Estado marcha formidablemente, aseguran, mucho mejor que en el ejercicio pasado y todo hace pensar que la cosa mejorará en el siguiente, le dicen, susurrando a media luz, a media sombra, sin que el Rey les pueda ver las caras de satisfacción, las sonrisas de escualo con que se regalan afectuosos golpecitos con el codo, abnegados, sufridos, entregados padres de la patria, próceres del reino y acrisolados defensores de la virtud y la justicia, héroes de bronce animado que velan por el mantenimiento de la paz y el imperio de la ley mientras el monarca, a quien dios guarde aún por muchos años, se encuentra impedido para el desempeño de sus regias prerrogativas, incapaz de proporcionar a su pueblo el gobierno que sin duda bien merece desde su lecho de vejez, el trono del consuelo burocrático, donde poco más alcanzan sus fuerzas que asentir al gesto de sus ministros, que entienden otorgada la licencia de tomarle la mano, asirle la pluma y ayudarle a firmar el decreto, os contempla la historia, señor, afirman.

«Las palmas rollizas hacen un ruido asqueroso al chocar, aplastando moscas polvorientas, como si estuvieran cubiertas de grasa y salpicasen, pero nadie protesta, nadie lo nota porque son así todas las palmas, todos los aplausos pringosos que se escuchan en el parlamento cuando el presidente acaba de presentar la moción.»

Hay por la capital, al final de cada calle, una iglesia donde se ruega por el sosiego del tránsito del Rey y se dicen misas por la eterna salvación de su alma, donde se intercalan homilias con panegíricos muy inspirados, con ciertos rasgos poéticos bien medidos, libres de frívolos versos, en los que se glosa la fortaleza y el valor del augusto soberano que, en el cantil de la muerte, persiste en el trabajo y el voluntarioso servicio al país que tanto amó y que tanto amor le demuestra, depositando donativos en el cepillo de los templos al terminar la ceremonia, decorando con flores frescas su efigie colgada en los principales edificios, en los parques, en los colegios, leyendo en clase los niños redacciones ditirámicas con faltas de ortografía, llorándole a sus madres el sincero dolor por un hombre que sólo han visto en el revés de las monedas, del que oyeron hablar mucho a sus mayores sin escuchar nunca su voz, y que ahora se apaga en silencio, en un lento otoño de la civilización, habiendo olvidado hace demasiado tiempo quién fue y qué hizo.

Las palmas rollizas hacen un ruido asqueroso al chocar, aplastando moscas polvorientas, como si

estuvieran cubiertas de grasa y salpicasen, pero nadie protesta, nadie lo nota porque son así todas las palmas, todos los aplausos pringosos que se escuchan en el parlamento cuando el presidente acaba de presentar la moción, que secunda el pleno de los diputados como si no hubiera más que un partido, el partido del sebo, de la ceba orgullosa e irreprochable, un lodo político en el que se revuelcan, estallando de contento, trescientos cincuenta representantes electos democráticamente que detentan el poder legislativo en nombre del Rey y para beneficio de los ciudadanos, compatriotas, que entonando himnos y encendiendo velas en históricos altares servirán el festín que deleita a la pira y lubrica los engranajes del progreso, siempre adelante, sin desfallecer, hacia un mañana más grande y hermoso, un futuro en el que los sueños se cumplan, en el que mane la felicidad en forma de vivienda y trabajo, a nadie faltará su plato de habichuelas y otros eslóganes pegadizos, que a rebenque de esperanza echa a andar el invento, se acepta sin chistar como el menor de los males, luego votos a favor tantos, en contra tantos pero pocos, se aprueba la ley y sonría usted, por favor.

Está la corona desmayada, como la flor del famoso poema, sobre el cojín de una butaca carcomida, apagado su radiante esplendor de otras épocas cerca del cabezal, alumbrando apenas los rescoldos una conversación que se precipita, palabra a palabra, con inclemencia de granizo, sobre la testa desnuda del anciano príncipe cristiano, sedado tras la quinta crisis de la semana, su corazón no resistirá otro golpe tan contundente, osa informar al gabinete el médico venido del extranjero, ya no se puede hacer nada más, la medicina no puede revertir el estado en que se encuentra su majestad, a duras penas podemos hacérselo tolerable, y qué sugiere usted, pregunta un funcionario, actuar con humanidad y desconectarlo para que deje de sufrir, responde el anterior, es lo que dicta el sentido común,

*«Está la corona
desmayada, como la
flor del famoso
poema, sobre el cojín
de una butaca
carcomida, apagado
su radiante esplendor
de otras épocas cerca
del cabezal.»*

caballeros, lo único decente que se puede hacer, ahora se adelanta otro engalanado miembro de la administración que, limpiándose las gafas con el paño de la corbata, recita de memoria a garganta picante los artículos primero a cuarto del código penal, que establecen la pena de treinta años de prisión a quien obrare, conspirare o por omisión provocare la muerte del Rey, agravantes por brutalidad a un lado, y con la amenaza planeando ligera por la habitación cargada, pálido el personal sanitario como sus batas immaculadas, sale en perfecto orden la comisión a tiempo de asistir a los protocolarios actos benéficos que figuran en la agenda del día, no se olviden de cambiar los tubos, dice el que cierra la puerta.

Lo hacen, desde luego, y sin demorarse más de lo prudente extraen todo el cable viejo y lo sustituyen otros modernos cables, finas tuberías encargadas por el gobierno que al acoplarse, al contacto con la real persona, se agitan como tentáculos histéricos y crecen, crecen hasta desbordar la habitación y toda la planta, reptando a través de la galería, abriéndose paso por cada hueco del sótano hasta que el espacio es insuficiente, pasando entonces a derribar las paredes para acomodar su gigantesca estructura y no taponarse en nudos, enroscándose en los pilares y las columnas para alcanzar el acceso del complejo y quebrantar sus cierres de seguridad, emergiendo como una erupción hacia las abiertas calles del reino, por las que se extienden y multiplican en alambicados conductos capilares, como una arteria comunal, pública, que irriga ya no sólo las ansias de los cuatro comensales obesos, sino a toda la población, a todos los fieles súbditos, a todos los animales y alimañas, mamando con fruición de las nutricias cánulas umbilicales, alimentándose de los desechos del Rey sin la menor expresión de arrepentimiento, siquiera de gratitud, entre las lágrimas, borrando del idioma y del sentir la palabra necesidad, desplazando la carencia a lejanos ámbitos, mientras plácidamente transita el jardín de las edades una sanguijuela, brillante, interminable, escoltada en solemne procesión por severos policías en uniforme de gala.

Una noche el sacerdote de la capilla privada es requerido por una piadosa enfermera para administrarle el viático al casi difunto, y lo halla en tan inefables circunstancias –como tantos otros, todo lo desconocía o se esforzaba en desconocerlo– que corre a quejarse al director general de la instalación, no se puede consentir una cosa así, es inaudito lo que aquí abajo está ocurriendo, alguien debería poner orden y depurar responsabilidades, y demás razones por el estilo que no conmueven al bigote ni al corazón del corpulento ciudadano ejemplar, quien sirviéndole un trago e invitándole a tomar asiento, derrochando maloliente condescendencia, se limita a explicarle, camarada, que no

son necesarias eucaristías ni santos óleos, que según la actual normativa, que mucho le convendría repasar, en el nuevo Estado un rey puede permitirse el lujo de morir, pero el Rey es imprescindible, oficialmente inmortal, por tanto, a todos los efectos jurídicos y no jurídicos pertinentes, quiéralo o no, dado que le corresponde, como se lee en la constitución, la responsabilidad final de proteger y sostener a su pueblo, y eso es precisamente, camarada, lo que su majestad está haciendo y hará, hoy y siempre, pase lo que pase, por todos nosotros, ¿le queda claro?

Mucho después guerras extrañas variaron el trazado de aquellas fronteras e impusieron un sistema nuevo, más ecuánime en teoría que el antiguo, que no logró prosperar debido a la reacción de las masas, quienes, esquilados los vestigios de la monarquía, imploraron con desespero, con amor, con hambre, la tiranía de otro Rey.

© Álvaro Martí

El autor:

Álvaro Martí Martín tiene 23 años y es licenciado en Ciencias de la Comunicación, rama Periodismo, por la Universidad de Málaga. Aficionado desde edad temprana a la escritura y adicto impenitente al vicio dilecto de don Quijote, sus influencias y gustos abren un amplio abanico que se extiende desde la lírica del XVII hasta la narrativa actual, pasando por Dumas, Pérez Galdós, Valle-Inclán, Kafka, Borges, Cortázar, Matute, Saramago y una larga nómina de autores, amén de otros genios como Hitchcock, Magritte, Dalí, Brando, Pink Floyd o Lynch. Trabajó durante el verano de 2008 en la revista *Tu Barrio* y ha publicado recientemente en el nº 81 de *La Bolsa de Pipas*, de Editorial Sloper. En la actualidad se prepara para estudiar en Ilmenau, Alemania. Blog: <http://elpanalsinlimite.blogspot.com>

* * *

Relato

QUIROMANCIA

por Juan Carlos Vecchi

Con sus ojos seriamente redondos, la mujer leyó la mano temblorosa de Zacarías y predijo con voz de sótano clausurado:

–No se me entusiasme en programar mucha cosa para la semana que viene, Zacarías.

Zacarías desprendió como pudo la mirada gorda de sus manos y después, como pudo II, las retiró de la mano firme de la vidente que las retenía. Zacarías no dijo nada. Como pudo III se levantó de la silla y desapareció de la extraña habitación como laucha por tirante.

Para el domingo de la semana siguiente, Zacarías seguía vivito y coleando, e incluso sabiendo por qué la medium le había recomendado aquello de no programar nada ya que no encontraba la agenda personal por ningún lado.

© Juan Carlos Vecchi

El autor:

Juan Carlos Vecchi (Olavarría, Argentina, 1957). Escritor, corrector de estilo, asesor técnico literario y coach literario. Ha publicado el libro de poemas *Latidos* (1982) y el libro de relatos y crónicas de humor *Diario de a bordo* (1997). Tiene 4 obras inéditas: *El ángel del espejo dormido* y *Te espero en la esquina* (novelas de humor); *Humores urbanos* y *Para leer bajo la ducha* (cuentos y relatos de humor). Cuentos, minicuentos y relatos suyos fueron publicados en diarios, revistas, antologías y ediciones cooperativas de literatura a nivel nacional e internacional. Desde el año 1996 hasta la fecha, dirige el Taller de Creación Literaria "La musa en el perchero" (niveles inicial y avanzados, talleres grupales y personaliza).

SEIS LEONES HAMBRIENTOS OCULTOS EN EL BOSQUE

por Olga Bernad

Debería dejarlos morir. No tengo por qué aceptar esta pesada carga. Hoy apenas imaginaba de dónde sacar comida y sólo Dios sabe lo que me cuesta disimular. Una funcionaria hurgando en la basura, merodeando por los restaurantes, deseando que lleguen las fechas de comunión. Ahora mismo tropezando por estos andurriales, estos bosques que desconozco, sufriendo por si alguien los ha encontrado mientras yo dormía, mientras estaba trabajando, mientras no podía venir. Imagínate que los han matado o que han llamado a la Guardia Civil y ahora están presos sin remedio en alguna institución para animales, rodeados de veterinarios, saliendo en la parte final de las noticias, con sus marcas de grilletas, con sus ganas de zamparse a un notario, con su mirada atroz, con su humillada manera de demostrar la furia.

Ayer fue casi imposible, tras salir de trabajar, después de ir a buscar a los críos al colegio, sólo pude colocar a Víctor y tuve que llevarme a Adrián conmigo. Es muy pequeño y no entiende pero no quiero que los vea, no quiero que los huela, incluso a mí podrían hacerme daño aunque es verdad que yo sé que les tengo extrañamente domesticados, que soy su dueña de una manera ilógica y segura, sin embargo temo por Adrián cuando me acompaña. Mis hijos son mi vida pero yo no puedo abandonar a los leones y dejarlos morir. Siento su hambre y su corazón latiendo y tengo que ir, no queda más remedio. Si tocan a Adrián los mataré, lo saben (lo creo) pero que me sienta capaz de defenderlo no me evita el sufrimiento de pensar en ello.

No es sólo la comida o el temor, es sobre todo el tiempo. Una vez cada día, una vez cada noche, venir hasta aquí, generalmente sola (peor si acompañada) resolviendo por pocas horas este absurdo y salvaje asunto mío.

Al principio eran menos y simplemente no quise abandonarlos, pensé que encontraría un final concertado, que envejecerían pronto, que tal vez otros pudieran ocuparse, que no sabrían vivir atados y morirían de muerte natural. Qué sé yo lo que pensé. Pero son resistentes, agradecidos y fértiles, me llenan de cansancio y de una insólita clase de amor, tan nueva y desconocida, tan lentamente. Los reconozco míos. Quién va a comprender esto, quién va a ocuparse de ellos, quién más va a mantenerlos vivos si incluso yo (que creo entenderlos) sueño con que no están y siento una especie de descanso. Pero tan triste.

Seis leones hambrientos ocultos en el bosque, disparándome con su mirada famélica cuando los recuerdo, presentes tantas veces en mi vida cotidiana, extraviada su rabia de lobo en libertad ladrándole a la luna, de águila cazando, de león dominando, claro, de león.

A las dos semanas pensé seriamente en soltarlos. Que se coman a quien quieran, que utilicen su dignidad aunque luego los acaben, que los entierren hondo, que los conviertan en pienso para ovejas (¡madre de Dios!), que hagan lo que sepan con ellos. Yo no podía más. Ahora tampoco puedo más pero me voy como acostumbrando a esta desgracia, a cargar con mi cruz, a hacer los deberes.

Todo se vuelve confusamente habitual desde que empieza el día: suena el despertador, levántate, arréglate, viste a los niños, quiérellos, llévalos al colegio, ve a trabajar, busca comida (mi mochila ya llama la atención, lo sé, el verano pasado fue terrible porque el olor es otra cosa que hay que esconder y así hasta infinitas complicaciones que no pienso exponer) busca tiempo e ingenio para excusas, vete al bosque en algún momento de ese día febril, vuelve al colegio, haz la compra, la casa, explica matemáticas, piensa en la ropa del día siguiente, prepara algo de cena, espera a tu marido, cena con él, cuéntale que estás triste, que no se lo merece, que le quieres pero te vas, aprovechando que los niños se han dormido, porque los leones están cada día más delgados y hambrientos, no encuentras suficiente ali-

«Yo también me alimento de su vida, aunque complique la mía, ensancho mis pulmones al verlos, aprendo de su paciencia exigente, bebo de su brutal dignidad cuando pienso en ellos.»

mento para ellos, ya no sabes a dónde vas a ir a buscar... No te puede entender. Te dice que les dejes morir y es ya imposible. Calcula otra vez los caminos en la oscuridad, discurre nuevos escondrijos que pronto te parecerán inseguros (¿será este bosque suficientemente espeso para nosotros?, ¿por cuánto tiempo?), tropieza con las piedras, óyeles respirar, siente cómo te reconocen, imagina la sangre acelerada en sus venas, mira cómo te observan acercarte, cómo devoran todo en un momento, con qué sincera bestialidad comen lo que les das y siempre, siempre, esa mirada de hambre, esos grilletes haciéndoles daño, esas ganas de pedirles perdón.

Y por debajo de la tristeza y las preguntas, por encima de la degradación, mucho más allá de las heridas de los cepos y del ruido roñoso de las cadenas, nada hay tan auténtico y hermoso como su mirada viva, donde admiro un orgullo que nada ha destruido, una chispa de pura luz sin esperanza, un poco de agua fresca saliendo de un pozo oscuro, una fuerza tan huérfana y tan cierta, una inmensa aceptación de la soledad y las cosas, un inquietante pedazo de verdad y de misterio, un no te descuides conmigo, un soplo de obstinada libertad de ser lo que se es que puede con todo, que sobrevive como hacen esos hierbajos cuando rompen el cemento brutal y el mármol pretencioso. No sé cómo, pero ahí está, la vida dando por el culo y riéndose de todos nosotros, zombis medio asfixiados en una comodidad tóxica más mortal que sus mordiscos, pelagatos organizadores de horarios, delimitadores de espacios, soñadores de seguridades mucho más imposibles que el hecho de que existan leones en el bosque, contadores de monedas, pagadores de nichos por si nos morimos, previsores de todo, perdedores de tiempo sin causas gloriosas, inventadores de pactos con un diablo al que ya no nos queda pureza que venderle, seres, en fin, más subyugados que ellos y completamente dejados de la mano de Dios.

Yo también me alimento de su vida, aunque complique la mía, ensancho mis pulmones al verlos, aprendo de su paciencia exigente, bebo de su brutal dignidad cuando pienso en ellos. Si les abandono se secará esa fuente, se acabará nuestro pequeño mundo; si puedo olvidarles, gusanos asquerosos se cebarán en sus músculos vencidos. Será como si nunca hubieran sido ciertos. Nadie recordará los escondites, las prisas, las miradas, ni podrá imaginarlos perplejos ante el hambre cuando tardo en llegar. Nadie comprenderá qué es lo que añoro. La única verdad que quedará de ellos será mi íntima traición a su existencia, una culpa (por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa) no por secreta y disimulable menos definitiva. La parte más valiente y generosa de mi alma se morirá juiciosamente de pena y todo, todo seguirá igual. Tranquilo y cómodo, de muchas maneras falso (ni siquiera inventado), rutinario hasta llegar a ser pecado. Y mezquino, estrecho, cicatero, cobarde, flotando para siempre en una suerte de elegida promiscuidad con lo imperfecto. Yo sé que si me rindo estaré perdida. Lo que me angustia es no saber hasta cuándo, lo que me apena es no poder ser más que su entristecida carcelera, lo que no permitiré es que se me escapen.

Ya está, ya está por hoy. Volveré a casa limpia de restos de comida, libre por un tiempo (pero pobres, no han quedado satisfechos), tranquila por el deber cumplido (pero mañana les llevaré más cosas), absolutamente dispuesta a descansar (¿pero estarán ahí cuando regrese?).

Seis horas preocupantes como seis leones desatados y empezaré de nuevo. Dios mío, Dios mío, toda una vida de sensatez para esto. Al final qué tengo: siete leones hambrientos en mi corazón.

© Olga Bernad

La autora:

Olga Bernad (Zaragoza, 1969) es licenciada en Filología Hispánica en la especialidad de literatura por la Universidad de Zaragoza. Ha publicado el poemario *Caricias perplejas* (Siltolá de Poesía, 2009), la plaquette *Cuadernos de la Cigale, nº 2* (Barcelona, 2009), la novela *Andábatá* (Paréntesis Editorial, 2010) y el poemario *Nostalgia armada* (Ediciones de la Isla de Siltolá). Ha sido incluida en la antología *YIN. Poetas aragonesas 1960-2010*, seleccionada por Ángel Guinda para Olifante Ediciones, y en la antología de poetas contemporáneos *Poesía para niños de 4 a 120 años* (Ediciones de la Isla de Siltolá, 2010). Ha participado en el libro de relatos de varios autores *Suegras. Retratos breves del gran enemigo* (Nuevos Rumbos, 2010). Relatos y poemas suyos han aparecido en diversas revistas literarias, como *Rolde de estudios aragoneses* e *Isla de Siltolá* (de cuyo consejo de edición forma parte), así como en varias publicaciones digitales, entre ellas la *Revista de Humanidades Kafka* y la página web de DVD Ediciones. Colabora en la *Revista Artes y Letras* del periódico Heraldo de Aragón escribiendo reseñas literarias sobre novedades editoriales. Blogs: <http://cariciasperplejas.blogspot.com/> - <http://losotrosolgabernad.blogspot.com>.

CUATRO RELATOS

por Jorge Etcheverry

EL SALTIMBANQUI

La semana italiana se desarrolla de la manera prevista y no vamos a entrar en detalles: música, comida y vino. Podemos volver a presenciar como en otros años esa procesión mañanera después de la misa de once, en que salen en desfile congregaciones, logias y hermandades formadas por inmigrantes cuyo origen son pueblos perdidos de la Italia del sur, y que pasan portando estatuas de santos, vírgenes y estandartes. Las nuevas generaciones nacidas en el país tienen unos centímetros más y cuerpos en general trabajados por la educación física y el deporte, algunos ejemplares se acercan a lo inverosímil. Como ciertas mujeres morenas de perfil casi aéreo provenientes de algún país africano cuya belleza casi sublime nos hace dudar de su realidad.

Cae la noche y un negro con la cara pintada de diversos colores instala un cajón en medio de la calzada pululante de gente, pone frente suyo un tarro grande de latón para las monedas, se sube y adopta una postura casi imposible, absolutamente inmóvil. Cae la primera moneda, el tarro suena y la figura encaramada en el cajón salta a y asume otra postura, mira sin ver al oferente y se inmoviliza en ese gesto. La primera víctima es una niña que se asusta, se ruboriza y vuelve rápido donde sus amigas. La escena se repite una y otra vez, hasta que los más osados del corrillo ya formado se paran frente a esa estatua que cambia de postura con el retintín de cada moneda que cae, hacen morisquetas antes de echar su limosna, algunos hacen fintas, otros lo increpan para recibir un gesto mudo y petrificado como respuesta, una niña joven se acerca, le roza la cara, luego una mejilla, un brazo, echa una moneda y se para desafiante esperando el gesto congelado con que le van a responder, la estatua se deshíela y la persigue medio en broma y medio en serio, quizás más en serio. Vuelve a su tarima. Otras monedas caen. La figura salta y cae en posición desafiante frente a un hombre torvo y vestido de chaqueta de cuero, otra moneda, y un gesto de piedra sale al encuentro de un hombre de gafas, de terno, más bien gordo, mientras la niña, desde el grupo de amigas dice «te amo» y las otras se ríen. El grupo de niñas se aleja.

El charlatán acróbata sigue desempeñando por una moneda de a dólar o dos el papel que psiquiatras, psicoanalistas, profesores y curas han jugado desde siempre, claro que con un precio más caro en metálico, credulidad y entrega. La gente del corro se sustituye y la intensidad del intercambio aumenta a medida que los presentes dejan que salga de sí lo que ha estado guardado e inexpresado quizás desde la primera infancia, esa variada pero siempre igual a sí misma gama de sentimientos, frustraciones, secretos y situaciones interpersonales. El ambiente se empieza a cargar de una violencia contenida. Nos alejamos pensando que quizás las cosas lleguen a mayores, en este medio hay mucha gente que nunca tiene ocasión para expresarse, que tienen muchas cosas guardadas bajo el poncho, como decimos en mi país y sin deseo de ofender, o según otro dicho, una hachita que afilar, un poco de sangre –existencial– en el ojo, o les duele alguna yayita. El hombre en ese momento termina súbitamente su número en esa atmósfera electrificada, se baja, toma el taburete en una mano, el tarro repleto de monedas en la otra y al irse nos pasa rozando, nos mira directamente a los ojos.

Y entonces es que nos miramos y sabemos antes de decirlo: no, nos habíamos equivocado. No era lo que nos habíamos imaginado, y lamentamos no haberlo adivinado antes, al examinar su performance. Es que habíamos andado bajo ese sol, entre los kioscos, desde al mediodía casi, degustando vino y platos típicos, viendo danzas regionales, y no nos habíamos dado cuenta.

* * *

LAS RATAS EN CIUDAD DE MÉXICO

Según Sergio Chávez

Siempre le he tenido miedo a las ratas. Un momento. No miedo exactamente. Más bien me provocan inquietud. Los animales tienen su propia manera de ser. A nosotros, los seres humanos, nos gustaría

pensar que son unos animales estúpidos, pero si usted se pone a caminar por una de esas calles en la noche, cuando no anda casi nadie, va a sentir de repente que algo le pasa corriendo junto a la pierna: Zzzzzmmmm. Luego otra. Entonces, con la luz del poste de alumbrado o la primera luz del alba (a veces me toca trabajar toda la noche), usted va a ver un movimiento en la calle. Luego se va a dar cuenta de que todos esos puntos que se mueven más oscuros que el pavimento son ratas. Salen de las bocas del alcantarillado y de las grietas en las paredes y van de acá para allá en oleadas, sin motivo, por las calles. Usted se apura para llegar a su casa o donde sea que tiene que ir, casi corriendo, porque ha pasado más de una vez, en esa ciudad contaminada, con tantos millones de personas, que algún borracho que estaba acurrucado durmiendo en la calle haya sido devorado por las ratas. No es raro por ejemplo en Chile, que una que otra guagua en las poblaciones sea mordida o incluso comida por las ratas ya mencionadas, pero no es nada si se compara con lo que pasa en la Ciudad de México. También me contaron unos amigos chilenos que los perros salvajes que viven en el desierto han ocasionado la desaparición de más de un conductor de camión, y es seguro que usted me va a preguntar y entonces por qué se ponen a dormir en el suelo en lugar de en la cabina. ¡Qué sé yo! ¡No me pregunte a mí!

Pero como he dicho las cosas en Ciudad de México son incluso peores. La mayoría de la gente parece que ni siquiera sabe y se ríe o se ofende si uno le llega a preguntar. Los mexicanos simplemente se encogen de hombros, ignoran todo el asunto, así como algunas otras cosas mucho más graves que pasan y que todos sabemos. En aquella época yo trabajaba como cuidador en una gasolinera que quedaba cerca del centro. Siempre andaba con mi rifle 22 y tan pronto como veía un movimiento en la calle, de esos animales a los que me refiero, hacía la puntería y disparaba. Era una manera de mantenerme despierto. Entonces colgaba los cuerpos de las ratas de un alambre, como la ropa que se pone a secar. Cuando llegaba la gente del turno de día había que verle la cara, sobre todo a los nuevos. Mataba una o dos a por hora, lo que quiere decir entre ocho y dieciséis ratas por noche. Con el tiempo me obsesioné. Podía ver en la noche o en los rincones oscuros esos ojitos pequeños, rojos, que me miraban con odio, y sabía que me seguían, que me miraban. Se dice que hay dieciséis ratas por cada ser humano pero si tomamos en cuenta el tamaño de ratas, eso no representa mucho volumen.

Una noche me acuerdo que estaba mirando medio distraído un restaurante que había al otro lado de la calle, cuando me di cuenta de que al irse no habían cerrado bien la puerta, la habían dejado abierta como unos veinte centímetros. Ése era el restaurante en que desayunaba la gente del turno de día antes de empezar a trabajar. A veces yo comía ahí también después de terminar mi turno. Crucé la calle apurado después de cerrar bien la puerta de mi cabina de guardia y de sacar del bolsillo mi encendedor. Tan pronto como llegué al boliche me metí como pude para adentro con bastante dificultad, eso que estaba harto más delgado que ahora. Apenas entré sentí formas rápidas que me pasaban por encima de los zapatos, me rozaban las piernas, se me puso la carne de gallina y oí una cantidad de pasitos, roces y rasguños casi inaudibles. Me aterroricé y anduve a tropezones varios segundos, tratando de encontrar el interruptor de la luz. Cuando la prendí pude ver todo tipo de formas pequeñas que escapaban. Salían hasta de dentro del refrigerador, de las bolsas plásticas con la comida. Cómo se las habían arreglado para meterse ahí no se va a saber nunca. Me bajaban y me subían temblores por la espalda y sentía las piernas como de lana. Cuando Don Eusebio, el dueño, vino abrir su restaurante y le dije lo que había pasado, parece que no me creyó. Ni siquiera me dejó terminar lo que le estaba diciendo. «Los muchachos dejan siempre dejan todo tan desordenado», me dijo, y me daba unas palmaditas en el hombro. Le dije que las ratas se habían metido hasta en el refrigerador. «¿Cómo se va a meter una rata adentro de un refrigerador cerrado?», me preguntó. Y me empezó a embromar, me dijo «parece que se está pasando la mano con el tequila, búscate una mujer, los tipos jóvenes se vuelven locos sin una mujer». Pero al rato cuando llegaron sus empleados, noté que cortaban con cuidado los pedazos de jamón, de pan y de queso donde había marcas de dientes de las ratas. «Usted no puede usar esta comida, Don Eusebio. La gente se puede enfermar», le dije, pero siguieron hablando entre ellos, como si yo no estuviera. «Para mañana no me van a dejar otra vez este desorden niños», les dijo Don Eusebio, medio en broma y riéndose. «Seguro patrón», los fulanos le contestaron, medio riéndose de mí. No iban a botar toda esa comida por unas cuantas ratas. Pero pueden pasar las cosas más increíbles y si alguien se va a beneficiar con eso, nadie levanta un dedo. Después los tipos del restaurante me embromaban, pero ellos y yo sabíamos

la verdad.

Por ese entonces se encontraba a muchos perros vagos heridos, muertos o mutilados cerca del mercado. En la Ciudad de México los perros van y vienen como se les da la gana y pelean y en general arman escándalo, pero la gente decía que esas no eran las peleas corrientes de perros. No señor. Y de pura casualidad yo andaba caminando esa mañana por el mercado cuando se derrumbó una pared vieja y apareció una especie de cueva. Inmediatamente se juntó mucha gente a mirar y todos los perros que andaban cerca corrieron para allá. Un joven, seguramente uno de los vendedores ambulantes, prendió su encendedor y estaba a punto de meter la cabeza por el agujero cuando echó para atrás la cabeza gritando «Madre de Dios». Una rata enorme, o un animal que parecía una rata enorme, salió del hoyo, saltó sobre un cajón de madera que había tirado por ahí y se estuvo un rato, los pelos erizados, los ojitos rojos brillantes de miedo y rabia. Los perros no dejaban tranquilo al animal y una mujer que estaba parada al frente no podía parar de gritar y apuntaba al animal con el dedo que le temblaba. Como usted debe saber, a la Ciudad de México la construyeron encima de una ciudad antigua de los indios. Por eso es que hay siempre buena ocasión para descubrir cuevas. Más de una vez se han encontrado tesoros arqueológicos, incluso huesos del dinosaurio. Pero le puedo decir con absoluta seguridad que ese animal no era una rata. Era demasiado grande. Incluso esas ratas grandes de río que hay en El Salvador son pequeñas, casi enanas, si las comparamos con esta bestia.

Hay muchas cuevas y ruinas antiguas debajo de la ciudad. Una vez se derrumbó una sección entera de la carretera y se tragó varios coches. La arena porosa llenó casi inmediatamente el agujero y ni con excavación ni sonido se encontró nunca a ninguno de esos coches ni a la gente que había adentro. Pero volvamos a la rata. Los funcionarios del museo nacional pusieron al animal en una jaula y lo tuvieron en exhibición por un tiempo. En los diarios se dijo que el animal era definitivamente un cierto tipo de roedor, pero todos podían ver que no se trataba de una rata, sino de un nuevo (o viejo) tipo de animal. Y de repente, la rata o lo que fuera, ya no estuvo más en exhibición. A nadie le interesaba hablar más de eso y hasta la gente del mercado parece que se olvidó de lo que había pasado. Pero así es como es la gente por allá, siempre pretende que no ha pasado nada, que no pasa nada, que las cosas están bien.

* * *

LA CARA QUE NOS MIRA DESDE CUADRO

El cuadro estaba casi terminado. No el cuadro. El relieve más bien. Usaba una base de pasta para rellenar grietas que al secarse era casi indestructible. Luego con tintas chinas, óleo o acrílicos y cera común lograba una patina que imitaba a veces una piedra casi planetaria en su antigüedad, que hubiera sido coloreada y formada en eones ya idos por alguna raza de dioses. El largo tiempo que tomaba finalizar cada una de estas obras y que incluía la benevolencia del tiempo –los días húmedos retrasaban el secado y por tanto la aplicación de la pátina final– hacía que no fueran comercialmente viables. Así y todo, esa gran figura de matices de piedra roja que miraba al espectador en primer plano era indiscutiblemente femenina, con abundantes marcas corporales genéricas, una sensual e inescrutable divinidad hindú, cuya parte posterior se complicaba y extendía en figuras vagamente animales, unas alas atrás, casi por encima. Una ciudad insinuaba ángulos bizarros en el fondo del cuadro, pero entremezclada con insinuaciones de ámbitos naturales, la mar y el cielo. De allí brotaba esa figura y en primer plano esa cara de expresión inescrutable y sin embargo preñada de sentidos como prestos a abalanzarse sobre quien miraba, viniendo desde el caos multiforme y fragmentario del fondo. Absorbido en su trabajo minucioso, puliendo delicadamente con paños felpudos cada ángulo, plano y curva dejaba pasar los días sin encender la televisión, ni salir a comprar periódicos, ni revisar su correo electrónico, ordenando comida oriental baratísima de un restaurante vietnamés del barrio chino en que vivía en un minúsculo departamento baratísimo, luego cuando comenzaba a oscurecer salía al bar más cercano y tomaba demorosamente vino o cerveza para luego volver a su cuchitril-atelier tratando de desoír los comentarios sobre la situación cada vez peor no sólo en este país, sino en el mundo cruzado por conflictos económicos y religiosos, de aniquilación ambiental y amenazas de guerras atómicas que parecía desovillar su sinistra trama con un tempo cada vez más acelerado. Esa noche despertó de repente luego de soñar con esa cara roja del relieve o cuadro, con

ojos abiertos de un color oro, no con las cuencas negras y sin definir de la pintura, de alguna más profundas e intensas que una mirada, que le decía que era la diosa roja de lo que se venía perfilando como la trasposición en el mundo de ese mismo fondo confuso y fragmentario de la pintura que eran como los desechos de un mundo que ella había cubierto con sus alas y que ya no era más y le decía que su nombre era Kali y que él era el sacerdote que la había invocado y traído a reinar, mientras despertaba con el infernal estruendo que se extendía por la ciudad medio sabiendo que era el preludio de un fin que se repetiría con mayor aceleración hasta este acabo de mundo que la razón le susurraba no era producto de la diosa ahora con nombre desde el cuadro terminado, sino producto de la historia, de larga germinación y absolutamente independiente de lo que un pintor drogadicto bipolar pudiera conjurar desde un desván en el barrio chino de una ciudad norteamericana.

* * *

SUEÑOS BOREALES EN OTOÑO

Más y más, ella me pide desde los sueños. Pero me despierto y me doy cuenta de que ni siquiera mi erección del alba tiene la consistencia férrea de esos años ya idos que reaparecen una y otra vez en estos meses del otoño boreal, que para cualquier habitante del Sur sería invierno declarado. Pese al aire ya a medias automáticamente calefaccionado, un cierto friecillo se escurre de todas maneras por las hendiduras, no importa el hermético aparente de puertas y ventanas. Más, más. No sueño nunca con ella en primavera. Un par de veces me ha parecido que me acuerdo de su rostro, en esa veintena de segundos como máximo que pasan entre el soñar y el despertar, como un braceo con que se sale de un agua espesa a una luz cegadora y quizás cálida, en estos días de otoño, pero por otro lado concientizadora como un escrito del Marx joven, purificadora como un sermón celibatario de un Saulo joven, frente al cual las tinieblas cálidas del sueño retroceden, llevándose con ellas a esa mujer, joven creo, que siempre en sueños, en esos días de otoño que quizás hace una centuria en estas mismas latitudes se aparecía a los habitantes, sobre todo mestizos, sobre todo los de lengua francesa, en sus noches, a su vez, rodeada de lobos, pidiéndoles a ellos más y más. O al menos dice la leyenda métis sobre esa mujer que reina sobre manadas que aúllan en las noches en los meses de otoño, de fines de septiembre a fines de diciembre trayendo lluvias heladas, las primeras nieves, la vegetación baja de los campos crujiendo de escarcha con esos lobos que se atrevían a llegar al límite de los poblados. Ahora ya no existen y no hay licántropos ni indios ni europeos ni mestizos y los sueños sueños son. Si los hubiera se mantendrían alejados de estos suburbios extensos que han hecho retroceder a los bosques, en estos meses no tan fríos como los de antaño gracias a la intervención humana. No se acercarían peligrosamente a los hogares de los hombres, que ya empiezan a recogerse entre sus límites defendidos y tibios en preparación del inconcebible y planetario invierno, envalentonando a los lobos y a su reina, la del pelo suelto, que ahora empiezan a circular y al menor descuido se meten a los pasillos, se asoman a las ventanas. He trazado un círculo rojo alrededor del número 21 en el mes de septiembre en el calendario, ya han pasado varios días. La enfermera joven piensa que he marcado la fecha de una visita que no se realizó, como tantas, que eso me ha afectado desfavorablemente y cree que por eso ya no voy al salón a ver deportes o noticias en televisión porque en esta estación, y al fin de invierno, en febrero, es cuando hay que tener el ojo más vivo sobre la gente como uno, sin que nos demos cuenta, claro, no es que nos sintamos tentados a hacer una barbaridad.

© Jorge Etcheverry

El autor:

Jorge Etcheverry. Chileno, en Canadá desde 1975, poeta, prosista, crítico, traductor. Ex miembro de la *Escuela de Santiago* y el *Grupo América*, grupos poéticos de 1960 chilenos. Su último libro de poemas es *Cronipoemas*, Canadá, 2010. Tiene la novela *De chácharas y largavistas*, 1993 y la antología *Northern Cronopios*, de narradores chilenos en Canadá, 1993. Tiene prosa, poesía y crítica en Chile, Canadá y otros países, y en antologías como *Cien microcuentos chilenos*, Armando Epple, Chile, 2002; *Los poetas y el general*, Eva Golsdschidt, Chile, 2002; *Anaconda, Antología di Poeti Americani*, Elías Letelier, Canadá, 2003; *Latinocanadá*, Hugo Hazelton, 2008 y *The Changuing Faces of Chilean Poetry. A Translation of Avant Garde, Women's, and Protest Poetry*, Sandra E. Aravena de Herron, USA., 2008. Es embajador en Canadá de Poetas del Mundo.

INTENCIONES

por Elena Azcárate

La mujer y madre perfecta se levanta a las siete de la mañana. Toma un café, se ducha y lava el pelo, elige un vestido ceñido color malva. No acostumbra a pintarse pero hoy se da un poco de color. Prepara el desayuno de los niños y del marido y en cuanto se sientan a desayunar, ella les da un beso y se va en autobús a la oficina. Es administrativa en una cooperativa de taxistas. Trabaja mucho aunque, rodeada de hombres, también se siente mimada. Tiene en la mesa flores; le traen bombones y perfumes que ella guarda en un cajón para que su marido no sienta celos. Es día quince así que sabe que viene Julio a traer sus recibos. A ella le resulta atractivo, corpulento, con la nariz enorme en una cara grande con labios carnosos. Tiene ocurrencias y es muy atento. A las once de la mañana Julio entra por la puerta y la admira, hablan y se ríen más de la cuenta. Está más tiempo del acostumbrado, parece que duda de algo, ella le anima con los ojos sin saber muy bien a qué. Por fin, él saca un papel del bolsillo interior de su chaqueta y se lo tiende. Ella lo desdobra un poco torpe, es una cuartilla y hay un poema escrito:

*Sin tu presencia
Lentos son los días
Relámpagos grises
Nada vivaz, solo apatía
Pero hoy, que por fin podré alcanzarte
Yo, tenaz y luminoso
Pido invadir tu alma
Y consumir tu cuerpo.*

Le mira emocionada pero no sabe qué decirle, aunque sus fantasías dispares giran en torno a él, no ha pensado en serio en el salto hacia la infidelidad. Le sonrío avergonzada y él se marcha con la batalla perdida y los hombros más bajos.

Ella, a cada rato, saca la cuartilla y relee el poema. Rinde poco y cuando sale de la oficina se lo sabe de memoria, la acompaña el resto de la tarde. Va al instituto de sus hijos, en la reunión con el tutor, el poema consigue hacerse hueco entre las palabras del docente, apenas le escucha. Después, la compra en el supermercado, en la cesta, entre la mermelada, el aceite y el pan, está cada verso pegadizo. Entra en casa cargada de bolsas, cierra la puerta empujando con el culo. Su marido, en el sofá leyendo, la ve y se levanta, le da un beso y le coge la carga para llevarla a la cocina. Ella, pasa por el cuarto de los hijos, se interesa durante tres minutos por sus estudios y corre a cambiarse para hacer la cena.

Mientras corta la cebolla, el poema vuelve a surgir, se inflama, y la enciende. Ahora es la imagen de Julio susurrándole cada sílaba al oído. El roce de sus labios en la oreja. Mientras se asa el pescado ella se da una ducha con ganas de sentir su cuerpo consumido, agotado.

Es la última en sentarse a la mesa, lo hace con desgana. Mira al marido, al que hace meses que no toca, su falta de pasión al coger el tenedor y rebuscar en el plato trocitos de pescado. Es funcionario, y no habla mucho del trabajo, los niños son adolescentes y no cuentan nada. La conversación, casi siempre sostenida por ella, hoy languidece. Sus hijos engullen los lomos de pescado que ella les ha servido limpios de espinas, y bromean entre ellos, jamás le preguntan cómo se encuentra, ni la dan las gracias por nada. Ella come mientras los versos se cuelan entre las patatas, el tomate asado, y las rasas. Piensa en Julio, y le entran ganas de acurrucarse, de que la abraze, de sentir la piel de gallina por sus besos carnosos, desearía que se clavara en ella, como el poema.

Acaban de cenar ya sin hablar, recogen la cocina; marido e hijos la besan rápido y se van a la cama. Ella cree que él la evita por las noches pero lo agradece, y más hoy que necesita estar sola.

Saca la cuartilla, que no ha dejado en el cajón de la oficina, contempla la letra de Julio, inclinada y firme, primorosa. Pasa el dedo por las letras desbordantes. Aspira el olor a tinta enardecida. Con la hoja en sus manos, la cubre de besos tiernos, después, empieza a mordisquear las esquinas, y, finalmente, se la come de un solo bocado, masticando despacio. Mientras el sabor del dulce papel permanece en la boca y entre sus labios, se siente plena, nunca pensó que la succulenta cuartilla pudiera llenarla tanto.

© Elena Azcárate

La autora:

Elena Azcárate. Azcárate (Madrid, 1967). Interesada siempre por la literatura y tras realizar varios cursos de escritura creativa en distintas escuelas de Madrid, quedó finalista en algún concurso sin importancia y eso la animó a seguir escribiendo. En el año 2010 abrió su blog "Escapismo" (elenaazcarate.wordpress.com) donde ha estado publicando todos sus relatos. También en ese año la editorial Fergutson le dio la oportunidad de publicar junto a su grupo de escritura el libro "Espejo 21:30", compilación de relatos donde se incluyen nueve de la autora. Además ha colaborado estrechamente con dicha editorial como jurado de sus concursos mensuales.

* * *

Relato

EL AMOR ACOJONA POR IGUAL A ZOMBIES Y MANIQUÍES

por David Garrido

Cuando T. salió de su casa iba ya con la mosca detrás de la oreja. Era temprano, pero no lo bastante, y por esa razón la mosca ya estaba allí, besándole el lóbulo izquierdo y zumbando de lo lindo. ¿Qué es esto que hay a mi alrededor? ¿Acaso debería comprender la función de cada ruidoso instrumento y el significado de esos símbolos que los ornamentan? Y mientras caminaba, los colores se desprendían de los objetos y bailaban solos como vívidos reflejos que temblaban sobre calles mal bosquejadas, desplegadas como ríos turbios frente a su figura igualmente descolorida y pálida.

Anduvo a contracorriente esquivando hordas de zombies que pasaban a su lado sin reconocer en él a un hombre... ¿vivo? Tal vez ya no lo estaba. Paró frente a un escaparate y lo miró. Que bonitos eran aquellos maniqués, cuanta vida desprendían esos cuerpos perfectos y mutilados, enfundados en bellas prendas pret-a-porter de temporada. Se los imaginaba follando como locos, maniqués masculinos con maniqués femeninos, y masculinos con masculinos y femeninos con femeninos, allí, dentro de aquellos marcos tan exquisitamente decorados y que refulgían como el neón de un puti-club en una carretera infinitamente negra e imprecisa; como un cuadro animado de sexo expuesto a los viandantes moribundos, o muertos del todo, que ni por esas se inmutarían, porque el sexo sin amor ya no inmuta a nadie. Y, mientras, los maniqués se buscarían con ansia, arrancándose la ropa los unos a los otros; arañando, mordiendo y golpeando sus cuerpos de plástico duro, frotándose hasta que se quemaran y se derritieran, y ese plástico fundido chorrearía por entre sus piernas como semen y flujo destilado que los iba licuando gota a gota, hasta que de ellos no quedasen mas que unos cuantos charcos de amor húmedo que se derramaría por entre las rendijas de los cristales vertiéndose a la calle, donde los zombies seguirían caminando sin hacer el menor caso. Menos T., porque T. los habría estado observando. Por eso ahora se arrodilla y bebe del charco de la acera, y luego lame las baldosas del suelo y sube lamiendo por la pared hasta toparse de nuevo con la luna del escaparate, y comienza a lamer el cristal, y lo lame con vehemencia, con los ojos cerrados, lo lame, lo chupa, lo besa, como si en ese momento estuviera besando todo aquello que ha amado al-

guna vez en su vida. Y los zombies lo miran, ahora si lo miran... Porque han reconocido el brillo ácido del amor en su saliva. Y se preguntan qué está haciendo ese loco. Y pasan de largo dando un pequeño rodeo para evitar acercarse a él demasiado. Lo temen, ahora los zombies lo temen porque ama, ama en público y ama con todas sus fuerzas. Y es obsceno, porque el amor es obsceno, como todo el mundo sabe. Y además da miedo, si, mucho miedo. Joder, ya lo creo que da miedo: el amor acojona de verdad. Pero él sigue a lo suyo, con los ojos cerrados, llenando de babas el enorme ventanal y recorriéndolo febrilmente de una esquina a otra con la lengua. Y los maniqués siguen a lo suyo, quietos frente a él, mutilados y enfundados en sus bellas prendas pre-a-porter de temporada, manteniendo la compostura, que, por otro lado, es lo único que se les exige. Y T. ni siquiera se ha dado cuenta. No, no se ha dado cuenta de que en realidad no se han movido, ni tampoco han follado, ni se han derretido; porque los maniqués no se mueven, ni follan, ni se destilan como el aguardiente; ni se funden cual lava chorreando calle abajo. No, los maniqués se quedan quietos, nada más. Impertérritos, nada más. Imperturbables, nada más. Inaccesibles, nada más. Todos menos uno, uno que lo ha estado observando, que se acercó despacio, dando pasos cortos, y que ahora está de rodillas bebiendo del charco de babas que se ha escanciado por entre la rendija del cristal. Y lame el suelo enmoquetado, y besa el vidrio del escaparate, y lo persigue con sus labios de plástico, febrilmente, de una esquina a otra del ventanal; y cierra los ojos y lame y besa y besa y lame y lame y besa... Y ambos notan el calor del otro al otro lado, un calor que se va haciendo mas y mas intenso. Y los demás maniqués miran impertérritos al compañero que ha perdido la compostura, que, por otro lado, es lo único que se le exigía. Y parecen incluso algo perturbados, acojonados diría yo, ante tal exhibición de amor que, como todo el mundo sabe, incluidos los maniqués –que también son parte de este mundo–: ACOJONA DE VERDAD. Si, he aquí una verdad irrefutable: el amor acojona por igual a zombies y maniqués. Y al otro lado del cristal los zombies siguen su camino, sin tan siquiera pararse a observar, andando como si supieran a dónde van o de dónde vienen, pero sin detenerse jamás, y mucho menos a mirar a un grupo de maniqués mutilados que solo saben quedarse quietos, y algunos ni eso. Y él ni se ha dado cuenta. No, todavía cree que hay una persona al otro lado del cristal besándolo con pasión desenfadada. Pero eso es del todo imposible porque T. no existe: es solo un personaje de mi invención que, además, jamás ha ido de compras al centro. Pero, además, esta lo otro, lo de que el amor acojona de verdad. Y acojona de verdad tanto a zombies como a maniqués. Y por eso este cuento no tiene ni pies ni cabeza. Por eso el otro día, cuando yo paseaba por el centro y vi a ese montón de maniqués fornicando como locos dentro de sus escaparates, nadie les hizo ni puñetero caso. Porque era solo sexo, y el sexo sin amor es una pistola sin balas. Por eso si un día te sacas la polla y se la enseñas a una de esas muñecas de las tiendas de ropa, verás como ni reacciona. No, si lo que quieres echar un buen polvo, vaciar todo el amor que llevas dentro, lo mejor es que lo intentes con un maniquí. Pero tienes que dar con uno de esos defectuosos que no sirven ni para mantener la compostura. Ponte frente a él y lame el escaparate hasta que el vidrio se funda y él reaccione, y luego dile que le quieres y luego dale una patada en el culo para que vaya aprendiendo como es la vida a este lado del cristal, lleno de zombies que una vez fueron maniqués y que ahora caminan sin detenerse jamás, como si supieran a donde van o de donde vienen. Ah, pero eso si, debes saber que a ti, a partir de entonces y por encima de cualquier otra consideración, se te exigirá mantener la compostura.

«Y los demás maniqués miran impertérritos al compañero que ha perdido la compostura, que, por otro lado, es lo único que se le exigía.»

© David Garrido

El autor:

David Garrido Navarro. Escritor nacido y afincado en Valencia (España), es autor de numerosos relatos publicados en diversas revistas literarias españolas y latinoamericanas (Narradores, Resonancias, El Cuervo, Palabras Diversas, Cinosargo, Ágora, Doble Taller, Ariadna, Palabras Malditas, Pliego Suelto, etc.) que han llamado la atención de una buena parte de la crítica y el público gracias a su prosa directa, su ácido sentido del humor y su visión crítica, decadente y hasta esperpéntica de una sociedad actual a la que retrata sin tapujos. En 2006 terminó su primera novela, todavía pendiente de publicación. Desde entonces hasta la fecha sigue publicando periódicamente sus textos en diferentes revistas, webzines y blogs de habla hispana

UNA CALLE DEMASIADO ESTRECHA

por Noel Pérez

Mientras su mujer le terminaba de preparar el café con leche, Lino Román troceó el pan duro para el desayuno. Dejó los pedazos de pan a un lado, sobre la mesa, e hizo un montoncito con las migas. Luego su mujer le acercó el azucarero y el tazón de café. Ella se sirvió entonces un vaso de leche, y se sentó frente a Lino. Su esposa apenas comía nada al levantarse, leche y un par de magdalenas si acaso, pero él había desayunado pan duro con café incluso de chaval, cuando iba con su padre al campo a recoger melones, zanahorias o lo que se terciara.

El aroma a café recién hecho envolvía la cocina. Lino hundió el pan duro en el tazón en cuanto su mujer le ofreció el café con leche y, sumergiendo el pan con la cuchara, lo ablandó hasta formar casi una sopa. Al instante, rebañó con las manos el montoncito de migas de la mesa y las añadió también. Mezcló otra vez todo y se llevó a la boca una cucharada de papilla bien repleta. Sin embargo, el café ardía aún de tal modo, que Lino se tapó la boca con la mano enseguida, resoplando, y a punto estuvo de escupir el café de nuevo en el tazón.

–Cuidado –le advirtió su esposa–, que estará hirviendo todavía, hombre.

Lino intentó soplar y masticar al mismo tiempo, lanzándose la sopa caliente de un lado a otro de la lengua, aunque así era como a él le gustaba. De repente, sonó la puerta de la calle.

–Ahí llega –dijo su mujer.

Lino entonces frunció el ceño. ¿Qué horas tenía aquel mocoso de llegar a casa? Y a pesar de que estuvo cerca de quemarse el gaznate, tragó la masa al rojo de pan y café tan deprisa como pudo.

–Yago –gritó.

La entrada quedó en silencio de inmediato. Si bien, unos segundos más tarde, su hijo apareció con parsimonia en la cocina. El mangarrián no solo llevaba parte de la camisa por fuera del pantalón y las zapatillas medio desabrochadas, sino que además traía la cara demasiado pálida, brillante, igual que si hubiera pasado con fiebre media noche. El chico aguardó reclinado en la puerta de la cocina, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Pero Lino percibió aquella peste a alcohol y a tabaco desde la mesa.

–Ayer te estuve esperando hasta la hora de cenar –le dijo–. Tuve que cargar la furgoneta yo solo.

–Me quedé estudiando –balbuceó el chico–; tengo examen.

–¿Y para salir sí hay tiempo? –le cortó Lino–. Ya había dejado la verdura preparada antes de comer. Sólo tenías que ayudarme a cargarla.

Su hijo permaneció callado, con las manos en los bolsillos. Lino entretanto observó un momento a su mujer. Ella apartó la vista lo mínimo de su vaso de leche, y aunque le miró a los ojos, volvió rápido a su desayuno. Entonces Lino sacudió un poco la cabeza, murmurando, mientras introducía otra vez la cuchara en la sopa, y, golpeteando con ella en el tazón, removió luego con fuerza la masa de pan y café.

–Desayuna algo, anda –le ordenó al chico–, y vete a acostar.

Lino tomó enseguida una nueva cucharada de sopa, tratando de aspirar el aroma a café reciente, pero el acre del alcohol parecía engullirlo por completo. Después contempló de reojo un instante a su hijo. El chico había agachado la cabeza y se mordía los labios, y así plantado era como si estuviese incluso más descolorido todavía. No obstante, al final el muchacho se aproximó a la mesa y, en tanto su madre se levantaba y sacaba de la alacena algunos bollos, se sirvió café.

«Lino intentó soplar y masticar al mismo tiempo, lanzándose la sopa caliente de un lado a otro de la lengua, aunque así era como a él le gustaba.»

Lino continuó desayunando a pesar del hedor agrio de la cocina. Apenas masticaba, y, aunque odiaba que la comida se le enfriase, remezclaba el pan duro con café antes de cada bocado. Una vez que se hubo servido el café en la taza, su hijo se sentó a la mesa, entre su madre y él. Fue ahí cuando Lino advirtió que la pierna del chico no paraba de temblar. Alzó corriendo la cabeza y buscó los ojos de su esposa, siquiera un segundo. Luego se giró hacia su hijo. Éste había alcanzado el azúcar, y vertió en el café unas cuatro cucharadas, rebosantes, si bien la mano le tiritaba de tal forma, que derramó parte del azúcar en la mesa. Y por si esto no bastara, podría decirse que el chico estaba quizá aun más lívido aun que ante su propio funeral.

–¿Mucha juerga anoche? –le preguntó Lino.

Su hijo daba vueltas al café y levantó los ojos despacio, pero no contestó. Olía a alcohol incluso con la boca cerrada. El chico sorbía con pausa su desayuno, a tragos raquíuticos, y encima la pierna no cesaba de rehilarle y aporrear la mesa. Para colmo, Lino creyó que el chaval adquiriría ahora un tono apagado como de papel grisáceo. Sin embargo, hincó de nuevo el cubierto en la sopa de pan y café, lo mezcló otra vez todo, y se llevó luego una cucharada a la boca.

–¿No comes nada? –le preguntó entonces su mujer al chico.

Éste observó a su madre y, sonriendo un tanto, negó con la cabeza. Lino enseguida apretó los dientes y fijó los ojos en su esposa. Pero ella regresó de inmediato a su desayuno, sin hacer ni caso. En ese momento Lino bajó la cabeza y, gruñendo, hundió la cuchara en el tazón. No era solo que la pierna del chico no parara de temblar, sino que Lino apenas podía ya distinguir el aroma a café de la cocina. Su mujer le miró al instante en cuanto le oyó refunfuñar. Movié la cabeza a uno y otro lado y, arqueando las cejas, sin decir nada, dio un trago de leche.

«Su hijo daba vueltas al café y levantó los ojos despacio, pero no contestó. Olía a alcohol incluso con la boca cerrada.»

Lino de todas maneras siguió desayunando, devorando casi, pues el café con pan estaba empezando a enfriarse. De pronto tuvo la sensación de que alguien le adivinaba el pensamiento. Apartó la mirada de su sopa a toda prisa. Su mujer parecía examinarle de reojo, seria, y su hijo, más blanco que la cal, no retiraba la vista de su café. Desde luego, estos chavales de hoy no tienen sangre. Pero si el holgazán tuviera que ponerse en pie de madrugada, tal y como hacía él a su edad, e ir al campo o a alguna fábrica a pasar más frío que vergüenza, otro gallo le cantarí. Lino

meneó desganado la cabeza y, aunque el traqueteo de la pierna del chico estaba a punto de desquiciarle, prosiguió con su desayuno.

–Supongo que de ayudarme ahora a montar el puesto ni hablamos, ¿no? –preguntó de repente.

Su hijo se encogió de hombros al tiempo que jugueteaba con su cucharilla en la taza. Lino entretanto removió su sopa y, si bien habría asegurado que el turbio del alcohol se mezclaba con la comida en el paladar, tomó otra cucharada de pan y café intentando percibir de nuevo el aroma de éste. Mientras masticaba, contempló a su hijo por el rabillo del ojo. El chico sudaba, y, encima, Lino pensó que la cara se le ponía por momentos tan amarilla y brillante como la cera. Pero el tembleque de la pierna le tenía hartó. Aquel rehilar era igual que una ametralladora martilleando la mesa y, para más inri, la cocina entera apestaba a alcohol.

–¡Quieres estarte quietecito con la pierna! –le gritó casi.

Su mujer dio enseguida un respingo y, aunque le miró cara a cara, arrugando la frente, al menos su hijo se detuvo por fin. Lino introdujo otra vez la cuchara en el desayuno, sintiéndose un tanto orgulloso de sí mismo. Removió un poco la masa de pan y café. Sin embargo, apenas hubo remezclado la papilla, el chico sacudió la pierna aun con más nervio que antes.

Lino se pasó la lengua por los dientes y respiró hondo, manteniendo los ojos fijos en su sopa, procurando imaginar que por lo menos la venta le iría bien y, al final del día, ni siquiera le quedaría un melón en el puesto. Pero el agrio del alcohol inundaba por completo la cocina. El olor no solo se aferraba al paladar, sino que se adhería incluso al desayuno en cada bocado. Además, el tiritar de la pierna de su hijo le sacaba de sus casillas, como si un pájaro carpintero le picoteara su tazón de pan y café mientras desayunaba, y de buena gana le hubiera grapado al chico las zapatillas al suelo. En ese momento Lino

apretó los puños y se estiró en la silla. Encontró los ojos de su mujer clavados aún en los suyos y, a pesar de que su esposa le hacía gestos con la cabeza, Lino dio un puñetazo en la mesa de todas formas.

—¿Te quieres estar quieto de una santa vez?—gritó.

Su hijo se levantó entonces de un salto y, llevándose la mano a la boca, corrió hacia el fregadero. De inmediato, su mujer salió tras el chico. Con todo, en un segundo, antes de que Lino se incorporara también, el muchacho había vomitado ya en la pila. Lino brincó a toda prisa de su sitio.

—¡Qué haces, desgraciado!—chilló—. Vete a dormir la mona. Sal de aquí.

Agarró a su hijo por la camisa y, aunque su mujer lo sujetó a él del brazo, Lino empujó al chico hacia la puerta. Éste se liberó de un tirón, con rabia, y, dando un portazo, salió a trompicones de la cocina. Lino contrajo la mandíbula, abrió la puerta. Pero su mujer lo estrujó del brazo aún más fuerte.

—Déjalo, déjalo—le dijo.

Lino se giró hacia ella. Se mordió los labios y, después, presionando los dientes, volvió a su sitio. El chico había salpicado de vómito la encimera, e incluso pringó un tanto la pared. Lino retiró arrastrando la silla, se sentó de golpe, e hincó la cuchara en su desayuno.

—Estudiando, dice—farfulló—. Este mocoso se cree que me chupo el dedo.

Estiró luego el cuello en dirección a la puerta de la cocina.

—Verás cómo espabila cuando le corte el chorro—gritó.

Al instante se levantó y cogió una bayeta. Con el golpe, Lino había derramado en la mesa parte del café, así que extendió el paño sobre la mancha y la limpió.

Su mujer había abierto enseguida el grifo del fregadero y se encargaba de la pila, sin articular palabra alguna. Lino concluyó entretanto de secar el café vertido en la mesa y, mientras su esposa enjuagaba la bayeta y la pasaba luego por la pared, la encimera y demás, siguió engullendo su sopa de café y pan duro. Pero el desayuno ya se le había helado por completo. Lino se incorporó entonces con el tazón en la mano, meneando la cabeza y gruñendo, y se lo terminó de pie. Para más inri, la cocina ahora sí apestaba de veras.

«Agarró a su hijo por la camisa y, aunque su mujer lo sujetó a él del brazo, Lino empujó al chico hacia la puerta.»

—Anda, acaba rápido—le dijo a su mujer—, que tenemos que colocar la verdura.

Entre su esposa y él montaron el puesto enseguida. Instalaron las borriquetas delante del portalón de su casa: primero, las más pequeñas, y las más altas, detrás. Después situaron encima los tablones de madera, y organizaron la fruta y verdura de manera presentable. En la parte de abajo dispusieron los melones, las cebollas, las patatas. Y arriba, los tomates, los pimientos, los higos y el resto de frutos delicados. Cuando todo estuvo listo Lino entró en casa a por la balanza y la calculadora.

Una vez dentro, se detuvo ante la habitación de su hijo. La puerta estaba cerrada, pero él pegó la oreja, despacio, e intentó escuchar. No oyó nada en absoluto. Si bien le pareció que por debajo de la puerta se colaba cierta peste a alcohol. Seguro que el mangarrián estaría aún en la cama, durmiendo la mona. Entonces Lino agarró el pomo de la puerta, aunque se detuvo de inmediato, y tras un instante, se marchó. Tomó la balanza y la calculadora de su sitio y volvió a la calle. Luego pasó otra vez a la casa, cogió su taburete y el de su mujer, y regresó fuera de nuevo.

Lino se sentó, y esperó a que su esposa apareciera. Entretanto, ordenó mejor la fruta y la verdura, poniendo debajo, o escondiendo un poco, las piezas de peor aspecto. Apenas pasaba gente por la calle. El ayuntamiento había puesto el pueblo patas arriba y Lino tenía la calle sin asfaltar, llena de tierra y polvo, y repleta de agujeros. Asimismo habían desviado por su puerta el tráfico desde la calle principal, también en obras, y para colmo ni siquiera se habían dignado en colocar unas tablas para poder entrar a su casa sin tropezar, como sí habían hecho con el bar de enfrente. Su mujer salió en ese momento de casa ajustándose el bolso. Le entregó a Lino un paquete de bolsas de plástico, y la caja me-

tálica con las monedas para el cambio.

–Este holgazán sigue sin levantarse, ¿no? –preguntó Lino.

Su mujer le clavó la mirada, de frente.

–Me voy a hacer recados –le contestó.

Lino se encogió de hombros.

–Hasta que el maldito ayuntamiento no arregle la calle –respondió–, por aquí no pasan más que las cabras.

Se acomodó en su taburete, observando cómo su mujer se alejaba y doblaba la esquina, y así, mientras sufría los coches que cruzaban procedentes de la calle principal, esperó. Exceptuando los vehículos, no se veía un alma. Lino sacudió un tanto la cabeza y se incorporó. Alineó después los melones para que presentaran mejor aspecto, clasificó los billetes en la cartera, e incluso más tarde, contó el cambio que había en monedas en la caja. De pronto, se acercó una mujer. Lino reconoció enseguida a la señora Souto, la esposa de Brais, el pastelero de esa misma calle. La mujer solía comprarle algo de fruta o verdura de vez en cuando. Además, ambos tenían una niña que por lo visto era una lumbrera, y no como el gandul de su hijo, que continuaría sin duda durmiendo la borrachera en su cuarto.

«Una vez hubo guardado el dinero, se sentó en el taburete. Se restregó la barbilla con la mano y observó cómo se alejaba la mujer.»

–A cuánto están los melones –preguntó la mujer.

Lino agarró uno con ambas manos y, presionando con los dedos en la base, respondió. Luego le tendió el melón a la señora Souto.

–¿Qué tal Brais y la pastelería?

Ella enarcó las cejas. Lino había oído que el pastelero andaba metido en no sé qué problema con Sanidad respecto a unos gatos muertos, pero sólo eran habladurías, quién sabe, allá cada uno con sus asuntos.

–No es un buen momento para nadie, ¿verdad? –contestó la mujer.

–Dígaselo al ayuntamiento –respondió Lino–. Mire cómo me tienen la calle; apenas me han dejado las aceras.

La mujer afirmó con la cabeza, resoplando, y le devolvió el melón a Lino. Después pidió medio kilo de tomates.

–Ya me comentó su mujer el otro día, en la tienda –dijo la señora Souto–, que se había jubilado.

–Me prejubilaron –contestó Lino–. Hará casi un mes. Empezó a entrar gente más joven, ya sabe. Tuve que coger lo que me ofrecieron.

–Ahora tendrá más tiempo libre. Aún no es tan mayor.

Lino procuró sonreír, al tiempo que terminaba de pesar los tomates y los metía enseguida en una bolsa.

–Póngame el melón también. ¿Qué le debo?

Lino pesó el melón y lo introdujo en otra bolsa aparte. Agarró luego la de los tomates, y le alcanzó ambas bolsas a la mujer por encima del puesto. Hizo cuentas con la calculadora y le cobró.

–Recuerdos a Brais –se despidió Lino.

Una vez hubo guardado el dinero, se sentó en el taburete. Se restregó la barbilla con la mano y observó cómo se alejaba la mujer. Entonces trató de recordar sin éxito el nombre de la niña de los Souto. Quizá si obligara a su hijo a trabajar en verano, o hiciera que ayudara en el campo a su abuelo, las cosas serían distintas. En ese momento, un anciano se acercó al bar del otro lado de la calle. El hombre se detuvo hincando un pie en el escalón, para contar sus monedas, y Lino lo contempló, pasándose la lengua por los dientes, hasta que el hombre desapareció dentro del establecimiento. Pero él aún no era tan viejo y podía trabajar. Lino había luchado en el campo con su padre toda su vida hasta que, justo antes de casarse, encontró el puesto en la fábrica; y pese a los años no había olvidado todavía cómo se labraba la tierra. Para más inri, la casa se le caía encima. De repente, un coche dobló la esquina y cruzó

por delante a demasiada velocidad, salpicando polvo y arena. Lino inclinó la cara mientras cerraba un segundo los ojos.

–Maldito ayuntamiento.

Cuando el polvo se esfumó, Lino se levantó del taburete y comprobó que la fruta mostraba su lado más presentable. Giró un tanto los tomates y los melones, buscándoles el mejor perfil, y recolocó los higos en la caja. Después volvió a sentarse. Ahora todo estaba tan tranquilo que el tiempo parecía no correr. Por suerte había comprado la parcela hacía unos años, a las afueras del pueblo, y allí plantó un pequeño huerto. Sembró melones, tomates, una higuera, y para tener más variedad en el puesto, solía cambiar parte del excedente con alguna de las parcelas vecinas. Además el trabajo en la huerta le relajaba y así se ahorra pensar. En ese instante, dos mujeres con chilaba, marroquíes tal vez, se detuvieron ante el puesto. Lino intentó disimular y sonreír, aunque no pudo evitar fruncir el ceño siquiera.

–¿Desean alguna cosa? –preguntó.

Las mujeres comentaron entre ellas algo en su idioma, señalando la fruta, y a Lino se le ocurrió que acaso no llevaran ropa bajo la chilaba.

–¿Cuánto cuestan estos? –dijeron apuntando a los higos.

Lino contestó. Las mujeres hablaron otra vez entre ellas, pero luego dieron las gracias y se marcharon. Entonces Lino apretó los dientes y, mientras se alejaban, las miró de pies a cabeza. El pueblo estaba infestado. Y otra cosa, no entendía por qué le hacían perder el tiempo si tenían sus propias fruterías y, para colmo, encima no iban a comprar nada. No obstante, si todos los jóvenes eran como su hijo y se tiraban durmiendo la mona la mañana entera y parte de la tarde, alguien tendría que hacer el trabajo sucio. Pero a él nunca se le cayeron los anillos por ir al campo a recoger melones, zanahorias, cebollas o lo que se presentara, hasta que consiguió el trabajo en la fábrica, de donde lo prejubilaban a pesar de todo aquel esfuerzo.

«Las mujeres comentaron entre ellas algo en su idioma, señalando la fruta, y a Lino se le ocurrió que acaso no llevaran ropa bajo la chilaba.»

De pronto, una furgoneta de reparto torció la esquina y, subiéndose en la acera, aparcó enfrente, junto a la puerta del bar. El vehículo no era demasiado grande, aunque la calle era tan estrecha que apenas quedaba espacio suficiente entre la furgoneta y el puesto de verduras de Lino. Al instante, sin dejar casi al conductor abrir la puerta, Lino le increpó.

–¿Piensa dejar la furgoneta ahí? –dijo–. No ve que no hay hueco.

–Va a ser solo un momento, amigo –respondió el chófer–. Además, cabe de sobra otra furgoneta el doble que ésta.

Lino le observó de arriba abajo, pasándose la lengua por los dientes, y procurando averiguar si en algún sitio indicaba el nombre de la empresa repartidora. El conductor entretanto descargaba y accedía al bar. Le daría cinco minutos, y después telefonaría a la policía.

Lino se estiró en su taburete, contemplando la puerta del establecimiento. Sin embargo, cada vez que un coche giraba la esquina en su dirección, alzaba el cuello, vigilante, pendiente de avisar si el vehículo no entraba entre el hueco de su puesto de verduras y la furgoneta. De hecho, aquel capullo había dejado un espacio tan pequeño, que un joven de la edad de su hijo estuvo maniobrando de un lado a otro antes de poder meterse. Y cuando lo consiguió, el chaval cruzó a unos dos dedos del puesto, a trompicones, doblando el retrovisor de su coche tras golpear un tanto el de la furgoneta. Aunque por desgracia éste apenas se movió.

Lino se mordía los labios, las rodillas parecían agarrotársele, y ni siquiera esperó los cinco minutos. Dejó solo su puesto de verduras y regresó a casa para telefonar a la policía. Pero entonces, pasó ante el dormitorio de su hijo. La puerta continuaba cerrada, y seguro que el mangarrián aún permanecía allí tan tranquilo, durmiendo la borrachera, así que Lino abrió la puerta despacio e introdujo la cabeza en el dormitorio. La habitación estaba demasiado oscura. No era fácil percibir bulto alguno, sin embargo, la peste a alcohol y a tabaco le hizo retirar la cabeza enseguida. Lino cerró la puerta al instante, sin

preocuparse de no hacer ruido. Volvió sobre sus pasos y, arrugando la frente, olvidándose del teléfono, se dirigió al bar. Atravesó la calle poco menos que corriendo y entró. En el bar, el conductor de la furgoneta, sentado a la barra, fumando, charlaba con el camarero. Ambos eran jóvenes y reían.

—¿Piensa llevarse algún día la furgoneta? —le dijo.

El conductor le observó de medio lado casi, mientras el camarero, mirándole fijo a los ojos, parecía sonreír con la boca torcida.

—Salgo ahora mismo, amigo —respondió el repartidor—, en cuanto termine el albarán.

Lino apretó los puños y, farfullando entre dientes, se dio la vuelta. No obstante, les oyó carcajearse a su espalda antes de salir. Entonces se detuvo un segundo. Contrajo la mandíbula. Aunque abrió la puerta de todas formas y, sin decir palabra, dando un portazo, se marchó. Si en un minuto aquel pasajero no había retirado la furgoneta, llamaría a la grúa.

Cruzó la calle hacia su puesto de verduras, contemplando de reojo la furgoneta de aquel malnacido. Podría rayarle la carrocería de un extremo a otro, o incluso pincharle las ruedas, así quizá aprendería. En cambio se sentó en su taburete y esperó. Las piernas le temblaban por momentos. De repente, Lino escuchó golpes dentro de su casa. Seguro que era su hijo, danzando igual que un fantasma después de la borrachera, en vez de estar allí, arrimando el hombro. Lino se levantó de su taburete enseguida. Reordenó en su caja las monedas para el cambio, colocó de nuevo los tomates, los higos, giró un tanto los melones, se sentó.

«Lino apretó los puños y, farfullando entre dientes, se dio la vuelta. No obstante, les oyó carcajearse a su espalda antes de salir.»

Entonces, un cochazo descomunal dobló la esquina en dirección a su puesto de verduras. Lino alargó el cuello cuanto pudo. Hasta se incorporó estirado en su taburete. Pero ahora el espacio entre el puesto y la furgoneta le parecía aun si cabe más estrecho, y para colmo, antes de enfilar la calle, el conductor tuvo que maniobrar en varias ocasiones a uno y otro lado.

—¿Dónde va? —le gritó casi—. ¡Que no coge!

De todas maneras, el tipo del cochazo no pareció ver a Lino y, acelerando, poco a poco, avanzó. Lino saltó al instante de su asiento y le hizo señas con las manos en alto.

—¿Está ciego? —chilló—. ¿No ve que no entra?

El conductor, sin embargo, se aproximó a pesar de las voces. Se acercaba despacio, rígido, observando atento a izquierda y derecha, como si Lino fuera invisible.

De pronto, un ruido enorme, de cristales rotos o algo similar, salió del interior de la casa. ¿Qué demonios estaría haciendo este mocoso? Más vale que al final no tuviera que pasar dentro porque, sino, le pondría al chaval las cosas en su sitio. No obstante, el conductor había atravesado el morro del coche en la calle y Lino prefirió no hacer caso de aquel estruendo. Al vehículo le faltaban siquiera un par de dedos para tocar su puesto de verduras. Así que Lino meneó las manos, agitándolas bien arriba, pero el conductor aceleró de todas formas, irguiendo el cuello y vigilando el lado de la furgoneta, mientras con el otro extremo del parachoques embestía las borriquetas del puesto de Lino. Éste chilló, gesticulando, y de un brinco se plantó poco menos que enfrente del coche. Incluso llegó a propinar en el capó varios manotazos.

—Pare, pare —gritó.

El conductor entonces pegó un respingo. Miró enseguida a Lino, atónito, con los ojos tan abiertos como si hubiera visto una aparición, aunque justo antes de frenar, el vehículo dio un pequeño acelerón de repente. Cuando por fin se detuvo, ya se había llevado por delante el puesto de verduras de Lino.

Casi todas las cajas cayeron al suelo. Las cebollas rodaron, la mayoría de tomates reventaron o se golpearon, algunos melones acabaron partidos, clavados en la arena. Apenas se mantuvieron en sus cajas unos cuantos pimientos, y hasta las monedas del cambio se desparramaron por el suelo. Lino se llevó de inmediato las manos a la cabeza.

–Serás hijo de puta –chilló.

No era solo que aquel imbécil le hubiera hecho perder ventas o varios meses de trabajo, sino que el holgazán de su hijo ni siquiera se había dignado en asomar las narices. Entonces Lino apretó los dientes y, enfurecido, atizó en el capó del coche un puñetazo tras otro.

El conductor abrió la puerta sin dilación. Aunque, antes incluso de que éste saliera, Lino ya había agarrado de entre la fruta y verdura del suelo uno de los melones que permanecían aún sanos, y lo levantó por encima de su cabeza.

–¿Está loco? –gritó el conductor.

Lino cogió impulso de todos modos. Iba a hacer trizas la luna de aquel majadero. Sin embargo, en ese instante descubrió a su hijo asomado en el portalón de la casa, apoyado en el marco con una mano en el bolsillo. Lino retrocedió al verle, y al recular se escurrió con alguna de las frutas o verduras desperdigadas por el suelo. Enseguida trastabilló, renqueando, y, aferrándose al melón como si pudiera sujetarse en él, se derrumbó de costado en la arena.

El conductor del cochazo se acercó corriendo y le tendió la mano a pesar de todo.

–¿Se encuentra bien? –preguntó.

Pero Lino no era ningún viejo. No necesitaba a nadie para levantarse, y menos a aquel desgraciado. En ese momento, el maldito repartidor salió del bar de enfrente, echó un vistazo al espectáculo y sonrió. Luego entró en su furgoneta. Lino contrajo la mandíbula, rehilando casi, y de un guantazo, apartó de sí la mano que el conductor le ofrecía. El hombre del cochazo frunció el ceño, y le clavó a Lino la mirada un segundo. Después, se dio la vuelta murmurando entre dientes, y, dando un portazo, se metió en el coche. Lino se incorporó. Todavía aguantaba el melón en una mano. Diría a su hijo que llamara a la policía cuanto antes, y mientras, él impediría que aquellos dos miserables se marcharan. Ellos arreglarían todo aquel jaleo. Aunque de repente, Lino se dio cuenta de que su hijo había desaparecido del portalón, y cruzaba la calle, como si tal cosa. Por si fuera poco, el mangarrián entró en el bar.

«Lino cogió impulso de todos modos. Iba a hacer trizas la luna de aquel majadero.»

El conductor de la furgoneta arrancó enseguida. Bajó la ventanilla y, riendo, asomó la cabeza según avanzaba. Entretanto, el cochazo dio marcha atrás por donde había venido, pisoteando los tomates, los higos o lo que encontrara en su fuga. Lino intentó memorizar desde el suelo el número de ambas matrículas, por si acaso. Pero le fue imposible. Encima, su hijo aún permanecía en el bar. La furgoneta dobló la esquina, se marchó, y la calle quedó libre por fin. Aunque Lino ya ni siquiera pretendía ponerse en pie. Entonces, se percató de que, en la caída, incluso el melón en el que había intentado sostenerse se había resquebrajado. Fue ahí cuando notó el jugo pegajoso del melón escurriéndole por los dedos y resbalando igual que una oruga, más allá de la muñeca.

Su hijo salió en ese momento del bar. El chico se quedó parado en la puerta mientras quitaba el precinto a un paquete de tabaco, y luego se llevó un cigarrillo a la boca. Lino no dijo nada. Si bien el muchacho le miró a los ojos, de frente, y sin pronunciar palabra alguna, abrió la puerta del establecimiento y entró otra vez. De pronto, en cuanto el chaval abrió la puerta, Lino creyó que del condenado bar provenía un intenso aroma a café recién hecho. Y al instante, sintió unas ganas enormes de vomitar.

© Noel Pérez

El autor:

Noel Pérez (Toledo, 1979). Dedicado profesionalmente a la gestión empresarial, reside actualmente en Vigo. Además de su licenciatura en Administración y Dirección de Empresas, realiza estudios de Filología Hispánica en la Uned de Pontevedra. Resultó finalista en el I Certamen Literario Apoloybaco (2006, Sevilla), obtuvo el primer premio de narrativa en el Iparragirre Saria de 2008 (Zumarraga-Urretxu, Guipúzcoa), y un accésit en el VII Concurso de Relatos “Cuentos Junto a la Laguna” (2011, Berruero, Zaragoza). Asimismo, su cuento *Manzanas* fue publicado en la selección de relatos *El cuento, por favor* (Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuentetaja, Madrid, 2007), y, posteriormente, su relato *En pijama y medio descalzo* apareció en la Colección Noray (Editorial Bermingham, Donostia-San Sebastián, 2009).

¿QUÉ COMEN LAS PALOMAS?

por José Saborio

Con la noche llegó el miedo por un ruido de ocho horas que sólo sus oídos alcanzaban a percibir como una especie de zumbido. La madrugada era naturalmente fría. La neblina que descendía lo abrazaba completamente acariciándole la cara con suaves suspiros. Álvaro Trujillo estaba sentado frente a la iglesia: en una banca de metal con formas de pájaros que se enredaban entre sí. Lo que sentía no era por estar solo o por la soledad misma de la calle, era simplemente por el miedo de perder completamente la audición.

A las cinco de la mañana nadie pasaba. Un par de hombres a lo lejos subían costales a un camión de tres y media toneladas, pero estaban lo suficientemente distantes para que ellos lo vieran. La iglesia permanecía cerrada, el silencio de la madrugada no lo lamentaba, lo hacía más resistente al sueño. Sin embargo, tenía una opresión en el pecho, su cabeza daba una serie de piquetes por dentro, cerca de la sien.

Ahí sentado, los minutos transcurrían lentamente. El viento jugaba con las ramas de los árboles y la frescura de la madrugada emanaba un olor a humedad. Álvaro, cruzado de brazos, tentaba al frío; su pecho congelado y su cara ardida. Miró sus manos, cuarteadas y sucias, las venas resaltadas y con manchas. Las uñas tenían trozos de pellejos arcaicos que se fueron encarnando hasta ser parte de su atuendo. Pudo haber tomado unos guantes para protegerse pero decidió que era mejor que el viento lo hiciera sentirse vivo. Sus pies estaban entumidos y por su boca salía vapor. El zumbido que sólo sus oídos podían escuchar lo estremecía pues cada vez era más intenso. Sin concentrarse en sus pensamientos, el clima y el zumbido le recordaban que los años nunca se detuvieron como él hubiera querido.

Hacía muchos años que no veía a las palomas volar; no recordaba el sonido de sus alas, ni el arrullo de sus voces. De más joven no podía caminar sin detenerse a mirarlas. Había visto de todos colores y de todos tamaños, incluso les ponía nombres aunque a ellas les duraran cinco segundos. Su constante pérdida del oído lo enredó completamente sin que le diera tiempo de salir a buscarlas.

De pronto los pájaros empezaron a silbar, despertando a un nuevo día, un día habitual sin necesidad de descanso. Las primeras caras de la mañana comenzaron a pasar. De la nada como si llegara la hora en que todos salieran.

Las campanas de la iglesia de sonaron, balanceándose una en una llamando a misa. Álvaro alzó su vista para verlas vibrar y se dio cuenta que un montón de palomas volaron de un lado para el otro. Algunas se metían en los árboles, otras se iban a los techos, unas se estacionaron en los cables de luz y otras más se enfilaron en las marquesinas de los edificios alrededores. Todo comenzó a tornarse en un ambiente caótico. Un par de señoras montaron un puesto provisional; un viejo cargaba unos cuantos cuadros, la gente corría para entrar a la iglesia recién abierta.

Adentro el sacerdote iniciaba la misa. Afuera solamente quedaron pocas personas. Un niño daba vueltas por el atrio, se detenía para mirar todo a su alrededor, luego corría por ahí y regresaba hasta el lugar donde había comenzado. Lo hizo varias veces, Álvaro observaba cada movimiento, compartía la felicidad de tener nueve o diez años sin la presión de pensarse viejo. El niño, al darse cuenta de que era observado, se acercó, alzó sus cejas saludándolo y le pidió que lo dejara sentar a su lado. Por unos instantes se quedó callado, luego hacía soniditos con la boca. Álvaro rompió el silencio preguntándole si le gustaba ir a misa tan temprano. Solamente movió la cabeza haciéndole entender que no. Entonces comprendió que no iba a ser un gran conversador. Si bien trató de igno-

«Hacía muchos años que no veía a las palomas volar; no recordaba el sonido de sus alas, ni el arrullo de sus voces. De más joven no podía caminar sin detenerse a mirarlas. Había visto de todos colores y de todos tamaños, incluso les ponía nombres aunque a ellas les duraran cinco segundos.»

rarlo después, el niño no lo hizo así. De reojo miraba por encima de su hombro pero cada que volteaba, por más rápido que lo hiciera, el niño retomaba su mirada hacia enfrente.

–Mi mamá me trae al catecismo –dijo mientras movía un caballito de madera–. Sólo que hace ocho días avisó la maestra que no vendría, pero como yo no me levanté, pues ni mi mamá ni yo nos enteramos.

–¿Qué te enseñan? –indagó Álvaro extendiéndole la mano para que le prestara el juguete.

–Lo que uno debe aprender, no sé qué sea, pero al menos es lo que nos dice la maestra

Álvaro, en silencio, tomó el caballito de madera y lo examinó como si fuera el primero que viera en su vida, le dio vueltas y lo puso a lado suyo. Luego lo colocó en la palma de su mano y con la otra lo hacía andar por todo su brazo. El niño, un tanto impaciente, gritó a otro compañero que estaba en la puerta de la iglesia y que tampoco había sido notificado de la ausencia de la maestra. Al acercarse les enseñó una cuerda, un trompo y una pala de plástico.

–¿Ésta para qué es? –preguntó Álvaro.

–Dice mi papá que sirve para hacer castillos de arena en la playa. Es de muy buena calidad. Aunque no lo he comprobado pues nunca fui al mar.

–La playa está cerca –respondió.

Aquellos niños, sin tratar de comprender lo que Álvaro decía, platicaron sobre el caballo, el trompo, la pala, la cuerda y un anhelado mar que ninguno de los dos conocía.

De pronto sucedió lo inevitable. Inició un desfile aéreo de palomas. Cientos, si no es que miles, volaban estrepitosas hacia la iglesia. Paradas desde la cúpula principal hasta los mármoles tallados de San Agustín y Santa Mónica. Estas dos estatuas, casi a punto de ser Patrimonio de la Humanidad y de alto orgullo para el pueblo de La Piedad, no eran en lo absoluto respetadas por las aves y plácidamente permanecían como parte de la decoración. Rampantes se deslizaban por el cielo, a veces aceleradas y otras tantas sólo jugueteando con el aire.

«De pronto sucedió lo inevitable. Inició un desfile aéreo de palomas. Cientos, si no es que miles, volaban estrepitosas hacia la iglesia. Paradas desde la cúpula principal hasta los mármoles tallados de San Agustín y Santa Mónica.»

A sus sesenta y ocho años, Álvaro esperaba impaciente porque una de ellas bajara. No obstante, los niños meneaban la cabeza al ritmo de sus vuelos, como si Bach las hiciera moverse al compás de un intermezzo.

Por fin una bajó y esperó a que cualquiera de los tres soltara de su puño lo que ella quería. Pero no fue así, uno de ellos corrió para tratar de alcanzarla y sólo consiguió que la paloma volara. Las señoras que atendían el puesto permanecían lo suficientemente ocupadas para prestarle atención. El señor de los cuadros acomodaba su mercancía al igual que el de las

veladoras. Detrás de ellos, un señor de aspecto misántropo, con lentes oscuros, un cigarrillo en su boca y en sus manos un libro de Kant, los veía, los escuchaba. Álvaro se levantó y sentó a los niños. Ellos, inciertos, lo miraban a los ojos no de forma preocupante, quizás atentos por la curiosidad. Él comenzó interrogando sobre si sabían cómo se llamaban las aves.

–Palomas –contestó el primer niño.

–Sí, palomas –afirmó el segundo.

–Cierto –respondió mientras las señalaba–, me preguntarán qué comen las palomas. He buscado y buscado por todos lados, he preguntado a quién menos se imaginan y nadie lo sabe. ¿Díganme si ustedes lo saben?

–No –respondió uno de ellos mientras el otro movía la cabeza.

–Les diría que comen selvas enteras; devoran todo lo que se encuentran a su paso, quizá leones viejos con sus cachorros, leonas que quieren proteger a las crías; tigres, panteras, o... qué sé yo. Ele-

fantes gigantes con pieles de grueso calibre.

–¿Elefantes? –Interrogó uno.

–Jirafas enormes, cebras o bestias indómitas –continuó–. Comen otras aves, mariposas o insectos. A lo mejor gaznates o dulces en forma de trigo. Chocolate o perejil. Hortensias, tulipanes, girasoles, pinos. Puercos o gatos. ¿Será que comen estrellas o planetas? O serán sólo unos cuantos meteoritos y restos de estrellas fugaces. No, no lo creo, comen niños, devoran niños y niñas, jóvenes, imbéciles; probablemente tragan ortodoxos de la poesía –Álvaro hizo una pausa para mirar al hombre que estaba detrás–. Ellas le comieron los ojos a Borges y a Sartre. También me comieron mis oídos. Políticos sin nombre, religiosos con poco nombre y figuras de televisión con exceso de nombre. ¿Comerán peces, delfines, tortugas o guachinangos? Tapatíos y chilangos. Comen el rocío de la madrugada y el polvo de la tarde. ¿Serán capaces de comerse entre ellas? ¿Caníbales? Comen positivistas y eruditos cristianos y no tan cristianos. Comen mi odio, y almuerzan mi amor. Cenán mi confianza pero vomitan mi serenidad.

Los niños, inseguros de sus preguntas y sus respuestas, vieron una paloma parada en la punta de un arbusto a escasos cinco metros. Álvaro, al igual que ellos, la observó e hizo un ademán para que volara.

–¿Si comen leones y elefantes entonces aquí se mueren de hambre? –intervino un niño.

–Desde luego que no –le respondió el otro– lo que pasa es que nunca has visto un león o un elefante por aquí porque ellas ya se los comieron toditos. ¿Y sí comen niños?

–A veces –respondió Álvaro–, sólo a veces.

–¿Cuándo? –la cara del niño se mostró un tanto temerosa.

–Cuando tienes heridas profundas, esas que tardan en cicatrizar.

–Tendré cuidado cuando me corte.

–No se trata de eso –dijo el viejo–. ¡Pero mejor que sean ellos, los aquellos, quienes se pregunten qué diablos comen las palomas!

¿Por qué debo desvivirme en decirles lo que comen si al final pensarán en una sarta de tonterías?

Quedaron tácitos. No cuestionaron más sobre las palomas. Convencidos estaban que ellas simplemente comían como cualquier otro animal, pues no pasaba por la mente de ninguno el preguntarse qué comen los leones o los elefantes.

Rato después corrían por el atrio. Uno perseguía al otro. Ambos regresaban, daban vuelta a la banca y él sólo los miraba. Álvaro se levantó, frotó la cabeza de uno y se marchó.

El miedo por aquel ruido de ocho horas parecido a un zumbido había terminado. Volteó y los miró jugando. Aunque deseaba con toda su alma regresar, siguió caminando.

No obstante, cuando Álvaro se perdió entre los árboles el señor que estaba detrás de ellos, con barba larga, el libro bajo el brazo y de unos cincuenta años sencillamente sacó de su bolsa un puñado de semillas y las roció al suelo. Todas las palomas instintivamente bajaron.

–Alpiste, niños, estos animales comen alpiste –dijo mientras aquellos niños se vieron entre sí con la cara sorprendida.

«Los niños, inseguros de sus preguntas y sus respuestas, vieron una paloma parada en la punta de un arbusto a escasos cinco metros. Álvaro, al igual que ellos, la observó e hizo un ademán para que volara.»

© José Saborio

El autor:

José Saborio (Ciudad de México, 1981) Novelista, cuentista y hacedor de historias. Ha colaborado en diversos medios de comunicación y es autor de las novelas *La muerte huele a dulce*, *Bajo las ruinas de Ruanda* y de una selección de cuentos novelados *¡Que frenen el viento!* Blog: <http://josesaborio.blogspot.com/>. Cualquier comentario directo con el autor: josesaborio@gmail.com

FE DE RATAS

por Víctor Montoya

–¿A qué viene esa furia desatada en tus adentros y tan impregnada en tu piel? –preguntó el Tío* desde su trono.

–Acabo de leer este mamarracho salpicado de errores –contesté arrojando el libro sobre la mesa–. ¡Un verdadero insulto contra el lector!

–No tienes por qué enfadarte –dijo mientras disparaba su mirada de fuego sobre las cubiertas de lujo, sin importarle quién era el autor–. Eso de los errores y horrores es frecuente en la literatura. Acaso no recuerdas que cuando retornaste de España estabas despotricando contra tu editor, quien, en la presentación de tu biografía, cambió el nombre del país donde naciste.

–¡¿Qué dices?!

–No te hagas el necio. Tú mismo me contaste que en tus datos biográficos, estampados en la solapa del libro, escribió que naciste en Bolovia y no en Bolivia. Es decir, el editor inventó un nuevo país, un territorio desconocido al mejor estilo de Camala de Rulfo, Santa María de Onetti y Macondo de García Márquez.

Me quedé pensativo un instante, consciente de que los errores pueden doler en el alma, como cuando un cura incurre en el pecado de la carne. Después me repuse, recordé el incidente referido por el Tío y confirmé:

–Es cierto, ese error cometió el editor, quien, a pesar de crucificar a los escritores sin querer, atribuye las erratas a los duendes que habitan en las imprentas.

–No me vengas con cuentos –dijo–. Los errores son siempre de los humanos y no de las máquinas. Echarles la culpa a ellas, como el ciego al empedrado, es una estupidez de grueso calibre.

–Nada más cierto que eso –corroboré. Después, a modo de justificar los gajes del oficio, añadí–: Los errores gramaticales, en el doloroso arte de trabajar con la escritura, pueden también confundirse con los errores de creación, por mucho que el escritor haya aprendido a forjar la palabra con la misma entereza con que el herrero fragua el acero entre el yunque y el martillo.

El Tío, que no sabe leer ni escribir, pero es sabio por su natural condición de diablo, escuchó mis palabras con suma atención. Luego se rascó la barbilla con la pezuña, rememoró los comentarios escuchados en boca de otros escritores, quejándose de las medidas de pata de sus editores, y dijo:

–El error impreso en un libro no lo modifica ni Cristo descrucificado, menos aún el escritor, quien no puede borrar con el codo lo que se escribió con la mano. Conozco el caso de un poeta cubano que, a poco de recibir su poemario empastado, descubrió que en su verso: «Yo siento un fuego atroz que me devora», el linotipista colocó su erratón y escribió: «Yo siento un fuego atrás que me devora». De modo que el autor y el impresor se subieron en una lancha y fondearon los ejemplares de la edición en una bahía de La Habana.

–No es para menos –dije casi sin respirar, con el cuerpo rígido y los brazos cruzados–. A mí también me tocó romper varios ejemplares de mi primer libro, pues de seguir circulando hubiese necesitado añadir una lista a manera de fe de erratas, o, como diría un dilecto amigo, «fe de ratas». Pero hay casos peores, como el de los escritores perfeccionistas que, por razones hasta hoy desconocidas en los anales de las ciencias literarias, se enferman por un simple error de tipografía. Éste es el caso de García Márquez, quien, antes de ser Premio Nobel, no sólo tenía problemas apremiantes con el papel para la máquina de escribir, sino que «tenía la mala educación de creer que los errores de mecanografía, de lenguaje o de gramática, eran en realidad errores de creación, y cada vez que los detectaba rompía la hoja y la tiraba al canasto de la basura para empezar de nuevo».

* Deidad de la mitología andina. Los mineros le temen y le rinden pleitesía, ofrendándole hojas de coca, cigarrillos y aguardiente.

–Ya ves, ya ves –repitió el Tío–. Tú no eres el único que se angustia ante un error ni el único que maldice al editor.

–Aunque no lo creas, con los años que llevo metido en este noble oficio, he aprendido a capear los errores de tipografía que, luego de esconderse entre línea y línea, se te aparecen como alimañas donde menos te lo esperas. Con todo, es un craso error cambiar el nombre del país donde naciste, porque eso es como cambiarle el nombre a la madre que te parió. Por eso me dolió mucho ver en mi libro la palabra «Bolovia» en lugar de «Bolivia».

El Tío, orgulloso de tener sus orígenes en las minas del altiplano, me dirigió la mirada chispeante y dijo:

–Conozco a escritores que se cogen de los pelos cuando por un error involuntario, o por la intervención de una mano misteriosa a la hora de tipear el texto, se cambia una letra por otra, o se quita y se añade otra, modificando el sentido de la frase o del verso, incluso cuando este error produce efectos cómicos.

–¿Cómo así? –le pregunté, sin dejar de pensar en que estaba tomándome el pelo como siempre.

–Como las erratas que te mencionaré a continuación –contestó dispuesto a lucir su gran sentido del humor–. No es lo mismo que un político diga: «Yo amo con fruición a mi patria», que «Yo mamo con fruición a mi patria»; o que un cura diga: «Los conquistadores trajeron de España un credo católico», que «Los conquistadores trajeron de España un cerdo católico»; peor todavía si en la frase: «La puma parió una pumita», aparecieran cambiadas las letras «m» por las «t»; o que en la frase: «El obispo ponderó los hermosos cultos de las hijas de María», desapareciera la letra «t» de la palabra «cultos».

–De dónde sacas todo esto, si tú no sabes leer ni escribir –le salí al paso, esbozando una sonrisa a la medida de su picardía.

–No jodas, pues –repuso. Respiró hondo y se inclinó hacia a mí, iluminándome el rostro con la luz de sus ojos–. No necesito ser letrado para leer el pensamiento de los humanos y sentir sus ataques de ansiedad por los errores que cometen en sus vidas y sus obras.

No dije nada, como quien asume la conducta de una persona educada. Guardé un corto silencio y, tras recorrer el cuarto con la mirada, se me vino a la mente la anécdota de las «erratas y erratones», que Neruda cuenta en su libro «Para nacer he nacido», donde afirma que los errores en un libro de poesía le duelen profundamente al poeta. Las erratas son «como insectos o reptiles armados de lancetas encubiertos bajo el césped de la tipografía. Los erratones, por el contrario, no disimulan sus dientes de roedores furiosos». Cuenta también que, en uno de sus poemarios, lo atacó un erratón «bastante sanguinario». El poeta indica: «Donde digo “el agua verde del idioma” la máquina se descompuso y apareció “el agua verde del idiota”. Sentí el mordisco en el alma...».

–¿Qué te pasa? –preguntó como sumergiéndose en mis pensamientos y devolviéndome a la realidad–. Te quedaste callado y cojudo.

–No pasa nada –repliqué–. Estaba pensando en que el idioma tiene también sus lados requetechistosos, pues se presta al juego de palabras y, como dirían los filólogos, a la «recreación lúdica».

–Eso es correcto –afirmó–. Ahí tienes las frases que, con sólo cambiar el orden sintáctico de las palabras, adquieren connotaciones semánticas diferentes. Por ejemplo, no es lo mismo «Un miembro de la corte, que un corte en el miembro», tampoco es lo mismo «El SIDA tiene cura, que el cura tiene SIDA» o «La Virgen del Socavón, que el socavón de la virgen». Otro juego de palabras son los llamados «palíndromos», que consiste en construir palabras o frases que se escriben igual de izquierda a derecha que de derecha a izquierda, y que, además, conservan el mismo significado, como en el caso de la palabra «Oruro». Escríbelo al revés y verás lo que te digo.

–Es cierto –constaté–. ¿Y tienes más ejemplos?

–Por supuesto –contestó al tiro–. Prueba con la palabra «reconocer» y si quieres un palíndromo más largo, aquí tienes una frase completa: «Anita la gorda lagartona no traga la droga latina».

–¡Ajá! Con esa frasecita me quedo –dije–, pero como no puedo escribir mentalmente de derecha a izquierda, por ser larga como la cola de la lagarta, lo intentaré con lápiz y papel en el escritorio.

El Tío aprobó mi decisión con la cabeza, sonriente y tranquilo. Cogí el libro que estaba sobre la mesa, me volví y salí del cuarto, donde el soberano de las tinieblas quedó sentado en su trono.

© Víctor Montoya

El autor:

Víctor Montoya (La Paz, Bolivia, 1958). Escritor, periodista cultural y pedagogo. Vivió desde su infancia en las poblaciones mineras de Siglo XX y Llallagua, al norte de la ciudad de Potosí, donde conoció el sufrimiento humano y compartió la lucha de los trabajadores del subsuelo. En 1976, como consecuencia de sus actividades políticas, fue perseguido, torturado y encarcelado durante la dictadura militar de Hugo Banzer Suárez. Estando en el Panóptico Nacional de San Pedro y en la cárcel de mayor seguridad de Chonchocoro-Viacha, escribió su primer libro de testimonio *Huelga y represión* (1979). Liberado de la prisión por una campaña de Amnistía Internacional, llegó exiliado a Suecia en 1977. En Estocolmo, donde fijó su residencia, cursó estudios de pedagogía en el Instituto Superior de Profesores y ejerció la docencia durante varios años. Dirigió las revistas literarias *Puerta Abierta* y *Contraluz*. Es miembro de la Sociedad de Escritores Suecos y del PEN-Club Internacional. Dictó conferencias en China, España, Alemania, Suecia, Francia, México, Venezuela y Estados Unidos. Su obra está traducida a varios idiomas y tiene cuentos en antologías internacionales. Escribe en publicaciones de América Latina, Europa y Estados Unidos. Entre sus libros, que abarcan el género de la novela, el cuento, el ensayo y la crónica periodística, destacan: *Días y noches de angustia* (1982), *Cuentos violentos* (1991), *El laberinto del pecado* (1993), *El eco de la conciencia* (1994), *Antología del cuento latinoamericano en Suecia* (1995), *Palabra encendida* (1996), *El niño en el cuento boliviano* (1999), *Cuentos de la mina* (2000), *Entre tumbas y pesadillas* (2002), *Fugas y socavones* (2002), *Literatura infantil: Lenguaje y fantasía* (2003), *Poesía boliviana en Suecia* (2005), *Retratos* (2006) y *Cuentos en el exilio* (2008).

* * *

Relato

A MEDIO CAMINO

por Carlo Reátegui Avilés

El dolor lo sorprendía cada madrugada en la tarima de madera chusca que le regaló su madre cuando se fue de la casa. El colchón apenas soportaba los revuelcos de sufrimiento y cada noche él sentía que uno de los resortes se liberaba y le destrozaba la parte inferior de la columna, los cálculos lo estaban matando.

Para colmo su trabajo era el menos indicado para la enfermedad. Dedicó años a la albañilería y el oficio de latero en los techados del pueblo. El pueblo creció y había más trabajo. El trabajo aumentó y el cuerpo ya no podía aguantar este tipo de sacrificios. Cada sábado una nueva familia terminaba de construir el primero, segundo o tercer piso y él estaba ahí para cumplir con la labor. Pero la enfermedad pudo más y tuvo que descansar una buena temporada.

Cuando estás bien, todo va bien –decía– y nadie trata de hacerte daño. Cuando estás mal, todo se viene abajo. Ya nadie lo llamaba para el trabajo, los techados se acrecentaban, la economía del país crecía y permitía a sus paisanos construir y construir más casas, techarlas, colgar la cruz, romper el espumante, aventar caramelos y cuetecillos al mismo tiempo de manera que los que recogen los dulces tienen que esquivar los pequeños proyectiles. Todos celebraban mientras que en la tarima de madera chusca un viejo albañil sentía que el cuerpo se le quebrara de tanto sufrimiento.

Un día, harto de tanta inactividad, decidió no morir de esa manera.

Avanzó incrédulo hasta el patio trasero de la casa. Ese descampado abrigaba tanto polvo y maleza que solo verlo le transmitió un pesimismo bárbaro. Cruzó por el camino que se abría entre la mala hierba, abrió la puerta de la letrina y orinó sangre que más que asustarlo le hizo caer en la cuenta de que de todas formas se iba a morir.

Desenredó una vieja manguera y fue a casa de una vecina a conectarla en el grifo. Ató el otro extremo a una vieja tina de baño y la llenó. Separó agua en otros dos recipientes, silbó para que la vecina cierre el grifo y se sumergió en el agua para sentir el frío del clima, para darse ánimos de sobrellevar la agonia. Se enjuagó con agua de los otros recipientes, se afeitó y fue al paradero del Puente Nuevo para esperar que algún compañero le ayudase a conseguir cachuelos para la medicina, compadre, cada día están más caras y, ¿sabe qué?, ya estoy en las últimas, un poquito de dignidad antes de morir no me caería tan mal. ¿A mis años quién no quiere morir como gente?

Los demás le tenían lástima. El loco Agripino se está muriendo –comentaban– hay que darle un manito para que no siga sufriendo. Poco a poco le iban llegando trabajos simples que él desarrollaba con mucho empeño. Una vieja taza de metal albergaba las monedas que ingenieros y otros maestros de obra le entregaban cuando acababa la jornada. Siempre volvía al paradero y un nuevo amigo lo esperaba con otro cachuelo.

Los dolores aumentaban y la sangre en la orina era tan recurrente que ya poco le importaba cuanto tiempo le quedaba de vida. Solo sabía que pronto moriría y le gustaría morir trabajando.

Eusebio Mendoza era un contratista informal de lateros. Se había enterado del caso de Agripino cuando un día lo vio cojeando y sentándose en la alameda que estaba cerca del paradero. No le costó mucho enterarse que se encontraba en las últimas y solo buscaba tener una manera digna de morir.

En el pueblo todavía abundaban los techados, incluso había gente que decía que ya se podían considerar una ciudad. El ingeniero Bustamante siempre se contactaba con Eusebio para que, con su gente, realicen el trabajo en un día.

Eusebio, te tengo un negocio –decía– cómo es la cuestión. Somos quince cabezas, ingeniero –respondía– si quiere puedo conseguir más, todo depende de los metros cuadrados que haya que techar. Tú no te preocupes –intervenía el constructor– tú ven mañana a ver el techo y coordinamos bien, necesito a toda tu gente dispuesta a sudarla. Está bien ingeniero, ya mañana voy a ver el techo con usted y sacamos cuentas.

Eusebio invitó a Agripino a formar parte del grupo, como abastecedor de las latas. Como no podía cargar peso sobre los hombros, solo podía lampear el hormigón y el cemento como ayudante. Agripino aceptó encantado.

La mañana fue dura. El ingeniero les había encargado techar un auditorio que tenía por lo menos tres diferentes niveles. La labor no fue nada fácil y Agripino, sudando la gota gorda, cumplía con abastecer a las latas con la mezcla de concreto adecuada hasta que de un momento a otro sintió que se partía, dio un grito apagado y cayó mareado sobre el hombro derecho, aplastando la pala llena de cemento. En el acto los otros ayudantes lo cargaron y lo llevaron a un costado. Le dieron un poco de cañazo para que se reanime y siguieron con la faena. De rato en rato Eusebio le preguntaba cómo se sentía y él no respondía, se limitaba a asentir con la cabeza mirando a sus compañeros que terminaban de llenar el techo, los ojos se le aguaban.

A las seis de la tarde se concluyó con el trabajo. En el cielo las nubes eran escasas y no se esperaban lluvias fuertes en la noche. Agripino se acercó a Eusebio para pedirle disculpas por el impase y este le dijo que no se preocupara, que igual te voy a pagar lo que acordamos, mi hermano, hoy por ti mañana por mí y Agripino soltó una sonrisa de aprecio y alegría. Se limpió la mano y la estrechó fuertemente con Eusebio. Gracias compadre –le dijo– qué hubiera hecho sin este billetito. Alzó la maleta con sus ropas de trabajo y se fue perdiendo por la avenida que llevaba hacia la plaza de armas. Debió estar a medio camino cuando el cielo empezó a llorar.

© Carlo Reátegui Avilés

El autor:

Carlo Reátegui Avilés (Ayacucho, 1992). Estudiante de Periodismo, amante de las letras y la fotografía. Editor y redactor del Grupo Ensartes (<http://ensartes.blogspot.com>) Mención honorosa en los Juegos Florales 2009 de la PUCP con "No preguntes por mamá" (Revista Narrativas N° 16). Administra el blog <http://sobrepotexion.blogspot.com> y planea publicar pronto una selección de cuentos.

AJUSTES DEL MOTOR

por David Bombai

Raúl se quedó de piedra cuando vio que Carlos, su jefe, un consumado profesional cuya sabiduría ojalá hubiese creado escuela, encargaba a la azafata un whisky aderezado con dos cubitos de hielo «minúsculos, a ser posible».

–Del hielo en el whisky sólo me gusta el tintineo –dijo Carlos al chico, que jugaba a ponerse el cinturón de seguridad–. La verdad es que intento aprovecharme de los ya pocos beneficios que me proporciona mi cargo –confesó, pero ni mucho menos a modo de disculpa, más bien invitando a su empleado para que de buena gana le imitara.

Los motores del avión iniciaron su ensordecedora tarea, aplacado el sonido en la cabina de pasajeros y convertido solamente en un ronroneo constante, signo inequívoco de que las clases altas se disponían a serlo un poco más.

–Es miércoles. ¿Qué hace que dos hombres como tú y como yo, entre semana, ocupemos estos asientos, mientras tantos otros cuadrículan sus traseros delante del ordenador? –preguntó Carlos.

–Es nuestro trabajo... –respondió Raúl ruborizado: no había cruzado con Carlos más de tres o cuatro palabras desde que entró a trabajar en la empresa, y lo último que esperaba era iniciar una conversación trascendental sobre la situación laboral de su país con el hombre que podía despedirlo.

–¿Tenemos esa suerte, no? Habla sin miedo. ¿Dónde está mi whisky?

–Bueno. No lo sé... –se limitó a responder Raúl con infinito pavor: ahora mismo, perder el empleo le amargaría muchísimo el viaje.

–¿No dices nada? ¿En serio te dedicas a la comunicación? –quiso aclarar Carlos: si en sus años de juventud su jefe se hubiera rebajado a dirigirle la palabra, jamás se le habría ocurrido no dar una respuesta; habría afirmado con total vehemencia que los elefantes eran carnívoros con tal de llamarle la atención–. Pues bien, para que lo sepas, estamos en este avión porque no tenemos moral. Y vamos a Madrid para acabar de perder la poca que pudiéramos albergar.

La azafata apareció con el whisky, «Justo a tiempo» bendijo Carlos, y azorada se dirigió a la parte delantera para iniciar el recital de mímica que podría salvar la vida de los allí congregados.

–¡Oh! Odio esta parte –quiso Raúl confesar, buscando la perdida complicidad.

–Déjala que se divierta –zanjó el tema Carlos, indiferente, buscando un contacto en su móvil y enviándole un mensaje de texto, lo que sumió a Raúl aún más en su pesar. Entonces, decidió atacar.

–¿Por qué dice que no tenemos moral? ¿Qué hemos hecho?... –preguntó y después siguió preguntando, no sin antes tragar saliva–. ¿Qué vamos a hacer?

Carlos no se dejó impresionar: su empleado había demostrado una debilidad mental que le sería muy difícil dejar atrás. No obstante, quiso pensar que la indecisión de Raúl (¿se llamaba así?) se debía en su mayor parte a la falta de experiencia.

–Hace 20 años que trabajo en marketing –confesó finalmente Carlos–. Me dedico desde antes de que esa palabra significara algo en este país. Me costó diez años que se me tomara en serio en mi propia empresa. Los directores generales no le dan importancia a algo que no da dinero automáticamente –y aquí vino otro momento en el que Carlos buscó la conexión con Raúl, pero en su lugar se encontró con una mirada alucinada: realmente no sabía de qué demonios le estaba hablando... No sabes de qué demonios te estoy hablando, ¿verdad?

–Reconozco que me tiene usted muy descolocado... –confesó Raúl, porque ya no había escapatoria: si alguien alguna vez se había merecido un despido, ésa persona era él, ahora, en este desalmado avión, el cual, por cierto, iniciaba el despegue tras el aséptico y monocorde mensaje del piloto; pronto estarían a 22 mil pies de altura, con una humedad variable del 10% y una temperatura en la atmósfera de -

20 grados centígrados.

–¿Es tu primer viaje de negocios? –preguntó Carlos, intentando averiguar tan apático y desafortunado comportamiento, mientras el aeroplano surcaba ya los cielos, que era al fin y al cabo para lo que había nacido.

–Sí... ¡No! –«¡Oh, cielos! ¿Cómo salgo de ésta?»–. Quiero decir: sí con esta empresa, pero he hecho muchos viajes en otras... empresas –trató de ser convincente; ¿lo habría conseguido?

–Ya. Claro... –pues no, al parecer–. Bueno, ya no te tendrás que preocupar por eso.

–¿Por qué lo dice? –quiso saber Raúl, atemorizado.

Justo en ese momento apareció de nuevo la azafata, esta vez con el menú para que escogieran entre los dos únicos platos de los que disponían a bordo. Ante la mirada de desaprobación de Carlos, la azafata le dedicó otra que venía a significar «¿Y qué esperabas? No estás en el Four Seasons, estás en un avión. Te jodes», pero eso sí, detrás de la más encantadora de las sonrisas.

–El filete y otro whisky –pidió Carlos, devolviendo el menú sin mirar a la mujer.

–Yo no quiero nada, gracias –dijo Raúl, en otra de sus ya innumerables muestras de programada humildad.

–¿No vas a comer nada? En Madrid vamos a por faena: come algo o no comerás nada hasta que llegues a tu casa esta noche –constató Carlos todo lo secamente que pudo.

–No tengo hambre, de verdad –tuvo que obligarse a decir Raúl, horrorizado ahora por la visión de un día entero sin probar bocado simplemente por haber querido quedar bien.

–Está bien. Pues eso es todo –le dijo Carlos a la azafata, quitándole a Raúl el menú de las manos y entregándoselo, igual que antes, de mala gana.

Pasaron en silencio unos cuantos minutos, tiempo que Raúl aprovechó para escribir compulsivamente en su portátil una nueva presentación, y que Carlos malgastó bebiendo y mirando por la ventanilla. En pleno apogeo creativo, Raúl masculló un reniego casi inaudible que Carlos logró cazar al vuelo.

«Carlos no se dejó impresionar: su empleado había demostrado una debilidad mental que le sería muy difícil dejar atrás.»

–¿Qué pasa? –preguntó, casi más por acto reflejo que por interés.

–He olvidado llamar a Marisa para decirle que íbamos –tuvo que confesar Raúl, apesadumbrado. Si después hubiera articulado un «¿Me vas a despedir?» no hubiera sido para nada extraño.

–No te preocupes. Casi mejor –dijo Carlos sin emoción, mirando al infinito que su cabeza había situado entre la primera fila y la puerta del lavabo.

–¿Por qué dice eso? ¿Por qué casi mejor? –quiso saber Raúl, intrigado–. ¿Tiene que ver con nuestra moral?

Carlos se pasó la palma de la mano por la comisura de los labios, decidiendo si explicarle o no al chico el porqué de su comentario. No sabía cómo encajaría su sistema nervioso la explosión de una bomba de 20 megatones.

–Casi mejor... porque vamos a la capital para llevarnos el archivo de clientes –confesó.

–¿Y por qué tenemos que hacer eso? –preguntó Raúl, ahora sí con un dolor de barriga que comenzaba a subirle por el esófago hasta la garganta.

–Por que la semana que viene, el Director de Personal y su ayudante, dos tíos como tú y como yo, cogerán este mismo avión y cerrarán la sucursal de Madrid –¡Boom! La bomba hizo explosión sobre Nagasaki causando más de 145.000 víctimas.

–¿Habla en serio? –quiso Raúl asegurarse.

Con un movimiento afirmativo de cabeza, Carlos no necesitó más palabras para un hecho constatado. Raúl se hundió en su asiento, mientras su jefe alzaba la mano para conseguir más bebida de la azafata. Ésta acudió (¡qué remedio!) y Carlos le señaló su vaso. Después reparó en que quizás el chico también iba a necesitar una copa, y le pidió otra para él, que seguía inmerso en un vacío existencial: parecía

que se lo hubiera tragado un agujero negro y estuviese explorando el espacio de arriba abajo, desprovisto de máscara de oxígeno. Para sorpresa de Carlos, finalmente reaccionó:

–No podemos hacerlo –dijo–; no es justo para ellos.

–Es una decisión en firme. No se puede hacer nada –reconoció Carlos, mientras daba unos minúsculos sorbos finales a su whisky de 5 años engullido en 5 minutos.

–Pero hemos de decírselo. Hemos de contárselo a ellos. Es su vida, es su trabajo, tienen que saberlo lo más rápido posible –alegó con firmeza Raúl, dando muestras de una insospechada determinación– ¿No cree?

Carlos no se atrevió a decir nada. O no quiso. Sería imposible adivinarlo, pues su cara no reaccionó en absoluto ante la incómoda pregunta del chiquillo. La azafata llegó con los dos vasos.

–Llegaremos a Madrid en unos 20 minutos. A partir de ahora ya no podremos servir más copas –se alegró de decir.

El hombre la miró con desagrado. «La historia de mi vida: nunca podré emborracharme de verdad en un avión». Mientras, la capital aparecía nítida a lo lejos, minúscula y de postal. «Luego, con el tráfico, el ruido y las prisas, Madrid ya no será tan bonita».

–¿Qué dice? –preguntó Raúl.

–Digo que, al nivel del suelo, la ciudad cambia mucho –respondió Carlos.

–¿Pero de qué habla? Me refiero a la sucursal. ¡Se lo hemos de decir! –se exaltó el chico; Carlos se dio cuenta de que sus pensamientos se mezclaban peligrosamente con la realidad. Y le apenaba: ya no sabía si era o no gratificante que el alcohol hiciera su esperado efecto–. ¿Por qué los estamos tratando como si fueran críos? ¡Usted querría saber una cosa como ésta lo más rápido posible!

–¿Y por qué querría saber algo así? Es mejor vivir en la ignorancia, sobre todo con estas cosas.

«Carlos no se atrevió a decir nada. O no quiso. Sería imposible adivinarlo, pues su cara no reaccionó en absoluto ante la incómoda pregunta del chiquillo.»

–Pues lo querría saber para hacer planes, por ejemplo. Para comenzar a buscar otro empleo. ¡O lo querría saber simplemente para mandarlos a todos a tomar por el culo! –se le llenó la boca al decirlo–. ¿No le parece razón suficiente?

Carlos vio su vida entera pasando ante sus ojos: vio el día que comenzó a trabajar, vio el primer desaire de su jefe; y cómo tuvo que trabajar duro para llegar a dónde estaba, mientras otros ascendían por apellido, por amistad, por inoperancia...

–Yo querría saberlo, de estar en su situación –insistía Raúl–; necesitaría saberlo, ¡porque es mi vida lo que están poniendo contra la espada y la pared!

–Oye, niño, no te entiendo –necesitó aclarar–: hace media hora no te enterabas de la misa a la media, y ahora te comportas como un líder sindical. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que vamos a entrar ahí y vamos a tirar todos los ordenadores al suelo y vamos a subirnos a una mesa y vamos a clamar venganza contra los tíos que te pagan a ti y que me pagan a mí y que pueden dejarnos en la calle si se nos ocurre contar una sola puta palabra de lo que va a pasar?

–Esta semana, la semana que viene... ¿Qué más da? –insistió Raúl–. La gente merece ser tratada como personas adultas.

Carlos respiró hondo, abotargado, con su cuerpo adherido al asiento a causa del sudor y del peso que ejerce la conciencia.

–Chico, ¿sabes qué te digo?: ahora resulta que hablas demasiado –dijo finalmente, excitado e incómodo, que ni acabar su whisky podía, de lo nervioso que llegó a ponerle Raúl.

El avión inició el descenso con el ambiente tan enrarecido que si hubiese aparecido el Conde Drácula sobrevolando sus cabezas, ni Carlos ni Raúl se habrían girado para mirarle. Después de unas sacudidas leves, el aparato aterrizó. El piloto se despidió cortésmente de los pasajeros y les emplazó a bajar del avión educada y tranquilamente una vez se abriesen las compuertas. La azafata se apresuró para estar visible y coqueta cerca de la puerta, complaciente y sonrojada para que todo el mundo descendiera

pensando que eran donjuanes o aspirantes a presentadores de televisión. Carlos y Raúl recogieron sus maletines y se levantaron. Al pasar cerca de la azafata, la chica endureció el rostro, pero Carlos mascullo un arrepentido «Gracias» que la cogió tan de sorpresa que ni responderle pudo antes de que jefe y empleado bajaran del aparato. La cordialidad hizo sentirse tan bien a Carlos que, seguido muy de cerca por un arremolinado Raúl que trataba de no perderle la pista, emprendió animado, decidido y orgulloso el camino a través del *finger* en busca de la puerta de salida.

© David Bombai

El autor:

David Bombai (Mataró, Barcelona, 1978). Periodista, guionista y humorista gráfico. Ha realizado guiones y co-dirigido varios cortometrajes, y es guionista también del largometraje *El cura y el veneno*, en fase de postproducción. Ha publicado relatos en varias revistas, como Quimera y Un dels Nostres. Fue Co-Director y editor del diario online de humor El Muñeco Whisky y Co-Director y editor de la revista online Acapulco66. Sobre su trabajo gráfico, mantiene el blog <http://www.gatosperiquitos.wordpress.com> junto con con Adrián Crespo.

* * *

Relato

DESPIERTA...

por Federico Rodríguez Sluismans

Al principio percibió el rumor de unos tambores, tan lejanos que confundió con el propio latido de su corazón. No quiso abrir los ojos, aunque sabía que estaba despertando; porque no ignoraba cuan dura podía ser la vida y lo dulce que era soñar. Ni siquiera los brazos de «Amanecer», su prometida, competían en bienestar. La inconsciencia que ronroneaba en sus pensamientos, era más complaciente y no exigía proezas para ofrecer sus dones.

La mirada azul de Alejo se enturbiaba en los viajes largos, incluso cuando había descansado las horas necesarias la noche anterior. Debería considerar que conducir turismos no era tan peligroso como trasladar toneladas de sustancias químicas, porque en sus treinta y cinco años de conductor de camiones nunca se había dormido. Probablemente porque su esposa Alba siempre le preparaba un termo de café.

«Ojos azules» se removió bajo la piel maloliente de un cévido. La fiebre estaba bajando, quizás porque los dioses no querían la compañía de un muchacho. De pronto su corazón se aceleró, tanto que parecía retumbar en la cueva entera. El muchacho se retorció, tal vez moría y su alma marchaba a ciegas. Abrió los ojos y el ritmo frenético de los tambores cesó, dejando paso a un silencio que ensordecía.

Hoy había descubierto que era prescindible para la empresa, que sus jefes habían traspasado el negocio a otros que tuvieran más ganas de defender el patrimonio que esos holgazanes que llamaban hijos... Y Alejo enfermaba sólo de recordar las veces que había suplicado por su empleo.

–¡Me quedan unos pocos años para jubilarme!

–Razón de más para dejar hueco a los jóvenes...

(Un zarpazo).

–Pero es que a mi edad nadie va a contratarme, y yo tengo gastos que pagar...

–Escribe una carta al presidente, yo no tengo la culpa...

(Otro zarpazo).

«Ojos azules» descubrió unas llamas encerradas dentro de un círculo de piedras cerca de sus pies. El crepitar de unos maderos infundió la dosis ajustada de realidad y paz a su delirio. Pero el rostro de un anciano, que abarcaba todo su campo visual, le arrebató la calma.

–Tu alma me pertenece... ¡Se la he ganado a los espíritus de la noche! –gritó el chamán agitando unos cráneos humanos por encima del muchacho, haciendo un sonido de cascabel a lo largo de su cuerpo.

¿Cómo anunciar a Alba semejante noticia, a ella, que siempre se jactaba de un marido tan trabajador? El único modo en el que podía pensar, después de tantos años de trabajo en la carretera, era conduciendo. Deformación profesional. Alejo viajaba sin rumbo y sin tacógrafo, sintiéndose pequeño, ridículamente pequeñito, en su fiat punto.

Tras recorrer sin prisas unos cuantos pueblos de la periferia de la capital, lo único que consiguió dejar atrás fue su amor propio. Sintió que el mismo asfalto le repudiaba, que los demás conductores le miraban mal.

–No estoy llegando a ninguna parte –se dijo Alejo en voz baja.

–No... –susurró el muchacho.

Sabía que su corazón no había golpeado con fuerza el pecho, que su alma no quería abandonar el mundo de los vivos y que, por lo tanto, «Serpiente inmortal», el hechicero, no había ganado nada.

–¡Despierta! –gritó el anciano acercando aún más las pinturas de su cara al joven.

Alejo sintió un respingo en la espalda, notó que agarraba con fuerza el volante, como si repentinamente se hubiera dormido y se aferrara inconscientemente a la realidad. Supo que tan sólo había perdido la consciencia una fracción de segundo. Se estaba adormeciendo. Bajó la ventanilla de su lado y apagó la radio, el soniquete de unos tertulianos no ayudaban demasiado en mantenerle despierto.

–Joder con el viejo –masculló Alejo, recordando el rostro de un anciano que no había conocido en su vida.

Pudiera ser que hubiese visto una película o documental que no recordara y que luego proyectase su rostro desde la inconsciencia, porque nadie, ni siquiera en carnavales, se había disfrazado con pieles de lobo y abalorios de hueso colgados del cuello y las orejas. Y por más que lo intentó, no recordó a nadie que luciera con tanto orgullo sus arrugas.

Entre sus arrugas, se dibujaban unos círculos rojos y negros, concéntricos alrededor de cada ojo. Y de la boca salían rayos, también rojos y negros. Entre el sudor de la faz del joven, se perfilaban unos cortes profundos y negros, de los que destilaban unos hilillos rojos.

Ambos conocían la verdad.

–No vas a morir... Te perderás en las brumas de los sueños que la gente olvida... Pero yo te buscaré a través de las nieblas del tiempo, te buscaré en los sueños... y te salvaré... ¡Despierta!

«Ojos azules» no volvió abrir los párpados, pero Alejo los abrió tanto como sus cavidades oculares permitían. Se había vuelto a dormir... y le habían despertado.

Final feliz:

... con el tiempo justo para evitar un accidente.

Final realista:

Se descubrió con parte de la grasa del motor esparcida por su cara, por unas facciones que sangraban, rojo sobre negro, como el muchacho de sus sueños; y un fuego a sus pies. Comprendió cuán dulce podía ser la inconsciencia, aunque fuera para siempre.

© Federico Rodríguez Sluismans

El autor:

Federico Rodríguez Sluismans. (Asunción, Paraguay, 1969). Ha escrito unos 70 cuentos, de temática y extensión variada, y 2 novelas (una de fantasía y otra histórica). Todo inédito. <http://federos1969.blogspot.com>.

RELATOS

por Salvador Alario Bataller

EL AMANTE PERFECTO (2004) ¹

La joven contemplaba coqueta su cuerpo desnudo en el espejo. Era preciosa. Aunque ya había cumplido los dieciocho, las formas de mujer apenas se le insinuaban. Miró, arrebolada por la excitación, el reflejo que el espejo le devolvía. La magnífica cabellera morena, el óvalo de su cara aniñada, la boca regordeta y sensual, los pequeños senos, frescos como mandarinas, la sombra liviana del pubis sobre dos piernas perfectas y, sobre todo, aquel culito de ensueño, que sabía representaba la parte más codiciada de sus carnes adolescentes. Todos decían que era un bombón.

El hombre yacía desnudo en la cama, un maduro atractivo y vigoroso. La chica se sentía excitadísima. Era su tipo: el pecho amplio y velludo, los miembros fuertes, forjados en duros trabajos antes de su vida universitaria, no producto de esteroides ni gimnasios, la incipiente calvicie, la recortada perilla, los rasgos severos. Tan fuerte, tan viril, con aquel pene grande y duro; y le amaba.

Ella se sentía muy feliz, aunque bastante nerviosa, ante aquella primera experiencia. Él le daba confianza, se dejaría hacer tranquilamente, los músculos relajados, la respiración leve. Con él todo era fácil, se dejaba hacer como a ella le gustaba. Amaba su docilidad especial, aquella mansedumbre arrebatada. Un amante perfecto. Olía a hombre, a macho.

Su mujer se había marchado por unos días, estaba lejos, en un congreso en el extranjero. Ahora él era suyo, solamente suyo, y cuando ella regresase, buscaría los encuentros seguros. Sabía que tenía todas las ventajas y que, con el tiempo, él se quedaría a su lado cuando la otra se fuese.

Fue maravilloso, tan fácil, tan seguro. Hizo a su antojo y él siempre estuvo dispuesto, ninguna protesta, ningún intento de dominación. Todo fue suave y hermoso, cálido y gozoso, porque él, su hombre, era el amante perfecto.

Ella se levantó dos horas antes que él, despuntaba el día, y se fue a la cocina. Metió en el bolso el frasco de hipnóticos que había dejado el día anterior entre las especias, más por el ansia que por descuido. Preparó un magnífico desayuno, sintiéndose feliz en el ambiente sellado de la cocina, viendo la escarcha prendida de los árboles en el albor exterior de la naturaleza que despertaba, experimentando a la vez aquella sublime sensación de seguridad y plenitud, de saberse sola, en su casa y con su hombre. Preparó tostadas y café, zumo de naranja, había también mantequilla y mermelada de distintas variedades, y después fiambre de primera calidad por si después del dulce apetecía un poco de salado. Al él le gustaba ese contraste. Se le aceleró el corazón al oír sus pasos en el baño y al acercarse.

–He dormido de un tirón, hacía años que no dormía así –dijo el hombre sonriendo, apoyado en el vano de la puerta.

Después miró el magnífico desayuno y la sonrisa radiante de la muchacha. Pensó que era una chica muy bonita y muy buena. Se acercó y le dio un beso en la mejilla.

–Te quiero, hija –dijo y se sentó.

* * *

AQUELLOS QUE TE HAN QUERIDO (2000) ²

Tenía un nombre epatante, demasiado sugerente para un hombre que siempre se sintió pequeño, tal vez porque fue un niño tímido e infeliz: Juan Sepulcro del Lobo. Aprendió pronto que su mundo no se

¹ De *El amante perfecto y otros cuentos por inferencia*, Salvador Alario Bataller, 2008, lulu.com, Rockville, USA

² De *El disfraz de Dios*, Salvador Alario Bataller, 2011, lulu.com, Rockville, USA

encontraba en la calle abierta y procelosa de gentes, ni en el café concurrido, ni en la algarabía fácil y, para él, indigna de las fiestas mundanas. Que recordase, nunca había amado el mundo ni el tiempo en que vivía. Por eso se aferró al pasado y pensó en ser historiador pero, despreciando al hombre, buscó fuera de él los tiempos y los seres preteridos con los cuales sentirse cómodo. Así que Juan Sepulcro, don Juan para sus alumnos y discípulos, se unió a las escuálidas filas de los estudiosos de la Paleontología; encontró en el *Tyrannosaurus rex* o en el *Triceratops* amigos mejores que en el *Homo sapiens*. Fundió incesantes noches con incesantes días sumergido en sus sesudos estudios y de esas noches fecundas de estudio y meditación, dio a la imprenta, entre otros, una *Historia de la Paleontología* y unos *Fundamentos paleontológicos* que fueron, durante muchos años, materia obligada de estudiantes y especialistas, y que le proporcionaron nombre y consideración. No obstante, el doctor Sepulcro, se sintió siempre un hombre infeliz, una *rara avis in terris*. Este sentimiento se acentuó con el pasar de los años y, por allá los cincuenta, le abatió la tierra por los días, la desgana de vivir.

Había creído en el dios de sus mayores, ese dios único e incognoscible con el cual le atemorizaron desde niño y que le oprimió la vida, e incluso creyó que ésta entrañaba un significado oculto que se revelaría con la muerte y la subsiguiente resurrección de la carne. Después, cuando ella murió y se sintió solo y abatido, el mundo dejó de interesarle y descreyó de Él ; su madre, una mujer menuda, buena y de vida desvaída, fue lo más amado, por lo cual, tras su muerte, la pérdida fue irreparable.

Pasó meses sumido en la desesperación, sin apenas capacidad para centrarse en sus estudios, sin ganas para escribir; solo con gran esfuerzo consiguió cumplir sus obligaciones académicas. En ese tiempo pensó mucho sobre la muerte y sobre las madres. Pensó en todas las madres que protegen a sus hijos y les colman de amor y cuidados, desde la loba que vela con celo a sus cachorros hasta la madre tierra, la madre de los dioses, que nos cobija y nos dará, al fin, sepultura.

Posteriormente, negándose al agnosticismo y más aún al ateísmo, muy posiblemente aherrojado por el miedo al antiguo dios, Sepulcro intentó vislumbrar parte de la verdad en conocimientos menos ortodoxos, los cuales, además, debido a que le apartaban de lo exotérico, depuraron su sentido de soledad y su aislamiento. El mundo, con todo y como dijo Lovecraft, era algo de lo que uno debía de protegerse.

Con todo ello, hubo un tiempo en que creyó, más bien a medias, que los hechos de la vida eran, muchas veces, como un palimpsesto que cubría una verdad más profunda, la cual, cuando se vislumbraba, era vivida en ocasiones con un intenso sentimiento oscuro. Paralelamente, podía darse la circunstancia de que también se agotase el interés por los hechos de la propia existencia y, por eso, alguno tratase de descubrir por la vía rápida aquello que se escondía debajo o, meramente, desease huir raudo de la vileza y los sinsabores del vivir. Este horizonte turbio y melancólico se fue fraguando en el espíritu del sabio cuando arreciaron en él las dudas, la incertidumbre de todo y, en último término, el aburrimiento, cuando no la desesperanza.

En dos ocasiones se dejó llevar por el funesto deseo e ingirió grandes cantidades de tranquilizantes. Siempre hizo lo mismo : se tendió en la cama y dejó que el sueño químico le aferrase, dibujándose en su cara pálida y amarga una tenue sonrisa, cuando pensaba en aquel familiar esquivo con el que compartía la casa y que al siguiente amanecer le descubriría; pero siempre, una mano que el juzgaba inclemente le arrancaba de la muerte: todo volvía a comenzar y él abandonaba el lecho un poco lelo, los miembros flojos, pero con el vasto futuro por delante que se levantaba tan amenazador como siempre, como cada mañana de sus días, cuando tenía que salir a la calle y enfrentarse al mundo. Antes tenía su apoyo y su amor, pero ahora todo esto se había perdido. Era un ser débil y dependiente, lo reconocía, si bien esa ligazón la tuvo solo con ella, ese amor grande e inagotable, como oceánicos eran sus temores, venero de su misantropía.

Dio cuerda una vez más al reloj de sus días y, como pasan los minutos en la medida de las horas, fueron pasando en él las semanas y los meses, y siguió viviendo sin gana, pese a saberse un hombre poco común, libre en el fondo, con posibilidades que otros hubieran agradecido ; aún así, nuevamente, decidió morirse y lo decidió por los motivos de siempre, por su ausencia, por el tedio de la vida, la cual, como siempre, le superaba, a la cual, como siempre, no veía significado.

Esta vez actuaría sobre seguro, no dejaría ocasión al error. Abrió el cajón del escritorio y el metal reluciente del revolver le dio seguridad. Representaría el último recurso en caso de que la química, una

química más fuerte ahora, no le arrancase de su padecimiento inveterado. Tomo el frasco letal, aquellas pequeñas pastillas que le inducirían a un sueño del cual ya no regresaría. Tomó unas pocas y apuró la copa de vino blanco, muy frío, como era de su gusto. Todavía quedaban muchas en el frasco, pero se las tomaría inmediatamente. Entonces, notó que se desvanecía, que todo él se debilitaba, casi hasta el límite del sueño. Se aterrorizó pensando que, de dormirse, al amanecer despertaría y se vería obligado a reiniciar aquel ciclo de intentos autolíticos que ya comenzaba a ser un castigo. Le oprimió el pecho también la expectación del disparo, sus resonancias terribles, por todo lo cual trató de alcanzar el frasco y terminarlo de golpe, pero no pudo, aunque se sentía extrañamente lúcido; inevitablemente se asustó porque comenzó a vislumbrar en todo aquello la presencia de una experiencia insólita. Pensó en la muerte y la deseó con vehemencia, pero la emoción negra ya no le acompañaba como antes: en aquel mar tenebroso de consunción y desespero, una figura pequeña y desvaída dijo que le quería y el ejecutor impulso cesó.

Alguien dijo que la vida no comienza con la fecha que la partida de nacimiento señala, sino cuando en la misma se produce un descubrimiento trascendente, con el cual todo cambia. Algo así debió sucederle a don Juan Sepulcro en aquella noche oscura y sola, cuando la voz amada le habló, diciéndole o sugiriéndole la clave de la espera y del logro en la consumación de sus días, algo que solo él supo, porque únicamente a él le concernía, y cuyo secreto se llevó a la tumba cuando, anciano y repleto de fama y honor, fue enterrado en el panteón familiar, apenas promediado este siglo.

Eso es lo que sucedió, cuando viví. Ahora que estoy muerto, las cosas son muy distintas. El antes y el después del momento final, eso que tanto tememos y que tratamos porfiadamente de ignorar, han cambiado. El momento último, tan temido, es solamente una puerta, una vía de tránsito, una llave si quieren. Lo peor son las postrimerías, lo que hay después de la vida. Se nos ha adoctrinado a que, en dicho momento, recibiremos un premio o un castigo por nuestras obras, pero también eso es mentira, lo que hay es mucho peor. No hay condena concebible. Nadie se libra de ello, ni los justos, ni los perversos, ni los creyentes, ni los hombres sin fe.

Yo creía en el más allá, en el reencuentro con los seres queridos, en la recompensa eterna, bajo la forma de la realización de todos los deseos que uno ha ido albergando a lo largo de ese peregrinar que es la existencia, obtener y disfrutar de aquello que no se ha tenido en vida. No es así... Nadie vino a recibirme, no defino qué forma tomé, aunque mi mente funcionaba igual que cuando estaba vivo. Fui arrojado a un páramo brumoso, de una oscuridad casi completa, surcada por relámpagos y colmada de gritos, de alaridos, si es que pueden denominarse así, una cacofonía horrenda emitida por seres incalificables que deambulaban erráticamente, en un loco frenesí suicida y caníbal. En aquel mundo hediondo y oscuro huían y acechaban, se devoraban unos a otros, se mutilaban, engullían cualquier resto infecto que encontrasen a mano, fuera de todo control, como empujados por un impulso autómata e infame.

Habían sido hombres y aún lo eran en parte, pero estaban cambiados de la peor forma imaginable, acumulando en cada uno de sus fibras la arquitectura de la demencia y la vileza. En aquel desierto plutónico encontré a mi madre, a la que tanto había llorado, a la que tanto había añorado. La reconocí por su desgastada figura, por el eco de su voz, ahora un gorgoteo quebrado mezclado con palabras confusas, por sus ojos, antes dulces y ahora extraviados por el crimen y las peores pasiones, y por ese sentimiento seminal que vincula a uno con aquella que le ha dado el ser. Aquella forma monstruosa me miró con encendidos ojos depredadores, su boca rota pronunció ofensas que jamás creí oír de ella e inmediatamente intentó agarrarme la garganta con sus garras de fiera, y yo huí espantado y sigo huyendo todavía, escondiéndome de ellos, de los que extrañamente no formo parte (tal vez ese sea mi castigo) y de aquella que fue lo más amado cuando era un hombre adherido a una vida. Sé ahora que ésta es una añagaza y la muerte una trampa, y que solo me queda un futuro incierto de terror y desesperación, y que ambas han sido diseñados por un dios locos, el del dolor y de la muerte... Quisiera gritarles, ¡no mueran! ¡Que locura! A todos sin excepción nos espera una ultratumba horrisona.

Dijo Nietzsche que la recompensa de los muertos consistía en no volver a morir, y yo afirmo que no, que el castigo de la muerte es no poder volver a vivir, que no hay recompensa en el final, ni siquiera la paz sorda e inerte de las cosas minerales. Quisiera ser polvo en este caos excretado por el gran de-

mente. En el panteón de los dioses psicóticos uno diseñó este desenlace con un propósito que solamente el mal en estado puro puede adivinar y entender.

Pasamos nuestra vida temiendo el día último, orillando la muerte y sus postrimerías, tratando de ocultarnos de su inexorable llegada, cuando en realidad no es la muerte misma el momento nefasto, sino lo que nos espera a todos después, entre sombras y monstruos.

Sí, el castigo de la muerte es el después, sus consecuencias y no poder dejar de sentir, como las piedras.

* * *

«BACKDOOR» PHINAL SYMPHONY: UN MUNDO PARA OTROS
(2005)³

Los hermanos Arturo y Ricardo Sangre Guerrero eran dos tipos verdaderamente inteligentes y muy cultos. No obstante, como suele suceder en la vida, que recompensa al revés o no lo suficiente, consiguieron menos fama y fortuna que conocimiento y obra, a pesar de que su labor en el campo de la salud fue notable. Ambos eran poseedores, por lo demás, del más alto título académico.

No provenían de una familia poseedora de riqueza o abolengo, por lo cual nada les fue dado; ninguno de sus antepasados había tenido una vida fácil, ni sin dolor. Ellos vivieron buscando en placer, en su amplio sentido. En esto consistía su básico sentido de la vida, entendiendo lo hedónico en su concepción más lata, más allá del mero goce material.

Amantes y estudiosos, en un tiempo, de los temas herméticos, vieron la vida siempre como un viaje iniciático, como un *descensus ad inferos* del cual uno renacería renovado con la nueva luz del conocimiento y del espíritu; pero, tocados también por el contento y la molicie en la forma de vivir, soportaron con gran zozobra las contrariedades y las veleidades de la vida y, con el tiempo, la rutina de este mundo monolítico se les volvió insoportable. Por allá los treinta y pocos acariciaron la idea de la belleza de la muerte y de la trascendencia del día final, la jornada en verdad más importante de una existencia. Como para ellos la vida fue pronto una intrusa, no tardaron en coquetear con la contingencia del suicidio. Desafectos al hombre y al cosmos, incluso ellos se regenerarían, como el mundo mismo, a través de la muerte.

Al final, por aquella España del nuevo milenio, rota y desvertebrada, esquizofrénica y desabrida, sin oro y sin luz, que habían dejado los que prometen y nunca cumplen, se les fue agriando el ánimo. Detestaban de consuno la pobreza mental que les rodeaba, la injusticia inmanente al existir y, más propiamente, acreció en ellos la extrañeza ante una vida con la que, en definitiva, nada tenían que ver.

Despreciaron siempre a quienes manifestaban un absurdo apego a la vida, pese al infortunio y al desconsuelo: mendigos sin remisión, enfermos roídos por el sufrimiento y la agonía, pobres de espíritu y de solemnidad, toda aquella plétora calamitosa que la vida iba dejando en la cuneta. Execrababan esa enfermiza obstinación en el vivir y su paralelo temor a la muerte. No podía ser de otra manera, a su entender, pues, como luciferinos *pur sang*, adoraban el saber y odiaban a la humanidad.

–Vamos ya, se está acercando la fecha –le dijo uno al otro cierto día–. Que quede esto para los demás.

Y así se embarcaron en un viaje romántico en un tren que fue famoso tanto en la literatura como en el cine.

Era un día denso y plomizo de octubre cuando subieron a su lujoso camarote, como gris y melancólico fue también el momento en que el empleado abrió la puerta, como cada mañana, a las nueve, para despertar a los viajeros. Entonces los halló, tal como los dejó el *daemon* químico, que les llevó a cruzar sin consternación aquella última puerta que sus semejantes aborrecían. El revisor llamó muy asustado al director del tren que, después de salir de su estupor, leyó anonadado la nota que había sobre la mesita de noche. Después de la fecha y de los encabezamientos de rigor, el contenido rezaba así:

³ De *Macho, machote*. Salvador Alario Bataller, 2011, lulu.com, Rockville, USA

Lamentamos el susto. A pie de página se escriben las instrucciones que deben seguir para dar el curso debido a nuestras envolturas mortales. Hemos tenido cuidado que adoptar una perfecta posición yaciente, a fin de no dar excesivos trabajos a los probos funcionarios de pompas fúnebres.

Queden, pues, con lo suyo, que de él, del mundo, ya conocemos bastante.

* * *

LA BELLEZA, EL PAROXISMO Y LA MUERTE (2004)⁴

Las evocaciones del arte pueden ser múltiples y asombrosas. En relación con el aserto anterior, referiré una historia que me contó don Patricio del Toro y Godoy en un café en el que habitualmente nos reuníamos los viernes por la tarde. Dijo, cosa en la que ahondaré ulteriormente, que dicha historia era real y, además, refleja palmariamente el título de este relato.

Sucedió en una región septentrional del país, donde se cree todavía en duendes y hadas y promediaba el siglo XIX; la cosa se refería, como tantas veces, al amor entre un hombre y una mujer, si bien los hechos y circunstancias de su relación se tiñeron de matices, como poco, sorprendivos.

Ella se llamaba doña Natividad Gante Islandia y era de buena familia. Había sido educada en la tradición, recibiendo una educación, por lo demás, amplia y exquisita. Contaba por entonces veintidós años y, aunque tuvo muchos pretendientes, ninguno la satisfizo.

De todas las mujeres que su abuelo paterno conoció en vida, solo una llegó a impresionarle vivamente y era la señorita referida, por cuanto unía a una beldad radiante una fuerte inteligencia, que resultaba casi ofensiva. Conocía en profundidad la filosofía de los clásicos, dominaba la literatura inglesa y los credos de la filosofía oculta no le eran ajenos. En la heredad paterna, un soberbio palacete medieval, se reunían frecuentemente los intelectuales de la comarca y también las suntuosas cenas y los galantes bailes de salón se hicieron famosos en su tiempo.

–Mi abuelo era contertulio habitual y por ello resulta totalmente fidedigno cuanto dejó escrito en su diario sobre los hechos ocurridos.

Del Toro enmudeció para encender un pitillo. Después continuó diciendo que doña Natividad era una joven esbelta, hermosísima, de aire seductor, la tez un tanto morena y el pelo ondulado y salvaje, las formas del cuerpo divinales, la mirada oscura y misteriosa, como la de una princesa cingara. Pasó buena parte de su niñez y adolescencia en Francia e Inglaterra, pero fue en este último país donde echó sentimentales raíces, al cual amó sobre todo por el verbo de sus poetas y al que nunca abandonó en el alma, pese a verse obligada a vivir en tierras latinas por cuestiones de herencia. Ocupó la casa familiar a la muerte de sus padres y, según se decía, su fortuna era notable. Las preocupaciones económicas que agobian a la mayoría de los mortales le eran cosa desconocida y, con todo ello, en su persona se concitaban aquellos atributos que la hacían una de las mujeres más codiciadas y deseadas de la provincia.

–Amargo, hay sucesos sorprendentes e incomprensibles en suma medida, aunque se les de una explicación plausible –repuso del Toro–. Deja que te cuente.

Con la otra parte, el hombre, mantuvo su abuelo relaciones comerciales durante más de una década. Empero, pese a que mantuvieron trato durante ese tiempo, razones diversas –entre ellas, y no la menos importante, la incompatibilidad fundamental entre gustos y caracteres– impidieron que les uniera el vínculo de la amistad.

–Una esperanza vana se hilvana en cada vida –añadió mi amigo con su habitual aire grave y sentencioso–, pero nunca se teje: la de la propia felicidad. Hay, sin embargo, maneras que la posibilidad y el

⁴ De *Macho, machote*. Salvador Alario Bataller, 2011, lulu.com, Rockville, USA

acierto prodigan al hombre para que obtenga parte de los dones y disfrute, aun siquiera parcialmente, de esa dicha anhelada, de ese máximo deseo. Mi abuelo lo busco en la sabia biblioteca y él, don Martín Gracia del Hierro, nuestro hombre, en la noche promiscua.

Aunque cumplidor en el trabajo y serio en los negocios (posiblemente porque la unión con su abuelo le era provechosa y éste no le quitaba ojo), con el tiempo se supo cómo era en verdad, un hombre protervo y fementido. El antecesor de del Toro nunca pudo comprobarlo de manera fehaciente, pero más de un rumor apuntaba a que Gracia debía buena parte de su fortuna al tráfico de esclavos y que, en su negro palmarés, se incluía más de una muerte.

A Martín Gracia se le podía considerar, en principio, un hombre normal, educado, gallardo, a excepción de aquel «mal» que describiera un insigne escritor francés (del cual hablaremos posteriormente de una manera más lata) y de su adicción casi vesánica a la vida libertina y de disolución. Su abuelo sabía de sus excesos, pero éstos se daban en las jornadas festivas y, por lo general, se realizaban de modo discreto. Incluso se comentó que, en las horas disipadas y al amparo de la noche de los barrios de mal nombre, frecuentaba a personajes de torcida bizarría. De cualquier forma, las relaciones comerciales, discurrían de forma satisfactoria y era eso lo que interesaba a don Raimundo del Toro, que así se llamaba el abuelo de mi amigo.

Otro hecho sorprendió a don Raimundo y le inquietó en buen grado. Ocurrió en uno de sus viajes a Grecia, país en el cual tenían establecidos algunos negocios. Durante una jornada de ocio, visitaron el Partenón y, entonces y de modo inexplicable, don Martín manifestó durante toda la estada un estado de gran nerviosismo, sufriendo una crisis nerviosa, con un fuerte componente de malestar precordial, por lo cual le llevó a un servicio de urgencias. Allí se le administró un sedante y se le retuvo, en observación, durante unas horas. Después salieron y continuaron con sus actividades mercantiles, sin que se le apreciase ninguna alteración o secuela. Don Raimundo le preguntó al respecto, pero don Martín le contestó que no deseaba recordar el trance sufrido. Ante su negación, si bien se sentía preocupado, el prócer no insistió.

En otra ocasión, esta vez en Venecia, después de cerrar unos negocios beneficiosos, decidieron visitar la Galería de la Academia. Mientras caminaban hacia el edificio, don Martín comentó que se notaba extraño, como si se sintiera fuera de lugar. El abuelo de mi amigo le aconsejó que se retirase a descansar al hotel o, en todo caso, que fuesen a visitar a un médico; pero su socio decidió entrar y ante la monumental *Cena en la casa de Leví*, cuadro de Veronés, sufrió un intenso acceso de angustia, sensación de vertiginosidad, fuerte taquicardia y sensación de muerte inminente; en ese momento, estalló.

–¡Toda esa belleza! ¡Me enajena! –gritaba el fulano, fuera de sí, golpeándose atrozmente la cabeza con ambas manos.

El desenlace de este suceso fue el mismo que en Grecia y, como entonces, el abuelo de don Patricio no obtuvo satisfacción para sus preguntas. Estos eventos han sido relatados por su relación con el resto de la historia que se detallará inmediatamente y también por lo mucho que tienen que ver con las conclusiones que expongo al final de este escrito.

Lo que en este lugar nos interesa es que el señor Gracia del Hierro y la señorita Gante Islandia se conocieron un indeterminado otoño, en las cenas de gala y los bailes que se celebraban en casa de aquella, a uno de los cuales fueron invitados tanto él como don Raimundo, principalmente por la relación familiar que ella mantenía con este notable y también, ciertamente, pese a los insidiosos comentarios, porque don Martín era un personaje destacado en las finanzas de la región.

Su presencia y su conducta infamaban la vida nocturna de la pequeña ciudad de provincias, hasta el momento en que la conoció. Entonces, su comportamiento fue impecable. Tenía donosura y carisma, y se había propuesto conquistar su corazón; apenas la vio, Gracia se encandiló con su belleza y porfió en poseerla para sí. Le habló abiertamente sobre ello a don Raimundo, asegurando que sus intenciones eran honestas y que ya no era dueño de su corazón. Confesó que apenas podía dominar el *crescendo* de su furor pasional y más de una vez, sorprendido, el anciano le descubrió mirándola con aquel alarmante aire de contención y apetencia insana, oculto tras un pesado cortinaje, como un lobo al acecho, mientras ella, durante aquellas veladas musicales deliciosas, bailaba con gracia a los sonos de algún vals o de un minué.

Para sorpresa general, don Martín comenzó a frecuentar la casa y, poco después, se les vio juntos en algún restaurante de la ciudad. Amigos y allegados la previnieron en contra de aquel hombre de cuya proximidad, decían, cabía esperar lo peor. Sea como fuere, por una de esas insólitas conclusiones de la vida, el malfamado cortó la flor, la bestia cautivó a la bella.

La boda se celebró y el viaje nupcial se proyectó para la misteriosa India. Pero no llegaría a realizarse y aquella primera noche representó el principio y el fin. En el tálamo nupcial, apenas Venus se desvistió, el marido quedó obnubilado ante la contemplación de aquella perfección hecha carne y el paroxismo pasional dio paso a la destrucción. Algo, dijo después, se había roto en su interior y, en los momentos sucesivos, no recordó nada, solamente el calor de sus manos fuertes estrangulando un cuello de cisne, cuando el furor demoníaco se extinguió y le permitió ver la hecatombe con los ojos del hombre.

–Eso es lo que sucedió –concluyó del Toro–. Hay cosas en el mundo que no debieran propiciarse.

Adicto como soy a saber el porqué de las cosas, después de que mi amigo me contara la historia, investigué el asunto con pormenor y comprobé que el mal de que me habló y que don Martín responsabilizó de su desmán no era otro que el denominado Síndrome de Stendhal.

En efecto, Marie Henri Bayle, conocido por la historia como Stendhal, gran escritor francés, nacido en 1.783 en Grenoble y autor, entre otras obras importantes, de *la Cartuja de Parma* y de *Rojo y Negro*, vivió una infancia atormentada y una adolescencia aún peor, aunque posteriormente se caracterizó por su pasión por el lujo, el dandismo y la galantería. Falleció en París en 1.842. En lo que aquí interesa, cabe decir que en su diario de viajes, *Roma, Nápoles y Florencia*, que vio la imprenta en 1.817, comenta que en Florencia visitó la iglesia de *Santa Croce* (Santa Cruz), donde se guardan las tumbas de grandes artistas italianos. Ante estos soberbios monumentos y también por la significación implícita de aquellos grandes hombres inhumados allí, experimentó un conjunto de síntomas que incluían vértigo, taquicardia, astenia y desorientación. Esta especial reactividad emocional la experimentó en diversas ocasiones en sus viajes a lugares impregnados de historia y de belleza y, como se ha visto, escribió sobre ello y el cuadro paroxístico recibió su nombre.

Sobre el Síndrome de Stendhal se ha escrito poco y existe exigua información rigurosa, mucho menos estudios controlados. He revisado toda la literatura existente, desde Freud a Magherini, y no se aclara mucho sobre eso que se refiere como una compleja elaboración mental donde la persona que admira una obra de arte pierda el control de esa forma tan especial. Recientemente se ha descrito en los periódicos algún caso donde se ha dañado una obra de arte, casos que pueden representar uno de los extremos en los que el cuadro pueda manifestarse... Y ahora me pregunto, cuestión que se relaciona íntimamente con la desgracia que se narra en estas páginas, ¿no cabría admitir una reacción semejante o aún mayor ante la humana belleza?

En don Martín Gracia del Hierro, inextricablemente, a la dicha del amor se unió el dolor de la pérdida del ser amado y la culpa por un acto irreparable. Fue, dijo ante el juez, la belleza y la pasión lo que trajo la muerte y la tristeza. Una interpretación romántica del suceso impondría la hipótesis de que, efectivamente, la belleza le desbordó y enajenó sus actos hasta el límite del homicidio. Por su parte, el forense limitó el asunto a los desafueros esperables en una personalidad psicopática. No sé, a ciencia cierta, cual será la respuesta y, para mi eterno fastidio, nunca la tendré, porque, de todas maneras, la verdad de estas cosas se la llevó el garrote.

© Salvador Alario Bataller

El autor:

Salvador Alario Bataller. El autor, de los diez finalistas del Premio Planeta de Novela de 1.997 con *La conciencia de la bestia*, ha publicado más de una veintena de obras (novelas y cuentos) en Promolibro, Grafein Ediciones, Ediciones Lord Byron y lulu.com. Doctor en psicología por la Universidad de Valencia (España), de dedica a la clínica privada y, de vez en cuando, escribe. Blog: <http://alario1.blogspot.com>.

EL ENFERMERO ENAMORADO Y LA GATA DE AZÚCAR *

por Juan Ramón Ortiz Galeano

La desdicha puede comenzar de mil modos.

Yang Fang

*Aguzo el oído para escuchar tu eco,
(...) de mis ojos brotan lágrimas.*

Yang Fang

*Su boca se mueve, exhala
un perfume que persiste.*

Hsiao Yen

Pepa –dueña imperial de mi corazón– se aproxima silenciosa y agazapada, con el sigilo cauteloso de una pantera nebulosa, al hermoso y rechoncho colibrí de cabeza carmesí (su próxima víctima) que de modo intermitente revolotea junto al puesto de libros y revistas. Ella luce inofensiva desde la ventana de este tren imaginario, aunque peligrosa, al deslizarse en maneras misteriosas, como una gata de caza.

Ahora reposa en silencio, la cacería terminó; su alimento alado ya fue ingerido. En su posición cuasi-fetal parece aburrida, reflexiva, atenta (este es un comportamiento bastante original para la época) e inmejorablemente mía, aunque distante a mis manos y besos.

Entre el confuso gris del atardecer y el ruido destemplado y áspero de este tren detenido en el tiempo, mi gata logra ver –a través de la ventana sucia del «VAGÓN 4»– mis ojos de enfermero enamorado que están atestiguándola; entonces comienza a arrastrarse hacia una plataforma de piedra situada en el centro de la escena, sobre la que cincelamos nuestra unión y fidelidad, y posa sobre ella sus cuatro patitas blancas, al mismo tiempo en que acomoda su carita de peluche, delicadamente, como si nada hubiese ocurrido un par de minutos antes.

«Ya se ha alimentado y se ha puesto en la posición en que mejor se ve, todo parece marchar de acuerdo a lo indicado. Pero, súbitamente, su fiebre la explota como a una bomba de miel, y todo su relleno se esparce sobre el andén como una almohada de plumas.»

Ya se ha alimentado y se ha puesto en la posición en que mejor se ve, todo parece marchar de acuerdo a lo indicado. Pero, súbitamente, su fiebre la explota como a una bomba de miel, y todo su relleno se esparce sobre el andén como una almohada de plumas: ¡casi muero al ver a mi mejor poesía repartida por toda la estación!

Desesperado, rompo la caja de vidrio y acciono el «FRENO DE EMERGENCIA».

Al bajar del tren, me enardece escuchar a la *Banda de Músicos Soñados* interpretar su sinfonía ilusoria, y ver al *Ballet de la Decadencia Transitoria* danzar en su egoísta y efímera congaja, como si nada estuviese sucediendo a su alrededor. Desolado, caigo de rodillas junto a Pepa que ahora es un cúmulo de azúcar; encontrar su boca en el acervo sería imposible, así es que tomo una pequeña can-

* «El Enfermero Enamorado y la Gata de Azúcar» pertenece al libro inédito homónimo.

tividad entre mis manos y conteniendo toda mi ansiedad y consternación –con los ojos cerrados y apretando mis lágrimas que brotan como arroyos– beso el montoncito de azúcar dulcemente, imaginando en el tacto de mi boca de enfermero enamorado el contorno de la boquita de azúcar de mi gata destrozada.

Transcurren unos segundos de siglos en los que no respiro, y desfallezco mil veces sin cerrar los ojos. En este momento... ¿Qué? ¡Prodigio de amor!: para mi dicha incalculable –y gozo inenarrable– toda la desgracia de mi gata retrocede en cámara rápida...

Ahora estamos abrazados en el suelo. La gente no se ha percatado de nada... como siempre; hasta alguno pensará que estoy loco por amar así.

Pero lo único que me interesa en este instante fuera del tiempo –lo único que me invade dulcemente– es la certeza de que Pepa está ronroneando en mi pecho y acariciando mi corazón, la confirmación de que entre mis brazos se ve mejor que en cualquier lugar... y la seguridad de que yo la quiero más que nunca.

© Juan Ramón Ortiz Galeano

El autor:

Juan Ramón Ortiz Galeano. Escritor argentino nacido en Buenos Aires (1975). Tiene estudios de Derecho. Premio "Igriega" de Relato Breve 2002 (Sevilla-España); Premio "El Arte de Escribir" de Poesía 2009, Finalista (Barcelona-España); Premio "Literarte" de Poesía 2010, Finalista (Buenos Aires-Argentina); Premio "Latin Heritage Foundation" de Poesía 2011 (Washington-Estados Unidos); Premio del Público "Poemas sin Rostro" 2011, Finalista (Murcia-España); Premio "Flor de Poesía" 2011, Finalista/en curso (Buenos Aires-Argentina). Sitio: www.juanramonortizgaleano.blogspot.com

* * *

Relato

MAJESTAD MERCADOTECNIA

por Luis Mariano Montemayor

Se despertó sobresaltada al oír un anuncio que la invitaba a conocer el carro deportivo del año en la agencia más próxima. Con certero manotazo hizo enmudecer el radio-alarma. Tras restregarse los ojos, dedujo por la apariencia de la ventana que afuera la temperatura había descendido durante la noche. Sus sospechas se confirmaron al contacto de sus pies desnudos con el suelo. Puso el televisor a un volumen alto para escuchar desde el baño el informe meteorológico. Mientras el agua recorría su cuerpo enjabonado, pudo captar la entusiasta sugerencia de un banco para invertir de modo inteligente. «Necios», se dijo pensando en el alquiler vencido y otros adeudos. Después contuvo una risita burlona con la campaña de un nuevo producto que hacía fáciles los días difíciles de las mujeres: *Ahora, mayor confort*. El diálogo cretino de dos cocineros en duelo ante una pila de platos sucios la hizo sacudir la cabeza: *Detergente más poderoso*. Envuelta en toallas emergió del vaho y fue hacia el televisor para nivelar otra vez el volumen. Frente al espejo una vieja conocida suya: rutina. *No salga sin ella*. Gracias a la proclama cortés de una tienda departamental supo que sus zapatos no eran compatibles con la moda inminente para la primavera. Tampoco su raído bolso de popelina estaba entre las tendencias de accesorios para dama («Mejor, a las feúchas no nos va tanto adorno»).

Dejó el edificio a toda prisa. En la parada del transporte la fila ya era larga. Al acercarse el autobús leyó en uno de sus costados una señal del cielo: *El paraíso es un buen cigarro*. Tras apoyar la ca-

beza en una ventanilla fue recibiendo una ráfaga de anuncios panorámicos: *Piensa en grande, Queremos verte feliz, Porque tú lo vales, Perfume de mujer bonita* («¿Qué tendrá que ver una chica en bikini con unos amortiguadores para automóvil?»).

Hizo escala en la calle de la estación del metro. Como ya era su costumbre entre tal gentío, se fue abriendo paso con actitud defensiva. Un volante por aquí, otro por allá: *Mr. Cronos. Equilibra tus espirales energéticas. Viaja al centro de tu fuerza interior. Lectura de Tarot. Cita sin compromiso.* Antes de descender a los andenes se le acercaron unas edecanes largiruchas ofreciéndole muestras gratuitas de grageas para adelgazar: *Cada vez más mujeres la toman.* Ya en el convoy –sin tanta suerte como en el autobús– se mantuvo de pie todo el trayecto viendo especímenes de la sociedad de consumo, como ella: *Sé diferente a las demás con un cutis de porcelana*, ávidos por solventar necesidades que ignoraban poseer.

Al surgir de nuevo a la superficie un jovencito le solicitó unos minutos para una entrevista con el fin de indagar sus hábitos como consumidora. Con brusquedad lo hizo a un lado prosiguiendo rumbo a su trabajo («Ni aunque tuviera tiempo»). Una vez ahí se internó entre los pasillos sin un saludo hacia sus compañeros. Antes de instalarse en su escritorio fue por una taza de café: *Aroma íntimo de buen grano.* Dispuso lo habitual para el inicio de labores y reparó en su bolígrafo: *No sabe fallar.* Sin tregua, cada objeto a su alrededor parecía atacarla con un logotipo o el eco de una frase. Guiño mediante, un aviso de la modelo del calendario: *Día mundial del diseño gráfico.* Pese a los intentos por concentrarse en sus tareas, no pudo. Las marcas registradas la iban cercando a razón de múltiples estímulos visuales por minuto, incluso en la pantalla de su computadora: *Atrae a más clientes haciendo clic, Cómo mejorar tu negocio a través de redes sociales.*

«Al surgir de nuevo a la superficie un jovencito le solicitó unos minutos para una entrevista con el fin de indagar sus hábitos como consumidora. Con brusquedad lo hizo a un lado prosiguiendo rumbo a su trabajo (“Ni aunque tuviera tiempo”).»

Durante el receso de la comida, *pero antes unos mensajes de nuestros patrocinadores*, fue a una fonda cercana. Un tipo disfrazado como pollo, en botarga percutida, repartía cupones de descuento invitando a degustar el *Tierno, jugoso y crujiente* cadáver implume. Luego, a fin de reposar los alimentos se sentó –como siempre que no la encontraba ocupada– en su banca favorita de la plazuela. «Qué pena ver los jardines con tanta basura», suspiró al ver el césped cubierto de recipientes vacíos y envolturas: *A que no puedes comer solo una, El sabor que te da más, Pon sonrisa de chocolate.*

Al concluir sus faenas emprendió la misma ruta en sentido contrario para ir a casa. En los andenes del metro, el tumulto la hizo pensar en un tropel de cucarachas. No opuso resistencia al subconsciente cuando le sugirió rociarlos a todos con el insecticida que *Las mata bien muertas.* Dentro del vagón se vio ágil al conseguir un sitio. Ensimismándose en el asiento comenzó pronto a dormitar. Por su mente se repetían frenéticos eslóganes, yuxtapuestas imágenes publicitarias, carteles persuasivos.

Recogió la correspondencia al entrar a su edificio. Estados de cuenta, sobres con propaganda, folletos promocionales para vacacionar en el Caribe, exhortaciones amables con ultimátums de pago. Con un rictus de histeria hizo tiras los papeles y se dejó caer sollozante en el sofá. Tuvo alucinaciones intermitentes protagonizando comerciales: agua más pura que el agua pura, nutritiva sopa instantánea, jugos de frutas apócrifas y el secreto de la juventud eterna dentro de un tubito comprensible.

Sin control de sí fue hasta el botiquín del baño y extrajo un fatídico frasco. Rauda hacia la cocina, se detuvo frente al refrigerador e ingirió varias cápsulas tragándolas con un gran buche de *La chispa de la vida.*

© Luis Mariano Montemayor

El autor:

Luis Mariano Montemayor. (Monterrey, México, 1961) ha publicado el libro de sonetos *Fanfarria para un hombre común* (Conarte 2006). También ha publicado cuentos y traducciones en revistas de México y Estados Unidos.

LA NIÑA PERDIDA

por Laura López Alfranca

Era un día soleado, hacía un calor suave y todo indicaba que sería una perfecta para pasear. Odiaba los días así, prefería los lluviosos. Los momentos perfectos como hoy le recordaban a los demás. Se deprimía y preguntaba si había tomado la decisión acertada.

Al ver que estaba rememorando los viejos tiempos, se vistió y salió a la calle. Paró en uno de los kioscos de su barrio y tras ahondar en lo que sentía, cogió varios juguetitos que vendían envueltos y peregrinó hacia sus propios puntos santos.

Primera parada: el instituto.

Se vio a sí misma caminando por la acera, esperando pasar desapercibida con respecto a los otros chicos de clase. Tendría catorce años, pero le daba la sensación que no encajaba más que con los niños pequeños. Ella no quería besarse con nadie, tampoco salir, emborracharse... crecer. Deseaba seguir jugando, no tener responsabilidades; solo cuando se es una niña, una es completamente feliz, se decía una y otra vez.

Puede que el día que le conoció se hubieran metido con ella o que tuviera problemas en casa... la cuestión era que había llorado y aunque lo había intentando, sus ojos estaban muy enrojecidos. La profesora le señaló para preguntarle, seguía con la voz débil y temblorosa... consiguió que toda la clase se riera de ella, llamándola bebé entre otros calificativos menos agradables. En ese momento, sin que la chica lo supiera, decidieron captarla.

«Tras otro recuerdo horroroso, volvió a su pupitre y para su sorpresa, había una nota extraña. Siempre se encontraba cartitas de amor para reírse de ella o las que la insultaban. Las rompía al momento.»

Tras otro recuerdo horroroso, volvió a su pupitre y para su sorpresa, había una nota extraña. Siempre se encontraba cartitas de amor para reírse de ella o las que la insultaban. Las rompía al momento.

Pero esta en cambio... no era como las demás:

Querida niña perdida,

Al fin te hemos encontrado, te esperamos después de las clases en el puente del río. Ven sola y dispuesta a no crecer nunca.

Los niños perdidos

Se temió una trampa y pensó en no ir. Ya era muy difícil sobrevivir en aquella jungla que habían creado otros, como para encima darles más motivos para meterse con ella.

Sin embargo... ¿y si era cierto? ¿Y si eran otros niños perdidos? Se debatió durante las horas de clase sobre qué hacer. Hasta que al final cogió la mochila, salió corriendo como siempre hacía y fue a encontrarse con los autores de la nota.

Se pudo ver correr por el empedrado ansiosa, impaciente por saber lo que podría ocurrir después. Su yo actual decidió saltarse las otras paradas de tan mal que se sentía. Era mejor llegar a la epifanía final que seguir el resto del recorrido. Hoy no tenía fuerzas ni corazón.

Segunda parada: el mundo de Nunca Jamás / el puente sobre el río.

Llegó hasta la explanada cercana al lugar, había varios montículos de tierra y piedras, pero ni rastro de los llamados niños perdidos. Se acercó al lugar temblorosa, sabiendo en el fondo que le habían enga-

ñado. Escuchó varios gritos ensordecedores.

–¡Al fin te tenemos! –exclamaron algunos chicos vestidos de piratas.

Se oyó sollozar aterrada, al tiempo que echaba a correr hacia las calles. Iban a pegarla, puede que algo peor... puede que...

–¡Atrás, Garfio! ¡No dejaré que la toques! –se paró asombrada al ver ante ella a varios chicos con harapos verdes.

Antes de que fuera capaz de reaccionar, ambos bandos se lanzaron a una lucha de espadas mientras se insultaban unos a otros. Se quedó en un lado, sin saber qué hacer o decir. Cuando todos los piratas cayeron al suelo «muertos», el bando esmeralda se acercó a ella sonriente. El líder de todos ellos, quien exigió protegerla, era el chico más guapo que nunca había visto. De grandes ojos del color de la hierba, vivos y alegres; de cabello castaño, sonrisa blanca y con hoyuelos, no parecía el tipo de muchacho que querría seguir jugando, más bien al contrario.

–Bienvenida a Nunca Jamás –dijo haciendo una reverencia que los demás, menos la única chica, imitaron–. Soy Peter Pan, líder de los buenos... ¿quieres ser de los buenos o piratas?

–De los buenos, claro. Son los mejores –respondió la muchacha al momento sin poder evitar que se le escapara aun sonrisa.

–Entonces estarás bajo mis órdenes. ¿Cómo te llamas? –fue a responderle, hasta que continuó en un susurró–. Debes inventártelo, nunca te llamaremos por tu nombre de fuera de Nunca Jamás.

«Decidida a que la otra no le pisoteara el terreno, Wendy le hizo ir un día una hora antes al país. Tenía un plan para descubrir qué sentía Peter por ella.»

–Windy –replicó al notar el viento, pero tan atronador como era, se perdió.

–De acuerdo, Wendy. Serás... la hermana de John y Michael. Espero que te guste jugar a los papás y las mamás, porque llevamos necesitados de una desde hace meses.

Por él habría aceptado ser la fregona de todos, pero por suerte no ocurrió así. Se convirtió en una más, luchó contra los piratas e indios, se enfrentó a grandes peligros y solo para que Peter le hiciera caso, eso sobre todo, cuidó de ellos como si de una madre abnegada se tratara. La

competencia era dura, Campanilla, la otra chica que llevaba como pendientes varios cascabeles, también se esforzaba por llamar su atención.

¿Wendy hacía pasteles de barro? Campanilla una tarta. ¿Se le ocurría a una aventura con hadas? A la otra de sirenas que gustaban más a los demás niños perdidos. No era que se llevaran mal... es que las dos querían que Peter las hiciera caso y este, aunque se dejaba querer, cada vez se ponía más nervioso con ellas.

Decidida a que la otra no le pisoteara el terreno, Wendy le hizo ir un día una hora antes al país. Tenía un plan para descubrir qué sentía Peter por ella.

–¿Pero qué quieres que hagamos? Los demás no están. Va a ser muy aburrido –se quejó el joven varias veces.

–No, pero... es que no me gusta cómo llegué, no es una buena historia.

–¿No es buena historia ser salvada de los piratas?

–No.

–Bueno, tú dirás –dijo tras mucho meditar. Parecía haber renunciado a entenderla.

Cuando llegaron, se escondieron en la casa y Wendy comenzó a improvisar. Esperaba que pudiera conseguirlo.

–Este ahora es mi cuarto. Vivía en... Londres con Michael y John, soy su hermana mayor –empezó a decir nerviosa–. Y tú entraste por mi ventana volando.

–¿Por qué entre a tu ventana? –preguntó, aunque la idea de volar le gustó mucho.

–Porque tu sombra se quedó atrapada en un árbol y la recogí. Quieres recuperarla, porque... es tu sombra, te pertenece.

–Pues tienes razón. Es mía y quiero recuperarla. ¿Y qué más?

–Me desperté, te ayudé a coserla a tus pies... y entonces te di un beso –al ver su expresión asombrada le explicó–. Las niñas siempre somos muy precoces. Luego te doy un dedal porque esperas un regalo... de esos que puedas guardar es un baúl.

–Eso es cierto... y lo del dedal me gusta.

–Y es el mejor beso del mundo, es un beso secreto que nadie, salvo a quien se lo dé, sabrá de su existencia.

Aprovechó su cara de asombro ante la historia para acercarse a su cara, y cuando sintió el roce de sus labios, alguien comenzó a tirarle del pelo. Escuchó los cascabeles resonar.

Chilló exigiendo a Campanilla que la soltara, pero no hizo caso. Solo cuando las separaron se dejaron de pegar. Peter les exigió que se quedaran quietas en las bodegas del barco pirata, secuestradas hasta que decidieran salvarlas a modo de castigo. Algo que no ocurrió en toda la tarde. Ambas se miraron tristes, avergonzadas por lo que habían hecho.

–A veces desearía no quererle tanto –dijo Campanilla con una sonrisa triste tras unos momentos en silencio–. Duele cuando no te corresponden.

Siguieron hablando entre susurros, la primera charla sería que ambas mantenían. Duró menos de lo que ambas hubieran querido; cuando las rescataron, Peter les dio a ambas un pequeño baúl lacado.

–Aquí guardareis los besos que queráis darme –les explicó sonriente cuando vieron que no le entendía–. Serán dedales, estarán ocultos y así, nadie podrá llevárselos de vuestros labios. Serán solo vuestros.

«Chilló exigiendo a Campanilla que la soltara, pero no hizo caso. Solo cuando las separaron se dejaron de pegar.»

Las dos aceptaron con pena y pronto, la cajita estuvo a rebosar de cualquier tipo de dedal. A veces incluso los pintaban o los señalaban con una fecha, mostrando que aquel era el que más ganas tenían de dar. Solo lo comentaban entre ellas, porque para los demás aquella cajita era una muestra vergonzosa de «adulterio».

La joven que antes era conocida como Wendy, se acercó al puente lleno de flores. De un montículo desenterró sus besos escondidos y se sentó en el borde, al lado de las plantas marchitas y frescas que solían poner los padres de sus antiguos amigos. Se asomó para ver la corriente cantarina y suspiró.

–No era suficiente, ¿verdad, Peter? Tenías nuestro amor y adoración. Te negaste a perderlas... y a qué precio.

Era capaz de escuchar los vítores de los demás a cada frase que decía su líder. Aseguraba que nunca les dejarían ser libres, no podrían dejar de crecer y no debían consentirlo.

–Por eso y para demostrar a todos que tenemos razón, nos tiraremos por el puente. Así nunca creceremos.

–Eso es una locura –dijo Wendy, era la primera vez que conseguía negarle algo a su amor, pero aquello era demasiado, hasta temblaba de pavor ante la mera idea de arrojar al vacío–. No podemos suicidarnos, ¿y nuestras familias? Les haremos mucho daño.

Había detalles que se le escapaban, recordaba que tras ser insultada llegó a casa llorando. Creyó que todo había acabado, hasta que un mensaje oculto le llegó al móvil, diciéndole la hora y el día que habían planeado todo. Fue a llamar a los padres de sus amigos para avisarles... pero entonces cayó en la cuenta de que había algo raro. Telefonó al equipo de salvamento y les explicó como pudo toda la historia mientras corría al puente, rogándoles que fueran inmediatamente allí.

Como había supuesto, no esperarían. Alguno de ellos habría mandado el mensaje para que Wendy

avisara a los padres... y no pudieran hacer nada por evitarlo.

–¿Cómo podéis ser tan crueles? ¿Por qué jugáis conmigo y vuestras familias? –les exigió saber al ver a todos en la barandilla del puente.

–Envejecerás, morirás de vieja y lamentarás no haber venido con nosotros. Desearás no volver a crecer nunca –le respondió Peter con una mueca cargada de odio. Les vio a todos extender los brazos–. Miranos, Wendy, mira cómo volamos.

Intentó detenerles, pero era demasiado tarde. Solo pudo ver cómo flotaban en el vacío durante unos segundos antes de que sus cuerpos chocaran con un ruido sordo contra el suelo.

Han pasado tres años, todavía lo recuerda como si fuera ayer... trae juguetes como recuerdo de lo que vivió. Como ofrenda para calmar su culpabilidad y mientras espera, analiza todo lo que le dijeron, esperando así hallar la respuesta a su pregunta: ¿Se equivocó al no saltar?

Siempre cierra los ojos al pensar en las horas de terapia, el cambio de instituto al no soportar las miradas y comentarios, las acusaciones. Entonces suspira y es como si liberase para acabar su ritual.

Hoy no ha sido diferente, por lo que saca algunos de los dedales de la caja junto a su pequeño tributo y los coge en las manos como si fuera un cuenco.

–Creceré, maduraré y me alejaré cada vez más de vosotros. Cosa que me alegra –reconoció separando poco a poco las palmas, dejando que los objetos cayeran como si fueran granos de arena–. Me volveré a enamorar, tendré hijos y nietos. Puede que muera de vieja en mi cama o de cualquier otra forma... da igual. A diferencia de vosotros, viviré y aprovecharé cada segundo que tenga en este mundo.

Vio como todo chocaba contra el fondo y sonrió.

–Y siempre desearé crecer y mejorar. Puede que hoy haya dudado de lo que me ofrecisteis, lo haré mi veces... y aun así, volveré a levantarme. Porque este es el verdadero valor y no lo que vosotros hicisteis.

Entonces comenzó a llover y sintió cómo el agua arrastraba sus penas. Observó al río corretear y sin mirar atrás, se dio la vuelta y volvió a su vida.

© Laura López Alfranca

La autora:

Laura López Alfranca (Madrid, España 1983). Estudiante de FP de EI y escritora vocacional. Descubrió y redescubrió la literatura en diferentes momentos de su vida, hasta que a los veintiún años empezó a escribir y hasta a día de hoy. Ha escrito varias novelas de fantasía, todas ellas inéditas, aunque no cesa su empeño de que eso cambie. Aunque tiende a escribir para el público juvenil, también escribe para adultos y niños. Ha publicado en diferentes revistas de Internet y conseguido diferentes puestos en otros tantos concursos literarios. Blog: <http://www.lauralopal.blogspot.com>

* * *

Relato

MENSAJES DE TEXTO

por Roberto Gutiérrez Alcalá

El hombre estaba sentado sobre la taza del escusado, apretando torpemente las diminutas teclas de su celular con el pulgar de la mano derecha. Intentaba escribir otro mensaje de texto «breve pero contundente», como decía. El sonido que producían aquellas teclas semejava el de un aparato que manda se-

ñales en clave Morse.

Terminó de escribir la primera frase y empezó a buscar un signo de interrogación antes de continuar con la segunda.

Unas pisadas ansiosas, primero, y luego un fuerte golpe que botó el seguro de la perilla de la puerta lo hicieron levantar la mirada. La perilla giró y la puerta se abrió bruscamente. Entonces vio a su esposa con el rostro descompuesto por la ira y blandiendo un desarmador en una mano.

La mujer avanzó unos pasos y se detuvo junto al cancel de la regadera.

–¡Le sigues mandando mensajitos a esa puta! –dijo, y lo señaló con el desarmador.

–No sabes lo que dices –dijo el hombre al tiempo que dejaba el celular encima de la tapa del depósito de agua del escusado. Después se volteó en dirección de la mujer y gritó–: ¡Sal de aquí!

–¡Ya me lo imaginaba! ¡No te despegas un segundo de tu maldito celular!

–¡Sal de aquí! –repitió él.

–¡Eres un pedazo de mierda!

–¡Estás loca, absolutamente loca, loca!

–¡Eres un hijo de la chingada!

La mujer le dio la espalda al hombre, dejó caer el desarmador sobre el piso del baño y cruzó el pequeño vestidor que había entre aquél y la habitación que ambos compartían. El hombre se puso de pie, se subió los pantalones y la siguió.

–Tere, escucha... –dijo. Aún se estaba abrochando el cinturón cuando vio que su esposa se recostaba boca abajo en la cama y comenzaba a convulsionarse levemente.

De pronto, la mujer alzó la cabeza, atrajo hacia sí una almohada, apoyó la barbilla en ella y dijo con serenidad:

–La voy a matar.

–Oh, Tere, debes tranquilizarte. Esto no nos lleva a ninguna parte –dijo el hombre.

–Lo que me estás haciendo es más de lo que puedo soportar.

–Cálmate, mujer –insistió él–. Debemos calmarnos los dos.

–Nunca pensé que me harías algo así –dijo ella. Luego se quitó un mechón de cabello que le caía sobre la cara, y añadió–: Voy a matar a esa perra.

El hombre caminó hasta el lado que ocupaba en la cama cada noche, y se tendió boca arriba en ella. Mientras miraba las enormes vigas de madera del techo de dos aguas de la habitación, trataba de encontrar algo que decir: una frase, una palabra que, de alguna manera –¡de alguna maldita manera!–, pudiera mitigar tan sólo un poco el dolor y la humillación que estaba sintiendo su esposa, el dolor y la vergüenza que estaba sintiendo él. Pero no las hallaba. Sabía que nunca las podría hallar.

Se hizo un silencio profundo, pesado, apenas roto de vez en cuando por algún automóvil o autobús que pasaba velozmente por la avenida que corría más allá de la colonia donde vivían.

La mujer se removió en su lugar y apagó la luz de la habitación. El hombre continuó con la mirada clavada en las vigas del techo, sin pestañear. Así permaneció dos o tres minutos más, hasta que el celular abandonado sobre el depósito de agua del escusado anunció con un ronroneo suave, discreto, la llegada de otro mensaje.

© Roberto Gutiérrez Alcalá

El autor:

Roberto Gutiérrez Alcalá (31 de octubre de 1961, ciudad de México). Tiene un libro publicado: *La vida y sus razones* (Editorial Aldus, 1994), y otras dos obras aún inéditas: *El corrector de estilo* e *Inventiones a dos manos*.

LA VISITA

por Leticia Rodríguez Melián

A pesar de los golpes, el clavo permanece intacto. Lo sujeto frente a la ventana y lo froto entre mis dedos soplando para quitarle los restos de yeso que le dan ese aire enharinado. Pequeñas partículas blancas se desprenden de él y quedan en suspensión como una minúscula neblina. En esta zona la pared es blanda, pero tiene que ser aquí, junto a la ventana, donde siempre ha estado. Presiono con la punta limpia sobre el hueco blanco e insisto, el yeso cede y el clavo se hunde, y lo hace con la profundidad exacta para que la trayectoria del martillo vuelve a terminar sobre mi dedo. Aunque esta vez –de todo se aprende– lo he hecho con más cuidado y menos entusiasmo, no me he librado de lanzar un quejido a medias. Es inútil, los ganchos que cuelgan de la madera vieja seguirán así: colgando inútiles.

Escucho el quejido del viento que sopla con fuerza. Aquí, en Samarino, siempre ha sido así. Es como un latido continuo entre sus montañas y sus pinos; un río de aire que se cuele por las casas, levanta con descaro las cortinas y empuja contra las hojas de cada ventana. En Samarino, el viento es algo que forma parte de nuestra vida cotidiana –bueno, de los pocos que aquí quedamos– y casi se puede tocar.

La ventana del dormitorio está abierta y aplaude con ruido contra la pared. Antes, a ambos lados del marco, había unas aldabillas para sujetar las hojas. En algún momento se estropearon por el óxido y la humedad, de modo que compramos unas nuevas, pero nunca encontramos el momento adecuado hasta hoy.

Dejo el clavo sobre la mesita de noche, junto a su homónimo y el martillo, y saco unos pañuelos del primer cajón; los pliego apenas dos veces para que no abulten demasiado y los encajo bajo las bisagras inferiores. No es la solución más limpia, pero la ventana ya no se mueve. Me siento sobre el alféizar, con las piernas encogidas y los brazos a su alrededor, dejándome adormecer por el arrullo del aire. Inclino un poco mi cuerpo hacia fuera y escucho ese silencio total que sólo se puede percibir mezclado con el silbido ronco y seco.

«Me gusta cuando sopla el viento, me tranquiliza».

«Dicen que el viento puede enloquecer a la gente... –se reía–. Por eso debe haber tantos locos en esta maldita isla».

Pablo está tumbado sobre la cama. Duerme. Las sábanas apenas cubren a medias su cuerpo de bronce, detenidas por el vello áspero del que deseo tirar con suavidad, en pequeños tics, como tantas veces jugando. Pero no quiero romper su sueño de estatua. Solemos hacer el amor con las ventanas abiertas, nos gusta sentir la brisa que busca resquicios; le gusta sentir mi piel erizada. Nunca me deja tapar mi pudor disfrazado de frío. Pablo huele a verano.

El almacén estaba completamente vacío. Había esperado a esa hora del día en que el pueblo se refugiaba en sus casas, en sus cocinas y sus comedores. Era extraño verlo así, como si estuviera triste.

Conozco la tienda a la perfección, pero aquella mañana andaba de tropiezo en tropiezo con un despiste adolescente que no me permitía concentrarme y se hacía notar en mi orientación. Me perdí entre sus estanterías con las piernas apresuradas que corrían a mayor velocidad que mis ojos. No conseguía encontrarlo, aunque estaba segura de haberlo visto apenas una semana antes anunciado con entusiasmo feroz. Estaba segura, estaba aturdida. En seguida oí sus pasos que se adentraban en la sección en la que yo me encontraba. Me enojé conmigo misma por haberme puesto aquellos tacones tan ruidosos en la mañana en lugar de unas deportivas. Finalmente, tuve que explicarle. «Claro que la podemos ayudar», lo dijo en plural como si hubiera alguien más en la tienda. Llevaba una bata que antes debió ser blanca, pero que ahora aparecía salpicada de restos de. Su pelo estaba tan engominado que parecía cubrir su cabeza en un sólo mechón pringoso y rígido. La tienda entera tenía un olor rancio, a madera mojada y tripas de animal.

Llevo mi dedo enrojecido hasta mis labios y lo muerdo con fuerza, así parece mitigarse el dolor: un dolor más profundo ahoga otro más leve.

No quería que volvieras, no quería verte, pero viniste y te vi. Y ahora duermes a mi lado, tumbado en una cama de sábanas aún calientes, con el cuerpo acomodado sobre ellas, tu brazo descansando sobre

el estómago, las piernas estiradas, largas y morenas.

Otra vez se alarga esa sombra que mancha el techo a esta hora en la que el sol comienza a escabullirse entre los pinos, esa mancha informe, esa des-forma de-formada que en nuestros atardeceres ha adoptado tantas figuras, pero nunca como la tuya, nunca tuvo más nombre que cuando tú la bautizaste Medusa. Tumbados la mirábamos: una araña, decías, un pulpo que huye, una palmera triste... Para mí siempre fue la lámpara.

No quería que volviera, no quería verlo. Sin embargo...

«Necesito hablarte. Tengo que explicarte». «Nos podemos encontrar en la cabaña, ya sabes donde está». «Nadie más puede saber». «No te preocupes, nadie más sabrá». «Sobre todo Él, Pablo, sobre todo Él».

Ahora duerme. Parece que lo hiciera para mí. Un espectáculo inerte, un pedazo de soledad detenida, una mirada de Hopper. Prefiero a las personas cuando no están despiertas, sin máscaras ni pretensiones; son más ellas, sencillas. Sólo cuando el sueño cubre un semblante, lo puedes ver sin la representación del día, su contracción involuntaria o voluntaria, o más bien aprendida. En el día nunca se mirará de frente, sólo se enseñará un perfil que irá girando a medida que lo busquen, no se debe mostrar una sonrisa abierta, sino tan sólo algo a medio hacer, una mueca filosa. En cambio, en la quietud o turbulencia del sueño se puede mostrar, se muestra. El suyo es un sueño profundo. Su rostro es el de antes, el tiempo no ha podido estropearlo. El tiempo lo estropea todo, pero esto no.

Pablo siempre ha sufrido de una dicotomía terca: tan pronto es capaz del gesto tierno de un niño como de la sacudida más violenta, como un tic sádico, una transfiguración maldororiana que hace que caiga por ese agujero del que tanto habla a veces, al que tanto teme. En Pablo son posturas intercambiables que conducen a mañanas que son noches, cortas de tan largas, y que de salvajes te convierten en animal, en una especie de canino hambriento que sólo sabe agradecer y obedecer con veneración ciega, perruna. No hay posible redención, a quién pedir cuentas, o con quién contar. Si tan sólo Él también.

No quería que volviera, no quería verlo. Sin embargo, cada mañana una esposa que se despide con un beso.

Finalmente, tuve que explicarle. «Claro que la podemos ayudar –me dijo–, este producto se usa desde hace años y es infalible» Lo puso sobre un envoltorio gris cuidadosamente extendido en el mostrador, y se disponía a envolverlo cuando una mosca comenzó a pasear curiosa en torno al papel plata. Inmune a los continuos movimientos de las manos del vendedor que trataba de apartarla, la mosca tan sólo levantaba el vuelo un instante y zumbaba burlona en el aire hasta que él, confiado, volvía las manos a la tarea. Resopló con cansancio y se separó algunos centímetros de la mesa. Sus ojos –malignos, como de roedor– se movían frenéticos tras el vuelo del insecto y reproducían tan fielmente su trayectoria que por un momento pensé que iba a quedar bizco tras el esfuerzo. Por fin, la mosca confiada aterrizó sobre el mostrador con renovada curiosidad. Yo era incapaz de apartar la vista del vendedor –totalmente absorto en su vendetta particular– en cuyo rostro se extendió a medias una sonrisa. Colocó su mano sobre la víctima y de golpe la dejó caer. ¡Paf! Apenas se frotó en el delantal y comenzó a silbar satisfecho «Canta y no llores». Mientras mostraba una sonrisa –ahora sí plena–, se volvió a concentrar en mi compra. Con la delicadeza de un cirujano, cortó el papel sobrante y lo dobló sobre sí mismo dejando un paquete pequeño y compacto. «Con esto será suficiente». Su rostro blando estaba enmarcado por gotas de un sudor ocre que descendían de su frente, enmarcaban sus mofletes y sus labios colgantes. Tenía las gafas empañadas. La tienda entera tenía un olor rancio, a madera mojada y tripas de animal.

*«Ahora duerme.
Parece que lo hiciera
para mí. Un
espectáculo inerte, un
pedazo de soledad
detenida, una mirada
de Hopper.»*

Sin intención. Sin intención te miras al espejo y te sonríes con esa pena fingida, inventada para el momento. Sin intención abres las puertas del armario, inconsciente te vistes, te maquillas y, sólo cuando sales a la calle, te conviertes en propósito. Esas miradas de desprecio son las que te transforman. Son esas miradas a través de las que se es porque, a veces, no es sino por medio de la visión de otros, de la opinión de otros, o de sus palabras, que cobramos realidad y adoptamos un papel en este juego de marionetas sin cordeles, de voluntades ajenas.

En un pueblo como el nuestro no es difícil estar en el centro, ser el eje de una rueda que gira por la fuerza de su puritanismo, su beato aburrimiento y su santísima madre. En sus calles puedes ver pasar

el tiempo –que en realidad no pasa– como si fuera una persona más, un ente tangible que escucha atento, arrinconado, esperando el momento en que un insólito pistoletazo de salida lo lleve en volandas al lugar del que nunca debió salir.

Abandono la ventana y noto el frío suelo bajo las plantas de mis pies, cómo va subiendo por el empeine, las pantorrillas, y así hasta golpear mis caderas, como si me fuera metiendo poco a poco en el mar del norte, ese que queda tan lejos. Los vuelvo a mover tratando de que la sensación no se vaya; el sonido de ventosas que provoca me hace sonreír, y lo miro buscando la complicidad del recuerdo de escenas similares vividas en tantas ocasiones. Pero sus ojos siguen cerrados, mirándose a sí mismos, hacia dentro, hacia ese agujero.

No recuerdo cuándo dejé de andar descalza, pero creo que fue hace pocos años, quizá cuando llegó Él. Hoy no quiero ponerme las zapatillas, quiero sentir el suelo.

Coloco con cuidado la maleta sobre la cama, a sus pies, sin tocarlo. Tiro de la cremallera y la abro mostrando su desnudez casi hueca. Dentro están mis cosas, apenas lo necesario, nada más. Quería que quedara espacio suficiente para su ropa. Ha sido una visita larga. Descuelgo cada una de sus prendas y las acerco a mi rostro. Con intención las sacudo un poco antes de guardarlas, toda la habitación huele a verano. Respiro con fuerza. El viento sopla con fuerza.

«Sólo las golfas se comportan así».

El rencor es traicionero, siempre se va cuando más lo necesitas. Un escudo de arena, una pared de adobe, un frío muro de papel que se apresura a arder con la menor de las chispas. Algunas personas somos incapaces de aguantar. No tengo voluntad. La voluntad no sirve para nada.

«Un día tomarás esa puerta». «No lo haré, no lo haré».

Hasta que un día no estuviste... ¿Pero quién soy yo para culparte? Yo también empecé a no estar para Él.

Pablo duerme plácido como un niño. Nada parece agitar su sueño. Me acerco a su cuerpo, lo rozo con cuidado, siento en mis dedos la suavidad de sus hombros, su torso algo más áspero, su abdomen. Me acercó aún más e inhalo largamente. El olor de algunas personas lo llevamos con nosotros toda la vida.

«Sólo las golfas se comportan así», pero ella murió sola y amargada.

Empieza a hacer bastante frío en la habitación, pero no cierro la ventana. Dejo que el aire gélido recorra el dormitorio, que gane presencia, quizá como una visita más o como un testigo mudo. Suelto las cortinas, que se abren y extienden como fantasmas anclados, como un ligero telón que flota ondulante, a impulsos. Al igual que mi pelo que es sacudido con violencia y se alarga, se transforma también en Medusa, en sus serpientes. El viento se abre paso a ráfagas, chilla por impulsos. Viene y se va, viene y se va.

«Me gusta cuando sopla el viento, me tranquiliza».

«Dicen que el viento puede enloquecer a la gente... –se reía–. Por eso debe haber tantos locos en este maldito pueblo».

Tomo mi copa de la mesa de noche, está junto a la suya. Al fondo empiezan a verse ya algunos pozos. Con un dedo remuevo el líquido rojo, después, lo llevo a mi boca. Sus labios están manchados de vino, con esa huella afrutada que deja. Deslizo un beso sobre su sueño y brindo con su copa vacía. Respiro con fuerza una vez más y bebo, bebo, bebo.

Como tantas otras veces, durante su larga visita, me recuesto a su lado: mis piernas envuelven las suyas; mi brazo, sobre su cintura; y mi rostro, recostado sobre su pecho sordo.

«Un día tomarás esa puerta». «No lo haré, no lo haré».

No lo harás.

© Leticia Rodríguez Melián

La autora:

Leticia Rodríguez Melián (Las Palmas de Gran Canaria, 1980) es licenciada en Psicología Clínica e Industrial. Durante el año 2009 realizó un Máster en Escritura Creativa en la escuela madrileña Hotel Kafka. Actualmente reside en Múnich (Alemania), donde dedica todas sus energías al proyecto de su primer libro de relatos. Blog: <http://decuentosycuentistas.blogspot.com>

RÉCORD

por Luis Topogenario

Récord. Apuro esta copa, con sus solutos apenas disueltos. Tengo aspecto grumoso. Récord. Kilómetros de hielo me conservarán. Récord. No fui hijo de los revolucionarios. Récord. El hombre, en su catre, media persona de él. Los sonidos, como verdaderas paredes. La atmósfera densa. Las palabras escarbadadas. El silencio, media persona de él. Récord. Utiliza los ojos sólo para observar la puerta, observó, los ojos le pesan de cansancio, se percató de que ya lo habían desnudado, ya quemarían sus ropas, no las necesitaría, sin dejar rastro. Cómo era su cara. Parecía una prenda de ropa. Eso es todo. No tenemos acceso a ella. Cómo era su cara de cansancio. No estamos cansados. Récord. Se soñaría siempre con ropa. Ahora que está desnudo. Sus sueños nos están vedados. Récord. No movió la cabeza en su catre, aunque el cansancio le invitaba a moverla. El hombre con el maletín de cuero se le acercó, sólo lo olfateó, no lo vio, ni lo escuchó, no descargó su cansancio en él, el hombre con el maletín de cuero le formuló unas preguntas, frente a las cuales apenas parpadeó. No pronunció palabra, su desnudez hablaba por él, mientras él tartamudeaba, en secreto, para su ropa. Los sonidos, como paredes. Segunda ronda de preguntas. No descargó nada. Las cejas le pesan, del cansancio. Trasladaron sus ropas a otra habitación, otro lugar, donde hubiese fuego, y evacuadero, y sintió como si fuese un familiar el que le arrancaban. Ahora le tocaba acostumbrarse a estar desnudo, como una res. Res insepulta. Repasó sus uñas mentalmente, estaban en sus respectivos dedos, los dedos permanecían en sus veinte sitios, informando calma. Revisó con la punta de su lengua su agujero bucal, no faltaban piezas ni puentes, no halló aftas ni laceraciones. Contrajo el ano, llenó la pelvis, dominó sus vísceras, sin vaciarse. ¿Entonces dónde estaba el ultraje? Récord. Sus sueños nos están vedados. Récord. Le habían requisado las ropas sin moverlo del catre, ni levantarlo de su posición decúbita. El hombre con el maletín de cuero se le acercaba con intermitencias a formularle sus preguntas, que cada vez eran más cortas. Tiene aspecto grumoso. Ya no movía los ojos, excepto para atisbar la puerta, en breves intervalos, la puerta parecía viva, o a punto de vivir. El hombre blandía su maletín de cuero cerca de su campo visual para preguntar. ¿Cuáles eran sus preguntas? Sus oídos nos están vedados. Acercaba su cara negra, casi morada, a una de sus orejas. Un halo hediente a tabaco, agrio y penetrante, envolvía la cabeza del hombre con el maletín de cuero, haciéndola más negra, más penetrante. Récord. Se soñaría fumador. Para no sentir asco. Para tener halo. Récord. Se soñaría negro. Récord. Sus manos descansaban a sus costados, sobre su catre, no las movió. Apareció otro hombre, que se le acercó a tomarle innúmeras fotografías, no las contó, las fotografías, las preguntas, las paredes, no quiso contarlas, cierra, se entrega, ya contará, una por una, y responderá, cuando sea el momento, la circunstancia exacta. El hombre con el maletín de cuero desapareció, cesaron las fotografías. Solo. Se encuentra solo, como un pensamiento recién bombardeado. Tenemos acceso a sus pensamientos. Utiliza los ojos sólo para observar la puerta cerrada, la luz eléctrica en el techo, brotando de una bujía estática, aceitosa, poco potente. ¿Ya habrán quemado sus ropas?, no las necesitaría, sin dejar rastro. Un estrépito aladaño. En las paredes tiembla la vida. No movió la cabeza en su catre, aunque la vida invitaba a moverla. No pronunció palabra. Parece un buen momento para pronunciarlas. El hombre con el maletín de cuero reapareció en la habitación, lo acompañaba el fotógrafo. Le respiraron encima. La puerta parecía nueva, o a punto de ser nueva.

«Repasó sus uñas mentalmente, estaban en sus respectivos dedos, los dedos permanecían en sus veinte sitios, informando calma. Revisó con la punta de su lengua su agujero bucal, no faltaban piezas ni puentes, no halló aftas ni laceraciones.»

© Luis Topogenario

El autor:

Luis Topogenario. Escritor nicaragüense (Managua, 1980). Ha publicado la novela *Fat boy* (Montevideo: Gráficos del sur, 2010). e-mail: topogenario@gmail.com.

EL CORAZÓN ABANDONADO

por Blanca del Cerro

Se miraron a los ojos –pupilas mendigando sueños– y se vieron en el espejo del alma –hambre y sed de caricias–, se cruzaron, se reconocieron, se sintieron, se palparon la vida a lo lejos, se enredaron repentinamente el uno en el otro, se absorbieron mutuamente, y todo cambió a partir de ese instante. Llevaban toda una eternidad conviviendo y jamás se habían percatado de sus propios anhelos. ¿Dónde estabas hasta hoy?, pensaron ambos al mismo tiempo. La vida dejó de latir y ellos, tras un cruce de miradas tan rápido como un destello lívido, adivinaron más que supieron que sus destinos quedarían unidos para siempre en un futuro muy lejano, allá donde se encuentran los deseos y las irrealidades con visos de realidad. Lo adivinaron porque sería imposible no adivinarlo. Lo intuyeron con el ansia de los destinos marcados. Lo imaginaron de mil maneras. Fue un roce cansino de ojos y alientos, y un suave batir de párpados, el aire en forma de torbellino alrededor de sus cuerpos, la brisa temblando a lomos de dos silencios tibios, la luz absorbiendo uno a uno todos sus instantes pasados y dejándolos en el reino de los olvidos eternos.

A partir del día cuajado de soles y sombras en el que sus cuerpos se cruzaron, Héctor y Miriam quedaron para siempre unidos por una sola mirada.

Y los ojos de Héctor buscaban a Miriam entre las calles y las plazas de Moralzarzal, el pueblo en el que habitaban. Y los ojos de Miriam buscaban a Héctor tras las verjas cansadas de tanto encierro, en los pasillos de la escuela, en las esquinas arrebatadas de sombras, desde los balcones repletos de macetas y flores, en los bancos de la iglesia, en los recovecos escondidos a cualquier mirada. Se buscaban ansiosos. Un duelo de pupilas ocultas. Se buscaban a todas horas, sin que nadie se apercibiera, deseosos de ellos mismos, pero únicamente se encontraban en el campo, en el centro de un pinar engalanado de verdes, pinos y más pinos, donde aprendieron a amarse con un amor que reventó creando soles y lunas y estrellas a sus pies. Somos muy jóvenes, se decían, ya verás más adelante, cuando tenga un trabajo, tú vivirás conmigo eternamente y serás mi reina, y tú vivirás conmigo para siempre y serás mi rey, ya verás, sólo hay que esperar, no quiero esperar, yo tampoco, pero debemos hacerlo. Cariicias, besos y alguna lágrima.

«Dejaremos aquí nuestro amor eterno, dijo él, para tenerlo siempre presente, y si algún día nos separamos, vendremos a este bosque a recogerlo. Y si lo olvidamos, a recordarlo. Y si lo perdemos, a recuperarlo. Permanecerá aquí si nosotros faltamos.»

El pinar verde, del mismo color que sus deseos, donde se reunían a diario, era el marco donde se amaban hasta la saciedad, hasta el delirio, hasta decir basta, que jamás decían. Serás siempre mía, aseguraba él, serás siempre mío, aseguraba ella. Estaremos juntos hasta la eternidad. Y masticaban mil veces la palabra *siempre*. El amor sonreía y destilaba sobre ellos. Así un día y otro día, acurrucados uno en los brazos del otro, brazos como lianas, hartazgo de deseos, delirio de sensaciones. Dejaremos aquí nuestro amor eterno, dijo él, para tenerlo siempre presente, y si algún día nos separamos, vendremos a este bosque a recogerlo. Y si lo olvidamos, a recordarlo. Y si lo perdemos, a recuperarlo. Permanecerá aquí si nosotros faltamos. Un temblor recorrió el cuerpo de Miriam. No hables de separaciones, dijo ella, estaremos juntos hasta... No podría soportarlo. No podría soportar estar sin ti. Sería la muerte en vida. Y escogieron un árbol pequeño y apartado para grabar un corazón con sus nombres. Héctor extrajo una navaja de un bolsillo y empezó a horadar la piel del pino. Tú siempre estarás aquí, decía él mientras se llevaba la mano al pecho y a continuación al tronco. Tú siempre estarás aquí, repetía ella haciendo el mismo gesto. Las dos letras quedaron grabadas dentro de los corazones, el del árbol, el del interior de cada uno. Y sellaron su pacto de amor eterno con un beso ante el tronco recién grabado con sus iniciales.

Pero la vida es frágil y veleidosa, irrumpe de forma brutal en las ilusiones de los seres humanos y no siempre camina conforme a los deseos que han amasado los hombres.

Poco tiempo después, por imperativos del destino ajenos a sus voluntades, Héctor y sus padres, la pequeña y vivaracha Candelas y el gigantesco y sonriente Fortunato, tuvieron que emigrar a una ciudad extranjera, un lugar enorme en comparación con su pueblo cargado de dulzuras, un sitio plagado de humos y coches, de ruidos y sombras, sin la paz de los pinos, ni la calidez de las montañas, ni el susurro de los prados.

Miriam y Héctor recibieron la noticia de su separación como un trallazo. Y surgió una fuente inagotable de ayes y lamentos.

El día de la despedida cayó como una losa sobre los dos amantes que sintieron como si se estuvieran rompiendo, como si la vida se hubiera detenido para siempre en aquel preciso instante. Regados por una lluvia imparable de lágrimas que dejó empapados hasta sus suspiros, se dijeron adiós ante el pino grabado, ante el corazón con sus iniciales, testigo inconfundible de sus amores, buscándose desafortunadamente por todos los rincones de sus cuerpos a punto de partirse. Volveré, no temas, volveré. Te esperaré, no lo dudes, te esperaré. Te encontraré aquí. Me encontrarás aquí. Este corazón es testigo. Júralo, lo juro, lo juro, lo juro... Unas palabras que el viento tragó despacio.

Héctor partió a la mañana siguiente envuelto en una madrugada seca, ahogado en un caleidoscopio de sombras. No hubo adioses, sólo el rumor de dos corazones palpitando cuyo sonido rebotaba en todas las paredes de las casas. Miriam permaneció en el pueblo, encerrada en un silencio pastoso y lúgubre que transformó sus días —y especialmente sus noches— en una cadena de luces marchitas en la que se apretujaban los minutos, las horas y los meses deslizándose suavemente por el tobogán de la desesperación. Y allí se encerró de por vida, en la frustración inútil de un amor lejano.

*«El corazón en el árbol,
testigo de un amor
grandioso, paseaba
suavemente por su cabeza,
lo veía, lo palpaba, Miriam,
repetía, juré que volvería a
buscarte, y lo haré, por
supuesto, mi promesa está
allí, claro que lo haré, no
sé cuándo, pero...»*

La gran ciudad, torbellino de luces, un ente hasta entonces desconocido, se abrió ante Héctor con una furia arrolladora. Coches, tiendas, multitudes, autobuses, asfalto, tráfico, mucha gente, mucho ruido, mucho humo, y bailes, cines, restaurantes, bares, mujeres, cientos de mujeres hermosas y atractivas.

Su amor estaba allí lejos, en el pueblo, seguro y tranquilo, bajo el juramento de un corazón, y él lo recordaba con dulzura, y lo añoraba.

Los ojos del joven absorbían el espacio. Se sintió realmente subyugado. La gran urbe fue un verdadero descubrimiento, algo totalmente distinto a lo que había dejado atrás, un tipo de

vida nuevo y sugerente. La ciudad atrapó a Héctor entre sus garras poco tiempo después de su llegada y empezó a convertirlo en una marioneta de sí mismo.

El corazón en el árbol, testigo de un amor grandioso, paseaba suavemente por su cabeza, lo veía, lo palpaba, Miriam, repetía, juré que volvería a buscarte, y lo haré, por supuesto, mi promesa está allí, claro que lo haré, no sé cuándo, pero...

Poco a poco, con la lentitud que caracteriza al tiempo que transcurre casi sin transcurrir, Héctor se vio inundado de proyectos nuevos, de amistades nuevas, de actividades nuevas, de lugares nuevos... y de mujeres nuevas. Ellas, las mujeres, se asemejaban a búcaros de porcelana con flores recién abiertas que pronunciaban palabras invisibles y pedían a gritos su presencia. Y Héctor, en un principio, rechazó cualquier tipo de aproximación, pero ellas, tan distintas, tan sofisticadas, tan bellas, insistían, y sus labios, y sus ojos, y sus cuerpos... Héctor sonreía y lentamente olvidaba.

La imagen de Miriam, el pueblo, aquellos campos inmensos y, en el fondo, aburridos, las gentes de allí, tan simples y sencillas, tan diferentes a lo que tenía ahora, el corazón grabado en el pino con sus iniciales, algo tan tierno pero tan manido, incluso absurdo, añagazas femeninas al fin y al cabo que nada significaban en realidad. Ante los ojos del joven se perfilaban las grandes diferencias existentes entre su vida anterior —un tanto insulsa, ahora lo comprendía— y su existencia actual.

En sus cartas, cada vez más espaciadas, Héctor había prometido a Miriam ir a verla, visitarla, cubrirla de mimos, rodearla de cuando en cuando entre sus brazos, pero jamás lo hizo. Las fauces de la ciudad eran demasiado poderosas, como tentáculos invisibles que absorbían y absorbían cada día un poco más.

Con el correr del tiempo, Héctor inició sus estudios universitarios decantándose por la carrera de Derecho. La universidad donde estudiaba, las personas con las que se codeaba, los amigos, las comidas, las fiestas, las diversiones, las noches en agradable compañía, las bellas mujeres a su alrededor, todo ello constituyó para él el trampolín definitivo por el que saltó hacia el olvido casi absoluto de su vida anterior. Lentamente, muy lentamente, el joven fue instaurando lejanías, no de distancias que eran evidentes, sino de sentimientos.

Pero en su cabeza, en su mente obnubilada y casi totalmente atrapada por otros menesteres mucho más sugerentes, mucho más atractivos que un recuerdo lejano, surgía sin quererlo un corazón grabado, testigo de una promesa. Sin desearlo, aquel corazón estallaba ante él. No quería, Héctor no quería, pero allí estaba siempre constante, el corazón explotaba, brotaba, burbujeaba, se debatía, luchaba por sobrevivir, gritaba con aullidos suaves. Una suerte de conciencia en madera. Y el joven intentaba apartarlo. Y el corazón insistía en seguir instaurado en su cerebro. Ahora comprendía que no podía hacer caso a una tontería juvenil. Aquello había sucedido hacía años, casi siglos. Probablemente, la chica de la que estuvo enamorado ya habría olvidado todo, viviría en aquel pueblo tierno y revestido de verdes, tan bello pero tan poca cosa en comparación con lo que ahora poseía, Miriam, sí, se llamaba Miriam, casi no lo recordaba, y Miriam estaría ahora felizmente casada después de tantos años y de tantas vivencias, tendría un par de hijos, ya le habría olvidado, había transcurrido tanto tiempo...

Pocos meses después de que Héctor finalizara sus estudios y del inicio de su trabajo en un importante bufete, sus padres le comunicaron la terminación del contrato laboral que les había llevado hasta aquel lugar y la decisión de volver a su país, a su querido pueblo, a su Morazarzal del alma. Héctor no tuvo que pensárselo demasiado y les indicó que prefería permanecer en la gran ciudad donde se sentía plenamente a gusto, donde tenía su vida y el mundo le sonreía. En realidad, la principal razón oculta de su permanencia era una mujer llamada Mónica a quien había conocido durante una de las múltiples fiestas a las que asistía. Morena y dulce, dieciocho años, no excesivamente alta, con el cabello largo y los ojos oscuros, muy similares a otros casi olvidados entre las brumas de la sinrazón. Mónica pertenecía a una familia de la alta sociedad, un buen partido, decían los entendidos en los entresijos de los amores y los desamores, y mucho dinero, susurraban otros. Mónica tenía sonrisa de sirena varada, piel de azucena y labios tan rojos como el ocaso. Mónica le rodeó con sus brazos y el mundo entero dejó de existir. ¿Dónde has estado hasta ahora? parecía decir Héctor repitiendo la misma pregunta que en cierta ocasión se hiciera con Miriam. La vida se transformó en un cúmulo de sueños de algodón con una única y exclusiva protagonista: Mónica.

«Pero el árbol, aquel árbol perdido con un corazón grabado y dos iniciales entrelazadas, continuaba su incesante labor de conciencia, y le acosaba por las noches, entre sueños, brumas y pesadillas, como una daga profunda que perforase y barrenase hasta el fondo del alma.»

Mónica pertenecía a una familia de la alta sociedad, un buen partido, decían los entendidos en los entresijos de los amores y los desamores, y mucho dinero, susurraban otros. Mónica tenía sonrisa de sirena varada, piel de azucena y labios tan rojos como el ocaso. Mónica le rodeó con sus brazos y el mundo entero dejó de existir. ¿Dónde has estado hasta ahora? parecía decir Héctor repitiendo la misma pregunta que en cierta ocasión se hiciera con Miriam. La vida se transformó en un cúmulo de sueños de algodón con una única y exclusiva protagonista: Mónica.

Pero el árbol, aquel árbol perdido con un corazón grabado y dos iniciales entrelazadas, continuaba su incesante labor de conciencia, y le acosaba por las noches, entre sueños, brumas y pesadillas, como una daga profunda que perforase y barrenase hasta el fondo del alma. Tengo que apartarlo, pensaba, tengo que quitármelo de encima, hacer que desaparezca, no puedo seguir así con esa figura acosándome, he de actuar de algún modo, aquello dejó de existir hace tiempo, ahora todo es distinto, soy un hombre, tengo un amor, un amor verdadero, no infantil como aquél otro, porque aquél ya pasó, y si ya pasó ¿por qué me persigue? Las noches de Héctor acabaron transformándose en agujeros negros agarrotados entre fantasmas y soledades. No puede ser, repetía, no puede ser, esto ha de terminar de algún modo, es insufrible tanta desazón por una tontería infantil. El corazón estallaba ante sus ojos como una pompa de jabón continua, como un martillo aporreando su realidad palpable, como un estilete horadando sus entrañas. Héctor no llegó ni siquiera a percatarse de que aquel run-

runeo incesante únicamente se resumía en el clamor de su propia conciencia. Y una noche de insomnio y dolor de alma, una más entre sus noches de ardores infinitos, decidió que la mejor forma de finalizar con aquella persecución absurda y sin sentido sería destruir el corazón para siempre. La idea surgió de repente estallando en el borde de su cerebro. En el mismo instante en que reventó, Héctor se sentó en la cama guardándose una sonrisa bajo la almohada, se detuvo a meditar seriamente tal pensamiento y consideró que había tenido una magnífica idea, una idea realmente brillante. Por supuesto, era lo mejor que podía hacer: destruir el corazón que le acosaba. Y así se libraría por siempre de dicha tortura. Supuso y creyó firmemente que la destrucción del árbol supondría el fin de su condena.

Unos días después, con el pretexto de un importante viaje de negocios, Héctor emprendió camino hacia su país y hacia su pueblo. Sentía arañazos en el alma, como una especie de sinsabor oscuro que trasegaba lentamente por su interior, voces entrecruzadas que le decían que iba a hacer bien, que iba a actuar de la manera adecuada, que terminando con aquel corazón grabado finalizarían sus problemas. Jamás pasó por su cabeza la idea de que la conciencia nunca desaparece, nunca se borra, siempre permanece intacta, un latido descomunal y continuo.

Llegó a Moralzarzal a media tarde, entre una cuna de sol a medio desaparecer y un manto de sombras a punto de tragar al mundo. El viento interpretaba una musiquilla impregnada de sensaciones diversas. La gran mayoría de los habitantes del pueblo, conocidos de la familia desde tiempos inmemoriales, habían sido informados por Candelas y Fortunato de la inminente llegada de su hijo y salieron a recibirle. El alcalde, todo sonrisas y elegancia, constituyó un comité de recepción y organizó una pequeña fiesta de bienvenida en la taberna de la Plaza del Ayuntamiento en honor a aquel muchacho que había salido de allí siendo casi un niño y volvía transformado en un hombre de bien, culto, rico y elegante.

*«Héctor quedó
gratamente sorprendido
por el recibimiento.
Muchos amigos, todos
ellos tan cambiados
como él mismo, y
muchos más conocidos
y curiosos, acudieron
alegres a la taberna.»*

Héctor quedó gratamente sorprendido por el recibimiento. Muchos amigos, todos ellos tan cambiados como él mismo, y muchos más conocidos y curiosos, acudieron alegres a la taberna. El alcalde pronunció un breve discurso de bienvenida, los presentes agasajaron al anfitrión, hombres, mujeres y niños, rieron, comieron, bebieron y cantaron a lo largo de una tarde turbia de grises y ocre, como ahogada en un pozo de angustia. Todo fueron sonrisas, reencuentros y parabienes. En el fondo de su alma alborotada, Héctor guardaba la esperanza de no tropezarse con su antiguo amor, porque había vuelto para eso, para eliminarlo de su mente, para suprimirlo y ahogarlo en la piel de un árbol, y siempre es

preferible no mirar a los ojos a quien uno desea destruir pues, en caso de hacerlo, no estaba seguro de que pudiera llegar a cumplir su misión. Él no preguntó por Miriam y nadie habló de ella. Tal vez hubiera salido del pueblo hacía tiempo. Probablemente estaría casada, atendiendo a un marido y con dos o tres niños a los que cuidar. Más tarde, amparado en el ahogo negro de la noche, sin testigos y sin ruidos, haría lo que debía de hacer. Nadie lo sabría. Todo quedaría oculto en el secreto de la oscuridad. Y finalmente se marcharía liberado.

Las sombras empezaron a revolotear alrededor de los hombres en forma de mariposas negras.

Una vez en su casa, y cuando Candelas y Fortunato se acostaron tras un día agotador de algarabía y sorpresas, Héctor salió arropado en la capa de la noche para dirigirse al pinar. Entró en el cobertizo situado a la izquierda de la casa, agarró una linterna y un hacha, y salió con un arsenal de silencios a sus espaldas. Sus pasos marcaban recuerdos, un paso, un recuerdo, que él apartaba con la mano como si fueran libélulas a su alrededor, un paso, un recuerdo, y la imagen de Miriam surgía, y se preguntaba sin quererlo por qué la había abandonado, un paso, un recuerdo, imaginando sin llegar a saberlo que ella estaría esperando, y contestándose que no, que no era posible, y se decía que no era así, que no la había abandonado, aunque en el fondo sabía que sí, sabía que había dejado morir su amor, que había dejado de escribir, que había aplastado su pasión, que jamás la había visitado, promesas rotas, juramentos vanos, e intentaba convencerse de que habían sido cosas de chiquillos, pero sabía que no porque, una vez secuestrado por su nueva vida en la lejanía, jamás se había interesado

por ella, por Miriam, jamás se había preguntado dónde estaba, qué hacía, que había ocurrido con su vida. Jamás se había preocupado en saber si había herido su alma. La abandonó allí, muy lejos de todo, en una soledad ilimitada. La dejó sola, desgajada, angustiada, rota, a la espera de la nada infinita. Los pensamientos se abalanzaban sobre él en forma de aludes imparables. Voy a destruirlo, sí, voy a destruir el corazón del árbol para que me deje en paz. No es cierto, no es cierto que la abandoné, simplemente seguí mi vida, no podía continuar atado a una promesa, las promesas no son nada, se decía, aunque sabía que en cuestión de amores las promesas lo son todo. Podía haber vuelto, y haberle explicado, pero no lo hice, no pude hacerlo, o no quise hacerlo, el amor es tan frágil...

Héctor llegó al pinar con una herida de luna en la frente y buscó con desesperación el árbol pequeño y un poco apartado donde estaban grabadas las iniciales de los nombres de sus amores juveniles. Lo encontró. El pino había crecido transformándose en un árbol grandioso, pero allí estaba el corazón testigo de su infortunio. Al pasar la mano por la corteza, un temblor de tinieblas le recorrió el cuerpo entero, pero no se dejó avasallar por las manadas de pensamientos que surgían arrollando su cerebro, tan tumultuosos que parecían cataratas arrasándole. Depositó la linterna en el suelo. Inmerso en una locura ilimitada y sin otra idea en la mente más que la destrucción, agarró el hacha con las dos manos y empezó a descargar golpes uno tras otro, convirtiendo furiosamente en trozos lo que en su tiempo había sido el gran homenaje a sus amores. Al compás de los hachazos, cada vez más cargados de furia y desesperación, su cerebro repetía: «Ya no me perseguirás, ya no me perseguirás más». Encogido por tan vandálica acción, Héctor no sintió ni escuchó el sonido de unos pasos acercándose. Continuó su labor como un acto de desesperanza absoluta, con una sensación de liberación total. Ahora dejarás de perseguirme. Mientras tanto, el cielo sumiso desplegó un silencio sobrecogedor que encerró al mundo en una especie de campana infinita carente de ruidos. El único sonido del universo parecía ser el del hacha cayendo una y otra vez sobre el árbol que, a medida que transcurría el tiempo, iba quedando reducido a trozos informes de madera. Y Héctor continuó su fatídica labor durante horas hasta que, bañado en un sudor pegajoso, con el cuerpo destrozado y las manos llenas de heridas, acabó por hacer astillas el tronco y las ramas de aquel árbol convertido en obsesión. Héctor no vio, porque no podía ver nada a su alrededor, que unos ojos oscuros vigilaban todos sus movimientos. Una vez finalizada su misión, en el momento en que acabó por completo con el tronco y las ramas del pino, tomó asiento junto a la pila de madera a la que había quedado reducido el árbol y cerró los ojos. En ese preciso instante, recibió un fuerte golpe en la cabeza y perdió el sentido.

«Ante él se delineó una silueta grisácea que aparecía envuelta en los vidriosos colores del amanecer. Parecía un espectro, o un fantasma, o tal vez algo peor.»

Un pedacito de madrugada se filtró con suavidad por sus pestañas. Sentía los párpados como losas calientes. Quiso moverse y no pudo. Quiso hablar y no pudo. Comprendió que tenía las manos y los pies atados con unas bridas de nylon o algo similar, y un trozo de cinta americana le cubría la boca. Le dolía el cuerpo entero. No entendía lo que había sucedido, dónde se encontraba, por qué le habían inmovilizado en el suelo, qué estaba pasando y, sobre todo, quién era el causante de aquel terror. Abrió los ojos.

El cielo se iba transformando paulatinamente en claridades fugaces.

Ante él se delineó una silueta grisácea que aparecía envuelta en los vidriosos colores del amanecer. Parecía un espectro, o un fantasma, o tal vez algo peor. La silueta vestida de negro le miraba fijamente con unos ojos turbios que encerraban un rastro de locura incierta. El cabello enmarañado, la sonrisa torcida, los labios agrietados, la cabeza bamboleante y unas manos huesudas y secas que se asemejaban a garfios atenazados.

—Hola, amor mío —murmuró la figura—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

Un terror sin fronteras ni esquinas quedó reflejado en los ojos de Héctor. Tenía ante sí a un ser extraño, lívido, una especie de sombra surgida de lo insondable. Lo que veía era el esqueje de un recuerdo. Sin retirar la mirada de su cuerpo, la figura alargó una mano para acariciarle el rostro.

–Te he echado tanto de menos... tanto... No lo podrías imaginar jamás.

De aquellos ojos turbios empezaron a brotar lágrimas, un torrente imparable de tristeza.

–Y ahora ya te tengo a mi lado, por fin juntos, amor mío, por fin, ahora, cuando ya nada es posible, qué pena, amor mío, qué pena, cuando ya nada es posible. Porque tú lo estropeaste. Lo estropeaste todo, sí, lo estropeaste con el olvido más absoluto, y me dejaste aquí, sola, con nuestro corazón grabado.

Aquella mujer, aquella silueta delgadísima, como un suspiro, con los ojos perdidos, los cabellos enmarañados, las mejillas prominentes, la voz temblorosa, el cuerpo encogido, aquella mujer era Miriam. Tan distinta a lo que él recordaba.

–Nuestro corazón grabado, ¿recuerdas?, donde juramos ser uno del otro por siempre. Te estuve esperando ¿sabes? Te esperé durante mucho, muchísimo tiempo, porque lo juramos, ¿recuerdas?, teníamos un juramento, tu amor, mi amor, nuestro amor único en el mundo, y un juramento es inviolable. ¿Sabes que un juramento es inviolable, amor mío?

¿Qué había sucedido con Miriam? Héctor intentó gritar pero la cinta que cubría su boca le impedía cualquier palabra limitándolas a una serie de sonidos incoherentes. ¿Dónde estaba la muchacha a la que tanto había amado? Héctor intentó levantarse pero se encontraba inmovilizado de pies y manos, y atado a un árbol. ¿Qué había ocurrido? Aquel espectro que tenía delante era la encarnación de la locura. Sus ojos, sus labios, su cuerpo hablaban de una absoluta demencia.

–Y ahora te tengo aquí. Por fin a mi lado, cuando ya todo es imposible. Tú lo hiciste imposible.

«Nadie le había dicho una palabra de aquel horror, nadie le había informado de la locura de Miriam, todo había permanecido en secreto.»

Nadie le había dicho una palabra de aquel horror, nadie le había informado de la locura de Miriam, todo había permanecido en secreto. ¿Por qué ese silencio? ¿Cómo era posible? ¿Sería él el culpable? No, por supuesto que no, o sí, Dios mío... ¿Dónde estaba la niña que arrullaron sus brazos? ¿Por qué la olvidó? ¿Por qué la abandonó? Unos dedos huesudos acariciaron el aire.

–Quería tenerte a mi lado –continuó la voz como hablando a la nada–. A mi lado por última vez.

El espectro que encerraba el cuerpo de Miriam permaneció mirando al infinito. Los ojos de Héctor proclamaban su deseo de hablar, de defenderse, de explicar sus razones.

–Junto a nuestro pino, junto a mí, a mi lado, porque nos vamos a marchar –sus labios sonrieron en una mueca espantosa–. Nos vamos a marchar para siempre. Juntos tú y yo. Tal y como juramos un día ¿recuerdas?

Héctor pensó: «¿Dónde nos vamos a marchar? Déjame darte una explicación. Déjame hablar. Déjame decirte lo que pienso, lo que siento, lo que ha sucedido, lo que sucedió.» Pero ella parecía ajena a su presencia, a su sufrimiento, a cualquier elemento alrededor que no fuera ella misma y su locura.

–Me gusta el pinar, ¿sabes? He venido todos los días desde que te marchaste. Todos sin faltar uno. Y he acariciado nuestro corazón, el corazón que nosotros grabamos, ¿recuerdas?, y que tú abandonaste. No yo. Yo no lo abandoné. Venía a besarlo, a besarte a ti en él. Por eso me gusta tanto el pinar, o me gustaba, porque sin nuestro corazón ya no me gusta. Tú te fuiste, tú te llevaste nuestro amor, y ahora has venido a destruirlo.

Miriam plegó los labios y se lamió una lágrima.

–¿Por qué lo has destruido, amor mío? ¿Por qué? Nuestro corazón era tan bello, lo había besado tantas veces, tantas, amor mío, no podrías imaginar cuánto esperé tu vuelta –la locura reventaba en los labios de aquella mujer que hablaba y hablaba sin coherencia–, pero tu amor estaba aquí dentro –se tocaba el pecho con el índice de la mano derecha– y nadie me lo podía arrebatar, nadie salvo tú mismo. –Los ojos de Miriam deliraban entre los pinos y los montes absorbiendo la esencia de la

madrugada—. Ha sido una pena... Estoy muy triste. Yo te hubiera seguido esperando eternamente, con tu deliciosa imagen en el fondo de mis entrañas, las que tú dejaste secas con tu adiós. —La mujer se balanceaba de un lado a otro con la mente perdida y el alma ensangrentada—. No comprendo por qué acabaste con nuestro maravilloso amor, no comprendo por qué. —Un rayo de luz pareció atravesar su cerebro obnubilado—. Y como tú acabaste con nuestro amor, y con nuestro árbol, y con nuestro corazón, yo también voy a acabar con nuestro árbol, con nuestro corazón y con nosotros para siempre porque el mundo, ahora ha dejado de existir, y ya no merece la pena.

Héctor miró a Miriam aterrorizado sin llegar a comprender sus palabras.

—Voy a hacerlo, amor mío.

La mujer permaneció largo rato mirando al infinito, a la tierra que reventaba de verdes, al amanecer que se colaba difuso por las nubes. Héctor gesticulaba pero ella parecía ignorar todo lo que tenía alrededor. Parecía estar sola. Como siempre.

—Voy a hacerlo porque lo tengo que hacer ¿sabes? Es mi último deseo y mi última voluntad al igual que fue tu deseo y tu voluntad acabar conmigo.

No, no es cierto, no es cierto, no quise acabar contigo, ni conmigo, ni con nuestro amor, no es cierto, escúchame, déjame hablar, pensó Héctor moviéndose desesperadamente.

Miriam se levantó indiferente, sin dirigir ni siquiera una mirada a su antiguo amor, y empezó a caminar hacia la cima de la montaña. Sus pasos crujían. Héctor se preguntó qué haría. ¿Iba a dejarlo allí, atado, en medio del monte? Quiso gritar y gritar, quiso desatarse, salir corriendo, abalanzarse sobre ella, pero nada pudo hacer porque las ligaduras se lo impedían. Miriam se volvió hacia él.

—Te he echado tanto de menos... tanto... como no te podrías imaginar.

La mujer caminó unos pasos, crujido de desesperación.

—Adiós, amor mío —susurró con suavidad, pero él no oyó su última frase.

Miriam sonrió con una tristeza infinita a la vez que introducía la mano derecha en el bolsillo de su falda negra y sacaba un puñado de papeles y un mechero. Se agachó, y con movimientos pausados —no tenía ninguna prisa— depositó su carga en el suelo seco por el otoño, formó un montículo de hojarasca y lo encendió. Sus ojos siguieron la estela de chispas hasta que prendieron y empezaron a extenderse sin control.

Héctor gritó y gritó y gritó sin voz. Las llamas fueron besando lentamente las hojas, y las ramas, y los troncos, y formaron un amasijo de locura a la vez que tragaban sus palabras, las de él, las de ella, mientras los pasos de Miriam se alejaban muy despacio monte arriba tarareando una canción de madrugada.

El pinar se vio enredado en una brasa inmensa que devoró su propia esencia a lo largo de varios días y varias noches. Todo tembló alrededor en una tiritera inigualable y monstruosa, un soneto recién inventado por una mente desquiciada, un soneto de muerte, humo y destrucción. Y allí quedaron enterrados para siempre cientos de pinos y gritos, los cuerpos de dos amantes y un corazón abandonado.

«Miriam sonrió con una tristeza infinita a la vez que introducía la mano derecha en el bolsillo de su falda negra y sacaba un puñado de papeles y un mechero.»

© Blanca del Cerro

La autora:

Blanca del Cerro nació en Madrid. Cursó sus estudios en el colegio de Jesús-María, en esta misma ciudad. Estudió Filología Francesa, Traducción e interpretación y lleva veinte años dedicada a la labor de traductora, aunque su asignatura pendiente ha sido la escritura. Tiene publicado los libros *Luna Blanca* (Nuevos Escritores, 2006) y *Soy la Tierra* (Alicia Rosell Ediciones, 2010).

CORRESPONDENCIA NICARAGÜENSE (IX)

por Berenice Noir

De la noche surge fácil el día. Mi respiración es extraña, tan extraña como un alambre conectado a un hombre, incendiando un bosque con un dispositivo antibosques. Mi cuerpo también es extraño, como la verdad visitando el parlamento.

De la noche parece levantarse el rumor de unas guitarras, cantante. Y no es la naturaleza porque la naturaleza no tiene compás. Apenas entiende algunas sílabas. Y de éstas, las más marginales.

De la noche surgen sonidos, movimientos concretos acercándose a órganos receptores. Ojos y boca, petrificados como lava enfriada, se vuelven hacia la noche, esperando encontrar en la posibilidad de la muerte un consejo.

Alguien camina en una ciudad con miedo a que lo asalten por cuarenta córdobas o que lo liquiden por un par de chancletas y no dice «Ésta es la música del mundo». Alguien respira extrañamente en un callejón de Managua mientras sueña con la carretera a Rivas. Alguien se convierte en comida de gusanos. Alguien se pregunta «¿Por qué seré larva?». Alguien llora. Alguien baila. Alguien escribe.

Me escribió una poetisa granadina. Cómo llegó su carta hasta mi puerta sólo lo saben esa carta y mi puerta. En ella me habla de Granada como si me hablase de un pariente. En ella me aconseja los beneficios de la medicina moderna. En ella me recuerda los últimos éxitos de la literatura Diet, me nombra la diversión de los libros de horror (a veces recorro a ellos para dormir). En ella me aconseja escribir menos y mejores poemas. «Poemas donde se hallen cosas». «Poemas donde no se diga». «Poemas sin política». Porque estamos hartas de la política. Porque Nicaragua ya tiene política, y ya tiene poesía política; el agua es política, el maíz es político, y el sexo y las rocas y el azufre. Todo. Sólo las personas no son políticas. En esto, como en todo, hay obligación de narrar.

Era una carta larga y amena de una querida amiga. Leyó mi último libro, y luego leyó su último libro. Luego leyó mi penúltimo libro, que lo hice artesanalmente y se lo regalé, y luego leyó su penúltimo libro. Tenemos una relación bastante íntima por lo visto.

Me pedía (me aconsejaba, como una hipótesis) que escribiera menos para Nicaragua y más para el mundo. Que escriba menos para la mujer y más para el hombre (¿o era el Hombre? Es cierto, yo leo con mi vagina). Que escriba menos para las piras y más para las librerías (parece que si el libro no se vende no se lee, y si no se lee el libro no sirve, y si no sirve el libro no debe escribirse. ¿Es ésa la ley? No me digas que no, amor, sólo porque no debería ser; decíme no como si fuese verdad). Que escriba menos para mis manos y más para mi rostro (mis manos no son para las portadas, pienso yo. Me gusta que en las guardas de mis libros aparezcan mis manos. La parte más parte de todas mis partes. Ni mil caras mueven una mano, como una mano mueve millones, de caras).

Aunque estos te parezcan pensamientos baratos, amor, son pensamientos actuales. Y quizá es *eso* lo que los abarata.

¿Entonces que escriba menos, amiga? ¿Ésa será la estrategia? ¿Ése es el plan?

Nos hemos amontonado, y no nos da vergüenza.

La poesía ya no es la poesía. Ni son poetas los toreros y los boxeadores, quizá ni siquiera un cambista o coyote de dólares en el mercado negro. Ya no sirve escribirle al horizonte, ni al narcoestado ni a la narcodiócesis. Ya no tiene valor el tornado gramatical que sentimos cuando escribimos el primer poema; esa destrucción perdió el valor. La poesía desapareció de allí. La realidad ya se ocupó de concretarse en todas sus formas, y ahora regresamos a ella para suavizarla, como regresa un químico sobre su droga más potente para volverla menos tóxica.

Nos estamos quedando sin misiones. Protejamos al usuario. Mencionemos derechos.

¿Entonces qué mierda será la poesía ahora, amor? Un pabellón de narraciones desaparejas. ¿Ya tendrá himno eso?

La poesía ya casi no la escriben los verdaderos poetas, esa gente ruda, torcida, pensada para ser masacrada en silencio. Sino que la poesía la escriben unos observadores. Con suerte, unos observadores más o menos entrenados. Casi padres de familia. Seres con planes de jubilación para cuando dejen de ser seres. Y gente así. ¡Y todavía me piden que escriba «menos»!

Querida amiga granadina, pequeña guijarra lacunar, puliéndose y moliéndose con el vaivén de las aguas del lago hasta volverse arena, te quiero.

Quiero que me escriba un depredador, un asesino serial. Estoy lista para amar a un psicópata.

Pienso en vos al escribirte, cantante. Creo que estoy acariciando una quimera cuando en realidad estoy acariciando un hombre. Cruzo las manos sobre la mesa de madera, y la tabla de la mesa me comunica tus cartas y tus canciones, como si las recordara mejor que yo. Y la noche, que era el penacho ensangrentado del día que pasé trabajando en el agua del Lago, se queda quieta y se duerme. Mi dolor se consume.

Mañana voy a escribir poemas para soldados, para socorristas, para cortadores de café y para violadores, robacarros y pandilleros. Vos vas a cantar canciones para comandantes, gerentes, doctores, CEOs y embajadores al Consejo de Seguridad. E igualmente, de alguna forma, nos vamos a querer.

Nos vamos a querer, y no nos da vergüenza.

¿Y quién escribirá poemas para poetas? Nadie.

Nadie escribirá poemas para poetas.

Beso en ráfaga.

© Berenice Noir

La autora:

Berenice Noir (Rivas, Nicaragua. 1975). Artesana, tatuadora y escritora nicaragüense. Constantemente viaja por Centroamérica. Todavía no tiene un nicho definido.

* * *

Relato

LA LEYENDA DEL HOMBRE QUE FUE INSECTO

por **Gabriel Cocimano**

Cierta historia me había sido referida sucesivas veces desde mi infancia, pero recién alcancé a comprenderla con el paso de los años. Un episodio acaecido en un pequeño pueblo de la pampa fértil argentina había recorrido varias generaciones para instalarse en el imaginario popular con cierta reputación mítica. Fue así que la aparición del hombre que se convirtió en insecto constituye una de las leyendas más sorprendentes de la región, un motivo de asombro para los lugareños de ese paraje austero enclavado en la rica e interminable llanura.

La leyenda llegó, entre otras urbes, a Buenos Aires, difundida por algunos paisanos del pueblo que hubieron de emigrar en busca de nuevos destinos. Uno de ellos, José Stamp, un hombre que recorrió de punta a punta el siglo XX fue, aunque a su pesar, uno de sus divulgadores. Había sido testigo involuntario del episodio que precedió a la aparición del mito, y eso le confería una legitimidad de vocero cabal.

Curarú se llama el pueblito en donde transcurrieron los hechos. Aún recuerdo de esa pequeña aldea las vías muertas y la vieja estación de un ferrocarril que el tiempo y el progreso desdeñaron. Me sorprende al recordar mis correrías de niño por esas calles de tierra, y el aroma dulzón del aire estival y rancio de las conejeras y los corrales. El almacén de la esquina conservaba intacto su fachada de ladrillos, enmohecidos por el paso del tiempo, y los letreros oxidados de viejas marcas que ya no

existen eternizaban la postal de un pasado irreversible. Todo allí ha transcurrido serenamente, desde la siesta y el andar cansino de los pueblerinos, el viento que arrastra el polvo y transporta las más diversas fragancias, los animales que cruzan los reseco callejones y hasta algún tractor que rompe con su ruido la elemental monotonía de la tarde, dejando la enorme huella de sus ruedas inscrita.

José Stamp solía exhibir un antiguo periódico que atesoraba en un cofre marrón, junto a sus recuerdos más entrañables. Era una publicación zonal, fechada en un borroso día del año 1930. La noticia de marras ocupaba un modesto lugar en una de sus páginas, por lo que extrañamente no constituyó un hecho sobresaliente, ni siquiera destacado. El título, en bastardilla, era escueto y no traicionaba el espíritu de la noticia: *Tiroteo en un bar*. En efecto, el artículo destacaba que «una trifulca de ribetes dramáticos» ocurrió en el bar cuyo propietario, un tal Suárez, poseía en el pueblo. Aclaraba que se trató de «un hecho sangriento, aunque no trágico», un tiroteo «que dejó como saldo un herido». El artículo tampoco especificaba la gravedad de la víctima, «un hombre de unos treinta y cinco años, corpulento y de baja estatura, habitual parroquiano» del boliche de Suárez. Lo que sí consigna el periódico es que «una de las balas que salió del arma del agresor rozó, aunque en forma superficial, todo el largo de la columna vertebral», lo que le produjo una curiosa herida en su longitud, por lo que fue asistido de manera inmediata para ser trasladado al hospital más cercano, ubicado en la localidad de Carlos Tejedor, cabecera del partido homónimo.

«José Stamp solía exhibir un antiguo periódico que atesoraba en un cofre marrón, junto a sus recuerdos más entrañables.»

El artículo periodístico no daba ninguna otra información. Pero José se había empeñado en documentar la leyenda a medida que esta fue tomando forma, a través del tiempo. En efecto, en el pequeño cofre guardaba diversas fotografías de la época: algunas del boliche, posta obligada de los trabajadores de la cosecha y lugar de reunión social de los habitantes del pueblo, mayoritariamente hombres. Una foto muestra la imagen desvencijada del viejo tren, que transportaba progreso y mano de obra, y era el medio de interacción regional. En otra estaba, de cuerpo entero, joven aún, el hombre de la leyenda, don Indalecio.

Había sido amigo de la infancia de José y compañero de correrías en su juventud, y hasta habían compartido los primeros trabajos en el duro oficio de la siembra. José lo recordaba como un mozo austero, fuerte, bonachón, algo pendenciero cuando entraba en copas, solitario y con cierto sentido de la justicia. Su familia había abandonado el pueblo cuando el muchacho rondaba los veinte años, pero él se quedó allí, en la pequeña aldea, su lugar en el mundo.

La historia se hace borrosa a partir de su egreso del hospital de Tejedor, donde al parecer no permaneció mucho tiempo. Alguna versión da cuenta de que asistió a un encontronazo con el médico de guardia, quien no tuvo más remedio que apurarlo el alta, una versión verosímil por las características del paciente. Sin embargo, la que sobrevivió comienza a prefigurar el mito: Indalecio se había escapado *¡volando!* por una de las ventanas del hospital Garré.

Imagino cómo debió instalarse esa noticia en la afiebrada imaginación de un pueblo de cuatrocientos habitantes, y cómo repercutió en los pagos aledaños. «Al Indalecio le crecieron alas», cuenta José que propagaban, con malicia y cierto temor, los lugareños, asombrados ante el fantástico desenlace de los acontecimientos. Los crédulos rezaban y elucubraban pactos maravillosos. Los chicos no dejaban de fantasear con el fenómeno mientras jugaban a volar. Los suspicaces recurrían a argumentos más terrenales: huidas por deudas de juego o aventuras amorosas. El pueblo entero había trastornado su inerte ritmo: de golpe, todo giró alrededor de un episodio que habría de cambiar la vida social de ese remoto enclave pampeano.

Mientras la versión se amplificaba por los alrededores, el periódico regional jamás difundió una sola línea acerca del episodio. ¿Prejuicio del periodismo de la época? ¿Temor de ser sospechado de extravagante y poco serio por sus suscriptores?

José Stamp, por aquellos días, se propuso dar con el paradero de su viejo amigo. Fue allí que inició la recopilación de información y documentos fotográficos. Con su sulky, comenzó a recorrer todos los pueblos cercanos, y a dialogar con quienes tuvieran alguna información sobre la causa. En el hospital no pudo hallar al médico que lo había atendido, acaso uno de los pocos de quién podía confiar infor-

mación sólida. ¿Qué había ocurrido con su amigo, del que ya se hablaba en términos legendarios?

Cierta mañana golpeó la puerta de Stamp un muchachón de a caballo, un joven al que no había visto jamás. Dijo ser de Timote, y le ofrecía una información que acaso podía serle útil.

José no demoró en preparar el sulky y partir hacia allí, acompañado por el joven. Era la única pista que lo unía a su amigo desaparecido. No sabía nada de ese muchacho que lo había anoticiado, ni quién lo enviaba, ni si se trataba de una broma o un falso indicio provocado por la sugestión de la gente. Sin embargo, algo lo trasladaba allí; la intuición, la curiosidad o la desesperación lo pusieron de un solo galope en el camino.

El joven lo condujo hasta una casa en la entrada del pueblo, a pocos metros de la calle principal que lo atraviesa de punta a punta. Cuando Stamp se bajó de su carro para golpear la puerta, el jinete desapareció por una calle lateral, poceada y barrosa, sin mirar hacia atrás. José lo siguió con la vista, sin comprender el motivo de la huida, cuando desde adentro de la casa una voz le hizo girar su cabeza. Por detrás de un gigantesco aljibe vio aparecer a una mujer de mediana edad, que caminaba en dirección suya con un balde repleto de agua.

«José transpiraba nerviosamente, y le pidió a Gloria si le permitía retener ese manuscrito, que acaso probara la versión más escabrosa del final irreversible de su amigo.»

Stamp se presentó, le contó su historia, y le hizo una referencia al joven baqueano que lo había conducido hacia allí. La mujer detuvo su marcha, echó una maldición para sus adentros, dejó el balde en el suelo y se acercó vacilante. Fue entonces que le narró lo que conocía de ese episodio que, también a ella, le había alterado definitivamente su vida. Se llamaba Gloria y había sido enfermera del hospital de Carlos Tejedor.

Aquella noche estaba de turno, cuando escuchó un revuelo en la habitación donde convalecía Indalecio, y cuyo ventanal daba a la plaza de la ciudad. En el medio de lo que supuso ser una gresca, escuchó el ruido de vidrios rotos, y apenas alcanzó a divisar una sombra gigantesca que flotaba en el aire y se perdía en la oscuridad de la noche. El hospital entero entró en pánico, y ella misma pudo ver cómo el doctor Gregorio Ramos corría por los pasillos, herido en uno de sus brazos y suplicando atención policial. Gloria tomó sus cosas y huyó para siempre de Carlos Tejedor, instalándose en la casa de Timote que era propiedad de su hermano.

Hasta allí había llegado en los últimos meses infinidad de gente: periodistas, autoridades políticas y toda clase de curiosos en busca de algún tipo de información sobre el extraordinario acontecimiento. ¿Y dónde estaba el doctor Ramos?, era la pregunta obligada. «Nadie lo sabe. Lo único que me han dicho es que tuvo que viajar muy lejos», respondía esa mujer impasible, también señalada por sus vecinos en tono sarcástico sólo por el hecho de haber sido, de alguna manera, testigo presencial del fantástico episodio.

José le aseguró que no habían quedado registros de la historia clínica de Indalecio en el hospital. Al menos, eso es lo que había podido averiguar en su investigación. Gloria pensó un instante, entró a su casa, y volvió a salir con unos papeles en la mano. Se trataba de recetarios, ficheros, nóminas de pacientes y otros asuntos que, de apuro, había llegado a introducir en su maleta la noche que huyó definitivamente del hospital.

Pero entre tanta folletería, había un borrador manuscrito con algunas anotaciones. Como si fuera la hoja arrancada de un diario personal, entre tachaduras y signos, podían distinguirse algunas frases que Gloria creyó reconocer como escritas por el doctor Ramos. «Herida rasante en toda la columna vertebral»; «extraña formación cartilaginosa». La letra se hace cada vez más imprecisa y borrosa en los últimos párrafos de la carilla, donde apenas se divisa un ya tembloroso texto: «precipitado crecimiento del cartílago, acompañado de un arrebatado descontrol de la conducta del paciente. Posible metamorfosis hormonal. Solicito urgente traslado...». Eran las últimas palabras de la página que Gloria tenía en su poder. Posiblemente también hubo de ser el último párrafo escrito por el doctor antes del desencadenamiento de los sucesos finales.

José transpiraba nerviosamente, y le pidió a Gloria si le permitía retener ese manuscrito, que acaso probara la versión más escabrosa del final irreversible de su amigo. La mujer, que no había querido

entregar el material a ninguna autoridad local ni a los investigadores por temor a quedar involucrada, se la cedió como quien se quita un peso de encima, un maleficio del que, involuntariamente, había sido víctima desde sus últimos días de enfermera.

Entonces, ¿era acertada la versión popular, de la que José descreía? Un frío sudor le recorría todo el cuerpo, a medida que se alejaba silenciosamente del pueblo. ¿Era verosímil que un hombre, su amigo, pudiera desaparecer de esa manera? ¿Cómo convivir para siempre con el dolor y la perplejidad de saber que ese era el destino irreparable de alguien que fue parte de su vida?

Stamp tenía otra encrucijada: ¿debía entregar aquel manuscrito a las autoridades policiales, o informar al periódico de la zona? ¿Debía develar lo que ese documento revelaba? Mientras desandaba el trayecto hacia Curarú, sintió la urgente necesidad de hallar a su amigo. No estaba seguro de querer hacerlo, pero lo consideraba un compromiso ético, un pacto por la vieja amistad. Y sobre ese objetivo se puso a trabajar durante largo tiempo.

De ahí en más, el rastro de José se tornó impreciso, y no he hallado referencias ni precisiones acerca de su derrotero. Tampoco me he animado a indagarle debido a que, en sus últimos años, guardaba estricto silencio y eludía el tema. Sólo he podido saber que a las nuevas generaciones les ha llegado la narración de los episodios de esta leyenda. Incrédulos o no, también ellos transmitirán el relato a sus hijos y nietos, pues eso ocurre cuando toma tal dimensión en el imaginario colectivo. Una vez cristalizado el mito popular, cobra vida, independientemente de su verosimilitud.

Con los años tuve acceso al viejo cofre marrón que José Stamp me hubo de legar, tras su muerte en 1990. Sentí la curiosidad de encontrar alguna prueba con la cual poder cerrar esa historia, que José había dejado abierta. El nunca confesó haber hallado a su amigo; tampoco arrojó ninguna luz sobre posibles testigos que lo hayan podido contactar. Por desconocimiento o necesidad de eternizar el misterio, acaso Stamp quiso llevarse a la tumba el secreto que prefiguró el mito.

Abrí el cofre y lo di vuelta sobre un sofá, para revisar uno a uno los objetos que había atesorado en vida. Recordé una vez más las imágenes de aquellas fotos, que mi memoria retenía no sin emoción. Eran las secuencias de su vida entera, y el testimonio de una época que él quiso legarme. El fondo del cofre se veía percutido y algo mugriento, y debí agitarlo boca abajo para sacarle el polvillo que tenía acumulado. Allí alcancé a descubrir un doble fondo: dentro de él, casi pegado, había un viejo sobre, que apenas pude sacar utilizando mis dedos como una pinza.

El contenido del sobre descifraba el enigma que Stamp había mantenido en torno a la leyenda. Allí entendí por qué él había preferido dejar volar la imaginación antes que develar ese increíble misterio: la fotografía que hallé dentro del sobre identificaba a una extraña criatura, un hombre cubierto por sus propias alas, trepado en lo alto de un eucalipto. Me sorprendió la expresión de sus ojos, mirando la lente de la cámara, en un gesto que denotaba terror y asombro. Estimé que había sido el propio Stamp el que había tomado esa fotografía, por lo que finalmente comprendí que su misión había sido cumplida. Creí también conveniente, siguiendo sus pasos, ocultar esa magnífica prueba, dejando la leyenda librada a la sutil impostura de la imaginación popular.

El 7 de enero, las llamas del fuego consumieron lo que consideré hasta hoy la única prueba de un mito que sobrevuela en algún lugar de la llanura pampeana.

© Gabriel Cocimano

El autor:

Gabriel Cocimano (Buenos Aires, 1961). Licenciado en Periodismo (Universidad Nacional de Lomas de Zamora), ensayista e investigador en áreas culturales, ha publicado numerosos artículos en medios gráficos nacionales e internacionales: Todo es Historia, Idea Viva, Contracultural, Acilbuper (Argentina); Gazeta de Antropología, Almiar-Margen Cero, Nómadas, Adamar, Textos de la Ciber-Sociedad, Araucaria (España); Sincronía, La Jornada Semanal (México); Comunicación (Costa Rica); Letralia, Tierra de Letras (Venezuela); Escáner Cultural (Chile); Iguana Roja (Francia); Alternativa Latinoamericana (Estados Unidos); La Guirnalda Polar (Canadá); Rodelu (publicación de Amnesty Internacional, Suecia). Participó en diversos eventos culturales: entre otros, el VI Congreso Latinoamericano de Folklore del Mercosur (2000) y la muestra "Mitos y Leyendas" del Consejo Federal de Inversiones (2009). En 2003 publicó *El fin del secreto. Ensayos sobre la privacidad contemporánea* (Buenos Aires, Editorial Dunker). Posteriormente publicó *Consumidos. Sumidos en la sociedad consumista* y *Mitos de tierras calientes*. Blog: <http://gabrielcocimano.wordpress.com>

MICRORRELATOS

por David Moreno

AJEDREZ PLATÓNICO

Blanco y negro. Dos colores. No hay lugar para intermedios. Dos mundos destinados a enfrentarse. Imposible el amor y, sin embargo, ¿qué pretensiones alberga un peón negro persiguiendo a la dama blanca?

* * *

FRUSTRACIÓN

Petrificados quedaron los castillos cuando vieron que una ola destruía a los niños de arena.

* * *

LA ESTUDIANTE DE ARQUITECTURA

Mientras acaricia mi cuerpo repasa la lección entre susurros. Capiteles, frisos y cornisas parecen términos que domina con soltura. Mas sorprendida queda en cuanto descubre la incipiente columna jónica que esconde entre mis piernas.

* * *

OTRO PUNTO DE VISTA

Atónito, compruebo que del humo suspendido en el aire, nace un puro que se balancea sobre los labios de una boca cerrada que se aferra a un rostro de un hombre serio. Pero lo más sorprendente es que de la mano derecha del hombre serio se prolonga una pistola que apunta directamente sin disimulo a mi entrejejo. Y no sé si toser por el humo, gritar, rezar o temblar de miedo.

* * *

¿RASCACIELOS?

Recientemente instalaron un nuevo ascensor en el edificio; el anterior se atascaba cada dos por tres y subir hasta el octavo piso suponía un gran esfuerzo.

El día que lo estrené, descendiendo hasta la planta calle, sucedió que primero me creció el pelo (cuando ya era calvo hacía un par de años), luego noté en la cara acné juvenil y finalmente, justo cuando el ascensor se detuvo, me encontré babeando, a cuatro patas y con pañales.

Desconcertado, alcé la cabeza hacia arriba y los botones quedaban altísimos.

Ante la ausencia de vecinos, tan sólo pude gatear escaleras arriba con la suerte de que ya en el primer piso, me crecieron los dientes y en el segundo, aunque inestable, mi cuerpo se enderezó.

Ahora voy por el piso setenta, ayudado por un bastón.

© David Moreno

El autor:

David Moreno. Finalista en el VII Certamen de Literatura Hiperbreve Pompas de Papel (2011), Finalista en el concurso de abogados (febrero 2011), Primer Premio en el II Concurso de Microrrelatos "Claves en Diagonal" (2010), Finalista en el I Concurso Búcaro (2009), Finalista en el I Concurso El Escritor Errante (2009), Ganador del concurso Inspiración Vinos don Quijote (2009). Publicación de microrrelatos en libros (*Más cuentos para sonreír*, *Cuentos aligeros*) y en revistas digitales (A Contrapalabra, Atticus, En Sentido Figurado, Oblogo, Papirando...), además de en prestigiosas páginas web dedicadas al mundo de la minificción (Químicamente Impuro, Breves no tan breves, minificciones.com.ar, La Esfera Cultural, Poesías y Letras...).

LOS ROSTROS PROHIBIDOS DE LA MÚSICA

por Sergio Borao Llop

Una finísima lluvia comenzaba a empapar las aceras cuando apagué las luces y cerré la puerta de la cervecería. Echando un desesperanzado vistazo a las oscuras nubes, me apresuré a bajar la persiana metálica asegurándola con el enorme candado de seguridad. Conecté la alarma y, ajustándome con prudencia el sombrero, salvé a grandes zancadas la poca distancia que me separaba de la Avenida. Refugiado bajo un providencial toldo que algún comerciante despistado se había olvidado de levantar, oteé el horizonte iluminado en busca de algún lugar donde guarecerme hasta que pasase la tormenta.

A pocos metros, el Club permanecía abierto. Pocas veces mis pasos me habían llevado hasta allí. Tal vez fuese la decadente fachada lo que me provocaba una cierta repulsión. Tal vez la expresión ausente del Camarero, quien, desde la zona en permanente penumbra del interior de la barra, parecía esperar sin esperanza la entonces insospechable llegada de las máquinas que, años más tarde, demolerían el ruinoso edificio.

Con la mano en el tirador, aun dudé un segundo, pero finalmente, apremiado por las cada vez más gruesas gotas de agua que bombardeaban sin clemencia el Barrio, abrí con cautela la puerta y penetré en la tibia atmósfera del local pobremente iluminado.

Al fondo, en un rincón, dos enamorados se arrullaban entre suaves caricias y tímidos besos. La ternura que se desprendía de aquella escena contrastaba de forma casi brutal con el resto del bar, a no ser por un algo indefinible que parecía flotar en el ambiente o que yo creí percibir.

Frente a la barra, en otra mesa, dos hombres trajeados, en cuyos rostros podía adivinarse la huella de la más perversa mezquindad, charlaban en voz muy baja, con un gesto algo cómico de conspiradores de película barata. Sin duda, pensé, algo sucio deben estar tramando. Pero en ningún caso era asunto mío. Así que bajé los cinco escalones con lentitud, sacudiendo al mismo tiempo las persistentes gotitas de agua que se habían empeñado en anidar sobre mi sombrero y mi americana. Unos pasos más y me vi enfrentado al impassible rostro del Camarero, que en medio de un hondo silencio me contemplaba desde su impenetrable lejanía. Tras unos segundos de vacilación, que se me hicieron eternos, me atreví a hablar:

–Buenas noches. Una cerveza, por favor. Alemana, si es posible –mi voz sonó extraña, como ajena, en medio de aquel silencio, y a pesar de que traté de usar un tono acorde al ambiente del local, los hombres que conversaban a pocos metros cesaron en su plática y me contemplaron de un modo que me pareció bastante grosero y aun algo impertinente. Después, como si les molestase mi presencia, reanudaron su charla bajando aun más el volumen de sus voces y encorvándose de forma hartamente ridícula sobre la mesa. Sin poder evitarlo, sonreí.

Una cerveza apareció de pronto a mi lado, como una continuación natural de la mano del Camarero, mano firme y rugosa, con dedos largos y secos, mano de tinte pálido que se perdía indefinida en las tinieblas de la manga del anticuado frac que vestía. Algo más arriba, sus ojos, fríos, indescifrables, fijos en mí pero sin mirarme, viendo acaso algo que estaba más allá de mí y de los muros del bar y más allá de todo; sus ojos, helados, como en espera de quién sabe que visiones apocalípticas, como cumpliendo una penosa misión de siglos, jamás recompensada. Encendí un cigarrillo y le ofrecí el paquete, gesto rutinario, inofensivo, que suele dar pie a largas y, en ocasiones, productivas conversaciones entre desconocidos. Rehusó el ofrecimiento con un imperceptible movimiento de su engomada cabeza, sin retirar ni un momento su vista de mi rostro o de aquello que pudiese estar mirando a través de mí. Un ligero nerviosismo, quizá provocado por esa insistente mirada, me empujó a decir:

–Yo tengo un bar a la vuelta de la esquina –el tono agrio de mi voz traicionó la intención de aparentar cierta jovialidad. El Camarero asintió con un leve parpadeo, mas nada dijo ni tampoco se retiró. De nuevo el silencio, incómodo. De nuevo mis palabras, falsas, desgarrando el espeso vacío–. Como hay tormenta, decidí entrar a tomar una copa. Será un chaparrón sin importancia. –Sabía que no iba a ser

un mero chaparrón y además era estúpido inventar una justificación para mi presencia, pero suele ocurrir, siempre que nos sentimos obligados a decir algo para romper el molesto silencio, que tan sólo se nos ocurren frases hechas o solemnes bobadas. Esta vez, sin embargo, fue la misma puerilidad de mi explicación lo que consiguió provocar una respuesta en mi interlocutor:

–La tormenta... –dijo– siempre es la tormenta la que nos empuja a tomar decisiones. Decisiones que pueden cambiar nuestras vidas. A veces, la historia.

Reparé entonces en que nunca antes había oído hablar al Camarero. Se me ocurrió que, a pesar de ello, tampoco había pensado que pudiera ser mudo. Su voz, por inesperada, me sobresaltó. Era algo frío, lejano, muy acorde con sus ojos de escarcha. Su comentario me sorprendió (pero algo más: Me sentí de repente alarmado. Y sin embargo, supe que había estado esperando durante mucho tiempo aquellas exactas palabras, como si hubiesen estado ahí, muy adentro de mi conciencia, desde siempre y hubiera sido el sonido de aquella voz lo que había venido a rescatarlas finalmente del olvido) No supe reaccionar. Aprovechando mi estupefacción, él continuó:

–A usted le gustaría conocer una infinidad de respuestas. Quisiera preguntar, por ejemplo, cómo es posible que pueda sobrevivir este local a pesar de su escasa clientela. De hecho, ha venido esta noche, aunque usted aún no lo sepa, a hacer esa pregunta.

–... La tormenta... –intenté interrumpir.

–Sí, claro, la tormenta... –indiferente al tono suplicante de mis palabras, el otro siguió hablando–. Lo que usted quiere, quisiera saber, es qué hago para salir adelante. Le gustaría averiguar cuál es mi verdadera fuente de ingresos, pero su educación o su refinada hipocresía le impiden preguntarlo directamente, aun cuando no tendría el menor reparo en ojear los libros de cuentas si tuviese la menor oportunidad para ello.

«Reparé entonces en que nunca antes había oído hablar al Camarero. Se me ocurrió que, a pesar de ello, tampoco había pensado que pudiera ser mudo.»

Me removí inquieto, malhumorado. Quise objetar sus acusaciones.

–Pero ¿por qué se indigna? –dijo su voz neutra–, ¿no es cierto lo que digo? No se sonroje, por favor. La curiosidad es una de las facetas más comunes del ser humano. Pues bien: ¡Regocíjese! Sus preguntas no formuladas van a tener respuesta. No, no me interrumpa –cortó con un rápido y casi imperceptible gesto el intento de levantarme de la silla para no seguir oyéndole–. Años atrás, seguro que lo ha oído alguna vez, éste fue uno de los establecimientos más importantes de la ciudad. Nadie ignora que lo frecuentaban los jóvenes de las mejores familias. Tampoco le descubriré nada nuevo si le digo que algunos de los más aireados matrimonios de aquella época se fraguaron entre estos muros. A pesar de que siempre fui previsor, he de reconocer que más de una vez vi agotadas mis mercancías, vacíos los estantes y repleta la caja registradora. Los más exóticos y extravagantes licores llenaban entonces estas estanterías que hoy sólo habitan el polvo y el olvido. Tuve hasta cinco ayudantes y aun así, a menudo, nos veíamos desbordados. No eran extraños, en esas mismas mesas que ahora agonizan de soledad, el juego y aun la provocación. ¡Cuántos duelos secretos, cuántas desdichas, nacieron ante mis ojos! En aquel tiempo ¡cómo no recordarlo! eran las primeras luces del alba quienes solían acompañar mis pasos cansados de regreso a casa, tras la larga y agotadora noche de intenso trabajo. Hoy mi casa no existe y nadie recuerda el camino que conduce a este lugar. Nadie pudo explicarse la causa. En realidad, a nadie le importó demasiado, ni siquiera a mí. De la noche a la mañana, las cosas cambiaron radicalmente en el Barrio. Repito que no me importa. Sé que hay que disfrutar las rachas buenas y sufrir con resignación las malas. No hay más filosofía. Si en ese tiempo pude gastar dinero a espuestas, si vestí con elegancia y gocé de hermosas mujeres atraídas por el brillo, hoy apenas logro mantenerme, no hay mujer que me mire con atención y no poseo sino este único traje, como puede ver bastante raído.

No veía dónde quería ir a parar. Comencé a impacientarme. Quizá me perdí algunas palabras. El monólogo seguía, impasiblemente, al otro lado de la barra:

–Pero no puedo quejarme. En el fondo, he tenido suerte. Si fuera el bar mi única fuente de ingresos, hace días que las calles serían mi hábitat. Se puede decir que sobrevivo gracias a él –al decir esto, señaló con un gesto hacia el rincón opuesto al que ocupaban los enamorados. Allí había, lo vi entonces por primera vez, un enorme piano negro. Tras el piano, un hombre muy viejo, con la larga barba y los

cabellos blancos. Parecía un mendigo (aunque una especie de dignidad casi mística emanaba de su astroso aspecto) y sin duda estaba muy cansado. Desgranaba una lenta y monótona melodía que hasta ese momento no había sido capaz de percibir. (Estoy mintiendo. La escuché desde el momento mismo en que pisé el local. Fue la música y no los arrullos de los amantes del rincón lo que provocó en mi ánimo aquella sensación de ternura que me embargó al trasponer la puerta del bar. Fue precisamente esa música la que sembró dentro de mí la inconcebible idea de que, a pesar del deterioro del sitio y el sórdido ambiente que parecía respirarse entre aquellas paredes viejas, la parejita no estaba fuera de lugar, que había algo dulce y armonioso de lo que ellos formaban parte pero cuyo origen no estaba en sus besos ni en sus quedas palabras de amor) La música (¡cómo explicarlo!) parecía no surgir del piano, sino de los rugosos dedos del anciano, de las temblorosas manos que surcaban hábilmente el largo teclado, arrancándole maravillosos sonos que huían hacia la oscuridad de los rincones y se posaban, quizá, en los dorados candelabros y en el aire, permaneciendo allí unas décimas de segundo y haciéndolo respirable—. Sé que le sorprende —se oyó de nuevo la opaca voz del Camarero, como un insulto rompiendo de golpe la armónica cadencia de las notas que fluían. Ni siquiera recordaba que se hallaba junto a mí, tal fue la impresión provocada por el experto músico—, pero ese hombre de mísero aspecto es quien me mantiene. Todos los meses me extiende un talón cuyas cifras deja a mi elección. Si fuese avaro, explotaría al máximo ese recurso. Él es generoso y no me negaría cualquier cantidad, por elevada que fuese. Mas el abuso trae consigo la desgracia; la codicia se ve, a menudo, premiada con la miseria. Los dioses me han sonreído hasta ahora. ¿Por qué contrariarles?

—Pero ¿por qué...?

—Ignoro sus motivos. Quizá sea algún viejo cliente a quien no logro reconocer. Tal vez lo haga como un gesto de caridad, algo romántico. ¡Quién sabe que recuerdos pueda despertar este lugar en su memoria! Lo cierto es que no lo sé. Tan sólo una condición me ha impuesto: Mientras el Club permanezca abierto, él tiene el derecho exclusivo de sentarse al piano y tocar hasta cansarse. Y a fe que lo hace. Si un día decido cerrar el Club, él se queda con todo. Nada más puedo decirle. El resto es tan inexplicable para mí como pueda serlo para usted. Ahora, si su curiosidad ha sido satisfecha, le ruego me disculpe. Nunca había hilvanado tantas palabras, ni es probable que tenga fuerzas para volver a hacerlo. Si me necesita, podrá encontrarme tras aquella puerta. Si quiere un buen consejo, olvídese de cuanto ha oído esta noche y márchese a su casa. Duerma y olvide.

Lentamente, el Camarero se dirigió hacia una puerta negra, situada en el otro extremo de la barra, y desapareció tras ella. Un hondo sentimiento de soledad me sobrecogió de golpe.

Pero mi avaricia se había despertado. Suponiendo al viejo en posesión de una cuantiosa fortuna, determiné ganarme su confianza y liberarle, en la medida de lo posible, de las graves preocupaciones que, como es sabido, proporciona el dinero. Deduje que, si en efecto era un hombre rico, ofrecerle una limosna sería la más efectiva provocación. Si por este simple método conseguía despertar su atención, ya me ocuparía después de conducirlo a una conversación banal, por medio de la cual esperaba pasar por una persona buena y digna de su amistad. Solía dar resultado.

Con suma precaución, sin levantar el mínimo sonido del barnizado suelo de madera, conseguí situarme a su derecha, frente a un cenicero vacío, tallado en cristal, que descansaba sobre el piano. Durante una fracción de segundo, vinieron a incomodarme las últimas palabras del Camarero, pero no me fue difícil silenciar el oscuro remordimiento. La moneda (la más pesada que llevaba encima) produjo un estrépito infernal al caer en la brillante superficie del cenicero. El hombre respingó y dejó de tocar. Luego, con calma, miró la moneda, después a mí y nuevamente a la moneda. Sorprendido quizá, desconcertado, pero sin un asomo de rabia ni de orgullo, dijo:

—No toco por dinero. Recoja esa moneda, que tal vez haga más falta en cualquier otro lugar y déjeme seguir con mi música. —Esta respuesta, que yo había previsto con habilidad, abrió de par en par la puerta a la pregunta que realmente deseaba formular y que colocaba al anciano en un callejón sin salida. Inconsciente, me felicité por mi aguda inteligencia. Con el tiempo, he llegado a odiar mi maldito ingenio.

—¿Para qué toca, entonces? —exclamé con una sonrisa triunfal. Ante mi sorpresa, el hombre me miró directamente a los ojos, mantuvo su vista clavada en mí durante un rato que me pareció angustiosamente largo y por fin, sin abandonar el tono pausado, respondió:

—¿De verdad quiere saberlo? Sí, veo en sus ojos que lo desea con ansiedad. Está bien, se lo contaré. Pero no aquí ni ahora. Recapacite bien su decisión y si realmente le interesa saberlo, acuda a esta dirección —me alargó una tarjeta amarillenta y algo arrugada—. Mañana, después de la medianoche. Aún está a tiempo de olvidarse que alguna vez me ha visto. Hágalo. Salga por esa puerta y váyase a dormir. Mañana recordará haber tenido un sueño confuso y nada más. Podrá seguir con su vida como si esta escena jamás hubiese tenido lugar. Pero óigame bien: Después de nuestra entrevista, si al final decide asistir, será definitivamente demasiado tarde —sin añadir una sola palabra más, volvió a sumergirse entre las teclas, abandonándose a la voluptuosidad de las hermosas notas que ascendían con suavidad hacia lo alto, hacia las penumbras del techo, tal vez hacia el cielo de allá afuera...

Mucho había aumentado mi insaciable curiosidad la velada amenaza del anciano. Una peligrosa mezcla de codicia y engreimiento se apoderó de mí, impidiéndome razonar. Si hubiese podido meditar siquiera unos momentos las consecuencias que aquello podría acarrear... Pero era demasiado joven. La fiebre se desbordaba por todos los poros de mi piel. Pensé que había llegado mi oportunidad, que la vida me sonreía...

Aquella noche apenas pude dormir. El día transcurrió en un frenético trajín que no dejó de sorprender a los clientes habituales. Cerré mi negocio antes de lo acostumbrado, desoyendo las protestas de los trasnochadores. Poco antes de las doce me hallaba frente al edificio donde había sido citado por aquel viejo estúpido. Era un caserón antiguo, de cuatro plantas, próximo al Club. Sus paredes presentaban un lamentable deterioro, lo mismo que las construcciones circundantes. Había algo inexplicable en la decadencia del Barrio, eso no podía negarse.

«Mucho había aumentado mi insaciable curiosidad la velada amenaza del anciano. Una peligrosa mezcla de codicia y engreimiento se apoderó de mí, impidiéndome razonar.»

Cuatro tramos de nueve escalones me condujeron hasta una puerta grande y maciza, con el barniz rajado en su mayor parte, descolorida. El lugar ni siquiera parecía habitable. Traté de tranquilizarme un poco por el procedimiento de la respiración lenta y regular. Lo conseguí en parte. Dos minutos después de que las campanadas de la vieja iglesia situada en la entrada del Barrio señalasen la hora definitiva, la que borra un día para dar paso al siguiente, mis nudillos golpearon suavemente la deslucida puerta que se erguía ante mí como un coloso antiguo y olvidado. Unos segundos más tarde, la puerta se abrió con un leve chirrido, con desesperante lentitud. Tras ella apareció el anciano. Me dirigió una lánguida mirada de

resignación y se hizo a un lado, invitándome a pasar al interior de su humilde vivienda.

Debido a la desconfianza que me inspiraba el viejo, había tenido la precaución elemental de comprar, unas horas antes, una bonita navaja de origen persa con incomprensibles inscripciones. Ahora reposaba en el bolsillo derecho de mi americana, presta a ser utilizada si la ocasión así lo requería. El hombrecillo me introdujo en una habitación pobremente amueblada y me señaló un ajado sillón de incómodo aspecto para que tomase asiento en él. Se situó frente a mí, al otro lado de una mesa en la que descansaban dos vasos y una botella de vino barato, sin etiqueta.

—Sírvase —invitó. En su tono se adivinaba una autoridad impropia del hombre que conocí la noche anterior, en el Club. Afirmé con la cabeza, algo sorprendido aún. No sé si en mis ojos llegó a reflejarse el asco que aquello me produjo, pero sumisamente me serví una buena ración de aquel licor rojizo y apuré un sorbo con aparente placer—. O sea, que al final ha decidido no hacer el menor caso a mi advertencia y ha venido.

Asentí con un gesto. Él parecía estudiarme.

—Según he podido deducir, lo único que ha despertado su interés es el misterioso origen del dinero que cada mes le proporciono al Camarero para que pueda seguir sustentando el local ¿No? No intente negarlo, sé que estoy en lo cierto. Por última vez he de avisarle: Lo que va a oír aquí no es fácil de creer. Pero si logra asimilarlo en toda su amarga grandeza, le resultará imposible olvidarlo. Es muy posible que su futuro quede inevitablemente marcado por las palabras que ha venido a escuchar. Aún tiene la última oportunidad de levantarse de esa silla, caminar hasta la puerta y salir de aquí para siempre. Créame, yo no sentiré que esta entrevista no se celebre.

–Sólo tengo una palabra –me maravilló mi repentina seguridad. En mi ciega inconsciencia, atribuí ese aplomo a los dos tragos de vino que había tomado mientras escuchaba distraídamente su postrer advertencia–. He venido a saberlo todo, y puede tener la seguridad de que no he de salir de aquí hasta que me haya puesto al corriente incluso de los menores detalles.

–Está bien. Sea. Por otra parte, estaba seguro. –Creí percibir en su voz como un eco de cansado fatalismo. Hoy sé que sus palabras estaban impregnadas de una tristeza impotente–. Lo que voy a contarle no es demasiado extenso. Nunca antes ha sido relatado, ni es probable que en el escaso tiempo que me queda por vivir me vea tentado a narrarlo de nuevo. Tan sólo me gustaría rogarle, a cambio de mi secreto, una pequeña prueba de confianza: Vacíe sus bolsillos encima de la mesa. ¿Se sonroja? No tiene por qué. No debe alarmarse. Conozco de antemano su contenido. Lo único que pretendo es poner a prueba su serenidad y asegurarme que es usted digno de la revelación que esta noche va a hacerse. Sí, por favor... la navaja también. Debo reconocer su buen gusto. Eso es. Todo sobre la mesa. Ahora preste atención porque nada será repetido.

Hizo entonces una breve pausa que me sirvió, cuando menos, para despejar un poco el desbarajuste reinante en mi cabeza. ¿Cómo podía conocer el detalle de la navaja? Seguro que sólo había tenido alguna oscura sospecha y jugó de farol al mencionarla. ¿Y si tenía la certeza de que había ido allí con intención de robarle, asesinándolo si fuera necesario? Aunque en aquel momento, por supuesto, no me di cuenta de ello, ya estaba empezando a arrepentirme de haber aceptado aquella invitación. No obstante, el vino, a pesar de su mísera apariencia, estaba, debo admitirlo, muy sabroso.

–Debo referirme –reanudó su monólogo–, en principio, a las circunstancias que me han conducido a mi actual estado. Nací hace muchos años en alguna ciudad de la costa. Ya olvidé su nombre y hasta el momento en que lo olvidé. Mi familia apenas disponía de recursos, lo que me cerró las puertas de una educación universitaria. Al término de la enseñanza primaria, como por aquel entonces se denominaba, tuve la suerte de ser admitido como aprendiz en una zapatería, de la que me despedí voluntariamente dos meses después, descontento del oficio y más aun con la paga. En esa época, todavía estaba convencido de merecer algo mejor en la vida. Más tarde me empleé como pinche de cocina, vendedor de periódicos, mensajero, limpiabotas, ayudante de fontanero, mecánico aficionado, guía clandestino y hasta acompañante de avaras ancianas a quienes (el cielo me haya perdonado) hurtaba pequeñas cantidades. Ensayé simultáneamente la venta domiciliaria y la seducción de mujeres maduras e insatisfechas. En ambas facetas fracasé con estruendo y a punto estuve de tener que batirme en duelo o de dar con mis huesos en alguna tenebrosa celda. Por fin, no sin dificultades, conseguí que se me admitiera como ayudante de bibliotecario. Desengañado de la justicia social y dolorido a causa de las constantes humillaciones, me aboqué a la lectura, como quien se abisma en las insondables ciénagas del alcohol o en los laberintos más trabajosos de las drogas. Aunque para entonces mi alma distaba mucho de ser una pradera virgen, donde pudiesen florecer con desparpajo las amapolas, la estancia entre los libros logró calmar un tanto mi atribulado espíritu.

El viejo carraspeó y tomó un sorbo de vino. Parecía perdido en las ensoñaciones del pasado. Pensé que quizá no fuese tan difícil, después de todo, sacar partido de aquella situación.

–Gracias a la complicitad del viejo bibliotecario –continuó–, hombre admirable a quien no he olvidado, descubrí un filón literario inagotable. No pocas felicidades me deparó la lectura de los innumerables tomos que allí se almacenaban. También les debo, por el contrario, mi única desgracia. Pero ya llegaremos a ese punto. Quiero que seas testigo de mi historia, que la padezcas como yo hube de padecerla, paso a paso, sin atenuantes ni omisiones; que descubras, como lo hice yo, los maravillosos cuentos de Las Mil y Una Noches, el de la enorme ballena blanca asesina de hombres y la épica Eneida; que conozcas la existencia de un fantástico país habitado por gigantes y de otro, vecino del anterior, en el que tan sólo vivían enanos, seres diminutos como una moneda. También supe de otro lugar en el que los caballos eran la raza más evolucionada y los hombres, en cambio, se veían reducidos a la esclavitud por causa de su estupidez. Leí con avidez los cuentos de Stevenson y de Chesterton, que me condujo hacia Poe. Conocí las pesadillas de Kafka, quien logró entusiasmarme. Recorrí asombrado y feliz las páginas de Wells y las que elucubró la afortunada pluma de Kipling y aun tantas y tantas otras que la corriente del tiempo ha conseguido borrar. En medio de aquel mágico universo de volúmenes, hallé uno que carecía de título...

Se detuvo, como indeciso. Su mano llevó a sus labios el vaso de vino. Tomó un breve sorbo. Me miró con insistencia, como suplicándome que no le obligase a terminar su relato.

–Continúe, por favor –ordené. Sentí la boca seca. Un vivo deseo de seguir bebiendo, de seguir aquella historia hasta el final.

–Se trataba de un ejemplar muy viejo, con las tapas oscuras (no negras, ni grises, ni marrones, simplemente oscuras) Curiosamente, comenzaba en una página par. Hoy día, muchos panfletos han adoptado esa moda. En el tiempo en que aquel libro fue redactado, tal cosa era impensable. Tal vez fue esa deformidad lo que me indujo a examinarlo con mayor detenimiento. Una vez que mis ojos comenzaron a recorrer una de sus líneas, elegida al azar, supe que me hallaba ante un libro único, un libro que me había de deparar las mayores sorpresas. Yo solía llamarle «el libro de todas las cosas», título que sin duda refutaría alguien con más cultura y mayores conocimientos, pero la ausencia de encabezamiento permitió que yo bautizase a mi más reciente maravilla como me viniese en gana. En aquel tomo, que avaramente robé sin medir las consecuencias y, lo que es peor, sin la menor consideración hacia mi viejo camarada, el bibliotecario, leí la formación del universo y de la tierra, de las aguas y de las ciudades, ideadas por los hombres para el disfrute de la infelicidad. Todo estaba impreso en un idioma desconocido para mí, pero que se abría a mis ojos como una flor en plena primavera, y a pesar de no haber visto nunca antes aquellos signos, lograba interpretarlos sin dificultad y, asombrosamente, sin asombro. Allí se hablaba de la incomparable belleza que encierran todos los animales y el hombre. Explicaba el origen y el significado de la luz y de todas las formas de la energía, incluso aquellas que aún no habían sido descubiertas o explotadas. En otras páginas se examinaban los miles de partículas que conforman un simple grano de arena. Describía, con horribles detalles, todas las guerras, las que fueron, las que son y las que serán hasta el fin de los tiempos. Alguien, misericordemente, había arrancado las últimas páginas, las referidas al temible Apocalipsis final. De todas aquellas maravillosas líneas, cuya lectura se me antojó infinita, hubo unas pocas que llamaron especialmente mi atención. (¡Los dioses me hubieran cegado!). Están aquí. ¿Quiere leerlas? – Extrajo del bolsillo de su camisa un papel arrugado que me extendió por encima de la mesa, con un gesto de última advertencia.

«Se detuvo, como indeciso. Su mano llevó a sus labios el vaso de vino. Tomó un breve sorbo. Me miró con insistencia, como suplicándome que no le obligase a terminar su relato.»

–Naturalmente –contesté sin dudarle un momento. El texto, impreso en caracteres incomprensibles, decía:

{... de los sonidos. Sonidos que el hombre, en su prepotencia, ha clasificado en un número limitado de notas musicales, con las cuales cree poder componer todo tipo de melodías. La historia futura ha de refutar, sin duda, tan exagerada teoría. El número de sonidos es infinito, como lo es el número de sus fuentes. ¿Acaso hay, en todo el Universo, dos pájaros cuyo canto sea idéntico? ¿Acaso hay dos truenos que no se diferencien, aunque sea de un modo insignificante? El hombre desconoce y desconocerá durante muchos siglos el correcto arte de mezclar los sonidos. Se ignora incluso la perfecta utilización de los instrumentos musicales más comunes. Para demostrar lo que aquí se dice, basten dos ejemplos elementales: Hay un sonido que es capaz de transformar cualquier metal en oro, la más infame de las piedras en diamante. Aun siendo éste un sonido primario, que puede lograrse con instrumentos convencionales, son muy pocos quienes lo conocen. Existe otro sonido más complejo, que sólo un hombre conoce y que un solo instrumento puede producir. Este sonido provoca en quien lo escucha una felicidad desconocida. Aquel que sea capaz de tañer correctamente el instrumento adecuado, ése del que aquí se habla, gozará por la eternidad del estado de intemporalidad, así como de un incalificable sentimiento de dulzura. Pero sólo hay, como se ha dicho, un hombre calificado para tal empresa. Este hombre, que no tiene nombre ni edad, habita las más altas montañas de la tierra, en compañía de aquellos pocos elegidos que alguna vez tuvieron la fortuna de escuchar a su lado la melodía. Es un lugar tan frío que cualquier europeo puede morir congelado si no lleva la ropa adecuada. Sus habitantes, por el contrario, se cubren con simples túnicas de seda. Cuando ese hombre maravilloso habla, las aves detienen su vuelo y las alimañas más feroces se aproximan a él y todos cuantos le escuchan permanecen en dulce éxtasis durante horas, que a veces se convierten en días. Pero este hombre rara vez despega los labios. Por la región se dice, en susurros, que tan sólo utiliza su voz una vez para cada

generación, y que son muy pocos los elegidos para escuchar sus palabras...}

Tras un pesado silencio, el anciano dijo:

–El sonido que convierte el metal en oro lo descubrí hace tiempo. Sigo buscando el otro. En vano he ensayado la guitarra, el arpa, la flauta, la armónica y el violín. Cuatro veces he recorrido medio mundo para visitar al Mago. Nunca me fue deparado el placer de escuchar sus palabras. Cuatro veces preguntaronle mis labios el nombre del instrumento, suplicando la clave del sonido mágico. Cuatro veces sus ojos me miraron con infinita lástima y su rostro volvióse hacia otro lado, obligándome sin violencia a abandonar las altas cumbres de frías nieves y regresar al fétido mundo de las planicies sin consuelo. Sin embargo, la última vez tuve la dicha incomparable de oír (quizá como un triste despedida) un fragmento insignificante de una nota perteneciente sin duda a la tan anhelada melodía. Me había quedado solo, fuera de los límites de la ciudad sagrada. Me disponía a arrear mi mula para que me llevase de vuelta a las estepas cuando lo oí, levantándose desde las profundidades del silencio: Y era la respiración anhelante de la enamorada y la caricia del mar contra las rocas y el canto de todos los pájaros y el roce de sus alas penetrando el viento y el viento acariciando las copas de los árboles y el trueno y tu voz y todas las voces y susurros y el silencio y todos los sonidos jamás escuchados, todo comprimido en una única, interminable y desesperada nota. Nunca supe el origen de aquel brevísimo sonido que me llenó de una inmensa felicidad, sumiéndome después en la más honda de las tristezas, pues supe que nunca volvería a escuchar nada parecido. Desde entonces, mis fuerzas, cada vez más escasas, me han impedido regresar. Sé que ya no podría volver a sufrir el frío de las alturas. Los años que me restan son pocos. Decidí consagrarlos a perfeccionar mi técnica con el piano, que es uno de los instrumentos que ofrece un mayor número de posibilidades. Nada he conseguido, pero la mera práctica ha conseguido que alcance un burdo sucedáneo de esa felicidad que me está vedada. Ahora ya conoce la historia. Si lo que quiere es dinero, diga una cifra. Le extenderé un talón al portador.

Su rostro reflejaba un intenso sufrimiento. Sentí que matarle hubiera sido una forma de piedad y nunca fui piadoso. Su generosidad me asqueaba, por lo que ni siquiera consideré la posibilidad de pedirle dinero. Prudentemente, como quien abandona una iglesia a mitad de la misa, me levanté del sillón, algo achispado por la insólita calidad del vino, recogí mis cosas, que yacían esparcidas sobre la destartada mesa, le miré de frente a los enrojecidos ojos y salí de la casa cerrando la puerta sin ruido.

Obviamente, no creí una sola palabra y me fui a dormir con la tranquilidad de quien ve alejarse un huracán. Al día siguiente, no obstante, puse en venta la cervecería y más tarde me instalé en una tienda de instrumentos musicales, cuyo altillo me servía, al mismo tiempo, de vivienda. Alguna vez pensé en lo tonto que había sido el viejo al no reparar en tal idea. (El maldito viejo que todos los demonios se hayan llevado. ¿Qué necesidad tenía de confiarme su secreto?)

Más de treinta años han transcurrido desde aquella noche y aquel vino. En ocho ocasiones he visitado las altas cumbres y nunca he llegado a escuchar sonido alguno, ni el gran Mago se ha dignado recibirme. Quizá presiente que soy yo, por fin, el que puede arrebatarme su magnífico secreto y cree que evitándose podrá huir de mí, pero todavía no soy demasiado viejo y aún tengo confianza. Sé que he de regresar, que algún día no podrá seguir negándose a concederme una audiencia. Quién sabe si ese día esté cerca, quién sabe si ese día me serán mostrados, definitivamente, los rostros prohibidos de la música.

© Sergio Borao Llop

El autor:

Sergio Borao Llop. Narrador y poeta. Nacido en Mallén (Zaragoza, España) en 1960. Miembro de Poetas del Mundo, del directorio REMES, del movimiento internacional Los Puños de la Paloma y del Club de Cronopios. Colaborador habitual o esporádico en varias revistas y boletines electrónicos (Inventiva social, Narrativas, IslaNegra, Gaceta Virtual, Con voz propia...). Presente en diversas webs de contenido literario (Letralia, EOM, Almiar Margen Cero, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes...) así como en algunos programas radiofónicos. Fue finalista en los certámenes de poesía y relatos Ciudad de Zaragoza (1990) y durante un tiempo administró el blog *Al_Andar*, homenaje a las voces clásicas y muestra de algunas de las voces de hoy. Actualmente se le puede seguir en el blog *DESIERTOS QUE HABITÉ*, *OASIS QUE ENTREVÍ* (<http://sergioborao2011.blogspot.com/>) y también en Facebook: <http://www.facebook.com/Sergio.Borao.Llop>.

MICRORRELATOS

por Elisa de Armas

HACIENDO CUENTAS

Ocho por tres. Escribo un siete, me llevo tres. El maestro da un rápido vistazo a la tarea. Otra vez todas mal, vocifera. Borro con cuidado, la hoja está a punto de agujerarse. Suena el timbre y se desencadena un estrépito de sillas. Don Eustaquio abre, cachazudo, el periódico, mientras pronuncia los nombres de los que se quedan sin recreo. Cuando se oye el mío, el gordo Tejada, rodeado de sus compinches, me lanza una mirada burlona que no consigue esconder su fastidio; hoy tendrán que tomarla con otro.

Retomo el cuaderno de cálculo. Ocho por tres veinticuatro, me llevo dos. Los rayos de sol, que se filtran a través de la persiana, dibujan rayas amarillas en la pizarra.

* * *

DECLARACIÓN

A mí me gusta ser Wendy, Cenicienta o Blancanieves; mi mamá unas veces es el hada madrina y otras la madrastra, yo las quiero a las dos igual. Cuando viene ese señor a jugar con ella a Caperucita y el lobo, me mandan a mi cuarto. Ser la Bella Durmiente es un rollo, por eso tuve que hacer de cazador. La escopeta era del abuelo. Ya se lo he contado mil veces, ¿cuándo me van a dejarirme con mi mami?

* * *

PEQUEÑAS CRUELDADES

Desde que papá y mamá no están, la abuela se viste de negro y la prima Adela, que sabe leer, viene todas las tardes.

–Entretiene tanto a la pequeña –dice la yaya a las visitas–, es un auténtico ángel.

Adela me lleva al dormitorio de la mano y cada día escogemos un libro de cuentos; no entiendo por qué todos empiezan igual: «Érase una vez un rey y una reina que tuvieron que emprender un largo viaje. Tras dejar a su hija, la princesa, en casa de la madrina, partieron en una veloz carroza. De pronto, al doblar una curva...» Cuando llega aquí, me tapo los oídos y me quedo muy quieta en un rincón. Ella continúa leyendo hasta la hora de la cena, aunque ya sin mover los labios.

* * *

JUGANDO SUCIO

Era superior a nosotros. Desde que los Coloraos colocaban al soplón del Juanra de portero, no volvíamos a meterles un gol. Seguíamos chutando con todas nuestras fuerzas, claro, pero siempre a dar.

* * *

LA CAÍDA

Desde que llegó el buen tiempo hemos vuelto a jugar en el jardín y mamá nos cuida desde allá arriba. Cuando me separo de los demás se asoma entre las cortinas de lienzo del desván y me sonrío, por eso casi siempre juego solo. Fue ella –esto no se lo he contado a nadie– quien paró el columpio justo antes de que se soltara el nudo que lo ataba a la rama. Yo vi su mano pálida, casi blanca, que atravesaba las hojas del nogal como un rayo de luna. Por eso, aunque me estaba meciendo con todas mis fuerzas, al caer sólo me desollé las rodillas.

La que nos baña ahora es la tata Dolores. Nos restriega tan fuerte que me arranca las costras, nunca terminan de cicatrizar y los hilos delgados de sangre se deshacen en el agua mugrienta de la bañera

© Elisa de Armas

La autora:

Elisa de Armas. Nací en Sevilla, me licencié en Geografía e Historia y soy profesora en un instituto de secundaria de la misma localidad. He cursado diversos talleres literarios y, como escritora, cultivo el microrrelato, habiendo obtenido algún reconocimiento que otro. Mantengo el blog Pativanesca (<http://pativanesca.blogspot.com>). Desde julio de 2010 ejerzo como tallerista en el taller de minificciones de Ficticia: (<http://www.ficticia.com/marina.php>)

* * *

Relato

TRES RELATOS

por Catador

EL OGRO DE LAS MATEMÁTICAS

En el aula reinaba el silencio. Tres alumnos en cada fila de diez asientos. Todos estaban absortos leyendo ya las preguntas del examen. Desde la tarima, José Ramón, profesor titular en Matemáticas, después de haber realizado las pertinentes puntualizaciones, se disponía a tomar asiento. «Disculpen», dijo, «¿quién es Ester Ramírez?». Todos levantaron la cabeza, buscando a la aludida. Desde el fondo, a la derecha, una chica menuda levantó tímidamente la mano, «yo», con evidentes signos de inquietud. «Gracias», le dijo, «puedes proseguir». A partir de entonces sólo se escuchó el ruido de los bolígrafos escribiendo, tachando y reescribiendo otra vez, conjuntamente con las toses secas y los pañuelos en las narices, típicas de la época de los catarros. José Ramón se refugió detrás de las páginas del periódico, aunque en realidad tenía el radar en guardia.

Un golpe de vista le había bastado para intuir quién sí y quién no venía preparado. Quién no levantaba la cabeza del papel y quién esperaba leer en el gotelé de las paredes las fórmulas milagrosas para plantear los problemas. Confiaba, eso sí, en no tener que sorprender a nadie in fraganti para no verse obligado a tomar ninguna acción drástica. «Es clavadita a su madre, clavadita», pensó sujetando su cabeza barbuda entre las manos.

Y se acordó de aquella visita inesperada, días atrás. A él no le cundían ni las mañanas ni las horas centrales, su actividad era tan frenética, que nunca podía actualizar todo el trabajo pendiente. Así que, cuando casi todo el mundo se marchaba y el Departamento quedaba casi vacío y a medio gas, José Ramón se enclaustraba para sentarse frente a la pantalla del ordenador y entonces daba lo mejor de sí mismo. En ésas estaba aquella tarde, cuando llamaron a la puerta de su despacho, profesor titular Don Jose Ramón Camacho, y se asomó Bea, preguntando por él. ¡Dios, casi se cae de la silla!

Le pilló fuera de juego. En otra órbita. Y tuvo que realizar un aterrizaje forzoso para regresar al mundanal ruido, el de los papeles y libretos desparramados por la mesa. Ella estaba allí después de tanto tiempo. Qué sorpresa. Se cruzaron algunas frases cortas. Tenías que haberme llamado. Sólo serán dos minutos. Cómo estás. Te veo en forma. Parece que fue ayer cuando...Ambos obviaron los cuatro pelos que cubrían la azotea de Jose Ramón o las perceptibles arrugas en la expresión de Bea bien cubiertas por el maquillaje.

«José Ramón se refugió detrás de las páginas del periódico, aunque en realidad tenía el radar en guardia. Un golpe de vista le había bastado para intuir quién sí y quién no venía preparado.»

Y fue cuando ella le expuso el motivo de su visita. Le habló de su hija, «estudia en esta Facultad», «tuvo muy claro desde el principio lo que quería hacer». Él escuchaba atentamente. «El caso es que ella está traumatizada con las Matemáticas. En el primer examen, cuatro aprobados en total, y la máxima nota un 5,6...». A José Ramón se le encendieron las alarmas. Se estiraba los pelos del bigote hasta casi arrancarlos. «Me dijo el otro día, mamá: este profesor es un ogro». Él cogió un listado. Cómo se llama. Efectivamente, era alumna suya, del grupo 1A. «Y cuando me comentó que el profesor se llama Jose Ramón Camacho, yo me dije: IM-PO-SI-BLE. El Jose Ramón que yo conozco es el rey de la paciencia, y un maestro de maestros» «Bea», le explicó, «de cuando estudiábamos nosotros a esta parte, el nivel de los alumnos ha bajado enormemente...». Él suspiró. «Ester no sabe que te conozco», aclaró Bea, «y mucho menos que he venido...». Aún hablaron de todo un poco durante unos minutos. Pero pasaron muy rápido. Ella dejó como testimonio de su visita la fragancia de su perfume, que perduró en el ambiente del despacho muchos minutos. Él ya no fue capaz de concentrarse de nuevo aquella tarde. A lo mejor era porque, sin querer reconocerlo, seguía con una herida abierta.

Volvió de su ensimismamiento a la realidad del aula el día del examen. Tres horas frente a la misma página del periódico, «Las caras de la noticia», evidenciaban que Jose Ramón casi casi se había «teletransportado». Se levantó, «Señores, el tiempo ha terminado. Vayan entregando, por favor». Murmullos in crescendo, bolis encima de la mesa, ajuste de folios, alumnos en pie y casi en fila, resoplando, con la cabeza fundida rumbo a la mesa de la tarima. Cuando José Ramón tuvo enfrente a Ester, pensó en decirle, «recuerdos a tu madre», o mejor, «saludos a tu madre». Un golpe de vista con sus lentes para vista cansada le sirvieron para comprobar la magnífica presentación y la pulcra letra de la estudiante. José Ramón dio un vistazo también al resto de los folios. Estaban perfectos. Ester se había quedado parada, esperando un comentario del profesor. Éste carraspeó. Ahora su madre pensaría que su visita había surtido efecto... pero este examen estaba de libro. Alumna y profesor se miraron. Él ya había visto muchas veces una mirada como la de Ester. Años atrás. No se atrevió a decir nada, no le envió ni recuerdos ni saludos para nadie, lo dejó en una simple mueca y siguió recogiendo exámenes.

* * *

VINILOS, TELÉFONOS DE RUEDA Y TANGOS

Era la época de los vinilos y los casetes. Se acababa el año, oscurecía temprano, y un helor intenso conservaba hasta las ideas más volátiles. En aquella cafetería de la avenida encontramos a Laura. Y su chaquetón. Y sus guantes. Y su bufanda de dos metros. Muy encogida por el frío, exprimía contra la cuchara la bolsita de la infusión. Hablaba con su amiga Clara. «Carlos se lo merece», concluía. Con todo lo que había hecho él, era lo menos que ahora podían hacer todos: Corresponderle. Le había recordado cómo un año antes, Carlos había sido un entusiasta colaborador en el grupo de teatro del que Clara formaba parte. «Reconoce que sirvió de mucho», apuntó Laura. Clara asentía, «es verdad», no podía negarlo. Y entonces, ellas miraban el reloj, se hacía tarde, era entre semana ya les estarían esperando en casa, se ponían en pie, Clara pagaba, con una moneda de cien pesetas sobraba la mitad, y Laura le daba un montón de folios, «Sábado 15, 23:30 H, Café Liberto, Concierto de Carlos Tejeda», para que los repartiera entre los componentes del grupo de teatro, «por cierto qué buena la representación última, magnífica», «¿Sí? ¿Te gustó?, repetiremos en Mardebé dentro de un mes... ». Y de despedida, dos besos, «gracias, Clara, no faltes». En la calle, las hojas volaban arrastradas por el viento.

Era la época de los teléfonos de rueda. Laura respiró hondo para contener su enorme timidez, pero no pudo evitar un titubeo cuando preguntó por Arturo. «Arturo, es para ti: Laura». Y Arturo, que debería estar escuchando un disco a toda pastilla en su leonina habitación, dio un salto de alegría, «¿Laura?, ¡Dios existe!», y avanzó corriendo en pijama y zapatillas hacia el auricular, porque al segundo imaginó que entre los dos surgiría por fin algo, podría haber un plan. «¡Laura, qué sorpresa...!». Ella no dio rodeos. «Carlos canta el Sábado y nosotros no vamos a fallarle». A Arturo se le cayó el mundo a los pies y no se agachó a recogerlo. «Arturo, quién te ayudó en la adaptación de las partituras para la banda de *Los cinco soles...*». Tras un silencio forzado, él repuso, «...tienes

razón». «Es lo menos que podemos hacer, va a ser una actuación memorable, avisa por favor a todos los que puedas de la banda», concluyó Laura.

Era la época de unos balones de fútbol llamados «Tango». Los gritos de «¡mía, mía, mía!», «¡pásala ya!», «¡cubrid al nueve que está solo!», se entrecruzaban en el campo durante el entrenamiento. Y allí, en la fría y solitaria grada, esperaba Laura con su carpeta llena de fotocopias, en las que por cierto se había dejado un dineral, «Sábado 15, 23:30H, Café Liberto, Concierto de Carlos Tejeda». Conocía al entrenador Elías, viejo conocido de su padre, que se extrañó de verla allí. «¿Carlos Tejeda?». Aquel chico hacía semanas que no venía a entrenar. «Una lástima. Un buen defensor». Y tuvo que explicarle cuál era la vocación de Carlos Tejeda. Y que, aquella musiquita que sonaba por la megafonía cada Domingo por la mañana, sí, sí, aquel himno psicodélico era obra y gracia del defensa Carlos. Y ahora, tenían que estar todos con él. Elías no sabía mucho de músicas, pero vio tal empuje en aquella Laurita, la hija de su amigo, que no tuvo más que recoger aquellas hojas que anunciaban el evento. «Hay que ir», pidió con decisión.

Llegó aquel Sábado 15, y salió por cierto, mustio y lluvioso. A aquel día le faltaban apenas ya quince minutos en el café Liberto. Un tugurio en penumbra. Mesas bajas y taburetes. Medio vacío estaba el local; sólo los habituales con su quinto de cerveza. La música muy alta. Algunas copas en la barra. Humo flotante. Conversaciones interesadas. Allá, en una tarima de la pared del fondo, Carlos Tejeda, afinaba su guitarra. Levantó la mirada y no vio a nadie, a casi nadie que estuviera dispuesto a interrumpir su conversación para escucharle. Entonces vio entrar a Laura. Con su prima adosada, con su megachaquetón, y su bufanda kilométrica. Ella estaba allí. A él le latió con fuerza el pulso y dio gracias al cielo, porque no iba a dejarse la garganta ni la piel de los dedos en vano. Ella le dijo a su prima que era el humo, que le hacía llorar los ojos. En realidad, a Laura la invadía una mezcla de rabia e indignación por el nulo eco de su llamamiento. «Son unos ingratos de mierda», exclamó. La prima la hizo callar. Sonaban ya los primeros acordes.

* * *

¡PONTE VERDE!

Óscar miró el reloj. Faltaban cinco minutos para las doce y media. Dobló la esquina de la calle y ya se encontró frente a la puerta de la guardería «Renacuajos» con unas cuantas mamás, yayas y abuelitos que esperaban la salida de los nenes. Las manos en los bolsillos. Saludó tímidamente. Casi todos lo reconocieron. Él era el papá de Alba. «Oye, ¿me han dicho que te has quedado en el paro?», le preguntó a bocajarro el abuelo de Belén. Él confirmó con la cabeza. «El signo de los tiempos», dijo el viejo, «ánimo, que seguro que con lo que vales, encontrarás algo pronto...». Enseguida se abrió la verja del cole, con las cuidadoras filtrando la salida de los niños para que no se les escapara un peque o se lo llevara algún adulto sin autorización. A Óscar, por no ser aún habitual, lo tuvieron que avalar algunas madres, «es el padre de Alba», pero lo que más valió, por encima de todo, fue el grito espectacular de la niña, cuando descubrió a su padre, allí fuera, esperándola, «¡papiiiiiiii!». Y él, después de abrazarla, cómo está mi reina, le tuvo que explicar que el papi hoy no había traído carro, Alba ya era muy pero que muy mayor, e iba a ir andando hasta casita. Esto no le vino del todo bien a la pequeña, que solicitó varias veces con las manos extendidas ir al bracito, porque ella estaba muy cansadita. Y claro, Óscar, acabó cediendo y la alzó en brazos. En otras ocasiones, Alba le hubiera estirado la narizota o el pelo, pero ahora se daba cuenta del gesto anormalmente triste de su papi, por lo que puso los deditos en los extremos de la comisura de los labios, y se los levantó, dibujándole una sonrisa. Así mejor. Y Óscar tuvo que sonreír. Su hija merecía, como poco, una cara contenta. Se detuvieron en el paso de peatones que cruza la carretera, con el semáforo rojo. Y él le preguntó: «Alba, ¿quieres hacer magia? ¿Magia sencilla?». La niña afirmó entusiasmada. «Tienes que ordenar al semáforo: ¡ponte verde!, y verás cómo te hace caso». ¿De verdad le iba a obedecer? «¡Ponte verde!», exclamó ella. Pero la luz nada, seguía roja. Óscar contó uno, dos, tres. «Es que lo tienes que decir con más energía, si no, no te oye». «¡Ponte verdeeeeeee!». La luz, ahora sí, se tornó verde. Alba, encantada porque había hecho magia, besó a su papi. Y cruzaron el paso. En verde.

Óscar pasaba una noche más sin pegar ojo. Le iba la cabeza a cien por hora. Respiraba agitadamente. Se movía sin parar. Repasaba mentalmente las últimas semanas antes de que le dieran puerta.

Pero era para sentirse peor. Porque ya no había vuelta atrás. Estaba en la calle. Y se imaginaba en los peores escenarios. Sin poder hacer frente a los gastos, sólo con lo que ganaba su mujer. La pobre Espe dormía a su lado y aguantaba lo que no estaba escrito. Se levantó y vagó por la casa a oscuras como alma en pena. Hasta el tic-tac del reloj de la cocina se le clavaba en el cerebro. No pasaba nada si no descansaba, se dijo, al fin y al cabo no tenía que madrugar. Estuvo con el mando de la televisión, cambiando de canal, sin ver ni oír nada. Miró mil veces la hora. Al rato, se asomó a la ventana y miró al cielo. Sí. Por qué no. Fue directo a la habitación donde dormía plácidamente Alba. La recogió en brazos, la cubrió con un batín, y ella entre sueños, y con los ojos hinchados le preguntó: «¿dónde vamos, papi?». Ahora lo iba a ver. Cogió las llaves de casa. Salió al rellano. Y empezó, con Alba a cuestas, a subir escaleras. Y pisos. «¿Dónde vamos...?», repetía ella entre bostezos. Le iba faltando el aire al llegar a la terraza, pero afortunadamente cuando abrió la puerta metálica y salió fuera, la brisa de la madrugada le inundó y pudo recuperar el resuello. Clareaba el firmamento. Avanzó entre hilos de tender y antenas. Y de fondo, se dibujaban las siluetas de las fincas colindantes. «Alba, vas a hacer magia, magia sencilla ¿vale?». Ella asintió con la cabeza. «Alba, nada menos que le vas a decir al sol que salga...» ¿Preparada? La niña exclamó: «¡Sol, saaaaaal!».

«Desde entonces, habían transcurrido cuatro meses y pico. Espe y Óscar esperaban a la puerta de la guardería “Renacuajos”. Como solía, el célebre abuelo de Belén, fue a bocajarro: “Oye, que me han dicho que has encontrado faena”.»

Fue impresionante. Una bola anaranjada de fuego fue emergiendo en el horizonte. Y el cielo se fue encendiendo poco a poco. UUUUUAAAAUUUUHHHH. Sonrieron. Magia sencilla. «Y ahora, vamos para abajo, que como se despierte tu madre, me pone verde». Aquel amanecer le sirvió a Oscar para estar seguro de que por muy mal que lo estuviera pasando, por muy hundido que se encontrara moralmente y por muy oscuro que lo viera todo, siempre, siempre se haría de día.

Desde entonces, habían transcurrido cuatro meses y pico. Espe y Óscar esperaban a la puerta de la guardería «Renacuajos». Como solía, el célebre abuelo de Belén, fue a bocajarro: «Oye, que me han dicho que has encontrado faena». Él lo confirmó

tímidamente. «Pues que me alegro, hombre, me alegro de verdad». Al minuto se abrió la verja, y empezaron a salir nenes en estampida. Alba se llevó una alegría mayúscula, porque hoy venían los dos, papi y mami. La verdad es que estaban ambos porque la «seño» los había convocado. Algo pasaba. Seguro. Le pidieron a la nena que esperara en el patio jugando. Y mientras, ellos se sentaron en aquellas sillas en miniatura, doblando las rodillas. Óscar, Espe y enfrente «la seño», que empezó diciendo: «Alba es un cielo». Lo sabían. «Es un encanto», prosiguió. Les constaba. «Alba es superinteligente». Ambos contenían el aliento esperando que llegara un «peroooooo...». Cuál era ese «pero». Sí, cuál era el problema. La seño los miró inquisitiva: «¿Quién le ha dicho a Alba que ella puede hacer magia, magia sencilla?».

Los tres regresaban a casa en silencio. Alba en medio, de la manita de sus padres. Al llegar a la carretera, a la altura del paso de peatones, se toparon con un caos descomunal. Tráfico colapsado. Festival de cláxones. Sofocados y sudando la gota gorda por la patilla, los policías locales intentaban agilizar la circulación a golpe de silbato. Circulen, circulen. La brigada de mantenimiento del ayuntamiento al completo. Los ingenieros se rascaban la cabeza, desquiciados, sin entender por qué pasaba aquello. El armario eléctrico abierto dejaba al descubierto mil cables despanzurrados. Sin pistas sobre la causa de la avería. Todas las luces verdes de los semáforos estaban encendidas. Las de vehículos, verdes. Las de peatones, también verdes. Simultáneamente. Espe no reparó en la que había montada según cruzaban la calle. La pequeña Alba sonreía complacida. Pero Óscar tragaba saliva. Menuda traca si después de cenar, antes acostar a la niña, a ésta le daba por pedir al sol que saliera. Y de paso, que se pusiera verde. Y menudo alucine cuando el sol, obediente, luciera verde y hermoso sobre la ciudad en plena noche.

© Catador

El autor:

Catador. Utilizo el pseudónimo de "Catador" porque tengo la suerte de probar todos los platos (sobre todo los dulces) que prepara mi hermana. Escribo "El libro de las ocurrencias", (librodelasocurrencias.blogspot.com), donde semanalmente se van acumulando relatos cortos que cuentan lo que ocurre y lo que se me ocurre.

José Ovejero

Madrid (España), 1958

<http://www.ovejero.info>

* * *

José Ovejero nació en Madrid en 1958. Ha vivido en Alemania y vive en la actualidad entre Bruselas y Madrid. Ha publicado novela, cuentos, ensayo, teatro y poesía. Ha recibido los premios Ciudad de Irún de poesía (*Biografía del explorador*), Grandes Viajeros de libros de viajes (*China para hipocondriacos*), Primavera de novela (*Las vidas ajenas*) y Ramón Gómez de la Serna de narrativa (*La comedia salvaje*).

Sus cuentos han aparecido en antologías y libros colectivos tanto en España como en el extranjero.

Aparte de su obra literaria, colabora regularmente con sus artículos en diferentes revistas y periódicos españoles y latinoamericanos.

Ha editado *La España que te cuento*, libro y audiolibro de relatos, leídos por sus autores, en los que la ficción traza una imagen muy vívida de la España actual. También ha editado el *Libro del descenso a los infiernos*.

Ha pronunciado conferencias e impartido cursos de escritura en universidades e instituciones de numerosos países de Europa, Norteamérica, Latinoamérica y Australia.

Sus obras están traducidas a varios idiomas.

Novelas

- *La comedia salvaje*. Madrid: Alfaguara, 2009.
- *Primeras Noticias de Noela Duarte*. Barcelona: La otra orilla, 2008
- *Nunca pasa nada*. Madrid: Alfaguara, 2007.
- *Las vidas ajenas*. Madrid: Espasa Calpe, 2005 / Madrid: Funambulista, 2010 (Premio Primavera de Novela 2005)
- *Un mal año para Miki*. Barcelona: Ediciones B, 2003
- *Huir de Palermo*. Barcelona: Ediciones B, 1999 / Madrid: Editorial Funambulista, 2005
- *Añoranza del héroe*. Barcelona: Editorial Destino, 1997 / Barcelona: Ediciones B, 2002

Relatos

- *El sapo es un príncipe. Y viceversa*. Madrid: Funambulista, 2008
- *La plaga/Los políticos*. Madrid: Páginas de Espuma, 2009.
- *Mujeres que viajan solas*. Barcelona: Ediciones B, 2004 / Madrid: Funambulista, 2008
- *Qué raros son los hombres*. Barcelona: Ediciones B, 2000
- *Cuentos para salvarnos todos*. Barcelona: Editorial Destino, 1996

Ensayo

- *Bruselas. Y viceversa*. Barcelona: Editorial Destino, 1996

Poesía

- *El estado de la nación*. Madrid: Editorial Visor, 2002

- *Biografía del explorador*. Barcelona: Plaza y Janés, 2001 (Premio de Poesía Ciudad de Irún 1993)

Viajes

- *China para hipocondríacos*. Barcelona: Ediciones B, 1998

* * *

Entrevista

NARRATIVAS: *¿Cómo resumirías tus comienzos literarios y el camino recorrido hasta ahora?*

JOSÉ OVEJERO: Los comienzos fueron muy difíciles. Como me fui muy joven de España no tenía ningún contacto con el mundo cultural ni periodístico, y en España más que en otros países necesitas el contacto personal. Es muy difícil que te escuchen si nadie te hace de valedor. Incluso hoy tengo la impresión de que las ofertas y las invitaciones a participar en algún proyecto rara vez me llegan a través de alguien que me haya leído, sino que parten de alguien que me ha conocido personalmente. No es solo mi caso; veo que así sucede a mi alrededor.

Supongo además que mis primeros libros tenían demasiados defectos de principiante. Aunque me dolía ver que otros que tampoco eran mejores sí se publicaban –¿tenían sus autores mejores amigos que yo? ¿era mi criterio el equivocado?– probablemente debo alegrarme de que los míos quedasen inéditos.

Pero como tenía muy claro que lo que quería hacer era escribir, seguí trabajando, y aprendiendo. A ratos me deprimía porque también cuando empecé a publicar –en la editorial Destino– mis libros obtenían muy poco eco: ninguna reseña de mi libro sobre Bruselas, ninguna de mi primer libro de poesía –a pesar del premio Ciudad de Irún–, una de mi primer libro de cuentos, tres o cuatro de mi primera novela. Creo que tampoco me ayudaba pasar constantemente de un género a otro.

Bueno, ahora según te lo cuento suena todo esto muy plañidero. No es esa mi sensación: disfrutaba escribiendo, me parecía importante seguir haciéndolo y lo hacía. No puedo quejarme. La parte dura era conseguir llegar a los lectores. Pero poco a poco el reconocimiento empezó a llegar. Sobre todo a partir del premio Grandes Viajeros para mi libro *China para hipocondríacos*, que me sacó del semianonimato en el que me encontraba.

N.: *Has escrito novela, relato, poesía, libros de viajes, teatro, ensayo... ¿Eres un escritor todoterreno o hay algún género en el que te sientes más a gusto?*

JO.: Cada género te permite hacer cosas diferentes, acercarte a la realidad y a la literatura con herramientas distintas, supongo que por eso me atrae una y otra vez usar géneros en los que no tengo tanta experiencia, para explorar, para aprender; con la novela y el cuento me siento en general más seguro porque tengo la impresión de conocer mejor qué terreno piso.

Ahora, por razones que no entiendo muy bien, me estoy centrando más en el ensayo y la poesía; creo que después de escribir mi última novela, *La comedia salvaje*, cambié de tal manera de registro que ahora no sé muy bien cómo seguir, si volver a ser el escritor que era antes de *La comedia salvaje* –más, aunque no del todo, realista, menos esperpéntico– o si puedo seguir explorando ese camino nuevo para mí. El resultado es una enorme inseguridad que está lastrando mis recientes intentos de escribir una novela.

N.: *En tus novelas, los personajes casi siempre se muestran en un estado de tensión con el ambiente que les rodea, como si se sintieran desplazados de su núcleo, de un punto ideal que tal vez les atrae pero al que les es imposible aproximarse. ¿Podría ser esa quizá una metáfora del papel del individuo en nuestras sociedades actuales?*

JO.: No creo que tenga que ver especialmente con el individuo en la sociedad actual; entre otras cosas porque no pienso que el individuo fuese más feliz, que soportase menos tensiones en la sociedad feudal, ni en la decimonónica ni en ninguna otra. Y tampoco me planteo escribir libros que funcionen como metáforas.

Tienes razón en lo de la tensión. En general planteo mis libros a partir de una situación de tensión dramática: se me ocurren unos personajes en una situación de conflicto en la que está a punto de suceder algo importante. Y entonces empiezo a interesarme por los personajes, qué les ha llevado allí, qué han hecho antes, cómo van a actuar. De forma que ese “algo importante” que iba a suceder pasa a segundo plano, pero me ha servido para insuflar energía a los personajes que han ido surgiendo a su alrededor. Y quizá por eso hay en mis obras ese ambiente eléctrico, cargado, lleno de posibilidades y de amenazas.

N.: *En tu novela “La comedia salvaje” abordas un tema tan traumático y todavía hoy tan conflictivo como la Guerra Civil española en un tono cáustico y mordaz desacostumbrado hasta la fecha. ¿Te movía la intención de provocar o tan solo de contar unos hechos desde una óptica distinta?*

JO.: Provocar siempre me ha parecido una imbecilidad, algo propio de gente arrogante que se cree más lista que los demás y les dice “vais a ver lo tontos que sois”. Nunca me ha interesado la provocación como tal.

Lo que sí quiero es entablar un diálogo, a ser posible un diálogo conflictivo. No me interesa escribir un libro del que pienso que va a haber un montón de gente que está de acuerdo con él. Se escriben demasiados libros de consenso: sobre lo malos que son los poderosos, lo buenos que son los pobres, la mezquindad de los varones..., en fin, libros que buscan el refugio cálido que nos concede el afecto del lector. Se me ocurre ahora un ejemplo extremo que sería el estomagante “Juntos nada más.”

La comedia salvaje, siendo una comedia, es también una reflexión sobre el humor frente a la tragedia, sobre los tabúes que operan en nuestra sociedad, sobre lo que se puede y no se puede decir; para ello hay que rebasar a veces los límites del buen gusto. Sé que es un libro que ha ofendido a más de uno porque no trato con el respeto debido la memoria de nuestros muertos... tonterías, lo que trato sin respeto son las leyendas heroicas sobre la guerra, el victimismo, esa búsqueda descarada de la solidaridad del lector que comparte tu ideología, que se encuentra en tantos libros sobre la guerra civil. ¿Provocar? No, es una invitación –algo insistente, eso sí– a repasar los propios prejuicios; y yo he tenido que hacer lo mismo para escribirlo.

N.: *Tanto en “Las vidas ajenas” como en “Nunca pasa nada” indagas en el extrañamiento de los inmigrantes en las sociedades occidentales (en concreto, en Bélgica y España). ¿Buscas en esas miradas una nueva perspectiva sobre una realidad que quizá para los que hemos nacido aquí nos resulta demasiado cotidiana y uniforme?*

JO.: Yo creo que la mayoría de los escritores, salvo los que conciben la literatura sobre todo como juego intelectual, empezamos a escribir a partir de una sensación de desasosiego. Nos atraen los puntos de tensión, de posible fractura, ya sea en el individuo o en la sociedad. Y la inmigración es una fuente de tensión y uno de los fenómenos más importantes de las últimas décadas en Europa. Y a mí me interesa tanto desde un punto de vista individual –la vivencia personal–, como social, es decir, los cambios de percepción que acompañan a la inmigración –desde la xenofobia a la mala conciencia, desde el rechazo al deseo de ayudar... no siempre desinteresado–.

Dicho esto, no creo que la labor de la literatura sea describir la realidad –de hecho, creo que es incapaz de hacerlo–. Muchas solapas dicen cosas como “este libro nos muestra las duras condiciones...”; no es cierto; la novela es una invención, y por tanto no puede mostrar lo que existía antes de ella; no describe el mundo sino que se añade al mundo. Yo entiendo mis novelas como representaciones teatrales: sabemos que lo que se desarrolla sobre el escenario no está sucediendo como suceden las cosas en la vida del exterior al teatro; pero aun así nos pone en contacto con nuestras ideas y nuestros sentimientos hacia la realidad, con nuestras vidas.

N.: *Si me lo permites, una obra un tanto atípica en tu trayectoria sería “Los políticos”, en la que con estructura de texto dramático te aproximas a la política desde una actitud no solo escéptica, sino profundamente descreída. ¿Es tan sucio el mundo de la política como lo pintan?*

JO.: El mundo de la política no es más sucio que el mundo de la empresa, ni que el mundo universitario, ni que el mundo de la literatura. Una diferencia es que los actos de los políticos tienen mayores consecuencias. La otra, y es la que importa para mi obra de teatro, es que los políticos tienen que estar continuamente pendientes de la aprobación de los demás, para lo que necesitan retocar una y otra vez su propia imagen.

Los políticos, sobre todo desde la irrupción de la televisión como arma electoral, se han conver-

tido en máscaras. No es que antes no mintiesen, pero no tenían que hacerlo todo el tiempo y mirando a una cámara. Y eso los vuelve personas por un lado trágicas por otro ridículas. ¿Te imaginas, tener que estar diciendo continuamente cosas que no piensas para no perder votos? Es un esfuerzo enorme y al final quienes acaban convirtiéndose en escépticos son ellos. Y por eso en *Los políticos* mis personajes están cargados de esa energía delirante; intentan todo el tiempo ser convincentes sin estar convencidos de nada. Creo que de ahí sale la comicidad de la obra.

N.: *Muchos de tus libros han vivido más de una reedición, ofreciendo así a nuevos lectores la oportunidad de llegar con cierta facilidad a tus obras. ¿Cómo se lleva José Ovejero con la industria editorial?*

JO.: Lo nuestro es un matrimonio de conveniencia; no cabe en él la pasión. Como mis libros no son auténticos best sellers la industria no me desea ardientemente, y como yo no busco en primera línea unas ventas masivas, tampoco me veo obligado a hacerle mucho la corte para poder vender más. Así que nos llevamos bien porque no esperamos demasiado uno del otro.

Abandonando la metáfora, sí he tenido la suerte de contar con muy buenos editores –salvo en un par de ocasiones–; el problema es que los editores son menos libres que antes, están mucho más sometidos a la obligación de aumentar constantemente los beneficios, con lo que uno puede entenderse bien con el editor y mal con la editorial.

N.: *¿Qué hay en la cabeza de José Ovejero antes de ponerse frente a una hoja en blanco? ¿Cómo concibes tus historias?*

JO.: La hoja puede que esté en blanco, pero mi cabeza no. Cuando empiezo a escribir, salvo en casos excepcionales como la novela *Un mal año para Miki*, suelo llevar bastantes meses dando vueltas a una idea. Imaginando personajes que podrían encajar con ella, ensayando tonos narrativos, hablando solo. Hasta que o bien me olvido de la historia porque ha dejado de interesarme, o bien me doy cuenta de que de alguna manera que no comprendo continúa fascinándome, y entonces me siento a escribir alguna de esas escenas que he desarrollado en mi cabeza, por lo general sin una trama a la que ajustarme. Parto más de situaciones concretas que de una trama, lo que quizá se deba a que durante bastante tiempo me dediqué mucho más al cuento que a la novela.

N.: *Como lector, ¿cuáles serían tus preferencias en el terreno de la narrativa en castellano y tus autores favoritos?*

JO.: Esta es la pregunta más difícil de las que me has hecho. Te confieso que leo más en otros idiomas que en castellano. Supongo que porque llevo tantos años viviendo en el extranjero mis referencias literarias recientes se encuentran fuera de mi país de origen. Eso hace que mis lecturas en español sean muy poco sistemáticas –¡no hay tiempo para todo!– y últimamente casi solo leo a mis amigos, a los clásicos y libros que necesito para algo en lo que esté trabajando en ese momento.

Además, tengo la impresión de que a esta pregunta los escritores siempre respondemos mencionando a nuestros amigos, con lo que las respuestas no tienen mucha utilidad para el lector –salvo para averiguar quién es amigo de quién–. Así que permíteme que me salga por la tangente y te cite a algunos autores extranjeros que me interesan, o al menos parte de su obra (me salto a los clásicos y a los nombres más conocidos de la literatura contemporánea, cuya mención tampoco sería muy útil para el lector, y me limito a mencionar a algunos contemporáneos que me han interesado últimamente): los cuentos de A. M. Homes y de Jumpa Lahiri, la poesía de Wislawa Szymborska, Judith Herman, Alice Munro, los ensayos de Susan Sontag...

N.: *Por último, ¿en qué proyectos literarios está ahora trabajando José Ovejero?*

JO.: Acabo de terminar un libro de poemas para el que tengo que ponerme a buscar editor y en septiembre publico *Escritores delincuentes*, un ensayo sobre escritores que han estado en la cárcel por delitos comunes, de Chester Himes a François Villon, pasando por William Burroughs y un largo etcétera en el que entran autores españoles, de distintos países de Latinoamérica, polacos, alemanes... Por lo demás, estoy empezando una novela de la que no puedo aún decir gran cosa, sobre todo porque no estoy muy seguro de saber terminarla.

* * *

EN EL CAMPO DE BATALLA *

por José Ovejero

–Yo, en realidad, tendría que estar muerto y, a veces, cuando abro los ojos por la mañana, me pregunto si este estado en el que aún hablo y como y hago mis necesidades, pero sin sentir miedo ni tristeza ni esperanza y mucho menos alegría, no será la antesala del Juicio Final, lo que significaría que también vosotros sois cadáveres a la espera de la segunda venida, aunque lo que a mí no me ha sabido explicar ningún sacerdote es, puesto que al morir vamos al infierno o al cielo o al purgatorio directamente, a qué viene el Juicio Final, qué es lo que va a juzgarse si a muchos ya los están sometiendo a un tormento que se supone eterno; es como si después de que te ejecuten tras un juicio sumarísimo al presidente del tribunal le entran dudas y pide la repetición del proceso con las debidas garantías para el cadáver.

El artesano hizo una pausa para recuperar el hilo del discurso y colocar mejor las vendas que le hacían de calzado. Benjamín aprovechó para intervenir.

–Lo que sucede en el Juicio Final es que los muertos resucitan y su alma, que había ido al infierno o al cielo, se une al cuerpo, con lo que el gozo o el tormento que antes era sólo espiritual se vuelve también físico.

–Va a ser eso, que mi alma está ya donde le corresponda y esto que veis es sólo mi cuerpo.

–Aunque Orígenes afirmaba que las penas del infierno no son eternas, cosa que le parecía demasiado cruel para venir de un Dios misericordioso, y en el Juicio Final sí había una revisión de las condenas. En realidad, él pensaba que todos iremos al cielo a la larga, incluso Satanás, porque todos nos arrepentiremos de nuestros pecados.

–Benjamín, anda, cállate y déjale continuar su historia.

–¿Tú qué eres, un cura? –preguntó un hombre que hasta ese momento había parecido dormitar sentado contra la pared, con la cabeza colgando, que ahora había levantado, y las piernas recogidas; era pelirrojo y pecoso, y los pies desnudos que asomaban de la manta de campaña tenían un color entre blanco, rosa y azulado. Hablaba con acento extranjero, muy suave, pero perceptible—. Y si eres un cura, ¿por qué te van a fusilar éstos, que son de los tuyos?

–A mí no me van a fusilar.

–Eso pensaba yo –dijo el artesano–, que no podían fusilarme por tan poca cosa. Darme un par de tortas, meterme en un calabozo unos días, emplumarme, algo así, pero no pensé que me pudiesen llevar ante un pelotón por un acto tan inocente. Yo desde luego me puse a hacerlo pensando en los banderines y en los ceniceros y los platos con el escudo o la fotografía de los equipos de fútbol...

–Maldito sea el fútbol –dijo el pelirrojo incorporándose furiosamente–, yo estoy aquí por su culpa. Si en lugar de interesarme por el fútbol hubiese sido aficionado al boxeo no me encontraría en esta situación. Pero mi padre me llevaba a los partidos desde niño...

–Oye, ¿cuentas tú tu historia o cuento yo la mía? Porque si seguimos mezclándolas, al final estos amigos no se van a enterar de ninguna de las dos.

El pelirrojo hizo un gesto con la mano como para expresar su desinterés y lo subrayó recostándose

«Es que la realidad es mucho más complicada de lo que pensamos, y las cosas no suceden como en las novelas de detectives, en las que los protagonistas sólo viven para resolver un caso y sólo piensan cosas adecuadas a la situación, y no se ponen a pensar, como me pasa a mí, en cualquier tontería que no viene a cuento.»

* Capítulo perteneciente a la novela *La comedia salvaje* (Madrid: Alfaguara, 2009).

otra vez contra la pared y embozándose con la manta.

–Siga usted –pidió Julia–, que con tanta introducción y tanto divagar no me estoy enterando de nada.

–Decía, señorita, y por cierto, ¿sabe usted que se parece mucho a una tía mía, que se marchó de joven con un forastero...?

–Continúe con la historia, que parece esto una de esas novelas modernas en las que acabas por no saber quién es el protagonista ni cuál es la trama principal.

–Es que la realidad es mucho más complicada de lo que pensamos, y las cosas no suceden como en las novelas de detectives, en las que los protagonistas sólo viven para resolver un caso y sólo piensan cosas adecuadas a la situación, y no se ponen a pensar, como me pasa a mí, en cualquier tontería que no viene a cuento. Y además, fíjese que, si lo medita, las cosas importantes están relacionadas con nimiedades, y lo que le sucedió a la tía de la que yo le hablaba me dio mucho que reflexionar, y yo no sería el hombre que soy sin la experiencia de aquella tía, y quizá ni siquiera me habría hecho artesano, sino que también habría sido un trotamundos, pero escarmenté en cabeza ajena y esto que entonces me pareció una ventaja y una gran lección, hoy me lleva a preguntarme si no habría sido mejor buscar suerte en América, porque lo mismo hoy era un rico hacendado...

–Perdone, pero le van a fusilar a usted mañana. O se deja de filosofar o nos quedamos sin escuchar su historia.

–¡Julia!

–¡Es que es verdad! Este hombre habla como si tuviese la eternidad por delante.

«Perdone, pero le van a fusilar a usted mañana. O se deja de filosofar o nos quedamos sin escuchar su historia.»

–Todos hablamos y vivimos como si tuviésemos la eternidad por delante, y más yo, que, como le decía, ya vivo en una especie de limbo en el que todo me da igual, y quizá por eso, porque la historia de mi vida está concluida, me preocupa tan poco acabar de narrarla; uno narra la propia vida para añadirle algo más, una nueva interpretación, o para conseguir la admiración de los otros, o para vengarse de los enemigos. No es mi caso. Yo ya estoy muerto, y un cadáver no puede ni justificarse ni vengarse y la admiración le es indiferente. Pero ya que me lo pide con tanta amabilidad, y por consideración a su interés, retomaré lo

que estaba contando y procuraré no desviarme hacia cuestiones que a ustedes puedan parecerles menores aunque yo las sepa fundamentales. Al grano, entonces.

»Yo pensaba, y todavía pienso, que en una guerra civil, como en un partido de fútbol, habría seguidores de uno y otro equipo y que, sin duda, querrían mostrar sus preferencias y su apoyo a uno de los dos bandos con esos pequeños objetos con los que uno decora su casa, pero además, una vez elegido el bando, también la gente querría contar con la imagen de su jugador o general favorito; incluso en cosas más serias que el deporte y la guerra, como lo es la religión, muchos se buscan un personaje al que admirar y adorar; unos tienen una imagen de la Virgen de Guadalupe y otros de la de Montserrat. Así que supuse que algunos se harían devotos de Mola, otros de Franco, otros de Azaña, otros de Largo Caballero. Con ayuda de un amigo ceramista y mediante un proceso técnico de mi invención, para el que por desgracia no he tenido tiempo de solicitar la patente, lo que es una pena, porque me iría de este mundo seguro de que mi mujer y mis hijos tendrían de comer el resto de sus días, pues sepan que mi mujer, por un problema de hígado, no puede trabajar..., sí, sí, al grano: decía que, con este sistema de reproducción en offset desarrollado por mí, adorné numerosos objetos con las imágenes de Durruti, Queipo, Líster, Yagüe, Franco y otros, si me permiten llamarlos así, primeros espadas de nuestra contienda.

»No conseguí, sin embargo, embarcarme en el negocio que me había propuesto y que a mí me parecía inocuo a la vez que potencialmente lucrativo, porque un aprendiz, al que yo había despedido hacía tiempo debido a que en lugar de entretener sus manos con cosas de mejor provecho procuraba ocuparlas en las carnes de mi hija menor, me denunció a unos milicianos de la CNT. No crean que

me asusté cuando llamaron a mi puerta, porque yo consideraba mi taller como potencia neutral, que no apoyaba ni a unos ni a otros, sino que a ambos vendía lo que necesitaban, igual que están haciendo varios países europeos, que procuran armas a los nacionales y a los republicanos, y todo el mundo les paga tan contento.

»Y no es por vanagloriarme si les digo que apreciaron mucho un botijo que tenía con la imagen de Durruti; me dieron palmadas en la espalda, me ofrecieron de fumar, bebieron jocosos el agua fresca del botijo; pero cuando descubrieron que el mismo modelo existía con el rostro de Millán Astray y uno un poco más pequeño con el de Franco, cogieron tal rabia que tomaron las trébedes de la chimenea y con ellas destruyeron mis máquinas y buena parte de la producción. Pim, pam, pim, pam, sin respeto alguno por el trabajo ajeno. Cuando se hartaron de su propia barbarie, sin más explicaciones, me sacaron a rastras de mi casa, desoyeron los ruegos de mi mujer y de mis hijas –tengo tres, por desgracia no me ha tocado hijo varón y eso ya no voy a poder corregirlo–, me llevaron hasta la tapia del cementerio, que, por cierto, se dice que está construido sobre una antigua necrópolis romana, y se dispusieron a fusilarme haciendo tanto caso a mis protestas como les habían hecho a las de mi familia.

»Mire, señorita, mire mis cabellos –el artesano agachó la cabeza para dar a Julia una buena perspectiva de su coronilla–. Todas estas canas no estaban ahí un mes atrás. Y mire mis carnes –se pellizó los antebrazos cubiertos de pellejo y de poco músculo, mostró las espinillas, huesudas como pata de pollo, y lanzó un suspiro–. Hace unos días yo era un hombre robusto y sano; ahora soy un esqueleto que camina. Mi mujer, que vino detrás de mí como una María Magdalena, me dijo que me desmayé ante el paredón, pero yo creo que me morí al ver mi obra destruida y constatar que ya no podría crear nada más, que ya no dejaría otras huellas en el mundo; desde entonces estoy muerto y ahora lo que estoy es descomponiéndome. Sea como sea, parece que justo cuando iban a darme el tiro de gracia sin haber tenido que darme los de la ejecución, llegaron unos Fiat italianos y se pusieron a ametrallar el lugar en el que nos encontrábamos, matando a los anarquistas, hiriendo a mi mujer y llevándose por delante a no pocos curiosos, que merecido se lo tenían, porque no hay nada más asqueroso que esos individuos que corren siempre tras el olor de los cadáveres, como los moscones revolotean alrededor de la mierda.

«Porque en lugar de fijarse en la belleza de las formas, los hombres se empeñan en interpretar mis obras, en buscarles significado e intención. No les basta con el placer de la contemplación, insisten en que todo tenga un mensaje.»

»Resumiré el resto de la historia diciendo que esa misma noche eché a una carretilla unas pocas pertenencias y algunas piezas, no muchas, que se habían salvado del destrozo iconoclasta; frustrado con la acogida de mi arte por los leales a la República, había decidido pasarme a los nacionales, aunque, como no me fiaba de que ellos fuesen a entender mejor la amplitud de miras de un artista, sólo conservé las obras que contenían imágenes del equipo rebelde. Empujando mi carretilla me puse en camino hacia Toledo, donde tenía unos parientes, sin llegar muy lejos, es verdad, porque apenas me había alejado treinta leguas de mi casa me detuvo una avanzadilla de legionarios y me llevaron a su campamento, que está al borde de este pueblo en el que nos encontramos.

–¿Y por qué le van a fusilar, si dice que sólo llevaba imágenes de los nacionales? ¿O metió por error en la carretilla la efigie de algún leal?

–Porque en lugar de fijarse en la belleza de las formas, los hombres se empeñan en interpretar mis obras, en buscarles significado e intención. No les basta con el placer de la contemplación, insisten en que todo tenga un mensaje.

»Y mi problema fue que primero, en ese vistazo puro y auténtico con el que uno abarca inicialmente una obra de arte, sin haber tenido tiempo para pensar qué puede querer decir, mis pequeñas cerámicas ilustradas despertaron el entusiasmo de la tropa que me recibió, aunque venían agotados de caminar, matar y violar; un sargento mayor quiso comprarme enseguida un plato con la cara de no recuerdo qué general, otro me preguntaba el precio de una estilográfica con los colores de la nueva bandera, y en fin, soldados, suboficiales y oficiales se arremolinaban a mi alrededor queriendo ad-

mirar e incluso tocar mis obras.

»Hasta que se acercó un sargentillo de andares chulescos, el cual, quizá para demostrar que era superior a los demás, tomó y volvió a dejar en su sitio dos o tres objetos con gesto despreciativo, se fijó en un cenicero, lo observó detenidamente y, mostrándolo a todos como un indio mostraría la cabellera recién arrancada, casi gritó: ¿qué es esto? ¿Tú quieres que la gente apague las colillas en el rostro del Caudillo?

»Yo no había pensado para nada en esa posible interpretación de mi obra. Si puse la cara de Franco en el cenicero fue porque su cabeza tan redonda, su frente amplia y curvada, encajaban perfectamente en la forma circular del objeto. Pero comprendí de inmediato que mi vida pendía de un hilo, y no por culpa del cenicero, que podría pasar sin más por una falta de atención por mi parte. Si registraban más a fondo mis pertenencias encontrarían una pieza que me llevaría nuevamente al paredón.

»Intenté convencerles, a la vez que desviar su atención de las demás obras, de que el cenicero era para colgar en la pared, no para usar, argumentando que la brasa de los cigarros podía estropear la imagen, lo que lógicamente no podía ser mi deseo, aunque debo decir que gracias a mi método reprográfico la imagen era prácticamente indeleble. Para demostrar que no tenía ningún interés en mancillar la imagen del Generalísimo espachurrando colillas en su efigie, lancé el cenicero contra una roca.

»¡Y ahora ultrajas su fotografía, rojo asqueroso! ¡Has hecho añicos su invicta imagen!, me gritó el sargentín, dispuesto a hacerme la vida imposible. Justo en ese momento, un cabo de regulares sacó del fondo de la carretilla el objeto que sería mi perdición. Os aseguro que se encontraba ahí por error;

«Yo no había pensado para nada en esa posible interpretación de mi obra. Si puse la cara de Franco en el cenicero fue porque su cabeza tan redonda, su frente amplia y curvada, encajaban perfectamente en la forma circular del objeto.»

lo había llenado de herramientas y pequeños objetos para que no se perdiesen en el camino, fue el primero que fabriqué y hasta me había olvidado de él; tampoco había tenido nunca la pretensión de ponerlo a la venta ni de mostrarlo, tan sólo quise experimentar la fijación de la tinta sobre porcelana, interesado también en la proyección de una imagen plana sobre una superficie esférica, que ya sabrán que es uno de los problemas principales de la cartografía. Pero mis intenciones dan igual, porque una vez que la obra queda en manos del público, es éste el que la, digámoslo así, reinventa; a partir de la publicación, un libro significa lo que quiera el lector, cosa sobre la que deberían meditar los escritores, porque a mí ya no me queda tiempo para hacerlo.

»Cuando el moro exclamó: ¡orinal! ¡Cabeza Franco orinal, rojillo cabrón matarile!, el mundo cayó sobre mis huesos. El sargentucho me dio un puñetazo en la boca que dejó esta mella que aquí ven, me cubrieron de escupitajos, cosa a la que son muy dados los moros, los más cercanos se dedicaron a patearme y creo, pero qué más da, que tengo una o dos costillas rotas, amén de no ver más que bultos con el ojo izquierdo. Mientras me golpeaban, gritaban cosas como: ¡te vamos a enseñar a cagarte en el Caudillo! Se entretuvieron un buen rato sacándome lamentos a patadas, pero cualquier diversión acaba por aburrirnos con el tiempo, y ésa es una de las tragedias del ser humano, que todo, hasta el goce más excelso, a la larga lo hastía y lo que era felicidad completa se vuelve una carga de la que quisiéramos librarnos cuanto antes, y también mis maltratadores terminaron por aburrirse (a lo que contribuyó quizá que ya ni siquiera fuese capaz de emitir un ay ni de protegerme de los golpes), pues una víctima que ni se queja ni suplica no proporciona mucha diversión. Por eso me agarraron entre varios y me arrastraron hasta esta pequeña cárcel improvisada hace apenas dos días, jurándome que mañana al amanecer acabarían conmigo.

»Ésta es, amigos, mi historia, a la que podréis poner vosotros el punto final dentro de un rato, si así se os antoja.

El pelirrojo parecía haber estado al acecho porque apenas se hubo callado el artesano, se incorporó carraspeando y exigiendo con sus muchos aspavientos la atención de los demás.

–¿Me tiemblan las manos? –preguntó. Se puso a la pata coja, extendió los brazos como crucificado y

cerró los ojos—. ¿Me tambaleo? —cuando los presentes le aseguraron que no temblaba y que parecía mantenerse estable sobre un pie, regresó a donde había estado sentado, cabeceó, chasqueó la lengua—. Maldita sea mi suerte. Justo ahora que necesitaría estar borracho perdido.

Dos soldados llegaron con unas hogazas de pan y una gran perola con churretes de óxido y costras resacas de comida. La dejaron en el suelo en un hueco entre los prisioneros, y las hogazas al lado, sin importarles que se llenasen de barro.

—¡La mesa está servida! —anunció uno que llevaba un delantal de carnicero y se retiró unos pasos como alguien que tras echar de comer a un grupo de monos del zoo quisiera contemplar cómo se reparten los alimentos, quizá esperando que se peleen por ellos.

El primero en acercarse a la perola fue el artesano, pero el del delantal le puso una mano en el pecho.

—Ni hablar, qué desperdicio. Si a ti te van a fusilar mañana temprano.

—Pero tengo hambre.

—Sería como si diésemos de comer a alguien sabiendo que lo va a vomitar. A ti tampoco te va a aprovechar la sopa.

—Además —intervino el otro soldado—, dándote de comer alimentamos a los buitres. A nadie se le ocurriría echar comida a los buitres como si fuesen gallinas: pitas, pitas, pitas... ¿a que no?

—¿No hay cucharas? —preguntó Julia.

—Mira ésta qué fina. Ahora nos pedirá servilletas.

—No, señorita, aquí hay que mojar el pan en la sopa.

—¡Atención! ¡Todos a formar aquí!

—¿Ése quién es? —preguntó Benjamín a un preso que se puso a su lado en la cola.

—Un comisario político; por eso lleva chaqueta de cuero; a ver si lo fusilan antes que a mí y me la quedo yo; mola mucho. Lo malo es que le han quitado las insignias. Tenía una estrella roja en el pecho bien chula.

El comisario contó las hogazas y a los hombres, que acababan de ponerse en fila frente a él, también a los que iban a ser fusilados al amanecer, y anunció:

—Un séptimo de hogaza cada uno. Mojáis vuestro pedazo en la sopa y os retiráis a coméroslo a otro sitio.

El primer prisionero de la fila tomó una hogaza, la miró y remiró, se rascó la cabeza, se volvió indeciso hacia el comisario.

—¿Y cómo sé yo cuánto es un séptimo?

El comisario se dirigió marcial hacia la perola, arrebató la hogaza de las manos dubitativas, sumergió el pan entero hasta que quedó empapado de sopa.

—A ver, los primeros siete: ésta es vuestra ración; le vais dando un mordisco cada uno hasta que se acabe.

—Pero eso no es justo, mira la boca que tiene éste —se quejó un preso de acento andaluz.

El comisario hizo el ademán de llevar la mano a la pistola, pero ni siquiera le habían dejado el cinturón del que una vez debió de colgar la funda.

—Era de las Brigadas, como yo —susurró el pelirrojo, parado junto a Benjamín—. Por su culpa estoy aquí. En lugar de preguntar a los campesinos, consultaba la brújula. Que entre la gente del campo había muchos pequeños propietarios que apoyaban a los rebeldes y nos indicarían la dirección equi-

*«Ésta es, amigos,
mi historia, a la
que podréis poner
vosotros el punto
final dentro de un
rato, si así se os
antoja.»*

vocada, decía. Nos perdimos; y nos metimos en medio de dos secciones de una compañía rebelde. Quedamos cuatro con vida; yo, porque me caí en una zanja. Pero me sacaron de ella.

Finalizada la distribución, cada septuria escogió un rincón para repartirse el pan, cosa que se hizo con muchas protestas, riñas e insultos. Las mandíbulas se desencajaban de querer abarcar tanto.

Benjamín y Julia fueron a parar al grupo del artesano y del pelirrojo, al que se sumaron tres milicianas que parecían gemelas. Alguien protestó por que las tres mujeres, boquichicas, estuviesen en el mismo pelotón de comensales.

–Contabas –dijo Julia cuando acabaron de comerse las últimas migas– que estás en la guerra por culpa del fútbol.

El pelirrojo se recostó contra el muro de ladrillo y cerró los ojos como si no hubiese oído o ya no le interesara su propia historia. Sin embargo, con voz sonora y ese extraño acento que volvía las erres algo más blandas de lo normal, como si tuviese un trozo de trapo debajo de la lengua, dijo:

–Mi padre era asturiano. Muy aficionado al fútbol y a la bebida, por supuesto; más que a las mujeres y mucho más que al trabajo, mi madre os lo diría si estuviese aquí; os caería bien, mi madre: una escocesa menuda pero decidida; pasó un tiempo en España porque su familia tenía negocios aquí y arrastró a mi padre hasta Glasgow, no con sus encantos, que no tenía muchos, pobre; pero había heredado unas propiedades que permitirían a quien fuese su esposo vivir sin dar ni golpe. No hace

«Buena parte de los prisioneros se había ido acercando al corro formado alrededor del escocés, buscando una posición cómoda para quedarse dormidos en el caso de que no les interesase la narración y preparándose para pasar la noche, que para varios de ellos sería la última.»

falta que os lo diga: el plan sedujo a mi padre.

»Yo salí a él, más bien gandul, bebedor, con una fuerte inclinación pasiva hacia el deporte. Bueno, supongo que él me contagió la afición. De niño me llevaba a ver los partidos y luego a beber con sus amigos. Como era católico, se hizo socio del Celtic y profesaba un odio feroz a los Rangers. También conservaba la tarjeta de socio del Athletic Club de Madrid, porque decía que ése era el auténtico partido de los obreros, y no el socialista. Las pocas veces que veíamos un encuentro del Rangers –cuando jugaban contra nuestro equipo– se lo pasaba gritándoles: ¡herejes! ¡Hijos de Lutero! ¡Cismáticos! ¡A la hoguera con ellos! Así, en español, para

evitarse problemas; aunque ardiente, mi padre era bastante cobarde. Nunca le vi meterse en una pelea. Cuando se acababan las palabras y asomaban los puños corría que se las pelaba.

–¿De qué habla?

–Está contando su historia.

–Y, si está contando su historia, ¿por qué cuenta la de su padre?

–Chsssst.

Buena parte de los prisioneros se había ido acercando al corro formado alrededor del escocés, buscando una posición cómoda para quedarse dormidos en el caso de que no les interesase la narración y preparándose para pasar la noche, que para varios de ellos sería la última. Algunos cuchicheaban aún, y el patio del colegio amplificaba los susurros cuando el escocés callaba. Benjamín sentía que una tristeza húmeda caía sobre todos ellos, una tristeza de intemperie y desesperanza que empujaba al silencio; si los hombres hablaban a pesar de todo era para callar los lamentos que pudieran querer escapar de sus bocas.

–Mi padre y yo nos enemistamos cuando yo tenía unos dieciséis años. Me hice socio del Rangers, eso es todo. ¿Por qué?, preguntaréis, ¿por qué di esa puñalada mortal a mi padre que siempre me había hecho cómplice de sus correrías, que me había tratado como a un amigo, como al mejor amigo? La respuesta está en la primera frase; recordadla: tenía dieciséis años. A esa edad lo que quieres es dar una patada en el culo a tu padre. A todos nos pasa. Sólo así te haces hombre: si tu padre es un cabrón, rompiéndole los dientes. Si es bueno, rompiéndole el corazón. Lo primero es

más fácil.

»Y cuando mi padre me preguntó cuál era mi equipo español favorito no tuve piedad: el Real Madrid, por supuesto, le dije. No volvimos a dirigirnos la palabra. Fue como si al de la chaqueta de cuero le dijera su hijo que se iba a la guerra con los requetés.

»Pero si abandoné a los ídolos de mi padre no fue para dedicarme a la lectura o al estudio; seguí siendo tan fanático como antes, si no más, aunque de otros colores. Y así se pasó mi juventud, entre el estadio y el pub, en alguna que otra riña, trabajando en la construcción cuando estaba lo suficientemente sobrio. Nunca me metí en política; no sabía muy bien lo que era; a veces mis compañeros albañiles, la mayoría tan aficionados al fútbol como yo, maldecían al Gobierno, pedían a gritos la revolución para acabar con los ricos y sacudirnos la tiranía de Londres. Yo nunca entendí para qué nos serviría acabar con los ricos –¿quién nos iba a dar trabajo entonces?–, ni qué ganábamos con una Escocia independiente, pero asentía; cuando escuchaba las andanadas de mis amigos yo decía que sí, y me reía cuando me contaban que habían apedreado tal o cual comisaría y fingía prestar atención si hablaban de cosas más serias como poner una bomba en un cuartel o convocar la huelga general. Luego nos abrazábamos emocionados y pedíamos otra pinta. A mí lo que me gusta del fútbol es eso: la euforia, la camaradería, el olor a alcohol y a sudor, ese momento en el que para ti lo único que importa es que estás con tus amigos y que todos quieren lo mismo y estarían dispuestos a romperse la cara con cualquiera para conseguirlo. Ver el partido está bien, pero no es lo más importante.

»Debí de prestar menos atención de la habitual cuando una mañana, no hará ni tres semanas, me monté en un tren hacia Londres. Yo había entendido que íbamos a ver un partido contra el Chelsea. En esos días yo estaba sin trabajo, pero aún me quedaba un buen resto de la última paga. Así que había bebido bastante y pagado más de una ronda. Estaba eufórico y, creo, muy, muy, muy borracho.

«Debí de prestar menos atención de la habitual cuando una mañana, no hará ni tres semanas, me monté en un tren hacia Londres. Yo había entendido que íbamos a ver un partido contra el Chelsea.»

»No recuerdo mucho del viaje en tren: en la memoria me ha quedado sólo un eco de los cánticos, los abrazos, las amenazas, los juramentos de que íbamos a acabar con esos señoritos capitalistas, y no sé si por mi borrachera o porque no suelo escuchar mucho lo que dicen, yo creía que se referían a los futbolistas del Chelsea, que es un equipo de la capital. No me sorprendió, y ahora me parece volver a escuchar aquellas palabras como si recordara un sueño que estoy a punto de olvidar. Tony, un muchacho de mi barrio, ex minero y gran bebedor, buen chico, de vez en cuando salía de su estupor para levantarse y gritar: ¡vamos a matarlos! ¡No vamos a dejar ninguno! Luego volvía a su asiento con lágrimas en los ojos. A mí me parecía bien. Los chicos se abrazaban ese día más incluso de lo normal, es verdad, pero ¿y qué? ¿No es hermosa tanta emoción? Y Jimmy me pellizcó las mejillas y me besó en la frente antes de susurrarme: hoy es un gran día, vamos a hacer historia. Yo asentía y me alegraba de que estuviésemos juntos. En cada estación se bajaba uno a comprar cerveza, que siempre se había terminado antes de llegar a la estación siguiente. Seguimos cantando, bebiendo, celebrando, jurando nuestra amistad y que lucharíamos hasta la victoria.

»A partir de ahí todo se vuelve aún más borroso; mucho más. El cambio de trenes. El mareo en el barco, que no me impidió seguir bebiendo –el líquido que vomitaba volvía a reponerlo inmediatamente–, un control de aduanas en el que yo no paraba de decir: ¿de dónde habéis sacado mi pasaporte? Ése no soy yo. Y Jimmy o Tony o Bobby o Andy mascullándome en la oreja: tú no eres tú y yo no soy yo, pero somos nosotros los que vamos a vencer. Ésa es una frase como de sueño también, ¿no es verdad? Y luego más tren, himnos algo cansinos, otras cervezas, gente hablando en francés, y París, eso me dijeron más tarde, porque juro que llegué a París sin enterarme, pasé allí no sé cuánto tiempo y cuando, al volver a otra estación de tren, leí “Austerlitz”, pensé que debíamos de encontrarnos en una ciudad centroeuropea, pero no me importó lo más mínimo. Esto es Hungría, ¿verdad?, pregunté, y uno de mis compañeros me dijo: sí, Kerry, y detrás está Rusia.

»Luego un viaje nocturno. Un vino dulce asqueroso, anís, sardinas en lata. Una resaca bestial; sen-

tado con la cabeza apoyada contra la ventana; mis compañeros roncando o revolviéndose; alguno que corría a vomitar. Yo con los ojos cerrados casi todo el rato; pero a veces los abría para ver allá afuera la oscuridad, un mundo negro, hecho de sombras y de bultos que se escurren hacia lo hondo. Los ojos cerrados otra vez y en la cabeza una mezcla de voces y de lenguas y de órdenes y de susurros, la cabeza como llena de agua sucia, durante no sé cuántas horas; un dolor en las sienes de morir. Y ni un poco de aire fresco hasta descender del tren. Tony, ¿dónde coño estamos?, en inglés, claro: *Tony, where the fucking hell are we?* O sea: ¿en qué puto infierno estamos?, más o menos. En el infierno no, respondió Tony, estamos llegando a la gloria. Un grupo de hombres a los que nunca había visto, silenciosos todos, ni un cántico, ni un eslogan, en silencio atravesando un bosque, las piernas doliéndome, la cabeza ahora vacía totalmente, sólo los sonidos de las hojas, del agua, de los pasos, las respiraciones. Me gustaba la brisa en la cara, eso sí. Olía a mar y a matorrales. Creo que me acordé de Escocia, del pueblo del que venía mi madre, en lo alto de un acantilado desde el que se podían oír las olas romper contra la roca.

«Es ahora cuando tendría yo que estar borracho. Ahora. Maldita sea. Las guerras deberían pelearse en un campo de fútbol. Once contra once y con un árbitro. En el futuro será así, os lo digo yo. Los de rojo contra los de blanco, o los de azul contra los de verde. Eso es la civilización.»

»Para cuando se me había pasado la borrachera era un miembro de las Brigadas Internacionales, tenía una gorra de ruso y unas botas de alguien mucho más grande que yo. Salimos de Albacete hacia Madrid, no sé a cuánta gente maté allí; en las ferias siempre fui un buen tirador, me gustaba; ese momento en el que estás a punto de apretar el gatillo, en el que todo está en calma, en el que notas que tu pulso es estable, firme, seguro; nunca hacía trampas; no me apoyaba sobre el mostrador; al contrario, prefería separarme unos pasos; ganaba muñecas para mis novias y cigarrillos para mí; tenía buen pulso, buen ojo; me pusieron en una unidad de tiradores que iba siempre por delante, cazando las avanzadillas enemigas; mi misión era matar al oficial o

suboficial; buen pulso y buen ojo, ya digo, así que no era tan difícil; pero no es lo mismo tirar contra un hombre que a una diana; al principio, la mano sí me temblaba un poco; luego te acostumbras; cuando acertaba no me daban una muñeca, un cigarrillo sí. La unidad la mandaba ese de la chaqueta de cuero. Ese que nos hizo extraviarnos y acabar entre dos columnas enemigas. Y aquí estoy. Me han dicho que mañana me fusilan. ¿No es como para llorar? Ya nunca veré otro partido de fútbol, el Rangers peleará sin mí y nadie notará mi ausencia en las gradas, no podré alentar a los muchachos con mis gritos, ni levantarme del asiento entusiasmado cuando marquen un gol. Yo habría querido que me enterrasen en el estadio, bajo el césped que pisan las botas de los jugadores. Pero yo no sé si me van a enterrar o me dejarán tirado en cualquier sitio. Y ni siquiera puedo emborracharme. Es ahora cuando debería estar cantando, olvidándome del dolor y el aburrimiento y del miedo, con una borrachera brutal, de esas que no te permiten saber dónde estás ni adónde te diriges. Como la que me trajo aquí. ¿Dónde estoy? ¿Por qué me van a matar si yo sólo quería que venciera el Rangers? Ésa es mi única ideología, mi única bandera.

Se levantó de repente despertando a dos o tres al dejar caer la manta sobre sus cabezas.

–¡¡Reiiiiingers, Reiiiiingers!! –entonó con la mirada perdida a lo lejos y balanceando ligeramente el cuerpo de un lado a otro. Nadie se sumó a su cántico. Julia tenía lágrimas en los ojos. Apoyó la cabeza en el hombro de Benjamín secándose las mejillas con un pico de la manta. El escocés se sentó, más como si se le hubieran doblado las piernas que por voluntad propia.

–Es ahora cuando tendría yo que estar borracho. Ahora. Maldita sea. Las guerras deberían pelearse en un campo de fútbol. Once contra once y con un árbitro. En el futuro será así, os lo digo yo. Los de rojo contra los de blanco, o los de azul contra los de verde. Eso es la civilización. Pero para mí será demasiado tarde. Y yo lo que tendría es que estar borracho. Reiiiiingers, Reiiiiingers –cantó por lo bajo–. Y en este país ni siquiera hay whisky. Sólo vino y cerveza. Como mucho, anís. ¡Eh, carceleros! Tened piedad de mí. Es el último deseo de un condenado a muerte. ¡Por el amor de Dios, traedme un vaso de whisky, aunque sea irlandés!

© José Ovejero

HORACIO OLIVEIRA, UN HOMBRE EN ESTADO DE INTEMPERIE

por Patricia Nasello

«¿Qué se busca? ¿Qué se busca? Repetirlo quince mil veces, como martillazos en la pared. ¿Qué se busca? ¿Qué es esa conciliación sin la cual la vida no pasa de ser una oscura tomada de pelo?»

Horacio Oliveira, un hombre exiliado de sí, un hombre que roto y vuelto a romper se declara (se miente, se contradice) reiteradamente fiel a él mismo. Sólo cuenta con su apariencia y sólo aparece a través del verbo, bajo clave oral. Oliveira es sus comentarios. Apólogo del arte de una patria occidental que lo excluye, como así también de una lógica y una razón que denosta, habla para confundir al miedo. Cuando triunfa, la realidad, mansa, retrocede y se deja soñar. *«La vida, como un comentario de otra cosa que no alcanzamos y que está ahí al alcance del salto que no damos. ... La vida, fotografía del número, posesión de las tinieblas (¿mujer, monstruo?), la vida, proxeneta de la muerte, espléndida baraja, tarot de claves olvidadas que unas manos gotosas rebajan a un triste solitario.»*

Horacio Oliveira, un hombre triste, un solitario entre amigos (especialmente si está entre amigos) cuya tristeza es su imposibilidad de poseerse y ese andar condenado por los márgenes de su centro al que roza y casi tiene y vuelve a perder. Tristemente harto de verlo turbio, simula ordenarle al mundo que se limpie, cuando a él nunca le preocupó la limpieza y bien sabe (porque la sufre) que si sus ojos ven turbios los bares, las habitaciones y las plazas, es por causa de esa niebla que proyecta su mirada. Por él, quizá para rescatarlo, Julio Cortázar repite como un eco la voz del poeta Octavio Paz cuando dice: «Sólo es real la niebla». Oliveira espera que se levante la niebla, que se disipe la realidad, para que la luz del mundo soñado, por fin, corresponda al lenguaje, a la magia de nombrar. *«Le había dado esa mañana por pensar en frases egipcias, en Toth, significativamente autor de la magia e inventor del lenguaje. Discutieron un rato si no sería una falacia estar discutiendo un rato, dado que el lenguaje, por más lunfardo que lo hablaran, participaba quizá de una estructura mántica nada tranquilizadora.»*

Horacio Oliveira, un hombre que se espera y mientras se espera se impacienta. Su impaciencia es un río de aguas profundas que corren caudalosas en su mente, y un río de piedras para sus pies, que lo obliga, o él en su desazón siente que lo obliga, a realizar movimientos absurdos. En el cause de éstos, Oliveira se busca y al no encontrarse se increpa, se juzga, se halla culpable. Estos juicios en los que se atarea, procuran su gran meta imposible: no forzarse a llegar desde tan lejos, quebrar el exilio, centrarse. Cada paso realizado hacia la concreción de este fin aumenta su angustia, ya que cualquiera sea el lugar desde donde parta, siempre regresa a París, lo que equivale a decir, regresa a La Maga, a los parques, a los vagabundos y a los conciertos, vuelve por La Maga y a Pola, retorna a La Maga y a las reuniones del Club. La huella de su memoria conduce al Gran Desorientador del Amor Perdido, al Desvío del Niño Muerto, a la Calleja Nocturna del que está aparte, Mal Acompañado, con la Lluvia Cortándole al Piel. Quizá para guarecerlo, Julio Cortázar toma las palabras de Jean Tardeau y dice: «Todo es falso aquí. Cuando me hallan devuelto mi casa y mi vida, entonces encontraré mi verdadero rostro». Oliveira gotea, en dejarse gotear se le está yendo la vida. Y a pesar de que Morelli ha demostrado que todo el universo puede caber en la cabeza de un clavo viejo, no tiene proyectos. Excepto uno, enderezar clavos, pero los tapa la niebla; y otro: establecer un territorio, protegerse, sin embargo el resguardo no resulta suficiente.

La Maga no es un proyecto, La Maga sucede:

«-¿Por qué? -dijo La Maga.

»-¿Por qué qué?

»-¿Por qué?

»-Ah, vos querés decir por qué todo esto. Andá a saber, yo creo que ni vos ni yo tenemos demasiado la culpa. No somos adultos, Lucía. Es un mérito que se paga caro.

Horacio Oliveira, un hombre que sólo paga si es caro. Pagador lúcido que al no esperar retribución, ligeramente desdeñoso, finge que no está entregando nada y que ese es su modo de evitar hacerse cargo.

Horacio Oliveira es un fingidor que simula ser amigo del monstruo que, mientras lo empuja a pararse en el reverso del sentido común, lo devora. Monstruo al que no agiganta la locura ni la furia, sino la meditación paciente. Oliveira adhiere a la reflexión, pero descrece del raciocinio, afirma que no constituye una escalera útil a la hora de elevarse, puesto que el pensamiento ya ha sido aprehendido y cualquiera que así lo desee puede tomarlo, la racionalidad es una fuerza que pretende encerrarlo dentro de los usos, la elegancia y el buen tino y ante tal prepotencia él responde frotando el cepillo de dientes contra la boca que se refleja en el espejo. Mientras la pasta chorrea corazones sobre el cristal, se siente vivo, pero como no está hecho a la vitalidad, para convencerse, se habla, se dice vivo, monologa. Quizá para provocarlo, Julio Cortázar recuerda las palabras de Aulio Gelio «No teniendo la máscara que cubre por completo el rostro más que una abertura en el sitio de la boca, la voz, en vez de derramarse en todas direcciones, se estrecha para escapar por una salida...» Las bibliotecas, según permite suponer Oliveira, completas de máscaras y voces, están esperando ser escuchadas. Si desde el resquicio mínimo habla la voz de Morelli, él repite junto a Morelli que

los objetos no son inanimados,

la costumbre que lleva a simplificar lo observado puede ser peligrosa,

el segmento de realidad que no es dado vivir, por fragmentario, es ficticio.

Si la vida se manifiesta a través del cuerpo y el alma, es algo que Oliveira no puede asegurar. Sí está seguro de que los ojos de la Maga no ven su niebla, que ni el dolor por la muerte del hijo puede nublar sus costumbres de ave que no cosecha ni siega. Y por eso la ridiculiza, la menosprecia, la espía, la envidia, la ama, la admira. Por eso la estudia y se estudia, la busca, la espera. Sólo el Recuerdo de La Maga es Argentina, aún cuando en Argentina están Traveler y Talita. Por ellos son los proyectos, una compañera fiel, cierta ocupación que permite ser considerada trabajo. Manu y Talita, Oliveira y La Maga y el juego de identidades que alivia la angustia de la soledad. Aunque juntos sea el amor de los amigos, que no es un juego.

La Rayuela, igual que la maga, simplemente sucede. Oliveira no olvida, se trata de aquella vieja competencia infantil toda piedra en mano y buena puntería, esa antigua excusa para ver brillar a los más ágiles. ¿Y cómo hará él para vivir sabiendo que el cielo apenas se diferencia de la tierra por el nombre, cielo duro de tierra embaldosada? ¿O es que podría vivir de otra manera? «¿Y qué quiere decir vivir de otra manera? ¿Quizá vivir absurdamente para cavar con el absurdo, tirarse de sí mismo con una tal violencia que el salto acabara en los brazos de otro. Sí quizá el amor...».

© Patricia Nasello

<http://patricianasello547.blogspot.com>

UNO DE LOS NUESTROS

por José Luis Muñoz

El pasado 13 de febrero, dentro de la programación de BCNegra 2011, evento literario y cultural que gira en torno a la novela negra y tiene como epicentro Barcelona y como comisario al librero que más sabe del tema, Paco Camarasa, Andreu Martín recibió, en el hermoso salón gótico del *Consell de Cent* de la Ciudad Condal, el premio internacional Pepe Carvalho, y lo hizo arropado, entre otros, por muchos autores *negrocriminales* que le leemos y admiramos y quisimos compartir con él ese emotivo momento. En cierta medida nos sentimos todos premiados cuando el *conseller* de cultura del ayuntamiento de la ciudad le entregó el Pepe Carvalho (en realidad es un pesado *halcón maltés*, lo digo yo que lo he visto y sopesado): es la segunda vez que premian a uno de los nuestros después de que en la primera convocatoria fuera galardonado el entrañable Francisco González Ledesma.

El premio Pepe Carvalho, que homenajea al detective inmortal creado por Manolo Vázquez Montalbán, reconoce toda una vida dedicada a la novela negra y Andreu Martín, uno de los pioneros fundacionales del género en España, se merecía con creces esta distinción internacional que han recibido Henning Mankell, Michael Connolly, Ian Rankin y P.D. James.

El coinventor, junto a Jaume Ribera, del personaje juvenil Flannagan, un estajanovista de la literatura, pero también del cine, la televisión y el cómic, ha incursionado en otros géneros con fortuna como el infantil juvenil, por el que recibió el Premio Nacional, la novela histórica y hasta la erótica (con *Espera, ponte así*, título muy gráfico, obtuvo el Premio La Sonrisa Vertical)

No voy a hablar del personaje humano que es Andreu Martín, que es un tipo ocurrente, divertido, inteligente e hiperactivo, de un optimismo desbordante y de una generosidad sin límites (presentó en Barcelona mis dos primeras novelas y tuve el honor de escribir con él y diez autores más la novela colectiva *Negra y Criminal*, homenaje al librero comisario) sino del escritor.

Andreu Martín, junto a Vázquez Montalbán y Juan Madrid (curiosamente los tres tienen M en sus apellidos), dio el impulso definitivo al género negro en España en los albores de la transición sobre el cadáver reciente del dictador Franco. De este psicólogo, que aplica las enseñanzas recibidas para la confección de los psicópatas creíbles que pueblan sus novelas, han salido piezas maestras de la literatura negra como *Bellísimas personas*, *Corpus delicti*, *Hay amores que matan, ¿y qué?*, *A navajazos* o *Prótesis*, novelas criminales y urbanas que indagan sobre el comportamiento delictivo de las personas, las raíces del mal y ese lado oscuro que tenemos todos dentro.

El premio no le paraliza sino que le propulsa. Tiene cuerda para rato.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



DUBLINESCA, de Enrique Vila-Matas

Ediciones Seix Barral
Colección: Biblioteca Breve
Fecha de publicación: 2010
328 páginas
ISBN 978-84-322-1278-9

* * *

Todas las novelas de Vila-Matas están infestadas por la literatura, en todas hallamos referentes literarios explícitos que nos remiten a otras obras y a otros autores, pero quizá sea *Dublinesca* en donde eso es más explícito y descarado, porque la última novela del autor de *El mal de Montano*, con la que termina, precisamente, su relación con Anagrama y se pasa al sello Seix-Barral, es un funeral apocalíptico de la literatura, tal como la entendemos, tal como la entiende el propio autor.

Un funeral en Dublín, le dice y le subraya. Un funeral no sólo por el mundo derruido de la edición literaria, sino también por el mundo de los escritores verdaderos y los lectores con talento, por todo lo que se echa en falta hoy en día.

Samuel Riba, un editor literario que vive en una perpetua desazón desde que dejó su editorial, emprende un viaje a Dublín siguiendo el rastro de Joyce y su *Ulises* y lo hace rodeado de amigos y en el día del Bloomsday. En la capital de Irlanda, en sus pubs, paseos y encuentros, el editor pasa revista a sus fracasos, a su frustrado intento por descubrir a un autor genial al que salvar de toda la mediocridad que se vio obligado a publicar, y entona un *mea culpa* celebrando el funeral por la Galaxia Gutenberg, por el libro como objeto, ese que se toca a la vez que se lee, en aras de la digitalización ante la que autores y editores andan aterrados.

Le llega al alma *la desaparición de los autores literarios*. No deja siempre de conmoverle esa realidad que la Red anuncia para el futuro, cada día con más claridad. Pero veamos –dice el articulista–: si el previsto final del libro impreso ya provoca en el lector tradicional más que extrañeza, rechazo, ¿qué decir del escritor que ve en este vértigo una especie de atentado al objetivo y la naturaleza de su trabajo? Pero, al parecer, el rumbo está definido y la suerte de la tinta y el papel echada.

Destila la novela de Vila-Matas, escrita con su proverbial maestría, humor, como toda su obra anterior, pero también tristeza que se filtra entre tanta ironía. Riba, y no lo disimula el barcelonés en ningún instante, es un trasunto del propio Herralde, por lo que el libro que marca la ruptura literaria con su editorial durante tantos años se convierte en un homenaje al editor de raza que acaba de vender Anagrama a Feltrinelli, pero también tiene rasgos del propio autor.

Qué viejo se ve, qué viejo está desde que se retiró. Y qué aburrimiento no beber. El mundo, en sí mismo, es muchas veces tedioso y carece de verdadera emoción. Sin alcohol uno está perdido.

En esta novela fantasmal, sumida en la niebla, que habla de mundos perdidos y futuros inciertos, transitan, además de Joyce, al que Vila-Matas rinde homenaje ya desde su título además de citar y comentar algunos de los párrafos de su *Ulises*, Samuel Becket, Paul Auster, Martin Amis y otros autores a los que el autor barcelonés conoce bien. Pero no sólo hay metaliteratura en *Dublinesca*, porque el escritor barcelonés, desde que estuvo a punto de perder la vida, reflexiona también, y lo hace amargamente, sobre la existencia, su transcurso y su miseria final: la enfermedad y la muerte.

No hay que buscarles paliativos al drama de sus padres y al suyo propio, envejecer es un desastre. Lo lógico es que todos los que vieran declinar sus vidas gritaran de espanto, no se resignaran a un futuro de mandíbula colgando y babeo irremediable, y aún menos a ese brutal despedazamiento que es la muerte, porque morir es rasgarse en mil pedazos que empiezan a desperdigarse

vertiginosamente para siempre, sin testigos.

Encontramos en la novela sorprendentes y lúcidos preceptos, no por demoledores menos ciertos, que Vila-Matas va desgranando en esa travesía literaria y humana que es esta novela reflexiva y discursiva más próxima al ensayo que a la narrativa, desprovista de acción física pero no de acción intelectual y extraordinario interés.

Todo ser humano lleva dentro de sí una cierta cantidad de odio hacia sí mismo, y ese odio, ese no poder aguantarse a sí mismo, es algo que tiene que ser transferido a otra persona, y a quien puedes transferirlo mejor es a la persona que amas.

Dublinesca es un estupendo ensayo literario, una reflexión en voz alta sobre el hecho literario, vehiculado a través de una novela que se lee con pasión porque además de inteligente y endemoniadamente bien escrita es muy amena. Un libro que engancha por su carga intelectual como las novelas de Milan Kundera o Thomas Bernard.

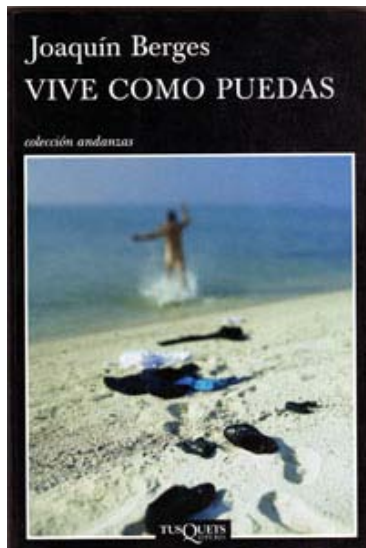
Samuel Riba, el editor errante sin editorial, es Herralde, es Vila-Matas, soy yo, somos nosotros, los nostálgicos de un mundo que desaparece y con el que nos vamos, los escépticos y aterrados por la llegada de otro extraño al que no sabemos si llegaremos a adaptarnos y si ni siquiera nos interesará hacerlo.

Imposible no volver a pensar que hay un tejido ajado que a veces permite a los vivos ver a los muertos y a los muertos ver a los vivos, a los supervivientes. Imposible también no ver a Riba ahora avanzar infestado de fantasmas, ahogado por su catálogo y cargado de señales del pasado.

Dublinesca es una obra literaria mayúscula del, seguramente, mejor escritor vivo que tenemos.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



VIVE COMO PUEDas, de Joaquín Berges

Tusquets Editores
Colección: Andanzas
Fecha de publicación: 2011
304 páginas
ISBN 978-84-8383-327-8

* * *

EQUILICUÁ

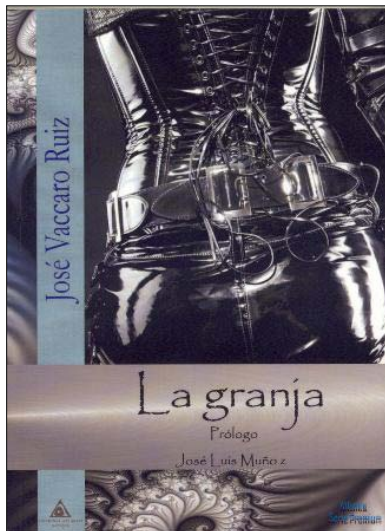
Muchos de nosotros podríamos llevar una doble vida. Parece muy difícil, pero no lo es. Bastaría con un cuaderno en blanco y escribir en él todo lo que no nos atrevemos a decir, lo que por prudencia callamos. Bastaría con escribir un diario diciendo la verdad. Porque de eso se trata. Los niños y los borrachos dicen la verdad. Desinhibidos o inocentes dicen lo que realmente piensan. Pero hace muchos años que dejamos de ser niños y empezamos a mentir y callar, a dejar de ser sinceros. Y creemos que somos adultos responsables que dirigimos, gobernamos nuestra vida; uno de tantos (uno más) que *vivimos como podemos* esta tragicomedia que es vivir sin ver que en realidad lo que hacemos es dejarnos llevar, dejarnos arrastrar por la corriente y las circunstancias. Que nos movemos empujados por la inercia de nuestros errores y frustraciones, superados por las obligaciones cotidianas; ocupados a jornada completa sin tiempo para pararnos a pensar en lo que nos falta y en nuestras contradicciones, atiborrándonos de analgésicos, mendigando el consejo sensato de un amigo, buscando el cuerpo de una mujer en otra y nuevas sensaciones como fe de vida, alguien que nos escuche y ría nuestros chistes, nos comprenda y compadezca, nos haga sentir vivos, nos redima de nuestro vacío repleto de costumbre. De vivir fabricando endorfinas y respuestas sin hacer preguntas. Y entonces algo sucede. Aparece una palabra que te hace despertar: *Equilicué*. Aparece la felicidad y su ausencia. Algo tan simple y que habías

olvidado. Y aparecen las preguntas ¿por qué?, y ¿para qué?, y surgen las desoladoras y certeras respuestas sobre qué es la vida. Qué necesitas, qué tienes y qué no tienes. De qué se trata esto de vivir. Y aparece la *marca de la casa*. La narrativa de Joaquín, su estilo, su capacidad para hacernos reír y llorar. El amor y la pérdida, el valor y la coherencia, la comedia y la emoción. Su fábula contemporánea en la que nos muestra la cruda realidad de nuestro desconcierto de hombre moderno, el pánico a nuestro reflejo y su artificio, el tiempo robado y malversado, nuestra desequilibrada existencia creada por nosotros mismos. Y aparece la muerte para golpearnos, abrirnos los ojos y hacernos recuperar la lucidez, la sensatez y la cordura. Porque es la muerte lo que le da sentido a la vida. Es eso. Es bien fácil. Vamos muy deprisa para llegar a ningún sitio. Corremos mucho para que no nos alcance. Nos creemos muy listos y somos realmente estúpidos.

Y aparece la verdad; la necesidad de la verdad: «Quien no se quiere a sí mismo es incapaz de amar a los demás. Y la prueba para saber si uno se quiere o no es mirarse al espejo sin avergonzarse de lo que ve, porque nuestro reflejo no es más que la imagen del amor propio». *Equilicuá*. Esa es la respuesta. Esa es nuestra única obligación. Ser sinceros con nosotros mismos. Mirarse en el espejo y decir la verdad de lo que vemos. Si eres tú o es otro que se hace pasar por ti. Si vives tu vida o vives la de otro. Mirarse en el espejo y ser capaces de aguantar nuestro reflejo sin romperlo en mil pedazos. Vernos y soportar la verdad.

© Luis Borrás

<http://aragonliterario.blogspot.com>



LA GRANJA, de José Vaccaro Ruiz

Ediciones Atlantis
Colección: Serie Premium
Fecha de publicación: 2011
290 páginas
ISBN 978-84-15228-15-8

* * *

Sorprendernos en el género negro es algo que sabe hacer muy bien José Vaccaro Ruiz. Ya lo había hecho con sus dos anteriores novelas, *Ángeles negros* y *La Vía Láctea*, editadas en Atlantis y Neverland, y lo hace con esta tercera novela, *La Granja*. Y de nuevo se encuentra el lector con ese personaje cínico, correoso, equidistante del Carvalho de Vázquez Montalbán y del Méndez de González Ledesma, que es Juan Jover, detective que viene de la

antigua y franquista BIPS y no se arrepiente de ello.

Si *Ángeles negros* giraba en torno a la pederastia, y *La Vía Láctea* lo hacía en torno al canibalismo, *La Granja*, para no quedarse atrás, se centra en otro argumento horrendo, el cine *snuff*, esa perversión pavorosa que filma torturas y muertes en directo y tiene retorcidos aficionados en un mundo ávido de emociones fuertes.

Un asesinato, por error, y una red de traficantes de cintas *snuffs* están en el núcleo de la última incursión literaria de Vaccaro Ruíz. Como en anteriores novelas, el autor catalán se mueve en los terrenos movedizos de lo políticamente correcto, asomándose hasta el borde del abismo, y explora el lado más oscuro del género humano, aquí a través de una red de individuos sin escrúpulos que utilizan a un individuo malsano y deforme, de nombre Satán, que martiriza a sus cobayas humanos como carnaza para prácticas aberrantes que se gravan en video y otros seres tan desaprensivos y retorcidos como los torturadores se descargan por internet en sus ordenadores.

Huyendo de maniqueísmos, la fábula de Vaccaro Ruiz ataca al capitalismo más salvaje, a su lado más espeluznante, ese que es capaz de secuestrar o engañar a jóvenes anónimas de países del este y llevarlas a nuestros prostíbulos como carne de consumo, y de ellos a lugares aún peores, como esa Granja que es ficción, sí, pero puede ser real, estar existiendo perfectamente, y en donde los cobayas humanos sufren tortura para que unos cuantos desaprensivos disfruten con ello y otros

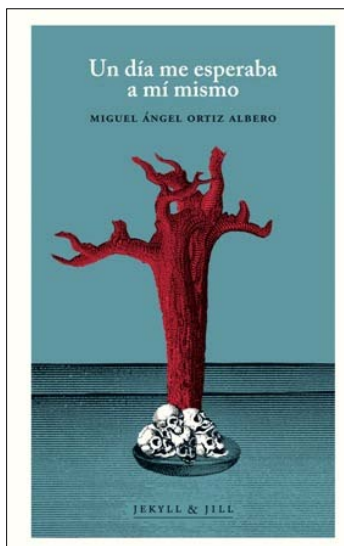
tantos se lucren. La explotación del hombre por el hombre llega, en la novela de este autor tan poco convencional, a su límite más extremo.

Además de Jover, su desencantado protagonista, Vaccaro Ruiz crea un buen número de secundarios perfectamente dibujados como Manuel Saavedra, alias *El carpetas*, un policía en activo; el *killer* venezolano cuya profesionalidad se pone en duda; Puri, la secretaria maciza del protagonista; Grogúes, el informático con mala estrella; Cerón, otro poli..., definidos todos ellos por su forma de hablar, de actuar, más que por unos rasgos físicos, lo que confirma la habilidad que tiene el escritor barcelonés para crear personajes, algo fundamental para que una novela funcione, y su buen oído para esos diálogos que tanto ayudan a definirlos.

La Granja no es una novela apta para todos los públicos, porque incomoda y es desasosegante, pero reúne todas las virtudes que hacen de ella una buena novela negra: una trama bien resuelta; una investigación que va descubriendo, en cada uno de sus tramos, realidades más sombrías; buenas dosis de horror, que ya es marca del autor; unos personajes con vida propia y una crítica feroz de nuestro mercantilista mundo en el que todo es espectáculo y está a la venta.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



UN DÍA ME ESPERABA A MÍ MISMO, de Miguel Ángel Ortiz Albero

Ediciones Jekyll & Jill
Fecha de publicación: 2011
126 páginas
ISBN 978-84-938950-0-6

* * *

UNA LLAMA INVERTIDA

Descubrir que las cartas y poemas que Guillaume Apollinaire le escribió a Madeleine Pagès existieron en verdad y que además fueron publicados íntegramente en Francia hace unos pocos años no cambió nada. No es eso lo que importa.

Descubrir que esas cartas, esos *poemas de amor y guerra tan hermosos como la memoria* están incorporados entre las palabras del texto no me hizo cambiar de opinión. No descompuso mi emoción ni mi asombrada y exaltada admiración por esta inclasificable maravilla escrita por Miguel Ángel Ortiz Albero, porque *Un día me esperaba a mí mismo* no se parece a nada ni a nadie que yo haya leído antes.

Parecerá una metáfora estúpida, pero ahora que me he pasado al tabaco de liar he podido comprenderlo mejor. Porque parece lo mismo, pero no lo es. Porque es lo mismo, pero de otra manera. Descompondremos su unidad tal y como la conocemos, tal y como nos viene impuesta, y, cogiendo sus elementos por separado: tabaco, filtro y papel, crearemos una nueva. Los ordenaremos y uniremos en una pequeña máquina que al cerrar la tapa nos dará un producto terminado semejante al otro, pero distinto. Tal vez mejor, según el gusto de cada uno, tal vez más simbólico, más aromático, más puro. Más personal en todo caso.

Supongo que esta novela parte de una admiración previa. La admiración de Miguel Ángel por Apollinaire. Personaje. Poeta y escritor. La misma de la que partió Miguel Sánchez-Ostiz para escribir *La nave de Baco*, su particular búsqueda, reconstrucción, descubrimiento, reivindicación y homenaje a Gustavo de Maeztu. Personaje. Pintor y escritor. Lo mismo que ha hecho Miguel Ángel con Apollinaire y Madeleine. Novelar. Reordenar. Revivir. Interpretar: Concebir, ordenar o expresar de un modo personal la realidad. Traducir. Ejecutar una pieza musical. Poner palabras propias en boca de otro. Hacerle hablar. Porque, como dijo Sánchez-Ostiz, *escribir es arte de ventriloquia*.

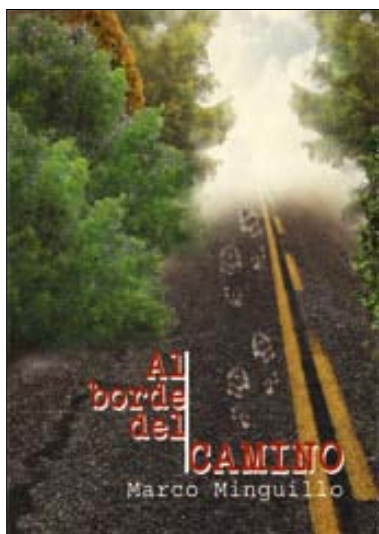
Y me acordé también de cuando aparecieron, ocultos en una maleta, los *Cuadernos de París* de José Gutiérrez Solana y su posterior publicación en edición facsímil de tirada limitada. Y recuerdo que al verlos sentí una extraña emoción. La conciencia de tener ante mí la reproducción exacta y fidedigna de un documento de excepcional valor: los cuadernos de viaje repletos de dibujos y textos de un artista excepcional. Pintor y escritor. Pero también recuerdo que me quedó el vacío de no estar contemplando otra cosa que una fotocopia en color de la realidad. Que la verdadera emoción no estaba en disfrutar su reproducción sino en imaginar los originales en blanco, en imaginar París, en acompañar a Solana en su deambular por la ciudad, en verle escribir y dibujar, en tener la oportunidad de acompañarle, ser testigo de aquel tiempo.

Y ahora, después de este *Un día me esperaba a mi mismo*, entiendo mejor aquella extraña emoción y aquel triste vacío. Entiendo que esta novela es una relectura, es reescribir una historia, poseerla, contarla con voz propia, hacer aquel deseo realidad. Porque revivir aquel tiempo, formar parte de él, sólo es posible a través de la literatura. Novelar la historia real, inventar al hombre que hubiéramos querido ser, convertirse en testigo presencial, compañero, confidente de trinchera y refugio. Reescribir la verdad con un espíritu nuevo. Recuperar la vida, las palabras y el silencio. Ser otro, poeta que acompaña al poeta. Inventor, creador. No pretender ser nada que impida soñar.

Supongo que la intención de Miguel Ángel al escribir este *álbum* haya sido acercarme a Apollinaire, *poeta cansado del mundo antiguo*; reivindicarle, reconstruirle en parte. Pero, desde ahora, para mí, Apollinaire, ya no será sólo él. Será su recuerdo, la estrella de su sangre; luciérnaga de silencio y amor perdido, robado por una esquirla en aquel tiempo de azul horizonte. Desde ahora, para mí, será la victoria de un tiempo nuevo; será la seducción por las palabras de Miguel Ángel. Poeta que sigue enfrentándose al mundo, solo entre el gentío, herida que es el comienzo, deseo de perderme para siempre en su universo.

© Luis Borrás

<http://aragonliterario.blogspot.com>



AL BORDE DEL CAMINO, de Marco Minguillo

Otra Dimensión Editores
Fecha de publicación: 2011
88 páginas
ISBN 978-84-937241-9-1

* * *

EL REALISMO SOCIAL EN LA PROSA DE MARCO MINGUILLO

Los relatos de este libro, de prosa pulcra y amena, son la expresión de un espíritu inquieto por los temas humanos, cuyos conflictos encuentran su mejor asidero en una propuesta que desafía la frivolidad y deja constancia de que la ficción tiene también su punto de partida en una realidad compleja y contradictoria, que no deja indiferente a ningún lector acostumbrado ya al discurso

poético y narrativo de este autor peruano, quien conoce el drama que azota a los desposeídos de su tierra natal y los avatares del inmigrante en Suecia, donde escribió la totalidad de su breve pero intensa obra literaria.

A medida que nos adentramos en las páginas del libro, se advierte que Marco Minguillo puso especial énfasis en las descripciones de los paisajes, las situaciones y los personajes, con el desparpajo de quien está consciente de que un libro debe ser transparente como la radiografía del alma, sin que por ello los pensamientos dejen de ser embellecidos por la imaginación y enardecidos por la experiencia.

Si «Al borde del camino» es un buen ejemplo de la literatura de compromiso social y realismo concreto, «Madriguera de topos», trazada con pinceladas autobiográficas, tiene la fuerza de ubi-

caros en los años de la represión política y la vida clandestina de los jóvenes militantes de izquierda en un Perú que durante decenios se desangró bajo gobiernos civiles y militares.

Por el otro, sin descuidar el sentido del humor que, a pesar de la ironía y el contrasentido, es un buen recurso en materia literaria, el autor nos narra las experiencias de algunos inmigrantes ilegales enfrentados a la distorsión de una nueva realidad, donde todo se torna en dificultad, incluso el vehículo de comunicación que constituye el idioma, como ocurre en «Sueños, pesadillas y escondidas»; un relato que se convierte en un regio alegato de las aspiraciones y esperanzas de los inmigrantes anónimos, como la de ese personaje que, al mismo tiempo que disfruta de sus «Vacaciones de verano» en el Mediterráneo, vive añorando a su país, puesto que en cada lugar y espacio, incluidas las situaciones de vida o muerte, encuentra similitudes con la tierra que lo vio nacer.

El relato «Para arriba y para abajo», hecho de necesidades y penurias, nos enfrenta a la cruda realidad de que los humanos y su entorno inmediato forman parte de una sociedad que desprecia a los excluidos, quienes, por mucho que se esfuerzan por superar su situación existencial, no lo consiguen en un mundo cada vez más hostil y competitivo. La ciudad de Lima es sólo un ejemplo para darnos cuenta de que en las zonas suburbanas sobreviven las prostitutas, los pandilleros carteristas y los mendigos andariegos al amparo de la luna, mientras en las casuchas de lata y cartón se violan los derechos más elementales de los menores de edad, convencidos de que al día siguiente todo seguirá igual. Marco Minguillo, acaso sin proponérselo, nos recuerda que la pobreza multiplica la pobreza y la podredumbre humana, lejos de las zonas residenciales y el despacho de las autoridades gubernamentales, se expande por los barriales como sargazos en el mar.

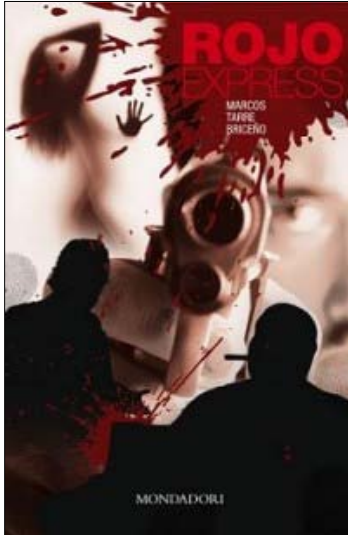
Con todo, y a pesar de los pesares, hay algunos que no pierden la ilusión de salvarse algún día de la miseria, ya sea por un golpe de fortuna o gracias a la mano extendida de alguna alma piadosa. Esto es lo que se refleja en «Para arriba y para abajo», donde se retrata la conmovedora historia de una niña, que un día tiene un desenlace relativamente feliz, al menos para el consuelo de los lectores ávidos de historias clásicas en el mejor sentido de la palabra.

En este libro, compuesto por ocho títulos de extensión variada, no podían faltar los relatos escritos con sorprendente hedonismo, como «José y Manuel», «Planes de primavera» y «Puerto de tránsito», en los cuales resalta una prosa poética, dejando que el lector se deleite más con el juego de palabras, los vestigios de la memoria y las pasiones encendidas. Queda claro que el hilo argumental de estos relatos, a diferencia de los tópicos que caracterizan a este género literario, da paso a una fuerte dosis de ludismo creativo y transgresión narrativa. Las palabras, en estos casos, son los signos de las ideas, pero no siempre las palabras tienen por fin la expresión simple de los pensamientos. Cuando se habla o escribe bajo la impresión de la emoción estética, sucede, y a veces es indispensable, que el artista literario se aparte de la fría, esquemática forma simplemente gramatical, sintáctica o semántica, para dar a los pensamientos formas más ágiles, armoniosas y poéticas.

El penúltimo relato, titulado «El centrodelantero», que bien podía haber sido la llave para cerrar el libro tras de una apasionante lectura, lo revela como a un escritor fanático del fútbol. No es para menos, cuando se piensa que este deporte, que hace mucho dejó de ser un puro juego para trocarse en un negocio rentable, ocupa la mente y el tiempo de millones de seres cuyas vidas giran en torno al balón, que se parece a una bola mágica donde confluyen los sueños de quienes la practican de manera activa y de quienes la contemplan de manera pasiva. Ojalá el fútbol, como sucede en el relato, volviera a ser el deporte de todos, de los aficionados que juegan en los barrios y en las canchas pedregosas, sin importarles la fama ni el dinero, aunque todos, consciente o inconscientemente, escondan en lo más profundo de su corazón las ansias de conocer alguna vez el triunfo y la gloria.

Con este relato, estructurado sobre la base de un anhelo universal, Marco Minguillo consigue pegar un fuerte puntapié contra el balón literario, con la esperanza de marcar el gol deseado en medio de una tribuna de lectores que esperan lo mejor de su artifice de relatos reales y rotundos. Por mi parte, sólo me queda augurarle un venturoso viaje de la mano de su nueva criatura del alma.

© Víctor Montoya



ROJO EXPRESS, de Marcos Tarre Briceño

Editorial Mondadori
Fecha de publicación: 2010
370 páginas
ISBN 978-980-293-651-9

* * *

Por desgracia para los que la padecen, la violencia en Venezuela forma parte de la vida cotidiana y ello, en buena parte, por culpa de unas autoridades incompetentes, que no saben o no quieren atajar un problema enquistado, y de unas fuerzas policiales corruptas, lugar común en buena parte de esa Latinoamérica fustigada por toda clase de malandros impunes. Y nada como la novela negra para narrar esa realidad social que sacude el continente.

De entre los muchos delitos que se producen en la convulsa Caracas, una de las ciudades más violentas del planeta, quizá la más, es el secuestro uno de los más rentables para los delincuentes y de los más comunes, y de eso va la última novela del venezolano Marcos Tarre Briceño *Rojo Express*, un thriller impactante que deja sin resuello al lector y lo conduce a través de una trama, tan ingeniosa como bien llevada, a múltiples escenarios, porque se trata de una novela poliédrica que ensambla todas sus piezas para que el lector tenga una visión panorámica de lo que sucede cuando se produce un secuestro. Y así acompañamos al ex policía Gumersindo Pérez en su investigación de los hechos y en sus intentos negociadores; admiramos la firmeza con que el empresario Melean reacciona ante el secuestro de su hija Tereya, manteniendo la cabeza fría ante tanto tormento; nos horrorizamos con el cautiverio de la secuestrada a la que le amputan un dedo y amenazan con trocearla; y despreciamos a los secuestradores que se esconden bajo las siglas de un grupo ultraizquierdista que nace al socaire del bolivariano Hugo Chávez, personaje en la sombra de todo lo que sucede en Venezuela y la polariza como nadie.

Tiene el autor de *Operativo Victoria*, novela que fue finalista del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, un especial don para crear personajes, y los que llenan las páginas de su *Rojo Express* están perfectamente caracterizados gracias a trabajados diálogos que hacen progresar la novela. Domina el venezolano el habla del hampa de su país y ello redundante en lograr un mayor realismo en el texto, porque la novela es pura realidad documental de lo que sucede a pie de calle en Caracas.

–Mano, Caramelo, le diste entre los dos ojos, oye... Casi en el medio. Lástima que fue con un 38, con la nueve le vuelas los sesos... Parece que ni siquiera tiene orificio de salida.

–¿Viste la cara de culillo que puso cuando lo tiré?

–Sí, la misma cara de susto que puso el culebra de El Tuerto cuando lo quebramos. Estaba muerto y no se lo creía.

Reúne *Rojo Express* todo los ingredientes que pueden enganchar a los amantes del género: trama bien urdida, dosis de acción y violencia, erotismo indisoluble con la idiosincrasia caribeña y sentido del humor, aunque muy negro. No se corta Tarre Briceño a la hora de narrar los momentos más brutales, hurgando en lo terriblemente físico que tiene la violencia.

El vómito subió a la boca, se le soltaron los esfínteres, creyó haber levantado los ojos hacia el sol por la luz cegadora que entró de golpe en su cabeza, se dijo que debía caer y cayó hacia atrás, el estampido del disparo saltó en sus oídos, por encima del ruido del motor, su cabeza estaba en el fondo del peñero.

Y tiene la novela destellos literarios de pura antología, de brillo narrativo sesgado con humor, como la descripción del aparatoso atropello de una vaca, puro cine, que, sin lugar a dudas, hará sonreír al lector.

En su canal, la vaca del coño. Sabía que el choque con el animal sería horrible, con vísceras y cartílagos volando por los aires, además su infancia campesina obró a favor del puto animal. Quedaba un mínimo espacio para pasar entre el trasero de la vaca y el gran talud de tierra rojiza. Los frenos chirriaban, la gandola Mack, quizás para prevenir el peligro hizo sonar su potente bocina. Asustada, la vaca retrocedió dos pasos, justo cuando el Peugeot llegaba. El guardafango delantero izquierdo golpeó los cuartos posteriores del bovino, el golpe lanzó al auto a escalar el talud, puta madre, levantando una polvareda y volteando.

Es, sin duda, Marcos Tarre Briceño uno de los más vigorosos autores de novela negra latinoamericana, una geografía que se lleva muy bien con el género, y cuenta con la ventaja añadida de ser un experto conocedor de sistemas de seguridad, lo que redundará en el realismo de la narración y en el detalle de las armas que utilizan los que están en orillas enfrentadas de la legalidad. Ya nos había impactado el escritor venezolano con esa obra maestra titulada *Bala morena*, inmersión en el mundo de la narcoguerrilla colombiana, y vuelve a demostrar su oficio, fuerza narrativa, sentido del ritmo y su conocimiento de todos los procedimientos policiales en *Rojo Express*, una nueva aventura del ex sub inspector Gumersindo Peña, un investigador astuto que no da un solo paso en falso y se guía por su instinto de viejo zorro.

Rojo Express es la Venezuela de hoy narrada por un lúcido y avezado cronista de su tiempo.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>



FEMINISMO EN EL MUNDO GLOBAL, de Amelia Valcárcel

Ediciones Cátedra
Colección: Feminismos
Fecha de publicación: 2008
340 páginas
ISBN 978-84-376-2518-8

* * *

Para que quede claro: «El feminismo no es lo contrario del machismo, pero es absolutamente contrario al machismo». Amelia Valcárcel es doctora en Filosofía y autora de varias obras dedicadas a analizar la situación de la mujer en diferentes ámbitos: política, pensamiento, historia... Ahora acaba de reeditarse su ensayo «Feminismo en el mundo global», un análisis apasionante, equilibrado y riguroso sobre el feminismo y su evolución a través del tiempo. Abarca las tres grandes etapas del feminismo: feminismo ilustrado, feminismo liberal-sufrajista y feminismo contemporáneo.

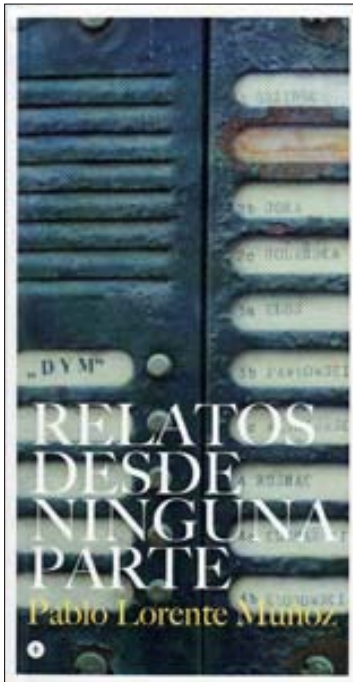
Con la Ilustración aparecieron los primeros brotes de rebeldía de la mujer. Se habían reconocido los Derechos del Hombre y del Ciudadano y resultaba demasiado obvia la privación de bienes y derechos de las mujeres. Se pidió entonces instrucción, derecho de voto, reforma de la familia, pero éstas y otras quejas se desatendieron.

La sociedad industrial trajo el manifiesto comunista, también otro al que se ha prestado menos atención: la declaración de *Seneca Falls* (1848), que exigía la ciudadanía civil para las mujeres y la modificación de las costumbres y la moral, así como la abolición de cualquier ley que impidiera la igualdad, la libertad y la persecución de la propia felicidad por parte de la mujer. Ochenta años de lucha costó alcanzar los derechos al voto y a la educación, un paso gigantesco en el camino hacia la ansiada igualdad, porque sin instrucción no hay avance. Autorizada a saber, la mujer entró en la escuela, en la universidad, para seguir avanzando en el mundo laboral, en la política,

en el arte, en la ciencia y en todos los territorios que le habían sido vetados por el mero hecho de pertenecer al sexo considerado débil.

La tercera ola de feminismo está en marcha. La lucha continúa, queda mucho por hacer pues todavía no se ha logrado el objetivo deseado: la igualdad total entre hombres y mujeres.

© María Dubón
<http://dubones.blogspot.com>



RELATOS DESDE NINGUNA PARTE, de Pablo Lorente Muñoz

Editorial Eclipsados
Colección: Prosas
Fecha de publicación: 2010
236 páginas
ISBN 978-84-15077-06-0

* * *

EN UN LEJANO PAÍS

Creo –y esto es sólo una suposición– que un libro de relatos debe dejarte con ganas de más. Debe dejarte con hambre y no con una sensación de empacho; de digestión pesada, agotador banquete. Supongo –y esto es otra intuición– que Pablo Lorente ha querido reunir en un solo libro todos los relatos que ha escrito desde el año 2004. Y seis años dan para mudar varias veces de piel. Creo –y de eso estoy seguro– que no es labor del lector trillar, espedregar un libro. Y que es injusto pedirle al escritor que realice esa dolorosa tarea de auto-amputación; dividir a sus hijos en guapos y feos. Que debe ser el editor el que coja la tijera y pode, corte las ramas y le de el tamaño y la forma exacta. Y creo –con timidez– que este libro hubiera resultado perfecto seleccionando los relatos. Porque sus doscientas treinta páginas dan para dos libros. Uno redondo, pleno; y otro de cara B.

Porque hay en esta compilación de largo recorrido una serie de relatos unidos por la coherencia temática y la intensidad. Y el primer pleno en el centro de la diana se presenta en «Alamín», relato que nos enseña el germen de la literatura cruzada de Pablo. Su acierto que se repetirá más tarde y muchas más veces. La de personajes y paisajes, la de escenario y narración; la conjunción entre decorado, acción, tramoya y sentimientos. *Espejo que, de forma mágica, no esconde las arrugas ni las canas*. Reflejo de esa tierra de nadie y de los seres humanos que la habitan, lugares de paso y nacionalidad; vida y huellas, huida, muerte, recuerdos, verdades y mentiras. Lugares en los mapas que no conocemos y que sin embargo existen y están habitados. Que forman parte, aunque no lo creamos, de nuestra *civilización de felicidad*.

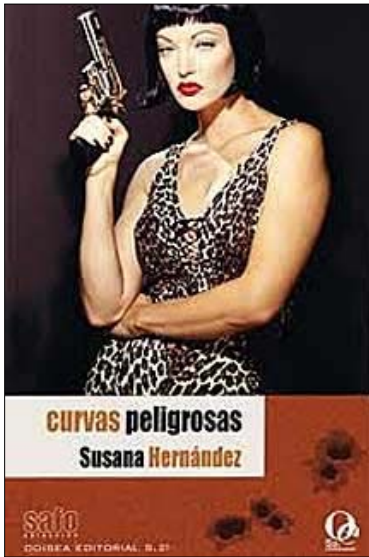
La narrativa de Pablo, la más acertada y admirable, la que gana cuando nos hiere, está en esos *Relatos desde ninguna parte* basados en hechos reales que se nutren de la historia moderna y de sus actores protagonistas, sus extras anónimos, vivos y reales. Documental, remake literario que transcribe la vergüenza colectiva reciente, las heridas sin cerrar y las nuevas que se abren cada día bajo este *cielo que ya no se quema, sólo se apaga*.

Esos relatos son un mapamundi intuido desde las páginas de un periódico o la pantalla de la televisión. La mayoría pasamos la página y cambiamos de canal; Pablo, sin embargo, nos obliga a mirar. Hay algo de ensayo, de testimonio, de crítica a esta sociedad, a este mundo global y enfermo. Hay mucho de periodismo literario, de narración desnuda y sin artificios, de observación.

Pablo nos recuerda que el mundo gira y nos enseña sus pústulas. Pablo pide la palabra desde su indignación y denuncia nuestro rápido olvido, nuestra indolente comodidad, nuestra avariciosa frivolidad. Pablo detiene los relojes; escribe con rabia, ironía, realismo y piedad. Escribe los cuentos de «Érase una vez en un lejano país» que resulta ser el nuestro. Esta corteza terrestre en la que nos movemos sin aflicción; un lugar cruel y plastificado en el que nos olvidamos de las personas, de su dolor y soledad latiendo a unos pasos de nuestra casa, a unos kilómetros en coche, a unas horas de avión.

© Luis Borrás

<http://aragonliterario.blogspot.com>



CURVAS PELIGROSAS, de Susana Hernández

Odisea Editorial
Colección Safo
Fecha de publicación: 2010
231 páginas
ISBN 9788492609505

* * *

Publicar en una colección llamada Safo y en Odisea Editorial, especializada en literatura gay y lésbica, puede llevar a engaño a los lectores que se acerquen a esta recomendable novela de Susana Hernández (Barcelona, 1969), la tercera tras *La casa roja* y *La puta que leía a Jack Kerouac*, porque *Curvas peligrosas* es una novela negra con todas las de la ley, con una trama criminal bien trazada, personajes de carne y hueso y alguna que otra sorpresa en su tramo final como marcan los cánones del género.

Miriam Vázquez, una inspectora de policía que arrastra un trauma violento en su infancia, y Rebeca Santana, una subinspectora que se enfrenta a su primer caso (la aparición del cadáver de una disminuida psíquica en un contenedor próximo al parque del Tibidabo) deben trabajar juntas en desentrañar este asesinato, que es el primero de una serie de crímenes misteriosos, y sortear todas las suspicacias que despiertan entre sus compañeros de cuerpo por su condición de lesbianas.

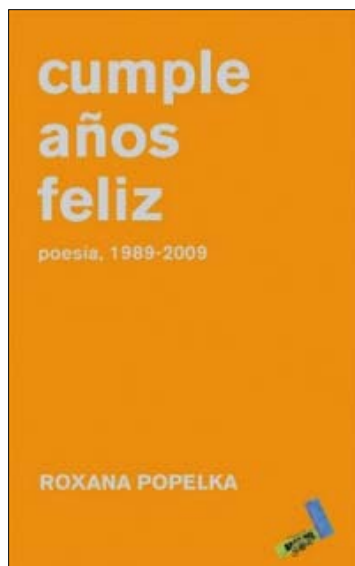
Susana Hernández no se limita a desarrollar con buen pulso la intriga de su novela sino que la sitúa en un escenario realista y creíble, describiéndolo con pinceladas precisas.

En las cuevas imposibles del Carmel, Santana recuperaba la sensación de hogar, de calles familiares, tiendas de barrio cuyos propietarios conocían a los clientes por sus nombres, bares con olor a carajillo y el repiqueteo de las fichas de dominó.

Acción, personajes bien armados, misterio, algunas pinceladas de erotismo sáfico (*Santana no quería pensar en nada. El propósito era vaciar la mente y drenar el cuerpo a base de sudores y fluidos compartidos, de la saliva incandescente de Malena, de sensaciones acuosas; zambullirse sin miedo en el oleaje de placeres, derrapar en sus curvas vertiginosas, hacer noche en el monte de Venus, y viajar, entre sus brazos, a la periferia de Marte*) y un cierto costumbrismo en la descripción de la cotidianidad de las dos policías protagonistas de la historia, conforman los mimbres de esta estimable historia policial escrita con un lenguaje preciso por Susana Hernández.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledadadelcorredordefondo.blogspot.com>



CUMPLE AÑOS FELIZ, de Roxana Popelka

Baile del Sol
Fecha de publicación: 2010
152 páginas
ISBN 978-84-15019-09-1

* * *

Aunque veinte años no sean nada, uno debe congratularse de que una poeta como Roxana Popelka haya sido capaz de concentrar en un solo libro una muestra de toda la poesía que ha ido publicando durante dos décadas: *Cumple años feliz* (poesía, 1989-2009). Pese a los múltiples registros que han caracterizado su escritura resulta llamativo un común denominador que al tiempo que va desvelando un progreso creativo también una fidelidad, consciente o inconsciente, a sus intereses temáticos y estéticos. Para los más inocentes he de advertir que, pese al título, hay poco de tarta con arándanos en las páginas de este libro. La poesía de Popelka no es para golosos. Su mirada cruda, áspera y corrosiva prescinde de barroquismos para señalar los vacíos del presente cuando rememora el pasado o pronostica el futuro: «Todo lo que sé / lo aprendí de / Jim Morrison, / de quién si no».

Curiosamente no es la suya una escritura apegada a la realidad, sino dimanada de ella, del esperpento en que se ha convertido lo real. No es mujer de nanas ni de cebollas sino de tambores de guerra. Pone en pie al más adormecido dándole cachetadas hasta hacerle abrir los ojos. La calle no es lugar para paseos, más bien la salida de emergencia en caso de incendio. Son las afueras los centros neurálgicos de su poesía, una escritura que introduce en sus líneas el desencanto. Lo común es lo particular y las pesadillas el fruto más deslumbrante de los sueños. Casi siempre al fondo hay una mujer con un revólver dispuesta a disparar en cualquier momento contra todo lo que no se mueva. Hay venganza donde impera la mansedumbre, como huérfanos en los parques infantiles mientras los papás vigilan a sus vástagos. Hay carencia de evidencias, en cualquier instante puede ocurrir lo más imprevisto. Hay gente que necesita comunicarse urgentemente con alguien al otro lado del teléfono, pero no se sabe bien por qué es la primera en interrumpir la llamada. La regla llega por primera vez el día menos esperado, cuando hace sol y todo luce radiantemente blanco. No hay viviendas para todos. La gente sabia se refugia en sus tumbas. Las huelgas son interminables, los derechos humanos inaccesibles. Siempre hay alguien que grita en alguna parte del libro, otros sin embargo se conforman con tararear sus disgustos en baja voz. Las convenciones poéticas no son más que viandas en adobo. Los vecinos se cuelan en tu habitación empeñados en saber que andas tramando. La televisión es un trasto inservible y la mayoría de hombres no merecen amor. Deambulan mujeres de todo tipo por las cañerías de los edificios. Con un portazo se dice adiós. Las moscas se han apoderado del mundo como de un cadáver. Las decisiones políticas deben ser retransmitidas en directo mientras los fantasmas atraviesan las paredes... Hay, en definitiva, una mujer que le gusta lo que le gusta y le disgusta lo que no le gusta, que si tiene que decir algo y le llega a la boca lo dice y ya está. Por sus versos se le puede reconocer: «Yo soy / mi propia secretaria / mi propia / cocinera / mi propia modista».

Cumple años feliz no es más que un libro que empezó escribiéndose con letras y acabó escribiéndose con imágenes, pero que ya Roxana Popelka sospechaba desde su primera noche que el mundo así empieza y acaba: «cuando yo era otra cosa diferente a la que soy / jugaba con mi hermana invisible a soñar / algo quimérico. Teníamos pesadillas incoloras en la / cama de / un hotel». A partir de ahí, entrelazadas, mil palabras con mil imágenes, un desafío color naranja contra el mundo.

© Antonio Jiménez Paz



LA MIRADA DEL OBSERVADOR, de Marc Behm

RBA Libros
Colección: Novela negra
Fecha de publicación: 2011
240 páginas
ISBN 978-84-9867-923-6
Traducción: **Beatriz Pottecher**

* * *

Probablemente sea Marc Behm uno de los mejores escritores de novela negra de todos los tiempos, y su nombre, al contrario de Dashiell Hammet, James Cain o Patricia Highsmith, por citar a algunos de los grandes, no sea muy conocido excepto para los especialistas en el género. Tampoco fue muy prolífico: dejó unas pocas novelas a su paso, algún guión cinematográfico extraño (el de *Charada* de Stanley Donnen y *Help* de Richard Lester, por ejemplo) y se exilió a Francia desde su Trenton natal, y allí murió, en 2007, en Fort-Mahon-Plage, casado con una francesa, no muy lejos de dónde había desembarcado durante la Segunda Guerra Mundial como infante de marina.

Como escritor fue tardío. Empezó a publicar a los cincuenta y dos años novelas poco convencionales como *La reina de la noche* o *La doncella de hielo*, pero sin duda es *La mirada del observador*, recuperada por la magnífica colección RBA Serie Negra dirigida con buen criterio por la canadiense Anik La Pointe, su indiscutible obra maestra. Porque pocas novelas de género negro tienen una capacidad de perturbar como ésta, de llevar al lector por un tortuoso itinerario trufado de crímenes y que éste establezca la misma complicidad con la sangrienta mantis religiosa que la del protagonista, el misterioso el Ojo, que la sigue a todas partes y la protege cuando es menester.

El Ojo, un detective en horas bajas, que vierte muy poca información sobre sí mismo salvo su afición por los crucigramas y relaciones sentimentales fracasadas, recibe el encargo de unos padres para que investigue a la novia de su hijo. Lo que descubre acerca de la personalidad de esa atractiva muchacha, que le recuerda a una hija a la que no ha vuelto a ver, le sorprende. La mujer es una asesina en serie implacable que adopta un sinfín de personalidades y va cambiando caprichosamente su nombre al mismo ritmo que el color de su peluca. Pronto el Ojo se olvida de su encargo para seguir las andanzas de esa peligrosa mujer y recorre con ella, durante diez años, Estados Unidos, de costa a costa (*Una tarde se encontró en la playa de Halfmoon y no tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí; otra noche se quedó dormido en su coche en un aparcamiento de San Lorenzo y despertó cinco horas más tarde al otro lado de la bahía, en la sala de espera de una terminal de autobuses en Belmont. Una mañana se miró al espejo y se quedó asombrado de tener bigote*) y de cadáver en cadáver, protegiéndola cuando su vida peligra o cuando está a punto de ser apresada por la policía que le sigue la pista.

Se levantaron y fueron a la pista de baile. El Ojo se reclinó en la silla, cruzó los brazos y los miró. Pasaron bailando junto a su mesa. Permaneció meciéndose justo enfrente de él, con los ojos cerrados. Nunca había estado tan cerca de ella. Su mano izquierda, sobre el hombro de Brice, señalaba en su dirección. El dedo índice estaba deformado, doblado como una hoz. El maquillaje de los ojos a media luz daba a su rostro la misteriosa extrañeza de una máscara. Perlas diminutas colgaban de los lóbulos de sus orejas. Su carne repelía la oscuridad, iluminándola, arrojándola en un halo de incandescencia.

Porque la fascinación que siente el Ojo por ese personaje frío y amoral es muy superior al rechazo que pueda sentir por su implacable y sangriento proceder en un proceso de identificación absoluto. *La mirada del observador* es una novela negra contundente, repleta de cínica violencia

y áspero sentido del humor, pero es también una historia de amor absoluta, entendiendo por absoluta que una de sus partes, el Ojo, no recibe nada a cambio ni espera a ser correspondido por esa pasión enfermiza e irracional que le lleva a hipotecar diez años de su vida.

Paradójicamente bajo la piel de esta dura y seca novela negra, una *road movie*, utilizando el término cinematográfico tan preciso para definir esta novela de múltiples escenarios, trufada de muerte por disparos, apuñalamientos, estrangulamientos, ahogamientos, envenenamientos (*El doctor número dos fue asfixiado con la almohada mientras dormía bajos los efectos de su champagne de bodas*) resulta ser el recorrido alrededor de una obsesión amorosa, (*La había encontrado. En recompensa por todas sus pérdidas le había sido concedido este premio: una chica dormida en un cuarto sombrío. El mundo entero era un abismo lleno de los hombres que ella había asesinado, pero también era su gracia y su redención. Le había llamado y él había venido. A partir de ahora nunca la abandonaría*) hay una gran historia de amor, la que el Ojo experimenta por esa mujer en la que, irracionalmente, o no, ve el fantasma de su desconocida hija. Y esa relación intangible entre los dos protagonistas de la novela, el narrador Ojo y la asesina mutante, que apenas llegan a rozarse en algún instante, cuando la toma en sus brazos después de quedar malherida, es una de las bazas más fuertes de *La mirada del observador*.

Con prosa seca, sin artificios (*El Hogar Municipal de Niñas Mercer era puro Charles Dickens. Paredes mugrientas, un patio sucio de hollín, ventanas puercas, arcadas de mazmorra. Parecía una imagen retrospectiva de la época victoriana*), dominio perfecto de los diálogos, descripciones precisas y habilidad para el dibujo de los secundarios (las víctimas, los policías, los dueños de los moteles...) Marc Bhem edifica esta extraordinaria arquitectura literaria y construye esta original historia policial en la que el lector va de la mano del Ojo siguiendo los pasos de esa bella e inmoral ejecutora guiada sólo por su afán de dinero.

El tiempo pasa. Nada queda. Excepto viejas fotografías de rostros jóvenes. Bhem perfila el desarraigo de unos personajes y el de toda una nación, la suya con frases magistrales. Behm es un Hopper literario que pinta la frialdad de una nación sin historia en el lienzo de su novela, porque un sentimiento de derrota y frustración, de búsqueda de la felicidad sin rozarla nunca, pivota sobre esas 235 páginas de lectura adictiva.

Un clásico. Una novela extraordinaria y sublime. Una de las cinco mejores novelas policiales de todos los tiempos, sin duda. Sobresaliente.

© José Luis Muñoz

<http://lasoledaddelcorredordefondo.blogspot.com>

El día de mañana

Ignacio Martínez de Pisón

Editorial Seix Barral, 2011

Justo Gil es un emigrante recién instalado en Barcelona, un joven avisado y ambicioso que, llevado por los vaivenes del destino, acaba convirtiéndose en confidente de la Brigada Social, la policía política del régimen. Una docena de memorables personajes nos cuentan cómo conocieron a Justo en algún momento de sus vidas y cómo fue su relación con él. Sus testimonios conforman una visión caleidoscópica de la cambiante realidad de los años sesenta y setenta, al tiempo que reconstruyen la historia de la degradación personal de un individuo cuya evolución y comportamiento ayudan a entender importantes parcelas de ese capítulo fundamental de nuestra historia reciente que fue la Transición. Ignacio Martínez de Pisón novela ese apasionante período desde dentro, observando, como sólo él sabe hacerlo, el impacto que la historia colectiva tuvo en la individual, es decir, en la realidad de la gente común. Cobra vida en estas páginas la atmósfera incierta y fascinante de una época en la que todo parecía posible.



Náufragos del Mar del Sur

Fernando Aínsa

ArCibel Editores, 2011

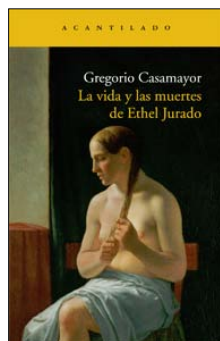
La necesidad de la mentira para hacer más llevadera la existencia, la imposibilidad de acceder a la verdad absoluta, las marcas del destino en la vida de un hombre, la piedad que trasciende en amor nuestros gestos cotidianos, los esfuerzos para no olvidar la desaparición de un ser querido, son algunos de los temas cruciales de *Náufragos del Mar del Sur*, una serie de «relatos integrados» escritos con estilo tenso y depurado. Más allá de su profunda significación alegórica, cada capítulo se transforma en una cerrada representación de connotaciones humanas de validez universal, un modo de injertar la comarca en el mundo.

La sirvienta y el luchador

Horacio Castellanos Moya

Tusquets Editores, 2011

El Vikingo, un viejo ex luchador profesional que quiere demostrar a sus superiores en la policía que sigue siendo un tipo duro capaz de cumplir todos los encargos, sale con otros compañeros con la misión de llevar a los calabozos del Palacio Negro a unos jóvenes sospechosos. Al día siguiente, una criada, María Elena, acude a servir por primera vez a casa del nieto recién casado de su antiguo patrón, y se encuentra con que no hay nadie para recibirla. Tras preguntar a los vecinos y recibir llamadas cada vez más alarmadas de la familia, María Elena intuye que la desaparición de Albertico y Brita encubre algo muy grave. Necesita echar mano de un viejo conocido suyo en la policía, del que recuerda que trabajó vigilando a su patrón y que la había cortejado a ella. En sus inocentes pesquisas, María Elena presencia salvajes detenciones y es testigo de los altercados de grupos subversivos, entre cuyos encapuchados reconoce fugazmente a alguien familiar. Su preocupación se tornará angustia en cuanto se pregunte también por el paradero de su hija y de su nieto.



La vida y las muertes de Ethel Jurado

Gregorio Casamayor

Editorial Acanalado, 2011

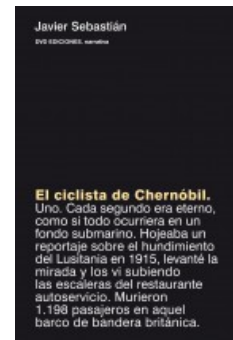
«Ethel Jurado se había acercado al grupo para implorar ayuda –nos cuenta Marcos Recaj en esta novela– y nosotros le brindamos nuestro apoyo incondicional. Su necesidad de ayuda era tanta, su situación era tan precaria que, sin tener un plan, quizá de manera inconsciente, Ethel se introdujo en nuestras vidas y las colonizó, hasta el extremo que durante una época todo lo que hicimos y lo que vivimos giró alrededor de su tragedia personal, y sin que fuéramos conscientes cambió nuestras vidas, al menos la mía, para siempre. Si hubiéramos sido de verdad valientes nos habríamos limitado a llamar a la policía, como propuso Laura, pero no lo hicimos; desempeñamos un absurdo papel de amigos, terapeutas, salvadores, sin tener ninguna experiencia, sin saber cómo actuar ni qué repercusiones podía tener en nuestras vidas, y así nos fue».

El ciclista de Chernóbil

Javier Sebastián

DVD Ediciones, 2011

El ciclista de Chernóbil también es una celebración de la vida y de la alegría. Pripjat es la ciudad donde las hermanas Zorina convocan un baile y el flaco Laurenti Bajtiárov canta románticas canciones de Demis Roussos, donde vive (o muere una y otra vez) el señor Hurvatov. Por Pripjat deambulan desertores de Chechenia, una mujer que olvidó cerrar el grifo del agua el día de la evacuación y eso le atormenta; la maga Parasca, que dice que puede acabar con el estroncio 90 de los cultivos; el matrimonio Jrienko, que se alimenta de las lombrices que encuentran en los desagües; el ex-saqueador Jvórost, siempre vestido con un ajustado traje color vainilla; el guía turístico Yevguenio Brovkin recorriendo las calles de Pripjat en su destartado microbús o la vieja Nastia, que planta cebollas sobre las tumbas de sus muertos. Personajes que organizan la supervivencia y que se niegan a claudicar, colonos de la vida radiactiva. Resistentes. *El ciclista de Chernóbil* recorre desde la ficción novelesca una verdad que nos sobrevivirá a los seres humanos como especie durante miles de años.



Vida de Pablo

Carlos Pardo

Editorial Periférica, 2011

Pablo es un joven artista de una pequeña ciudad del sur de España que ha sustituido los pinceles por la barra de su bar, en la que intenta hacer su propio «arte» de la caducidad. El narrador (un jovencito poeta prepotente que malvive de pinchadiscos) decide convertirse en su biógrafo y emprende un retrato picaresco de Pablo y de los personajes que lo rodean, todos a un paso de la marginación social. Pero varias digresiones le impiden llevar a cabo su biografía, empezando por la digresión más importante: el amor. Y lo que prometía ser una novela de «drogas, sexo y rock and roll» se transforma en la narración desmitificada de un primer amor con altibajos, imperfecto.

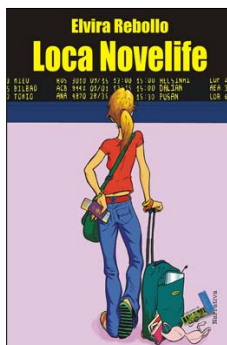
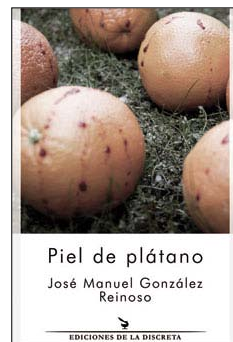
Vida de Pablo puede leerse como la crónica generacional de una juventud condenada a la marginalidad en la industria del ocio. También como un libro que asiste con curiosidad al fenómeno del enfriamiento de la amistad

Piel de plátano

José Manuel González Reinoso

Ediciones de la discreta, 2011

Piel de plátano es un conjunto de relatos que constituyen una obra unitaria sobre la violencia y su carácter arbitrario e impredecible, *resbaladizo*, como la *piel de plátano* que da título al volumen y a uno de sus cuentos. Por sus páginas discurre una galería de personajes al borde del abismo –drogas, alcohol, soledad, inconformismo, la locura que espera, agazapada, entre los pliegues del día a día–, un puñado de situaciones que, en algunos casos, tienen su punto de partida en las crónicas de sucesos, y una voluntad de estilo que las trasciende y alza el vuelo sobre una factura aparentemente realista. En estos ásperos relatos José González Reinoso nos presenta una realidad desasosegante marcada por la conjunción fatal de tres factores determinantes: la violencia, la muerte y el azar.



Loca Novelife

Elvira Rebollo

Editorial Baile del Sol, 2011

Eugenia Ramírez, bilbaína de 30 años, es profesora universitaria en un pequeño pueblo de las montañas de West Virginia. Sus deseos de convertirse en escritora la llevan a Nueva York para cursar un Máster en Creación Literaria. Allí conocerá a Ricardo Reinoso, un reputado profesor, quien le aconsejará cómo convertir su vida en toda una novela. *Loca Novelife*, a pesar de tener una estructura fraccionada en relatos, forma un mosaico narrativo de argumento lineal. Una nueva y original manera de entender la novela.

Días de ira

Jorge Volpi

Editorial Páginas de Espuma, 2011

Con la precisión y la sensualidad del cuento, pero también con el aliento épico de una novela, las tres historias que forman este volumen, *Días de ira. Tres narraciones en tierra de nadie*, se sitúan en esa tierra de nadie imprecisa, sorprendente e incluso difícil de limitar que Jorge Volpi ha bautizado como «la media distancia», un género único, con sus propias leyes, tradiciones, oficiantes y enemigos. «A pesar del oscuro silencio», «El juego del apocalipsis» y el relato que da título a este libro, «Días de ira», se encuentran sin lugar a dudas entre lo mejor de la producción de su autor, demostrando, con esta personal y fascinante manera de escribir narrativa breve, que se puede tener al mismo tiempo la paciencia del novelista y la agilidad del escritor de cuentos, para terminar firmando «poemas sinfónicos en un solo movimiento», en los que resistencia y velocidad van unidos de la mano.



Cierro los ojos y te miro

Elvira Aguilar

Editorial Ficticia, 2011

Cierro los ojos y te miro es un cuentario en el que los personajes principales son mujeres. En estas páginas se aborda el misterio de un crimen sucedido en la infancia, el duelo de la separación de los padres, los deseos de la abuela de sepultar a su nieta en el convento, los recuerdos de la ahora anciana profesora de primaria, la resurrección del primer desamor de la adolescencia, la violencia desatada en aquella violación fallida, la esposa que el marido pierde en una apuesta, la arpía que se roba a una familia, la niña engañada por las circunstancias, la amiga que intenta suicidarse, la que se convierte en fantasma, la que asume su sexualidad lésbica, la que se vuelve loca en su mitomanía o la que decide quemar las naves en pos de una vida incierta. Con una pro-

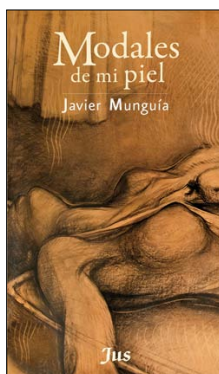
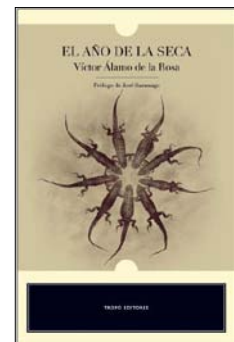
sa que trasciende las anécdotas que cuenta, Elvira Aguilar Angulo, escritora del sureste mexicano, trama de manera magistral esas historias macabras que aún suceden en las «mejores familias».

El año de la seca

Víctor Álamo de la Rosa

Tropo Editores, 2010

Publicada originalmente en Brasil en 1997, *El año de la seca* es una apasionada novela del escritor canario Víctor Álamo de la Rosa que se presenta ahora en la colección Segundo Asalto de Tropo Editores, consagrada a recuperar libros que duermen en el limbo de los descatalogados. *El año de la seca* describe la relación obsesiva de dos amantes, el ambiente también obsesivo y cruel en que sus vidas transcurren. Traducida a cinco idiomas, entre ellos el francés y el portugués, es un cautivador relato sobre las pasiones y su poder destructivo. Víctor Álamo de la Rosa debutó en el mundo literario con la novela *El humilladero* (1994), a las que siguieron *El año de la seca* y *Campiroque* (2001), que fue finalista del Prix Fémina a la mejor novela extranjera publicada en Francia. Su siguiente libro, *Terramores* (2007), se editó antes en Francia que en España. También ha escrito varias obras destinadas al público infantil y juvenil y un volumen de relatos breves. Su última novela es *La cueva de los leprosos* (2010).



Modales de mi piel

Javier Munguía

Editorial Jus, 2011

Los cuentos de *Modales de mi piel* semejan mucho a esos impulsos indomables, difíciles de controlar, que apelan a nuestros instintos, a nuestros deseos más básicos. En estas historias se debate la creencia de que somos la piel que nos envuelve; o de que vivimos en realidad en otra piel, como el protagonista del cuento que da título al libro. Una anciana que relata un viejo encuentro con final inesperado, un joven que espera la llamada de una niña, un personaje que al cambiar de sexo encuentra quién es en realidad, son algunas de las formas con las que Javier Munguía nos invita a desnudarnos. Somos, pues, la piel que portamos y no una presunta alma ajena del todo al mundo sensible.

Los enamoramientos

Javier Marías

Editorial Alfaguara, 2011

Con una prosa profunda y cautivadora, esta novela reflexiona sobre el estado de enamoramiento, considerado casi universalmente como algo positivo e incluso redentor a veces, tanto que parece justificar casi todas las cosas: las acciones nobles y desinteresadas, pero también los mayores desmanes y ruindades. *Los enamoramientos* es también un libro sobre la impunidad y sobre la horrible fuerza de los hechos; sobre la inconveniencia de que los muertos pudieran volver, por mucho que se los haya llorado y que en apariencia nada se deseara tanto como su regreso, o al menos que siguieran vivos; también sobre la imposibilidad de saber nunca la verdad cabalmente, ni siquiera la de nuestro pensamiento, oscilante y variable siempre.



Kilgore

Eric Schierloh

Editorial Bajo la luna, 2010

El lector debe ser advertido: esta novela es la obra de un fanático en la acepción más pop, liviana y contemporánea de la palabra, aquélla que se apocopó en «fan» y que refiere al admirador embelesado, al imitador compulsivo, al seguidor incansable. Schierloh es, literalmente, una máquina de rendir tributo a sus escritores favoritos. Desde el título hasta el punto final, Melville, Hawthorne, el Sci-Fi estadounidense y fundamentalmente Kurt Vonnegut constituyen el Norte que dirige la deriva y el destino de esta novela. Es, también, la obra de un fanático en la acepción más dura del término, la que remite al francotirador, al inconformista obsesivo, al que hará lo que sea por modificar el status quo, y por ello no hay aquí homenaje que quede librado al

azar, ni cabo suelto que se pierda por la borda.

Muerte de un Caballo

Andrés Barba

Ediciones Pre-Textos, 2011

Un caballo que agoniza tras un accidente, una pareja que no se atreve a quererse, un adolescente. En *Muerte de un caballo*, como si en una pequeña nouvelle de cámara se tratase se articula, con esos simples elementos, todo un discurso acerca del amor y la muerte. El miedo a amar, la experiencia de la muerte y del accidente, el lento descubrimiento interior del otro y de uno mismo frente al otro. La escena es inmóvil en realidad, como en una fotografía, pero el movimiento interno de los pensamientos y las voluntades de sus protagonistas giran en torno al caballo que agoniza, no sólo tratando de entender lo que ha sucedido, sino tratando de entender lo que verdaderamente desean. El caballo moribundo se convierte al fin en una especie de centro de gravedad frente al cual ya no es posible mentir ni mentirse, un centro blanco que empuja a los protagonistas a asumir lo que sienten y desean.



Asco

José Ángel Barrueco

Editorial Eutelequia, 2011

Asco cuenta el periplo de una familia a bordo de un crucero por el Adriático, el mismo barco en el que una vez viajó el escritor David Foster Wallace para elaborar uno de sus más célebres reportajes. Durante la travesía, en la que atracan en las costas de Grecia, Croacia e Italia, el narrador empieza a sentir aversión hacia el comportamiento de muchos pasajeros, contaminados por la gula y la falta de respeto. *Asco* es una diatriba visceral contra el consumismo y la mala educación, contra todo lo que hay de simple y de egoísta en el hombre. Relato inclasificable, novela que juega con el diario, el ensayo y el libro de viajes, es la última obra narrativa de

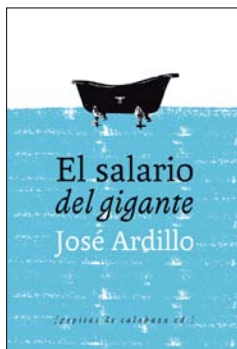
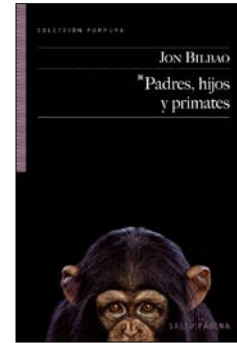
José Ángel Barrueco y el primer volumen de una trilogía de la vida formada por *Asco*, *Angustia* y *Alumbra-
miento*.

Padres, hijos y primates

Jon Bilbao

Editorial Salto de Página, 2011

A Joanes la vida no le ha ido tan bien como esperaba. Cuando estudiaba en la Escuela de Ingenieros todos le auguraban un brillante futuro, pero éste no se ha cumplido. Su empresa está al borde de la quiebra. Sin embargo todo podría cambiar, gracias a la posibilidad de un importante contrato. En estas circunstancias, con el contrato a punto de cerrarse, lo último que quiere Joanes es viajar a la Riviera Maya para asistir a una boda. Una vez en México, una alerta de huracán le obliga a abandonar su hotel en la costa y trasladarse al interior en busca de refugio. En el trayecto se encuentra por sorpresa con un antiguo profesor de la universidad, que huye también del huracán. El profesor, un reconocido matemático, tiene un carácter manipulador que invita a desconfiar de cuanto hace y dice. En el tiempo transcurrido desde que terminó sus estudios, Joanes ha llegado a convencerse de que el profesor es el culpable de su pobre carrera profesional. Ahora, retenidos por el huracán en una casa de huéspedes de un villorrio mexicano, Joanes tendrá oportunidad de saldar cuentas con él.



El salario del gigante

José Ardillo

Editorial Pepitas de Calabaza, 2011

Año 2008 en la península Ibérica: la locura del movimiento perpetuo y el consiguiente «agotamiento» de los combustibles fósiles, el enrarecimiento del agua dulce y la alegre inmolación de otros bienes naturales han llevado a la humanidad a ser regida por un férreo ecofascismo –una burocracia de los recursos– que tiene como primer objetivo administrar la penuria y como segundo, y no menos importante, hacer trabajar a los pobres en un mundo donde ya no quedan ni las ruinas de la ilusión. Así, a grandes rasgos, es el escenario en el que se desarrolla esta novela de corte especulativo, hecha de recuerdos, de encuentros y de proyectos, que vislumbra el panorama

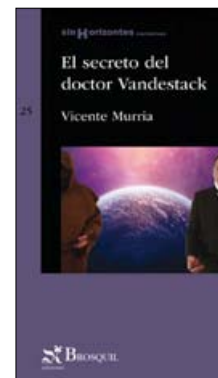
–muy real, cercano y verosímil, por otra parte– que se avecina a no ser que se produzca un cambio de rumbo en la idea de progreso que rige los destinos del género humano.

El secreto del doctor Vandestack

Vicente Murria

Brosquil Ediciones, 2011

En un programa de televisión, el famoso hipnotizador Rafael Vandestack pondrá en jaque a la medicina convencional, con su revolucionaria terapia hipnótica para tratar las enfermedades y las adicciones. Estas prácticas alarmarán a diversas corporaciones farmacéuticas y tabacaleras, cuyos negocios peligran ante la insistencia del doctor Vandestack de que el poder de curar puede hallarse en cada uno de nosotros en lugar de en los medicamentos y tratamientos que ellos fabrican y comercializan. Vandestack caerá finalmente víctima de una trampa mediática que hundirá su credibilidad y cuestionará de raíz su fe en sí mismo. Sólo un viaje a Meesburg, en Alemania, cuna de la sabiduría del propio doctor Mesmer, volverá a darle la oportunidad de recuperar la confianza.



Disecado

Mario Bellatín

Sexto Piso Editorial, 2011

¿Quién puede afirmar con honestidad que jamás se ha postrado frente a un espejo y sentido que la imagen que éste le devuelve es la de un extraño? ¿Quién puede aseverar que jamás se ha sentido un pasajero extraño dentro de su propio cuerpo o se ha quedado horrorizado al recuperar de la memoria acontecimientos realizados por uno mismo pero que parecieran obedecer a una lógica completamente ajena a la propia? Ese desdoblamiento, ese pequeño intersticio entre nuestro ser, el que enfrenta las visicitudes de la cotidianeidad, y ese yo que pareciera habitar en un tiempo que es todo menos presente, es el mundo en el que transcurren las dos *nouvelles* que

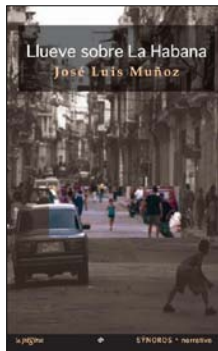
conforman este fascinante libro de Mario Bellatín.

La enfermedad del lado izquierdo

Esteban Gutiérrez Gómez

Editorial Eutelequia, 2011

«El destino no está escrito. No al menos en un cuaderno de hule azul. Y no, desde luego, por otra persona. *La enfermedad del lado izquierdo* es la historia de un hombre que se rebela contra una vida cuadrículada y paralizante; contra las absurdas normas domésticas que anota su mujer en ese cuaderno (cuándo debe ducharse, cuándo hacer el amor...); contra un trabajo estresante y deshumanizado; en definitiva, contra una existencia que poco a poco enferma la parte del cuerpo en la que se aloja el corazón. Como los viejos marinos que alargaban la línea de la vida acuchillándose la palma de la mano, el protagonista decide trazar él mismo su destino, dar una nueva oportunidad al amor, encontrar las respuestas en el viento, entre otros naufragos del materialismo y la prisa. Una novela con reminiscencias» (Patxi Irurzun).



Llueve sobre La Habana

José Luis Muñoz

La página ediciones, 2011

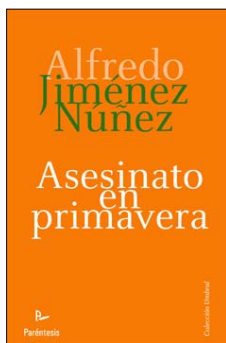
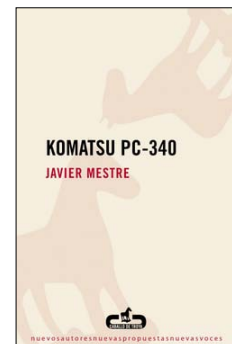
En una Cuba sumida en uno de sus habituales periodos especiales empiezan a aparecer jineteras salvajemente asesinadas. El psicópata sexual actúa cada vez con más desfachatez, protegido por el temor a un incidente diplomático. Rodríguez Pachón, un veterano policía, que conoce las calles de La Habana como la palma de su mano, intentará la caza de ese asesino en serie y topará con la burocracia del régimen. Pero este instructor policial, castrista a la vieja usanza, desencantado, lector de literatura norteamericana y mujeriego compulsivo, es un tipo obcecado que no se dará por vencido. José Luis Muñoz es uno de los más prolíficos, premiados y consolidados cultivadores de la literatura negrocriminal española y uno de sus miembros fundacionales por su vinculación a la semana Negra de Gijón desde su primera edición.

Komatsu PC-340

Javier Mestre

Editorial Caballo de Troya, 2011

Victoria es ingeniera de obras públicas y trabaja en las obras para el soterramiento de la M-30. Santiago es un obrero que maneja una de las máquinas que da título a la novela. La muerte de un trabajador por incumplimiento del reglamento laboral y el intento de la empresa de ocultar la aparición de un yacimiento de interés arqueológico da lugar a una singular relación entre ambos. Santiago es un trabajador con alta conciencia política y Victoria poco a poco se pasará «a su bando», enfrentándose con sus jefes, su novio y su familia. Con el trasfondo de una novela social, la historia de Victoria y Santiago se plantea como una comedia de enredo amoroso, al estilo Vacaciones en Roma.



Asesinato en primavera

Alfredo Jiménez Núñez

Paréntesis Editorial, 2011

Georges Simenon situó al comisario Maigret en los escenarios más diversos de Francia; alguna vez en Bélgica, Nueva York o Arizona... Pero nunca en España. Alfredo Jiménez lo trae volando a Sevilla y le hace compartir una breve semana entre la ciudad y el campo. Unas numerosas y sugerentes pinceladas muestran a los lectores más jóvenes y harán recordar a los mayores la Sevilla de los años cincuenta. El contrapunto a la ciudad es el mundo rural representado por un pueblo grande (Constantina) y una finca que servía de recreo a un francés con un extraño pasado. Su muerte violenta deja viuda a una mujer joven capaz de turbar, sin pretenderlo, el sosiego y la ecuanimidad del veterano jefe de la Policía Judicial de París. Hay otros personajes: un inspector que habla francés, un cónsul atribulado, un joven sevillano y bilingüe, un administrador venido de Francia, un capataz viejo y leal que no se ha caído de un guindo

La isla de la última verdad

Flavia Company

Editorial Lumen, 2011

Dos desconocidos en una isla desierta, dos personajes al límite y sin retorno. Company ubica a dos personajes en una isla desierta; uno de ellos, reservado y peligroso; el otro, un prestigioso médico que pensaba disfrutar de su año sabático navegando con unos amigos, sin saber que la vida le tenía reservada una aventura de envergadura muy superior a sus expectativas. Obligados a convivir, esta extraña pareja explorará, en circunstancias extremas, la geografía imprevisible que se extiende entre la amistad y el odio. Dos personajes con la soga al cuello. Ahí está el talento de Flavia Company para acompañarnos hasta el final de una historia cargada de misterio, que nos reconcilia con las extravagancias de la vida y nos recuerda las mejores obras de Conrad y Stevenson.



Antología del relato negro III

VV.AA.

Ediciones Irreverentes, 2011

La *Antología del Relato Negro III* no se ciñe al arte novelado de matar ni al mundo del crimen profesional, ni siquiera tiene mucho que ver con los textos que originalmente se publicaron en la revista Black Mask de EEUU y en la colección Série Noire francesa. Ediciones Irreverentes hace una propuesta vanguardista de la Serie Negra presentando las nuevas tendencias que ofrecen los escritores más actuales: fusión de relato negro con erotismo, con realismo social, crímenes en serie, el relato negro influido por los medios de comunicación, perversiones psicológicas, además de incluir una amplia selección de jóvenes autoras que presentan sus respectivas visiones del género. Ediciones Irreverentes ha reunido a escritores de España, Argentina, México, Perú, Nicaragua y Honduras. Junto a los nuevos valores, están presentes en esta antología clásicos actuales como Francisco Nieva, Horacio Vázquez-Rial, José Luis Alonso de Santos o Joaquín Leguina, entre otros. Un lujo para los amantes de la buena literatura.

Largas noches de lluvia

Marc R. Soto

Viaje a Bizancio Ediciones, 2011

En 1967, tras más de veinte años en paradero desconocido, Rogelio Villanueva regresa a su pueblo para hacerse cargo del negocio familiar. Meses más tarde, su cadáver aparece desangrado en la bañera. En el lavabo, una nota con una críptica inscripción. ¿Suicidio? ¿Asesinato? *Largas noches de lluvia* es la historia de un crimen que no es sino la culminación de una cadena de crímenes pasados; es una historia sobre cómo se cocinan los secretos más horribles en los pueblos, a fuego lento; pero, sobre todo, es una historia acerca del amor de un padre hacia su hija, y de los extremos a los que ese amor le puede llevar.



Almería 66

Francisco Ortiz

Instituto de Estudios Almerienses, 2011

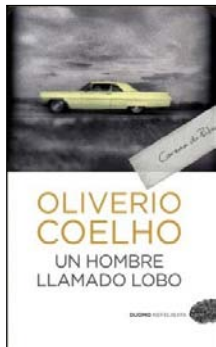
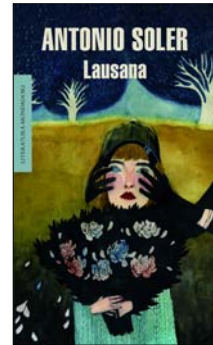
Después de *Última noche en Granada*, Francisco Ortiz opta en este libro por la distancia corta y nos entrega un ramillete de relatos que abordan una sola temática: la violencia. La que se ejerce en la vida cotidiana, entre las personas más sencillas, en los barrios y en los salones de los pisos, junto a una ventana o entre amigos. Cada relato de este libro es una historia breve que podría dar lugar a una novela, porque el autor huye de la anécdota y del hallazgo superficial para centrarse en los personajes y en los que les ocurre con la misma pasión y profundidad con que se plantea las narraciones de largo aliento. Son historias de pocas páginas y de gran intensidad que se resuelven sin escamotearles sinceridad ni hondura. En ellas encontrará el lector miradas duras, miradas frías, actos crueles, actos vengativos de seres que son como ángeles en una tierra extraña, a la que no se acostumbra, en la que no han aprendido a desenvolverse libremente, en la que sufren, matan, aman, piden perdón esperando ser escuchados..

Lausana

Antonio Soler

Editorial Mondadori, 2011

Una mujer viaja de Ginebra a Lausana para visitar a su hijo. Al otro lado de la ventanilla del tren, los recuerdos de su vida se deslizan inexorablemente por la superficie del lago. A pesar del paso del tiempo, algunos recuerdos conservan intacta su capacidad de dañar. Como el instante en que comenzamos a perder a la persona que queremos. O el día heroico y ridículo en que decidimos guardar silencio y resistir, esperando que suceda algo milagroso que nos impida convertirnos en espectadores de nuestra propia existencia. Siempre con el temor de romper la delicada superficie de vidrio sobre la que se construyen las historias de amor. Considerado uno de los escritores más sólidos del panorama literario actual, Antonio Soler vuelve con esta novela sobre el paso del tiempo, el destino y el papel de la memoria.



Un hombre llamado lobo

Oliverio Coelho

Duomo Ediciones, 2011

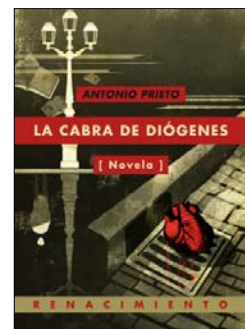
Tras ser abandonado por su esposa Estela y su hijo Iván, Silvio Lobo renuncia a todo y contrata los servicios del detective privado Marcusse que está obsesionado con la mística del azar y que lo acompañará en la búsqueda de ese futuro perdido en el que de repente se ha convertido su familia. Silvio y Marcusse emprenden un viaje iniciático siguiendo el rastro de Estela que los empujará hacia el último pueblo de la pampa, donde la sociedad todavía parece regida por los códigos de la dictadura. Por otro lado, veinte años después Iván emprenderá la búsqueda de su padre tras recibir una extraña visita.

La cabra de Diógenes

Antonio Prieto Martín

Editorial Renacimiento, 2011

La cabra de Diógenes, vertebrada por una fábula de Diógenes el Cínico, es la historia narrada por un joven que comienza su ilusionada vida en las Cortes de Cádiz de 1812 y acaba en Londres tristemente sin saber si su amada fue una realidad o un ensueño. Amigo de lord Holland, Larra, Espronceda y Martínez de la Rosa, que lo justifican entre otros en cuanto realidad histórica, participa en los pronunciamientos románticos, en la afirmación liberal y en una acción civil que lo conducen al destierro en Londres, donde conocerá a Foscolo o Blanco White. Al final desengañado, vencido por la constante guerra civil instaurada en su patria, regresa a Inglaterra de nuevo donde abandona su manuscrito en una posada dibujada por un romántico sobre el que se abalanza el acomodaticio realismo.



Todo está perdonado

Rafael Reig

Tusquets Ediciones, 2011

Laura Gamazo, hija de un próspero empresario, muere por envenenamiento el día de su boda en el Ritz. Su padre, Perico Gamazo, recurre a Antonio Menéndez Vigil, agente de inteligencia retirado y protegido suyo, para que aclare el caso con la colaboración del detective Carlos Clot. Menéndez, que inicia su investigación pendiente de los partidos de la selección española en la Eurocopa de 2008, sabe que Laura es la última descendiente de una familia poderosa que conoce bien, y no puede evitar hacer el recuento de setenta años de historia reciente: desde el padre de Perico, Gonzalo Gamazo, marqués de Morcuera, que forjó su círculo de amigos en las cárceles republicanas, en plena guerra civil, hasta sus descendientes, Laura y su hermano Ignacio, hijos de la Transición. Las pesquisas policiales, en busca de intereses o culpas, acaban entremezclándose necesariamente con la historia de una familia emblemática de quienes ganaron la guerra y se aseguraron de que sus hijos ganaran también la paz.

Una ola con sabor a pez

Núria Riera

Bartleby Editores, 2011

Una ola con sabor a pez narra la peripecia vital de una mujer urbana de mediana edad, Mamen, de 34 años, que vive una experiencia al límite que la lleva a la soledad y el aislamiento, una tela de araña de la que irá poco a poco escapando tras convivir unos días junto a la familia que habita en un faro de la costa mediterránea. Un lugar donde nada ni nadie son lo que parecen. Ni el mar, ni el cielo, ni los pulpos, ni el faro, ni quienes lo habitan. Una historia repleta de simbolismo y humor pero escrita con mucha sencillez. Riera ha trabajado como *freelance* en varios medios de comunicación impresa. Hasta ahora, ha publicado algunos de sus relatos (Labreu edicions y Ediciones Acumán) y *Una ola con sabor a pez* es su primera novela



Lejana y oscura

Susana Aguad

Paradiso Ediciones, 2011

Novela de formación de dos hermanas que anhelan, por el camino del arte, el de la lucha política o el de los puros sueños, salir de la atmósfera cerrada de una ciudad de provincia hacia el ancho mundo, *Lejana y oscura* visita y revisa una generación y una época. Desde diversos ángulos vemos plasmarse las formas de lo cotidiano en Córdoba, entre los años 50 y los 70: las diferencias sociales, los prejuicios, los problemas familiares, la conservadora vida provinciana donde transcurren los años primeros de las protagonistas y también su despertar a las luchas obreras y estudiantiles, la eferescencia, el nacimiento a la conciencia social de un tiempo nuevo. El lector sigue a

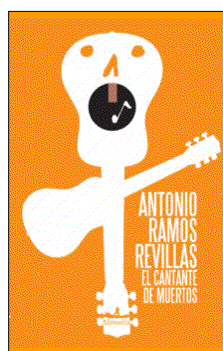
esas niñas en el inevitable desencanto que da paso a la juventud, en el descubrimiento de los libros, en el ingreso a la actividad política. Después llegarán el Cordobazo, los años setenta, las persecuciones, la cárcel, las desapariciones, el exilio...

Gratis total

Julio García Castillo

Ediciones Oblicuas, 2011

La joven reportera Piluca Fuentes investiga un macabro suceso en el Gobierno para el diario gratuito *De Balde*. El caótico director Ricardo Falconetti, el cínico asesor ministerial Mateo Estrella o el esperpéntico profesor Metodio Jodorowsky aleccionan y/o desorientan a la novata en sus indagaciones. Una becaria del Centro Nacional de Inteligencia proporcionará las pistas definitivas. *Gratis total*, al modo quevedesco de *El mundo por de dentro*, explora las entretelas del periodismo. Con humor corrosivo que remite a Eduardo Mendoza, Julio García Castillo traza un retrato social, político y económico de España muy alejado de la *opinión publicada*. La narración desarrolla un discurso paródico que desenmascara las complicidades entre medios de comunicación y Poder.



El cantante de muertos

Antonio Ramos

Editorial Almadía, 2011

Luego de revelar su habilidad en la narrativa de aliento breve, Antonio Ramos nos sorprende con una primera novela ambientada en Monterrey y sus alrededores. Aunque es amigo de ladrones y pandilleros, el niño Pablo Rodas sueña con muertos todas las noches. Aunque su padre tiene un empleo estable, es capaz de dejar todo cada vez que se solicita un cantante que sepa acompañar a los muertos. Incapaz de entender la fidelidad que su padre le guarda a un oficio tan macabro y triste, el niño decide poner fin a la historia ancestral que ha condenado a su familia a vivir marginada... Pero a cada paso que da la muerte le sale al encuentro. A través de personajes como una

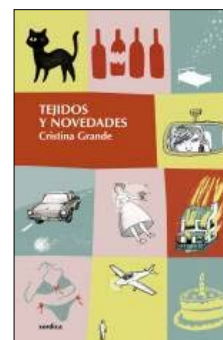
abuela aficionada a las revistas sensacionalistas, fantasmas que se ensañan contra quien ose probarse sus vestidos, o el misterioso Antonio Heredia, *El cantante de muertos* nos cuenta una trama que abarca tres generaciones, y donde tienen lugar la aventura, el amor, la traición, las leyendas y la descripción de un norte punteado de pueblos rurales y ciudades tan hostiles como fascinantes, donde los personajes se aprestan a retar al destino.

Tejidos y novedades

Cristina Grande

Xordica Editorial, 2011

Cristina Grande pertenece a la tradición de los narradores que han sabido construir una gran obra sobre los materiales de su vida de cada día: los encuentros amorosos, la familia, los viajes, las pequeñas desilusiones y los breves pero irrenunciables momentos de iluminación... La voz que da pie a las historias de *Tejidos y novedades* muestra una singular firmeza en lo vacilante, entre la ilusión por lo que ha de venir y la fijeza del pasado. entre paisajes monegrinos y ciudades europeas como Burdeos, Zaragoza o Cascais, la autora va tejiendo unas histotras en las que mezcla su humor a veces negro con una melancolía luminosa, la soledad con los amores vertiginosos, las despedidas de los amantes con una certeza ganada durante una tarde de compras.



Cipreses bajo la luna

Álvaro del Castaño

Plataforma Editorial, 2011

Alberto, un profesor de arte madrileño, no ha sabido asimilar la ausencia de su querida esposa, fallecida hace unos años. Habita el mundo sin vivir en él. El viejo sueño de su mujer de desvelar las inscripciones chinas de un antiguo cuadro familiar le conducirá a realizar un viaje de recuperación vital en la ciudad de Londres. En casa de Juan, su amigo del alma y destacado banquero de la City, conocerá los brillos y oscuridades de una sociedad cosmopolita y aristocrática, compuesta por la elite de la sociedad, las infantas, la cultura y el arte europeos. Su inocente búsqueda por aclarar el misterio del cuadro le arrastrará a vivir una trepidante aventura, y a experimentar la execrable es-

tela que dejan la avaricia, la corrupción y la delincuencia, intrínsecamente unidas al entorno del materialismo imperante.

Astillas

Celso Castro

Libros del Silencio, 2011

Celso Castro emprende con *astillas* una búsqueda aún más ambiciosa de la libertad y la honestidad literarias. Su estilo, puro y genuino, y sus discolos personajes nos sumergen en un relato marcado por los impulsos autodestructivos, la ansiedad creativa, las amenazas sobrenaturales y el amor, omnipresente y doloroso. Una novela por momentos oscura en la que, sin embargo, el único objetivo es la urgencia de vivir, de convertir la vida en algo que trascienda y escape de las limitaciones mediocres de la realidad. Celso Castro publicó su primera novela, *de las cornisas*, en 1995 bajo el pseudónimo de M. de Verganza. Más tarde llegarían *Dos noches* (2001) y *El cerco de beatrice* (2007), ya publicadas con su verdadero nombre.



Confluencias en la diversidad

Fernando Aínsa

Ediciones Trilce, 2011

Esta obra propone una lectura abierta de la cultura, donde se concilia el arraigo con la universalidad, se modulan y otorgan nuevos matices a los aportes, corrientes e influencias recibidas desde el exterior. Gracias a la «inteligencia creadora» –que el autor aplica en la acepción de Alfonso Reyes, Carlos Vaz Ferreira y Arturo Ardao– se integran razón, sentimientos, emociones, sensibilidades, pautas e ideas en continua interacción, buscando instaurar un equilibrio entre la construcción de la literatura nacional y la porosidad y apertura de sus fronteras al intercambio en la diversidad que caracteriza la cultura contemporánea. Sin dejar de tener en cuenta las circuns-

tancias existenciales, políticas, históricas y socioculturales que permiten comprender la literatura uruguaya en su contexto, *Confluencias en la diversidad* apuesta por la imaginación –esa «loca de la casa» invocada por José Lezama– para romper el corsé de la cultura excesivamente atendida a los procesos históricos, ruptura desde la marginalidad, la descolocación y las «miradas oblicuas» en la que la ficción uruguaya es pródiga: Felisberto Hernández, Onetti, Galmés, Levrero, Peri Rossi, Courtoisie, Burel, Echavarren, Casacuberta y tantos otros.

Esperanto Rodrigo Fresán

Editorial Mondadori, 2011

Un lunes por la mañana Federico Esperanto –músico de treinta y cinco años, atormentado, entre otras muchas cosas, por el estigma de su apellido y la imagen de James Dean– intuye que la semana que está por afrontar va a ser «una de esas semanas». Y no se equivoca. A lo largo de siete días tan trágicos como risibles, Esperanto sufre su pasado, padece su presente y, quizá, consiga atrapar esas canciones fugitivas que le prometen un futuro mejor. Fresán no sólo nos presenta a un «héroe» entrañable –acompañado de una galería de freaks que incluye a un gigantesco publicitario obsesionado por sus secreciones corporales, una top-model con delirios místicos, un joven zombie ídolo de la televisión, un guerrillero lisérgico, un tío inflamable y estudioso de las ciencias ocultas, un psicoanalista más que paciente y un disco-militar genocida–, sino que además explora los vicios y las gracias de un país sacudido entre las sombras de un lúgubre pasado reciente y la histeria encandilante de la modernidad.



Dos de tres Natalia Gómez del Pozuelo

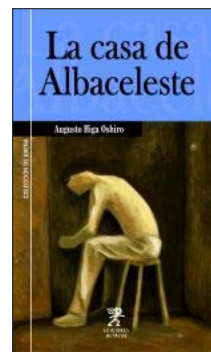
Gens Ediciones, 2011

La escritora Mai Cosini, tras la muerte de su amiga Claudia, se encierra en su casa y no sale en varias semanas, ya que se siente culpable por haberla engañado. Claudia le deja una novela póstuma y una carta que la enfrentan con su pasado y su concepto de la escritura y del amor. Con su lectura, Mai descubre las sombras de esa amistad y se da cuenta de que la realidad es solo cuestión de interpretación. «Me incorporé, saqué el maquillaje de mi bolso y traté de recomponer mi cara; coloqué una estúpida sonrisa y bajé a la cocina. Me abrazaron los dos a la vez. Me resultaba difícil saber cuántos éramos en realidad. ¿Tres individuos? ¿Dos veces dos de tres? ¿Cuatro? Qué tontería eso de los números y las matemáticas relacionales, Claudia me lo había contagiado. De todas formas no importaba, yo estaba sola, daba igual la combinación numérica y probablemente ellos también. Y Claudia la que más».

La casa de Albaceleste Augusto Higa Oshiro

Ediciones Altazor, 2011

Reedición de la destacada novela de Augusto Higa Oshiro (Lima, 1946) escrita en 1987, revisada y corregida por el propio autor, y que se publica gracias a la editorial Altazor, dentro de la denominada «Colección de Arena». Después de sorprender a la crítica con su primer libro de cuentos, *Que te coma el tigre*, Higa Oshiro logró imprimirle una fuerte carga social a su segunda propuesta, *La Casa de Albaceleste*, muy por encima de los trabajos que por entonces editaron sus contemporáneos, miembros del Grupo Narración de la década del setenta, como son Miguel Gutiérrez y Oswaldo Reynoso. *La Casa de Albaceleste* está considerada como la mejor obra de Higa Oshiro por la destreza con la que sostiene la tensión, envolviéndonos en una atmósfera donde el desencanto y la frustración sirven como puentes con ese yo social que muchas veces permanece dormido en el lector. Sin duda estamos frente a un narrador que permanece al acecho del abismo.



La fugitiva Sergio Ramírez

Editorial Alfaguara, 2011

Tres voces femeninas nos relatan la vida dramática de una mujer que eligió el oficio maldito de escribir en una sociedad cerrada y provinciana. Tres voces, tres maneras de concebir la vida, la amistad y el amor, pero todas con un denominador común: contar-nos quién fue la deseada y envidiada Amanda Solano. Estas voces, cada una con su propio registro, nos devolverán a la Costa Rica de la primera mitad del siglo pasado, y así descubriremos a un personaje marcado por su belleza y su genio, por su desafiante sentido de la libertad, y por la mayor de sus debilidades: los hombres. En una convulsa época en que a las mujeres les era denegada la elección de sus opciones en la vida, a Amanda Solano no le quedó otro camino que el exilio, dentro y fuera de su propio país.

Memoria de la nieve

Marian Womack

Tropo Editores, 2011

Memoria de la nieve es la intensa y desasosegante primera novela de la joven escritora gaditana Marian Womack. Un libro donde la nieve es una sustancia que altera la realidad y une a los muertos con los vivos. Escrito con un ritmo intenso y con una prosa muy cuidada, la trama lleva al lector de viaje por el Oxford de los años 60, por el Moscú revolucionario, por la Siberia actual, por la sierra norte de Mallorca y por la Inglaterra profunda de la posguerra. Un recorrido que termina en la Antártida, el lugar donde todo es nieve y donde la novela alcanza su sentido último. Una obra de alta carga sentimental, llena de personajes solitarios e inquietantes, con atmósferas de inspiración gótica. El sorprendente debut de una narradora atípica y excepcional.



El hermano pequeño

J. M. Guelbenzu

Editorial Destino, 2011

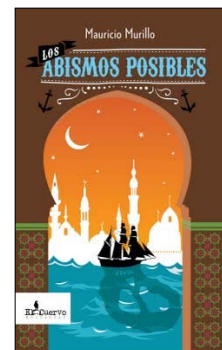
¿Por qué aparece el cadáver de una bella ex modelo erótica con las manos cortadas? ¿Para evitar su identificación? Pero la gente del lugar la reconoce sobre la marcha... Mariana de Marco tendrá que resolver esta contradicción para instruir un caso que oscila entre el crimen pasional, el ajuste de cuentas, la trata de blancas o el resultado de una mente enferma, al tiempo que lucha por mantener su integridad ante algunos de los poderes fácticos... En ese momento aparece en la pequeña ciudad de provincias el hermano pequeño de la juez: un bon vivant al que le había perdido la pista, que le traerá claves del pasado y despejará también algunas incógnitas del futuro.

Los abismos posibles

Mauricio Murillo

Editorial El Cuervo, 2011

Tariq Usuriaga nunca ha salido de Tánger, su ciudad natal. Se ha pasado la vida especulando sobre el mar y sus misterios. Su primer viaje será a la ciudad española de Santoña. Allí lo sorprenderán experiencias que nunca pensó experimentar y que lo harán cuestionarse si está viviendo una tragedia o una comedia. Durante la travesía, sus miedos y obsesiones se profundizan, mientras su percepción se desliza entre la ficción y la realidad, entre el sueño y la vida, sin solución de continuidad. El portulano de Juan de la Cosa (que representa por primera vez en papel al continente americano), el espectro de Natalie Wood y su muerte misteriosa, James Bond y Sam Spade como inalcanzables marcas registradas, piratas y espías, marineros y borrachos entran y salen por los varios pliegues que definen esta primera novela de Mauricio Murillo Aliaga.



Viajera crónica

Hebe Uhart

Adialga Hidalgo Editora, 2011

«Escribo dos clases de crónicas de viajes, dos tipos de impresiones. Una más libre, subjetiva, donde aparezco más yo, que son las que más se parecerían a un cuento. Y las que están más documentadas, con información relevante, unida a mis impresiones personales. Los géneros están muy mezclados. Hay cuentos que pueden ser leídos como crónicas y crónicas que son cuentitos. Me gustan los viajes y me gusta volver. Me pone muy ansiosa el avión y prefiero la tierrita. Nací en un pueblo: me gustan los pueblos. Me resulta más difícil trabajar una ciudad grande. Los pueblos chicos son abarcables, me parecen literarios y además van con mi personalidad. Yo

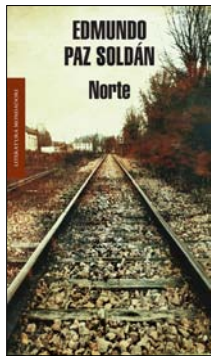
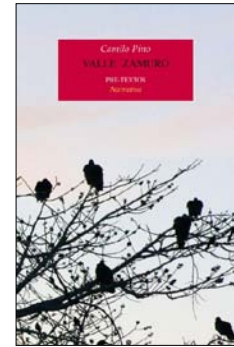
todavía hoy llego temprano a todas partes, todavía estoy acostumbrada a la matriz de tiempo de mi infancia. Como persona y como escritora, no soy campesina ni ciudadana ni conurbana: soy suburbana. En un pueblo me informo caminando, mirando los grafitis, las plazas, yendo al café, preguntándole cosas a alguien. Fui a algunos pueblos muy pequeños; a otros, menos. O a ciudades más grandes, como Córdoba, Rosario. Hice La Habana, Quito, Lima, Arequipa, Nápoles, Taormina. Me gusta prestar atención a las formas orales que representan las distintas culturas, las mezclas con lo rural». Hebe Uhart.

Valle Zamuro

Camilo Pino

Editorial Pre-Textos, 2011

Un juez prófugo, un soldado drogadicto, ciegos por elección propia, ancianas vigilantes, Valle Zamuro está mutando y nada ni nadie son lo que parecen. *Valle Zamuro* es una obra iniciática ambientada en la Venezuela de 1989, durante la explosión social conocida como el Caracazo. Sus páginas sumergen al lector en un mundo delirante y lo devuelven enriquecido por una experiencia de valor colectivo. Se trata de un recorrido entre sentimientos encontrados, de una suerte de montaña rusa que pasa de lo cómico a lo trágico, de lo ridículo a lo sublime. A veces valiente, a veces pueril, el joven Alejandro Roca enfrenta tabúes y convenciones sociales en un proceso de maduración forzado por una ciudad alucinada y cruel, tierna y violenta, y que es, al mismo tiempo, la historia de una generación.



Norte

Edmundo Paz Soldán

Editorial Mondadori, 2011

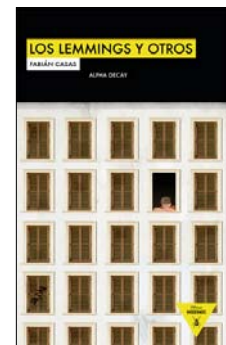
Norte narra la historia de tres inmigrantes de origen mexicano en EE.UU. Jesús, de México, deja el colegio y se une a una pandilla de chicos; para impresionarlos, apuñala a una prostituta; Martín, californiano, es un inmigrante de origen mexicano que es ingresado en una clínica donde se le diagnostica un tipo de autismo, pero se convertirá en uno de los mayores representantes del art brut del siglo XX. Michelle trabaja de camarera en el Taco Hut; su profesor, Fabián, con el que tuvo una aventura, sueña con escribir la obra definitiva. Un día Michelle y Fabián se reencuentran en la facultad y retoman su relación apasionada, pero condenada al fracaso.

Los lemmings y otros

Fabián Casas

Alpha Decay, 2011

«Los ritos de iniciación en el mundo de los adultos. El mundo de los adultos contemplado como lugar de exilio de quienes alguna vez fueron niños. La infancia misma evocada como paraíso perdido, provisto de una inconfundible mitología y de un escenario muy concreto: Boedo, un barrio popular de Buenos Aires, poblado por inmigrantes. Con materiales así de comunes Fabián Casas construye un mundo narrativo extraordinariamente convincente, dotado de humor sutil y de seco, intenso lirismo. Lo consigue gracias a una cualidad que irradia tanto en el plano estilístico como moral: la autenticidad. Una categoría siempre escurridiza y peligrosa cuando se habla de literatura, pero a la que Fabián Casas dota de evidencia y de contenido en este libro engañosamente liviano, emocionante y divertido, que se instala en un territorio intermedio entre una colección de relatos, una novela en marcha y un volumen de memorias.» Ignacio Echevarría.



El paraíso de las moscas

Mariana Osorio

Ediciones B, 2011

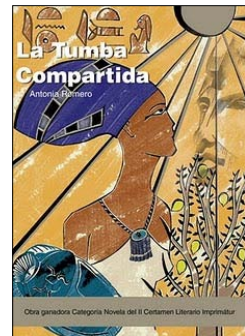
El paraíso de las moscas es el infierno para el pequeño Elías, un espacio donde su padre lo mantiene encerrado desde el día en que nació. Para este pequeño de seis años existen tres mundos: la casa en que vive con su hermana Rebeca, quien intenta protegerlo de la crueldad del padre; el mundo de fuera, la calle estruendosa que le provoca curiosidad y miedo, y el espejo donde vive Alonso, su doble, quien podrá atravesar el cristal cuantas veces quiera y luchará contra Elías para quedarse en el mundo, aunque éste sea una pesadilla. Elías guarda el canto de las moscas dentro de un frasco, habla con su reflejo e intenta entender su vida a la vez que desentraña el gran secreto que le impide salir de su cuarto. Mariana Osorio ha escrito una novela original y poderosa en la que Elías nos muestra su realidad, terrible y traumática. Sin embargo, los lectores, a través de la mirada inocente del protagonista, lograrán encontrar la magia en un mundo cruel, el misterio en un día a día asfixiante y aterrador, y la bondad entre todo el mal que acecha.

La tumba compartida

Antonia Romero

Fundación Imprimatur, 2011

Maite es anticuaria y regenta una tienda en Barcelona junto a Adrián, su socio, hijo de un adinerado y culto ciudadano francés, catedrático de la Sorbona. Mientras Maite trata de recolocar algunas piezas de su vida que quedaron fuera del cuadro, recibe un regalo inesperado: una reproducción exacta de un amuleto, de la época del faraón Amenhotep IV, más conocido como Akhenatón, el rey hereje. Mauricio Varona, un afamado arqueólogo, que llega a la tienda de antigüedades de manera casual, advierte a la anticuaria de las redes que se encargan de introducir en el país objetos auténticos, fingiendo que son copias, para evitar así a la justicia. Después de examinarlo, el arqueólogo advierte que se trata de un amuleto corazón auténtico que perteneció a la Reina Nefertiti. A partir de ese momento se inicia una aventura para los dos anticuarios, el arqueólogo y su equipo, en la que las intrigas y la sombra oscura de un misterioso personaje marcarán el destino de todos ellos.



Librería Libertad

Javier Zuloaga

El Aleph Editores, 2011

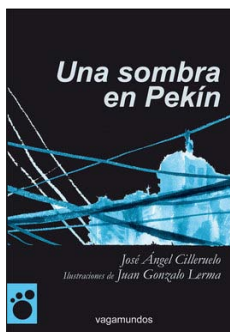
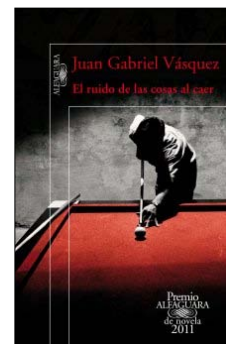
Librería Libertad es una historia de intriga ambientada en el Raval de Barcelona, en la que confluyen cuatro personajes que, por la lógica de sus biografías, nunca deberían haberse conocido: Ryan, un camello que, después de años de cárcel, se gana la vida como mimo en la Rambla; Dídac, un sacerdote que decide colgar los hábitos y tirar su alzacuellos por la ventana; Jordi, policía durante solo un día que creció confundido por el rencor familiar y Laia, hija de la alta burguesía barcelonesa, que vive entregada a la causa antisistema y conspira para boicotear la cumbre de Barcelona. Javier Zuloaga ha escrito una novela coral sobre la Barcelona de nuestros días, por la que transitan también personajes del pasado, como Encarna, la Miliciana, que nos lleva hasta el Raval de la Guerra Civil y los años de la inmediata posguerra. *Librería Libertad* es un retrato divertido y en ocasiones desgarrado de los héroes de ayer y los ingenuos de hoy.

El ruido de las cosas al caer

Juan Gabriel Vásquez

Editorial Alfaguara, 2011

El ruido de las cosas al caer ha sido calificado como «un negro balance de una época de terror y violencia», en una capital colombiana «descrita como un territorio literario lleno de significaciones». El novelista se vale de los recuerdos y peripecias de Antonio Yammara, empezando por la «exótica fuga y posterior caza de un hipopótamo, último vestigio del imposible zoológico con el que Pablo Escobar exhibía su poder». Al dubitativo Yammara se suma la figura de Ricardo Laverde, un antiguo aviador de tintes faulknerianos que ha pasado 20 años en la cárcel y que, en cierto sentido, representa a la generación de los padres del protagonista.



Una sombra en Pekín

José Ángel Cilleruelo

Editorial Traspies, 2011

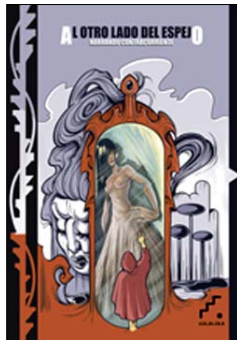
Siempre en las viejas fábulas seduce la virtud de encarar los asuntos más hondos del alma desde la sencillez de la vida de los animales. *Una sombra en Pekín* hereda aquella transparencia, la sorpresa y el candor de los antiguos fabulistas para hablar, ahora, de la gran ciudad, de la soledad y del paso del tiempo con personajes de carne y papel que tienen nombres de animal: la tortuga, cuya fortuna arruinó un tiburón, que ama a una rana y desama a una paloma. En la época indefinida donde ocurren los cuentos, en un país –China– tan lejano en los mapas como inmediato en los sentimientos, un anciano afinador de pianos describe con la caligrafía de su presente el vacío que ha sido su vida desde que salió de su pequeña ciudad para emigrar a la metrópoli. Una fábula que recurre a la ambientación más distante para dibujar con mayor exactitud el retrato de nuestro tiempo.

Amores Imperfectos

Edmundo Paz Soldán

Editorial Estruendomudo, 2011

De la pasión, la impotencia, el compromiso, el olvido y la traición está plagado el amor. Cada cuento reunido dibuja la filosa cartografía de relaciones amorosas perdurables o fugaces que van envolviendo a los personajes en una madeja de la que se sienten incapaces de huir o de las que son expulsados con la frialdad de una bala. Edmundo Paz-Soldán logra inmiscuirse dentro del imprevisible peligro del cotidiano desgaste del amor, en medio de habitaciones cómplices y luces opacas. Con decisión, una moraleja tácita recorre los cuentos como un fantasma: un Te quiero a veces no significa nada, pero nunca aprendemos esa lección.



Al otro lado del espejo

VV.AA.

Ediciones Escalera, 2011

Cincuenta autores, cincuenta historias, con algunos bonus extra. Encontramos a los amantes del cuento, del relato y del microrrelato; con la pretensión, única, de dar a conocer a autores noveles que no habían logrado publicar en periódicos o revistas. Para ello quisimos contar con cuentistas y narradores de contrastada trayectoria, los más significativos del momento, para que arroparan con sus textos a la savia inédita. Nos vemos al otro lado del espejo, allí donde la ficción es una realidad, o viseversa. Nómina: Nacho Abad, Escandar Algeet, Lola B. Gallardo, José Ángel Barrueco, Fernando Clemot, Mario Crespo, Antonio Bordón, Sergio C. Fanjul, Iñaki Echarte Vidarte,

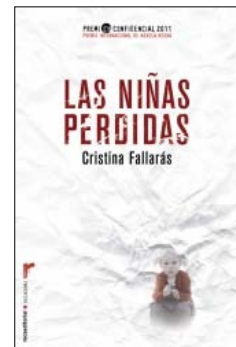
Manu Espada, Óscar Esquivias, Sonia Fides, Carlos Frühbeck, Hipólito G. Navarro, David González, Esteban Gutiérrez Gómez, Patxi Irurzun, Domingo López, Talía Luis Casado, Marcelo Luján, Inma Luna, Miguel Ángel Martín, Reyes Monge, Luis Morales, Ángel Muñoz (Voltios), Vicente Muñoz Álvarez, José Naveiras, Susana Obrero, Daniel Ortiz Peñate, Dani Orviz, Olaia Pazos, Ana Pérez Cañamares, Pepe Pereza, Andrés Portillo, Luis Miguel Rabanal, Alfonso Xen Rabanal, David Refoyo, Markus Renström, Esther Rodríguez Cabrales, Carlos Salem, Mayte Sánchez Sempere, Marta Sanz, Javier Serrano, Lorenzo Silva, María Jesús Silva, Estelle Talavera Baudet, Déborah Vukusic, Marian Womack.

Las niñas perdidas

Cristina Fallarás

Roca Editorial, 2011

Existe otra Barcelona: la que se aleja del turismo, los anuncios institucionales con gente sonriente y el diseño. Es en esa otra ciudad, la canalla, en la que la periodista y detective Victoria González se mueve pisando fuerte. Y eso que su avanzado estado de gestación no se lo pone fácil. Cuando Victoria recibe el anónimo encargo –acompañado de un cheque de explícito y sustancial contenido–, empieza a imaginar que los infiernos barceloneses que ella conoce están a punto de ganar kilómetros en profundidad. Dos hermanas desaparecidas, de 6 y 8 años. Una de ellas, ya asesinada brutalmente; la otra, en paradero desconocido. Lo que significa que hay que encontrarla lo antes posibles, viva y entera preferentemente



Las ciudades de Lucía

Beatriz Navia

Editorial Isla Negra, 2011

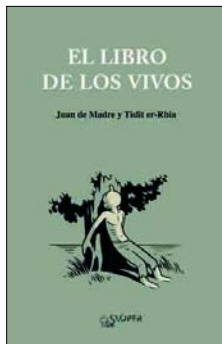
Las ciudades de Lucía es una novela que –a partir de la historia de una mujer boliviana que en la segunda década del Siglo XX persiguió su sueño de pilotear un aeroplano– cuenta pasajes de la vida de seres errantes y viajeros de la época global, quienes se mueven en la dialéctica de la nostalgia, el desarraigo y en esa especie de libertad que trasciende los espacios nacionales. «Viaja» del presente al pasado, de ciudades reales a ciudades íntimas, de la región ancestral andina a espacios transfronterizos y virtuales como los aeropuertos y los chats. En ese periplo complejo y emotivo se entrecruzan la historia de amor de los abuelos y la de Lucía Rocío, quien se debate entre varios países y varias pasiones. El lector encontrará una prosa profundamente humana, con giros de lirismo poético-desenfadado; lo que convierte al lenguaje mismo en uno de los protagonistas de esta obra.

Las buenas intenciones

Ángel Zapata

Editorial Páginas de Espuma, 2011

Un ángel con bucles dorados y alas de nieve, un bombero al que un surtidor de centellas le nace del corazón, un sabio profesor que inventa la leche que canta villancicos, un hombre borroso que busca su sitio en el domingo interminable del más allá... La mezcla vigorosa de lirismo y humor, de tradición y vanguardia, que caracteriza la narrativa de Ángel Zapata brilla a lo largo de estas páginas en toda su singularidad y su poder de sugerencia. Con su primera edición, en 2001, *Las buenas intenciones y otros cuentos* conquistó la adhesión entusiasta de los lectores y el aplauso unánime de la crítica. En apenas diez años el libro se ha convertido en una obra de culto, y en uno de los títulos más influyentes entre las últimas generaciones de cuentistas.



El libro de los vivos

Juan de Madre

Editorial Sloper, 2011

A mediados del siglo XIII se fundó en Fez, antes que en ninguna otra ciudad europea, un Hospital reservado para locos. «Se practicaba allí una especie de cura de almas en que intervenían la música, la danza, los espectáculos y la audición de relatos maravillosos», explica Michel Foucault en su *Historia de la Locura*. Este *Libro de los vivos* documenta el extraordinario hallazgo de siete manuscritos, originarios de ese hospital constituido en Fez. Se describen las circunstancias y las consecuencias que rodearon el dificultoso proceso de traducción de los papiros. Y se desvela el contenido íntegro de esos textos medievales, donde se detallan los hábitos raros, las prácticas médicas,

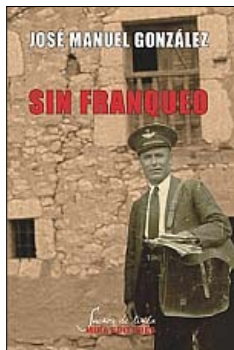
los insólitos pensamientos y las maravillosas vidas de los primeros habitantes de aquel mítico manicomio árabe.

Teatro de ceniza

Manuel Moyano

Editorial Menoscuarto, 2011

Un lector tan cualificado y exigente como Luis Alberto de Cuenca afirma en el prólogo de este libro que Moyano nos muestra aquí toda su valía como cuentista, «urdidor de tramas, generador de argumentos, mezclando una extrema y admirable originalidad con el estilismo más depurado». Este centenar de piezas de microrrelato es «una inmersión en el universo del asombro», según afirma el filólogo y escritor en su introducción. Cordobés afincado desde hace años en la región murciana, Moyano (1963) muestra con *Teatro de ceniza* su maestría en este difícil género del microrrelato, tras haberse confirmado como uno de los mejores narradores de su generación en España, con sus anteriores libros de cuento y novela. Así lo certifican algunos de los prestigiosos galardones que ha conseguido, como el Premio Tigre Juan y el Tristana de Novela.



Sin franqueo

José Manuel González

Mira Editores, 2011

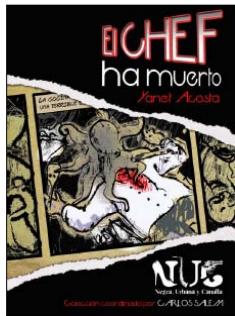
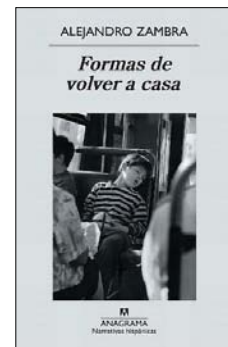
En una España que todavía se relame las heridas tras la Guerra Civil, un joven carterero amanece en Bellarduy con el pesado equipaje de sus cicatrices y su *Quijote* de tapas negras. En Bellarduy va conociendo a sus moradores conforme les va entregando la correspondencia. Sufre sus penas de la misma manera que se ilumina con sus alegrías. El alcalde, el secretario, el cura, el pastor, el Agustínico..., todos se van dejando conocer por Teo mientras este lucha por dar sentido a su vida. Con Ángela, la sobrina del cura, encuentra el amor y la pasión. Un amor salpicado de celos y dudas por culpa de unas misteriosas cartas sin franqueo ni remite que, de vez en cuando, recibe la joven. *Sin franqueo* nos transporta a los primeros años de la posguerra y nos da cuenta de las vidas de una generación en la que no hubo ganadores, en la que todos, de una forma u otra, fueron vencidos.

Formas de volver a casa

Alejandro Zambra

Editorial Anagrama, 2011

Formas de volver a casa habla de la generación de quienes, como dice el narrador, aprendían a leer o a dibujar mientras sus padres se convertían en cómplices o víctimas de la dictadura de Augusto Pinochet. La esperada tercera novela de Alejandro Zambra muestra el Chile de mediados de los años ochenta a partir de la vida de un niño de nueve años. El autor apunta a la necesidad de una literatura de los hijos, de una mirada que haga frente a las versiones oficiales. Pero no se trata sólo de matar al padre si no también de entender realmente lo que sucedía en esos años. Por eso la novela desnuda su propia construcción, a través de un diario en que el escritor registra sus dudas, sus propósitos y también cómo influye, en su trabajo, la inquietante presencia de una mujer.



El chef ha muerto

Yanet Acosta

Editorial NUC, 2011

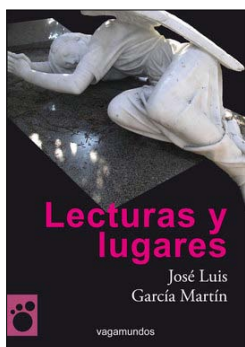
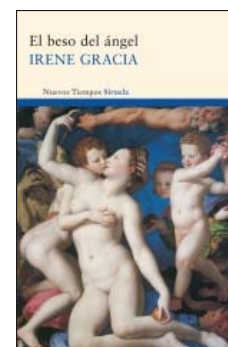
El chef más famoso del planeta es un cocinero español. Y ha muerto en una isla de Corea, atragantado con un pulpo vivo. La noticia acapara portadas en todo el mundo, se especula con los nombres de sus posibles sucesores y las circunstancias de su muerte generan dudas: ¿Accidente laboral, suicidio, asesinato? De estas preguntas depende el pago de una póliza de seguros digna de una mega-estrella de fútbol. Y para responderlas la aseguradora contrata a Ven Cabreira, un exagente del CESID que odia las florituras culinarias, entre otros motivos, por haber pasado años de su vida repartiendo perritos calientes cuando operaba como enlace español en la CIA. Cabreira es un viudo otoñal que regresa de todas las derrotas y ha perdido el sentido del gusto hace años. Se alimenta exclusivamente de fabada en lata que comparte con su gato Ken, y su única pasión es el cuidado de la colección de Barbies de su difunta esposa. Intentará esclarecer el caso con la ayuda de la inquietante periodista gastronómica Lucy Belda y sus pesquisas lo llevarán a frecuentar las mesas más selectas, y a conocer los intereses, pasiones y rincones oscuros del mundillo de la alta cocina internacional.

El beso del ángel

Irene Gracia

Editorial Siruela, 2011

Nadie había contado la historia del universo como Thérèse Fuller y el ser angélico que la acompaña durante toda su vida, Adanel. El beso del ángel es una novela, pero también es una memoria de la historia del mundo, y a través de ella nos adentramos en las relaciones que desde el origen establecieron los ángeles con los hombres. A través de Adanel, Thérèse viajará a la época en la que los dioses hablaban con los hombres, a la época en que Dios acabó con los dioses, y a la época en la que los dioses volvieron a aparecer y, con ellos, los ángeles. «Para mí, Irene Gracia ha sido una revelación. Es una escritora muy fuerte, que habla del desgarrar y que como lector me toca muy hondo. Su literatura es evocadora, salvaje, de grandes caídas y de emociones.» (Roberto Bolaño).



Lecturas y lugares

José Luis García Martín

Editorial Traspies, 2011

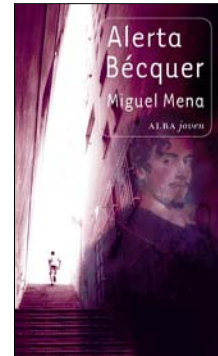
Para José Luis García Martín, darse una vuelta por el ancho mundo o pasearse sin prisa entre los estantes de una biblioteca no resultan actividades muy diferentes. Los libros son ventanas de papel que nos permiten asomarnos a la gozosa variedad del universo y las ciudades volúmenes ilustrados de una inagotable biblioteca hecha de calles, piedras y nostalgia. Nápoles, Lisboa, Ginebra, Roma, Nueva York o Venecia se hermanan así con Leopardi, Pessoa, Borges, Byron o Nietzsche. Un rincón revisitado o unas líneas recordadas le sirven al autor para contarnos una historia, recrear una emoción. Las imágenes, que pretenden ser algo más que un prescindible adorno, sirven de punto de partida al viaje de la memoria.

Alerta Bécquer

Miguel Mena

Alba Editorial, 2011

Una novela divertida, ingeniosa y apta para todos los públicos. Deleitará especialmente a los jóvenes. Eduardo, un adolescente en plena efervescencia del primer amor, está tan enamorado de Dafne que decide demostrárselo robando los huesos del poeta romántico Gustavo Adolfo Bécquer, que descansa en la iglesia de la Anunciación de Sevilla, y depositarlos en el cementerio de Trasmoz, donde el poeta quería ser enterrado. Sin embargo, cuando Eduardo y su mejor amigo y compinche, Óscar, descubren que han extraviado el cráneo del poeta se inicia una aventura insospechada que les obligará a recorrer cientos de kilómetros para recuperarlo, mientras la televisión se hace eco del robo y devuelve a Bécquer a las páginas de actualidad.



En rojo

Gisela Kozak Rovero

Editorial Alfa, 2011

En Rojo relata las historias de múltiples personajes cuyas existencias transcurren en la Venezuela del nuevo milenio. El hilo conductor de estos relatos es revelar el entramado secreto de un período histórico extremadamente tenso y apasionante, en el que han predominado los grandes discursos, los movimientos de masas y la experiencia descarnada de la invasión de la vida privada por los sucesos de la vida colectiva. Más que un libro de cuentos, se trata de una narración coral que trasluce la potencia, el sufrimiento y la dolorosa belleza de una época feroz. Kozak Rovero se ha destacado como investigadora y narradora con sus libros *Pecados de la capital y otras historias*

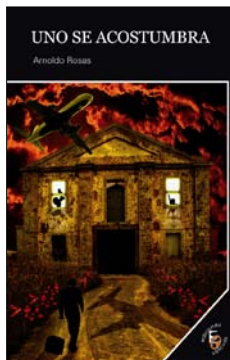
(cuentos); *La catástrofe imaginaria* (ensayo), con el cual obtuvo la mención en el Premio Municipal de Investigación Literaria. Su novela *Latidos de Caracas* fue finalista en el Premio Miguel Otero Silva.

Olga y la ciudad

José Marzo

ACVF Editorial, 2011

Varios cineastas se reúnen en una casa rural en el sur de España para elaborar un guión. Se nos narran de este modo dos historias; por un lado, la novela biográfica en la que se inspira la película; por otro lado, la convivencia de los guionistas y su proceso creativo. Pero *Olga y la ciudad* plantea, sobre todo, una reflexión actual sobre la relación entre los lenguajes audiovisual y literario, la creatividad artística y los mecanismos de decisión de la industria cultural. «(...) *Olga y la ciudad*, la novela, no se reduce a ese juego metaliterario, con ser espléndido, sino que da pie a un largo e interesantísimo debate sobre el predominio que en nuestros tiempos tiene lo audiovisual –a través de la televisión y el cine, básicamente– y cómo ello marca nuestra visión del mundo.» (Miguel Baquero)



Uno se acostumbra

Arnoldo Rosas

Ediciones Oblícuas, 2011

Antonio Martínez es un hombre de negocios, de mediana edad, solitario, que entre viaje y viaje fantasea con la posibilidad de ser otro, de tener otras experiencias. Acostumbra a imaginar los nombres de las personas que contempla en los aeropuertos y a construir a su alrededor unas vidas que podrían ser perfectamente la suya. ¿Pero cuál es su verdadera vida? Arnoldo Rosas realiza un excelente ejercicio narrativo a lo largo de esta desconcertante e irónica narración mediante el cual implica al lector en el propio texto. Exige su participación para acabar de tejer la urdimbre de identidades ambivalentes que se desarrolla en ella: una trama que no hace más que reflejar las angustias y emociones de unos personajes que son incapaces de soste-

nerse a sí mismos.

Gente abollada

José Antonio Lozano

Editorial Certeza, 2011

Las gentes que nos miran desde estas hojas unas veces naufragan en la tormenta y otras hacen equilibrios imposibles agarrados a un hilo de acero, viven en un infierno aguardando el último asalto, caminan hacia la luz desde el anonimato. Son triángulos escalenos que crujen a la salida de un fotomatón. La imperfección y el desorden. Personajes de carne y hueso, tan parecidos a nosotros en sus virtudes y defectos, los desheredados de la Tierra, olvidados, oprimidos que esperan un mundo mejor. Sobre ellos el autor deposita una mirada crítica, ácida en ocasiones, siempre cariñosa, que utiliza el humor como arma de defensa y necesaria vía de escape.



La mampara

Marta Brunet

Ediciones Barataria, 2011

«Es una lástima que por momentos la autora de *La mampara* no tenga la butaca que se merece en las letras chilenas. Y es un honor presentarla, gracias a esta edición, en España. De madre asturiana, Marta Brunet le debe no sólo parte de sus orígenes al país que la recibe ahora. Le debe también su vista, recuperada gracias a un viaje con el fin de realizarse una delicada operación a la vista ya casi extinta. España le devolvió la visión que tanto añoraba, aunque nunca perdió la frescura, energía y fuerza de su mirada que presentamos, ahora, a través de *La mampara*.» (Paz Balmaceda). Brunet, periodista, diplomática y escritora chilena, es autora, entre otras, de las novelas

Montaña adentro (1923), *Humo hacia el sur* (1946) y *María Nadie* (1957). Recibió el Premio Nacional de Literatura en 1961.

El amigo de Baudelaire

Andrés Rivera

Editorial Veintisiete letras, 2011

Saúl Bedoya, acaudalado, culto, perverso, hijo de las guerras civiles que allanaron el triunfo del liberalismo en Argentina, recuerda sin atemperaciones su juventud disipada en París. Fue uno de aquellos ociosos herederos de gauchos enriquecidos que dilapidaban su fortuna en busca de un título, mucha diversión y un barniz de alta cultura europea. Esos argentinos que «no existen más», como decía Céline. Ya viejo, «monotemático y obsceno», traduce en sus notas privadas lo que se está gestando en un país en formación: una nueva clase burguesa, cinica y voraz, que utilizará recursos de cualquier indole para hacerse con el poder. Todo se compra y se vende – hectáreas, ganado, acciones, ferrocarriles, periódicos, candidatos presidenciales, también hombres y mujeres- por menos de lo que cuesta un novillo; incluso al mejor poeta de Francia, con el dice haber compartido alcohol y confesiones en París: «Baudelaire, en Buenos Aires, hubiera sido una puta de lujo. A la que yo mantendría».



Nuevas leyendas aragonesas

VV.AA.

Mira Editores, 2011

Muchas yacen escondidas en las almas de los temerosos, otras nunca han sido contadas por ancestral respeto, y algunas ni si quiera han ocurrido todavía... Ahora tenemos la ocasión de descubrir seis leyendas que han permanecido ocultas hasta la actualidad. De adentrarnos en terrores primigenios, historias encubiertas, amores inadecuados, ramalazos de violencia, temores, anhelos y odio. Seis autores aragoneses descubren historias que nunca antes han sido reveladas. Todas ellas con un denominador común: transcurren en esta tierra aragonesa, en los más insospechados rincones de nuestra geografía: desde la Calle Alfonso de Zaragoza, hasta un perdido pueblo de Teruel; desde los ignotos Pirineos, hasta las plazoletas de Huesca... Y cada autor dota a su leyenda de una impronta personal; hay tragedias, violencia, cantos a la esperanza, fragmentos aterradores y humorísticos.

Los ingravidos

Valeria Luiselli

Editorial Sexto Piso, 2011

¿Cuántas vidas y cuántas muertes son posibles en la existencia de una misma persona? *Los ingravidos* es una novela sobre existencias fantasmales; una evocación, a la vez melancólica y llena de humor, sobre la imposibilidad del encuentro amoroso y el carácter irrevocable de la pérdida. Dos voces componen esta novela. La narradora, una mujer del México contemporáneo, relata sus años de juventud como editora en Nueva York, en los que el fantasma del poeta Gilberto Owen la perseguía por el metro. Ambos narradores se buscan en el espacio insondable de los trenes subterráneos, donde viajaban en sus respectivos pasados.



Esquina inferior del cuadro

Miguel A. Zapata

Menoscuarto Ediciones, 2011

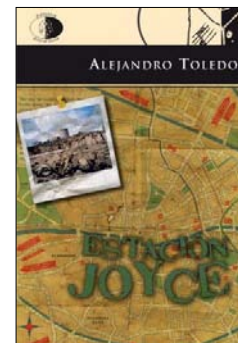
Este libro ratifica a Miguel A. Zapata como uno de los autores de narrativa breve más interesantes del actual panorama hispano y más fieles al género y a su particular estética. Una suerte de épica del margen recorre los once cuentos de *Esquina inferior del cuadro*. Sus personajes no son ni héroes, ni antihéroes, como la posmodernidad define a los perdedores; quizá sólo protagonistas de escenas donde aparecen esquinados, fuera de lugar, ajenos a su tiempo y sus deseos. No son episodios de fracasados o marginales, sino de primeros actores que, por exigencias o ausencias del guión, improvisaron un papel inquietante, terrible o agri dulce, que Zapata convierte en una celebración de la belleza, la horrible singularidad y el triunfo heterodoxo.

Estación Joyce

Alejandro Toledo

Libros del Innombrable, 2011

Todo libro es una incitación que puede derivar en ideas, viajes, recuerdos, alusiones, traducciones, comentarios e incluso en otros libros. Entre ellos, Ulises de James Joyce ha provocado lecturas íntimas, conjeturas, invenciones, estudios, paseos turísticos, la imaginación de una ciudad, elucubraciones lingüísticas y una religión secreta. En *Estación Joyce*, el escritor mexicano Alejandro Toledo consigna el itinerario de sus encuentros con ese libro esencial, en donde convergen los recorridos por un Dublín posible guiado por esa novela habitada por un Dublín que ocurre en la memoria y en la literatura, la búsqueda del fantasma de Joyce en lo que queda de la librería Shakespeare & Co. en París, experiencias íntimas que se asocian con esa lectura, recuerdos de obras y autores diversos que se presentan ineludiblemente atados con esos recuerdos, como Homero, Shakespeare, Salvador Elizondo, Richard Ellmann, William Faulkner, Edouard Dujardin, Italo Svevo, Juan Rulfo, Julián Ríos, Fernando del Paso o Ramón López Velarde. Viajar, dice el autor –o leer, que funciona aquí como sinónimo–, para mirarse en el espejo.



En la ciudad de los muertos

José María Latorre

Editorial Valdemar, 2011

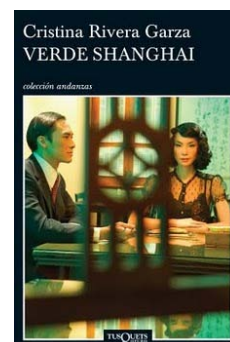
Tras la muerte de su marido, Andrea deja Budapest y se traslada con su hijo a una pequeña villa provinciana para trabajar clasificando la biblioteca del castillo de Janos Koltái, un solitario aristócrata sobre el que circulan siniestros rumores. Pese a que la razón le impulsa a marcharse, algo sobrenatural la retiene en Mirosczavá, donde todas sus creencias se verán puestas en duda ante la promesa de la felicidad... incluso más allá de la muerte, tal vez eterna. José María Latorre (Zaragoza, 1945), coordinador general de la prestigiosa revista «Dirigido por», ensayista y novelista –con más de treinta obras y numerosos premios–, logra sacar a la luz, en la que quizá sea su novela más cinematográfica, *En la ciudad de los muertos*, los miedos ancestrales que alimentan nuestras pesadillas y tratar lo monstruoso como parte de la condición humana, trasladando a nuestros días el imaginario de la novela gótica a través de atmósferas enfermizas y ambientes asfixiantes.

Verde Shanghai

Cristina Rivera Garza

Editorial Tusquets, 2011

Ésta es la historia de una mujer que es, en realidad, dos mujeres: Marina Espinosa, casada con un médico prominente y dedicada a la vida doméstica; y Xian, su alter ego, más libre y misteriosa. Un accidente automovilístico abre la puerta a un universo en el que Marina no se había atrevido a entrar. Abandona a su marido y la vida anodina que lleva. Se esconde en un hotel viejo, donde va desempolvando cartas o inmortalizando en su laptop situaciones que transcurren en distintas épocas o tiempos simultáneos; fragmentos de noticias; datos históricos; pasajes de orfandad y maltrato. Marina se vuelve detective de sus propios ángeles y demonios, y encuentra las pistas que habrán de revelar el misterio de la vida de Xian. Marina es una vagabunda más de la Gran Ciudad, a la que nombra en todos sus rincones y espacios públicos, incluido Verde Shanghai, un café de chinos que parece ser el limbo entre la verdad y la mentira, el paraíso y el infierno.



El árbol bajo el que siempre llueve

Luis Gutiérrez Maluenda

Editorial Literaturas.com, 2011

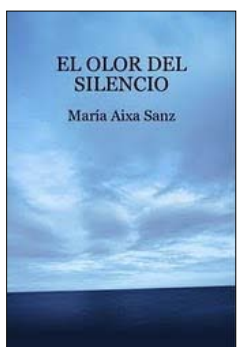
Un repentino golpe de suerte al borde de la ley sitúa al protagonista de esta novela ante la posibilidad de iniciar una vida nueva y diferente, de poder deshacerse del pasado y cumplir esos sueños que nunca tuvo oportunidad de realizar. Un lugar paradisiaco en el horizonte alimenta aún más, si cabe, estas ansias de cambiar de vida. Sin embargo, pronto advertirá que no es tan fácil desligarse de uno mismo, cambiar de rumbo, dejar a un lado los viejos problemas... que siempre llueve debajo de ciertos árboles. En cada lugar del mundo donde hace escala hacia su sueño encuentra un camino y el lado oscuro que le acompaña. Narrada en un estilo fresco y ágil, no exento de agudeza humorística, en un escenario actual y con abundancia de diálogos, *El árbol bajo el que siempre llueve* es una huida hacia adelante a la vez que un retroceso hacia el interior de uno mismo, hacia el lugar donde tienen sus raíces esos problemas que tanto tiempo llevamos eludiendo.

Cuando Virginia Woolf desató la cinta azul

Susana Sisman

Ediciones Deldragón, 2011

La recreación de la época, el círculo literario y el mundo interior de Virginia Woolf abre las puertas para que Susana Sisman despliegue una escritura delicada y sutil. El rodeo a través de los géneros íntimos (cartas y diarios apócrifos), nos aleja de los documentos «verídicos» y los vanos perfiles realistas, y nos acerca a una Virginia más verdadera, más compleja y capaz de interpelarnos hasta la médula... «Con una escritura impecable Susana Sisman traza un retrato minucioso y conmovedor de Virginia Woolf. Situada en el último día de su vida, esta espléndida novela recrea una época y se introduce en los vínculos que la escritora inglesa tuvo con el grupo de Bloomsbury, con la escritura y con sus libros, con la depresión profunda y con la euforia, y con Leonard Woolf, esposo abnegado que se sobrepuso a todo y le dedicó su vida y sus esfuerzos hasta el último momento.» (Juan Martini).



El olor del silencio

María Aixa Sanz

Sempere Editorial, 2011

James, un locutor de radio de poco más de 40 años, decide hacer un *impasse* en su carrera profesional e irse a la casa de la playa de su abuelo materno, para alejarse del mundanal ruido y recobrar un poco la calma y el sosiego y recuperarse del insomnio que viene sufriendo desde hace semanas. Su única ambición es estar solo en la playa y olvidarse del trajín, pero tal como cruza el umbral de la casa de su abuelo, empiezan a desfilar por ella una sucesión de personajes que dan al traste con su ambición inicial. James realiza un recorrido que lo lleva del pasado al presente en compañía de sus recuerdos. Recuerdos que agitan su vida y que hacen aflorar a la superficie todo el amor que hay en él, todos los secretos que guarda la casa, toda la magia de la vida. Novela impregnada de salitre, de historias de viejos marineros, de amores y desamores, de anhelos, de superación.

Una autobiografía soterrada

Sergio Pitol

Editorial Anagrama, 2011

Oscilando entre el ensayo y el relato, este libro examina aquellos recuerdos, viajes y personas que conformaron el estilo de Sergio Pitol: su primer viaje en barco, la escala en La Habana que le deparó una noche alucinante; el influjo de la fiesta; su interés por ambientes e historias familiares; la escritura de sus novelas durante el extenso exilio europeo; su pasión por las zonas oscuras y los seres excéntricos. En los cinco relatos y la conversación con Carlos Monsiváis aquí reunidos, Pitol, Premio Juan Rulfo en México y Premio Cervantes en España, demuestra ser hijo de todo lo visto y lo soñado, pero también de la literatura misma. *Una autobiografía soterrada* revela los mecanismos internos de una obra plena de misterios en la cual no es extraño que el autor se transforme en el protagonista de sus propios relatos.



Noches árticas

Ana Vidal Egea

Editorial Baile del Sol, 2011

Partiendo de una relación real, *Noches árticas* narra la relación entre una mujer enamorada de un hombre homosexual y ese mismo hombre que lucha a diario contra su propia mente. Mediante palabras, imágenes, humo y música, dedican todo su tiempo a construir una historia que sin embargo, no puede consumarse. Un encuentro que se desarrolla durante meses en Finlandia, donde la nieve, el frío y el miedo al blanco acentúan la soledad de los personajes, quienes lentamente van destruyéndose el uno al otro, incapaces de aceptar la imposibilidad de amar con el cuerpo. Ana Vidal Egea trabaja actualmente como gestora cultural en el Centro Cultural de España en Miami.

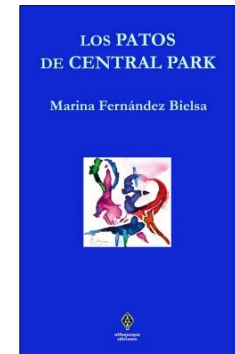
Noches árticas es su primera novela.

Los patos de Central Park

Marina Fernández Bielsa

Alfaqueque Ediciones, 2011

La protagonista, Diana, tiene treinta años y una vida de la que espera mucho más de lo que le ofrece. Hija de una generación que creció con *Barrio Sésamo* y *Verano Azul*, con películas de Disney y comedias románticas, creyendo que la amistad y el amor iban a ser para siempre y que estudiar una carrera garantizaba un buen trabajo. La realidad se encarga de erosionar esos ideales y, por mucho que uno se aferre a la adolescencia, el tiempo pasa y todo cambia. Diana tiene que crecer, a su pesar. Pero para ello debe enfrentarse a los fantasmas de su pasado, que siguen colándose en su presente. El traslado a un pueblo de la costa por motivos de trabajo y la visita a Óscar, amigo de su adolescencia que sufre terribles secuelas de un accidente de tráfico, obligarán a Diana a tomar decisiones y madurar.



Inicio

Daniela Pasik

Editorial Universitaria Villa María, 2011

«*Inicio* relata el comienzo de una relación sentimental entre D. y H. Pero más que eso, se trata de una sagaz observación que D. hace de sí misma: una madre soltera de casi 30 años. Con una prosa contundente, la narración acompaña a D. en sus encuentros y desencuentros con H. durante sus excursiones por la ciudad los sábados a la noche, cuando la hija de D. queda al cuidado de su padre. Formalmente arriesgada, surcada por minirelatos que funcionan como puentes entre cada capítulo, y sobre todo audaz por su honestidad, *Inicio* constituye un retrato impiadoso de los lazos de amor filiales: ¿cómo convivir y sobrellevar la experiencia de la maternidad? Esta pregunta ingresa oblicuamente en la obra y define su atmósfera. En los soliloquios de D. percibimos un constante reclamo, un grito lanzado hacia un mundo hostil donde muchas veces no hay más que eco.» (Sebastián González)